

Ebel Botero

HOMOFILIA
Y
HOMOFOBIA

**estudio sobre
la homosexualidad,
la bisexualidad
y la represión de
la conducta homosexual**

1ª edición: junio de 1980.

Edición del autor.

Dirección del mismo:

Apartado Aéreo 10.809, Medellín.

Diseño de Fernando Ocampo Basto.

**Impreso y hecho en Colombia
por Editorial Lealon, Medellín.**

INDICE

GLOSARIO MINIMO	7
PROLOGO	9
CAPITULO I: REALIDAD NUMERICA Y SOCIAL DE LA HOMOSEXUALIDAD Y DE LA BISEXUALIDAD.	
El Informe Kinsey y su alcance. El "continuo heterosexual-homosexual". Descripción de los siete grados de homosexualidad. Incidencia de la homosexualidad. Estadísticas sobre Colombia. Las lesbianas. Persecución y clandestinidad. Los países árabes y los socialistas. La gama social, y los mitos esteticista y elitista	13
CAPITULO II: ESTUDIO DE LA HOMOSEXUALIDAD EN FUNCION DEL LENGUAJE. TERMINOS Y CONCEPTOS. (Ampliación del Glosario Mínimo).	
Entre otros términos, se glosan estos: homosexual, heterosexual, bisexual, hermafrodita, andrógino, homoerótico, homófilo, sodomita, pederasta, uranista, transexual, travestista, "de ambiente", "gay", "marica", "pervertido", desviado, parafilico, invertido, bujarrón ("hereje"). Clasificaciones: "activos" y "pasivos", abiertos o declarados, cubiertos y latentes, los donjuanes; criminales e inocuos o decentes. La androcracia (machismo)	35
CAPITULO III: CAUSAS DE LA HOMOSEXUALIDAD: ASPECTO TEORICO.	
Mitos. Teorías científicas: la genética, la endocrinológica, las psicoanalíticas. El Edipo Negativo. Teoría de la psicología experimental. Aprendizaje y conducta. Mecanismos del condicionamiento homosexual, heterosexual y homofóbico. Clases de aprendizaje. Genitalización y seducción. Conclusiones y juicio	55
CAPITULO IV: CAUSAS DE LA HOMOSEXUALIDAD: ASPECTO PRACTICO (las mal llamadas "prevención" y "curación").	
La homosexualidad por sí misma no es una enfermedad: demostración. ¿Es posible evitar y/o cambiar la orientación homosexual? Las técnicas conductistas y otras: su fracaso. Conclusiones	93

CAPITULO V: LA HOMOSEXUALIDAD Y LA ETICA RACIONAL (Moralidad de la conducta homosexual no criminal).

La homosexualidad es natural a ciertas personas. La etología (zoología). La historia y la antropología. 90 homosexuales famosos. La ética racional. La tesis tomista "contra naturam" y su falsedad. La procreación. La función erótica o lúdica. Homosexualidad y amor. La promiscuidad. Las circunstancias delictivas. El derecho inalienable a disponer del cuerpo. Aportes de los homófilos a la comunidad

113

CAPITULO VI: LA RELIGION Y LA LEY ANTE LA HOMOSEXUALIDAD.

Religiones no cristianas. El judeocristianismo. Visión nueva de la Biblia. Interpretación moderna del mito de Sodomá. La hospitalidad. Jesús ante la homosexualidad. Las epístolas. Los padres de la Iglesia y el estoicismo. Actitud actual de la Iglesia: tradicionalistas y progresistas. La ley estatal. Naciones distintas de Colombia. El nuevo Código Penal colombiano. El injusto estatuto docente

149

CAPITULO VII: CAUSAS DE LA ANTIHOMOSEXUALIDAD (U HOMOFOBIA)

"¿Cuál opresión?" La homofobia individual. La erotofobia (sexofobia) espiritualista: manifestaciones y causas. Mecanismo de los prejuicios. La androcracia: su historia. Los estereotipos "varonil" y "femenino". Machismo y homofobia social. Autoritarismo político y homofobia: nazismo y stalinismo

191

APENDICE:-EL MOVIMIENTO DE LIBERACION HOMOSEXUAL.

Historia del movimiento. Colombia. Sugerencias a los homófilos y a sus padres

225

BIBLIOGRAFIA

231

GLOSARIO MINIMO

Nota. Se explican aquí en forma breve y sencilla algunos términos poco conocidos o que se prestan a confusión, los cuales se definen más precisa y ampliamente en el texto, sobre todo en el capítulo II. Este Glosario ayuda a quienes consulten el libro sin seguir el orden de la exposición.

- ANDROCRACIA** (o falocracia). Gobierno de la sociedad por los varones; dominio abusivo sobre las mujeres, tenidas por inferiores.
- ANTIHOMOSEXUALIDAD.** Repudio a las actividades y personas homosexuales. No confundir con heterosexualidad.
- BISEXUALIDAD.** Tendencia erótica, realizada o no, hacia ambos sexos. Tiene otros dos significados. No confundir con heterosexualidad ni con hermafroditismo.
- EROTOFOBIA** (o sexofobia). Miedo, asco o aversión a toda actividad sexual. No confundir con heterofobia.
- HETERO.** En palabras compuestas, significa "el otro".
- HETEROFOBIA.** Miedo o aversión al sexo opuesto. No confundir con erotofobia.
- HETEROSEXUALIDAD.** Tendencia erótica, realizada o no, hacia el sexo opuesto. Puede coexistir con la homosexualidad y no es opuesta a ella. No confundir con bisexualidad ni con "virilidad" (en los varones).
- HOMO.** En palabras compuestas, no significa "hombre, varón" (del latín) sino "igual, el mismo" (del griego).
- HOMOEROTISMO.** Homosexualidad (ver). De ahí homoerótico-a.
- HOMOFILIA.** Tiene tres significados. En este libro se usa siempre como sinónimo de homosexualidad. De ahí homófilo-a.
- HOMOFOBIA** (u homoerotofobia). Antihomosexualidad (ver) de tipo emocional; miedo, asco o aversión de tipo sexual a personas del mismo sexo. De ahí homófobo.
- HOMOSEXUALIDAD** u homosexualismo. Tendencia erótica, realizada o no, genital o pregenital (ver esta última), hacia el mismo sexo. "Homosexual" también se aplica a la mujer (ver "homo") lo mismo que al varón que penetra a otro varón.

Puede coexistir con la heterosexualidad y no implica falta de "virilidad" (en los varones).

MACHISMO. Androcracia (ver) de tipo exagerado y emocional. No confundir con machía o virilidad. En nuestra cultura, la mayoría de las mujeres son mentalmente machistas, lo mismo que la gran mayoría de los homosexuales varones.

MONOSEXUALIDAD. Tendencia hacia uno solo de los dos sexos. Se opone a bisexualidad (ver). "Monosexual" se aplica al homosexual y al heterosexual "excluyentes".

PATRIARCADO. Androcracia (ver). No confundir "patriarcal" con paternal ni con virtuoso. Se opone al matriarcado o ginecocracia.

PREGENITAL. Dícese de la fantasía o actividad erótica en que no intervienen todavía los órganos genitales.

PREJUICIO. *Idea* no fundada en el raciocinio sino en los sentimientos. No significa siempre odio a ciertos grupos de personas, sino que es una actitud mental de apariencia racional, aprendida emocionalmente, aunque luego se racionalice.

PROLOGO

La homofilia y la homofobia (ver Glosario Mínimo), lo mismo que la bisexualidad, son los temas del presente estudio o ensayo de divulgación científica. No es él una obra literaria, contra lo que podría pensar el lector que conozca mi trayectoria en la literatura. Por lo mismo no incluye ningún tipo de narración ni ficción artística, aunque siendo yo principalmente un literato, es inevitable que en el libro se proyecte, a través del estilo, un poco de lo subjetivo. Con todo, he hecho esfuerzos casi heroicos por evitar que este trabajo se convirtiera en un panfleto, dado su carácter contestatario y combativo como obra de tesis que es básicamente. Para evitarlo, he suprimido sistemáticamente la ironía, el sarcasmo, la hipérbole, las metáforas y hasta el humor, lo que ciertamente le quita al trabajo casi todo sabor literario, si bien el lector experto se lo encontrará a ratos. En efecto, es un hombre el que escribe sobre los seres humanos, y por cierto que lo hace con amor y entusiasmo, y esto hace que la obra no pueda parecerse a un tratado de química o cristalografía. Sin embargo, creo que he logrado conservarme altamente objetivo en la exposición.

Los tres temas, que en el fondo son uno solo, se estudian desde el punto de vista de casi todas las ciencias y disciplinas que los enfocan, pero inevitablemente predominan unas sobre otras. La psicología es la que campea en todo el trabajo, y le siguen en predominio la ética filosófica, la religión, la sociología y la antropología, en ese orden más o menos, pero también se tocan de paso la psiquiatría, el derecho, la lingüística y la historia, sin desdeñar del todo la estadística y hasta la ciencia política. En cambio, he dejado de lado casi por completo el estudio de las obras literarias sobre la homosexualidad, pese a que la crítica literaria es, o era, mi profesión oficial; tal omisión se debe a falta de espacio, pero dichas obras han influido enormemente en mis concepciones.

Hay quienes piensan que un profesional escritor no puede abordar sino aquellos temas en que se diplomó en la universidad, como si no pudiera estudiar después por su cuenta otras disciplinas. El hecho de poseer dos grados universitarios en filosofía y letras y en literatura y lingüística no tiene por qué inhibirme para el estudio de otras materias no tan alejadas realmente de aquellos estudios profesionales, los cuales le proporcionan a uno la metodología y el enfoque científico y serio de esos otros temas humanísticos, cuyo estudio formal y técnico he emprendido desde hace muchos años. La ética y la religión, e incluso un poco de derecho, los estudié antes en los seminarios, y la psicología ha sido mi devoción por más de 25 años desde los cursos generales que tomé en

los centros universitarios. Un hombre de estudio, un ensayista con dos libros publicados y 20 años de ejercicio periodístico, no tiene por qué limitarse a las materias estudiadas en dos seminarios mayores y en tres universidades ni a las que ha enseñado a nivel universitario durante cuatro lustros. Así que sin ser un especialista en todos los temas del presente trabajo, tampoco me considero de ningún modo un advenedizo en las áreas no incluidas expresamente en mis diplomas. Por lo demás, he sabido asesorarme de especialistas: un médico sexólogo de mucho prestigio y un psicólogo graduado bien informado leyeron y aprobaron en general, con algunas sugerencias, el primer borrador de este trabajo; y para ciertos puntos concretos he consultado con varios juristas, médicos, biólogos, sociólogos, estadígrafos, teólogos, biblistas y filósofos. No menciono por sus nombres a ninguno de estos colaboradores indirectos de mi trabajo por evitarles el disgusto de aparecer, en un medio tan homofóbico como el nuestro, como auxiliares en una defensa de la temida y odiada homosexualidad.

Las fuentes de este trabajo, a más de las mencionadas ya, son tres. Primera, cerca de un centenar de libros sobre la homosexualidad y sobre las ciencias que la tocan de cerca (de los cuales solo una parte se incluyen en la Bibliografía), libros que he leído y estudiado a lo largo de más de 20 años y en especial en los últimos cinco. Segunda, un sinnúmero de diálogos, durante 25 años, con homosexuales y bisexuales de toda edad y condición, y de uno y otro sexo, de Colombia, Estados Unidos y otros países. Y tercera, mis propias experiencias personales de muchos años. De estas últimas, que le dan enorme respaldo a mis opiniones, no hago ningún tipo de narración por evitar el tono intimista o confesional. Al hablar de grupos humanos: hombres, mujeres, homosexuales, heterosexuales, bisexuales, etc., empleo siempre la tercera persona del plural (ellos, ellas) y no la primera (nosotros) a fin de conservar así la objetividad y el tono expositivo propios de un trabajo científico y filosófico. Advierto eso sí que las fuentes segunda y tercera están siempre respaldadas en la primera, en la bibliográfica, y nunca predominan sobre esta.

El tema del lesbianismo está adecuadamente tratado aquí, pero menos profunda o detalladamente que el de la homofilia masculina porque el lesbianismo ha sido estudiado a nivel mundial mucho menos ampliamente que la homosexualidad entre varones, porque es mucho menos combatido socialmente, porque las lesbianas son menos dadas a hacer confidencias y porque al no tender mucho a asociarse son poco accesibles a los investigadores. Aún así, yo trato aquí el lesbianismo en forma más amplia que en muchas obras clásicas sobre el tema homosexual. Además, aquí se estudia a fondo el tema feminista general, con bastante originalidad y con amor.

Al estudio sociológico de la homosexualidad en general he dedicado menos espacio que al psicológico, lo uno porque tiene menos importancia para los objetivos principales de esta obra la

descripción sociológica de las costumbres homosexuales (las ocho o más "homosexualidades" de que hablan Bell y Weinberg) que la esencia moral de "la homosexualidad", y lo otro porque la sociología de la homosexualidad está todavía en sus meros inicios a nivel mundial.

Aunque este trabajo, como he dicho, es de divulgación científica, creo haber hecho en él unos cuantos aportes novedosos y hasta originales a la investigación a nivel mundial, a juzgar por la extensa bibliografía que he manejado. Tales aportes son principalmente la aplicación detallada de los principios de la psicología del aprendizaje a la conducta homosexual y homofóbica, la exposición minuciosa de las tesis éticas, y el estudio de las causas de la homofobia y en general de la antihomosexualidad; en este último punto, creo haber esclarecido adecuadamente una cuestión que ha sido objeto de negligencia para casi todos los tratadistas (para todos los que yo conozco, por lo menos). El énfasis de las monografías había sido hasta ahora la etiología de la homosexualidad: ¿por qué alguien es homosexual? y no ¿por qué la gente es anti-homosexual, por qué se persigue al homosexual?

Desde luego toda la obra es una defensa de la homosexualidad, de la que yo llamo inocua, es decir libre de factores delictivos, y es una defensa osada y agresiva, que me ha obligado a combatir algunas instituciones, en especial la Iglesia vaticana en este campo concreto (aunque no el mensaje original de Jesús). Con todo, creo haberlo hecho con altura, serenamente, sin difamar ni vilipendiar, si bien he debido en unos cuatro casos enfrentarme a personas, nombradas o aludidas, pero esto constituye la excepción, y aun entonces no me refiero a su vida privada sino a sus opiniones públicas.

En todo el trabajo me ha animado el deseo de hacer el bien, de pedir justicia, de combatir el error y los prejuicios. No busco destruir sino construir, ayudar al progreso y mejoramiento de la humanidad. Esta tiene que asimilar a los homosexuales finalmente, no seguir ignorándolos. El tema tiene que dejar de ser tabú. Entre el 10 y el 20 por ciento de todos los seres humanos en el mundo son homosexuales excluyentes o preferenciales; son seres productivos, útiles, dignos, que no es justo que sean ultrajados ni marginados. Repudiarlos como "enfermos" o "depravados", obligarlos a colocarse una máscara, perseguirlos y humillarlos, es una monstruosa injusticia, que a más de ser contraproducente, está fundada en graves errores. Está bien que se reprima al homosexual criminal, pero la inmensa mayoría no lo son. El homosexual no es responsable de su condición ni le hace daño alguno a la sociedad. No puede cambiar su orientación, ni es necesario que lo intente. Si muchos homófilos sufren de problemas emocionales, la causa de estos es su injusta represión, la hostilidad del medio.

Cuando la bisexualidad vuelva a ser aceptada como la norma general, que lo es biológicamente, la homosexualidad dejará de ser un problema para la sociedad y para los homófilos. No es el amor

sino el odio y el miedo los que envenenan la humanidad, y la homosexualidad es básicamente una forma de amor y de solidaridad. Es además un juego inocuo. Finalmente, todo ser humano tiene derecho a disponer libremente de su cuerpo mientras no lesione a otra u otras personas, y ese derecho también cobija al homófilo decente e inofensivo.

Para terminar, consigno una minucia que sólo interesará a quienes se preocupan por esa cosa insignificante que es la ortografía. En esta obra escribo con P inicial la palabra "psicología" y sus afines. Lo hago contra mis convicciones de conocedor de la historia de la ortografía castellana. Esa P no se justifica ciertamente pues la ortografía española es fundamentalmente fonética y no etimológica, al contrario de la inglesa y la francesa. Las Academias Española y Colombiana han autorizado la omisión de esa letra, y así lo hacen muchísimos escritores no sólo de nuestro país sino de varios países hispánicos. Pero desgraciadamente los pedantes se están imponiendo últimamente, y hoy en día los científicos, aun en Colombia, están prefiriendo sistemáticamente el uso de esa inútil P. Fue un pedante del siglo XVIII, Terreros y Pando, quien la introdujo en un diccionario suyo por primera vez. Un erudito jesuita, Félix Restrepo, la ha repudiado con toda razón. Dice él que quien escribe "psicología" con P debería escribir también "pneumático", "ptisis" (tisis) "ptisana" (tisana), y desde luego "pseudo". (Según Corominas, debería decirse también "psiquiatro" y no "psiquiatra"). A pesar de todo, yo he preferido someterme al uso que se está generalizando, como dije, entre científicos, dándoles gusto, sin quererlo, a los "snobs" y "conservadores", que creen que la etimología es algo "sagrado": sometiéndome a esta despreciable minucia, conservo mi independencia en asuntos de mayor entidad.

Y vamos ya al texto.

EBEL BOTERO

Medellín, marzo 17 de 1980.

CAPITULO I

REALIDAD NUMERICA Y SOCIAL DE LA HOMOSEXUALIDAD Y DE LA BISEXUALIDAD

Nota. Antes de leer este capítulo, conviene consultar el Glosario Mínimo, que está antes del Prólogo, en especial las palabras "heterosexualidad", "bisexualidad" y "monosexualidad" (notar el sentido que doy a "excluyente").

Según cálculos estadísticos que explicaré luego, en toda la Tierra puede haber unos 40 millones de hombres adultos que han sido homosexuales del todo excluyentes desde los 15 o 16 años de edad, y unos 80 o 90 millones que prefieren de ordinario la conducta homosexual sobre la heterosexual. En Colombia, los varones del primer grupo (homosexuales exclusivamente) pueden acercarse a los 300.000, y los del segundo (homosexuales preferenciales) sobrepasar los 500.000. El número de mujeres homosexuales es entre la mitad y la tercera parte del de los varones.

Los cálculos estadísticos en que se basan estos datos y los de todo este capítulo son bastante conservadores, y los lectores homófilos los hallarán muy por debajo de la realidad. Como dije en el Prólogo, hoy se estima que entre el 10 y el 20 por ciento de la población mundial adulta, en especial la masculina, está compuesta por homosexuales excluyentes o fuertemente preferenciales. Empleo aquellas estadísticas conservadoras simplemente por razones de método, pero me atrevo a creer que casi todas las cifras que daré más adelante para Colombia se pueden multiplicar por dos (y aun por dos y medio) sin falsear la realidad sociológica. Estoy convencido de que de cada diez habitantes del sexo masculino adultos, por lo menos uno o dos realizan o han realizado *con frecuencia* contactos homosexuales. Pero en este libro quiero ceñirme a las realidades comprobadas técnicamente por los especialistas. Es como si hubiera dos verdades: una oficial, refrendada por la ciencia rigurosa, y otra extraoficial que la sexología todavía no ha podido constatar documentadamente. La oficial, como veremos, reduce aquel 10 a 20 por ciento a un 5 a 10 por ciento, o poco más. La extraoficial no será tenida en cuenta en el resto de este trabajo, aun cuando es mucho más realista.

Cifras elementales

Sobre el número de los homosexuales, hay dos posiciones extremas que toma el hombre de la calle: muchos piensan que aque-

llos no “pueden” pasar del uno por ciento a lo sumo, mientras que otros creen que casi todo el mundo es homosexual. Los primeros fallan porque tienen por homosexuales solamente a los afeminados, cuando en realidad éstos son una pequeña fracción de la población homosexual, alrededor del 15 o 20 por ciento, según cálculos autorizados; a los demás “no se les nota nada”. Fallan los segundos porque de un lado ciertos homosexuales desean creer que casi todo el mundo lo es, y de otro, muchos heterosexuales, alarmados por el crecimiento aparentemente exorbitante de la población homosexual, o engreídos por lo que juzgan un mérito especialísimo, su orientación sexual (que confunden con la virilidad), quieren pensar que los últimos “machos” que quedan son ellos.

La verdad sociológica está entre estos dos extremos (casi nadie - casi todo el mundo) pero es muy compleja para reducirla a fórmulas simplistas sin distinciones ni sutilezas. Con todo, antes de entrar en estas, conviene decir de un modo general que hoy en día los especialistas dan por un hecho que los varones homosexuales adultos excluyentes o casi excluyentes son entre el cinco y el diez por ciento de la población masculina, y aquellos que de ordinario prefieren la conducta homosexual —aunque no existen cifras exactas— se acercan a ese diez por ciento si es que no lo sobrepasan.

Las cifras precisas no se conocen aún si se exige una exactitud de censo, pero algo se sabe ya con certeza relativa por medio de encuestas científicas muy serias y técnicas, dignas de confianza en general, las cuales comienzan por establecer categorías de homosexuales un poco complejas. La más elemental y menos científica es la que divide a las personas en heterosexuales, bisexuales y homosexuales. De acuerdo con esta clasificación un poco vaga, se descubrió que de los varones entre los 15 años cumplidos y los 55 años de edad, el 50 (o el 54) por ciento son heterosexuales exclusivamente, el 4 por ciento son homosexuales exclusivamente, y el 46 (o el 42) por ciento restante fluctúa entre esos dos extremos, aunque no sería muy exacto llamar “bisexuales” a todos estos sin hacer ciertos distinciones.

El Informe Kinsey y su alcance

Los datos anteriores se basan en el famoso Informe Kinsey, nombre familiar de dos obras, de dos extensos volúmenes cada una, tituladas *Conducta sexual del hombre* y *Conducta sexual de la mujer*, publicadas en inglés en 1948 y 1953 respectivamente, y que son obra del Instituto de Investigaciones sobre el Sexo, de la Universidad de Indiana, escritas por los profesores Alfred C. Kinsey, que da el nombre al Informe y fue el miembro más importante de ese equipo, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin y Paul H. Gebhard (si bien el último figura como coautor solo del informe sobre la mujer). Este equipo fue asesorado para estas dos obras por numerosos científicos y técnicos de diversas disciplinas, pero de ordinario se le da el mayor crédito por ellas al Dr. Kinsey, el sexólogo más importante de todos hasta ahora, según muchos.

El Informe Kinsey es un estudio basado en una colosal encuesta que duró nueve años para la parte masculina y que abarcó a 12.000 personas de ambos sexos —unos 6.300 varones para el primer Informe— entrevistadas personalmente y a fondo por los autores de la obra y pertenecientes a casi todas las clases, ocupaciones y edades, que residían en casi todos los Estados de la Unión. Se siguieron métodos estadísticos sumamente rigurosos, con empleo de computadoras —las primeras que se fabricaban— para procesar los resultados de las entrevistas, realizadas estas con técnicas tan sofisticadas que excluían casi toda suerte de mentiras y errores de información. El valor del Informe ha sido aceptado por todos los científicos que lo han estudiado y solo se le han hallado leves fallas metodológicas, algunas de ellas reconocidas desde antes por sus mismos autores, pero que no afectan las conclusiones generales sino aspectos parciales de la gigantesca investigación; solo algunos moralistas y políticos (no científicos) cuestionaron aquellas conclusiones, pero en bloque y sin argumentación seria ni enjuiciamiento técnico: simplemente no les gustaron los descubrimientos del Informe porque no coincidían con sus preconceptos y se enfurecieron irracionalmente contra aquellos y sus autores, actuando a veces de mala fe o infantilmente. Tan respetable resultó este trabajo del equipo de Indiana que aún hoy, más de 30 años después de la publicación del Informe sobre los varones, y existiendo otras encuestas bastante serias, los investigadores del sexo siguen aceptando el Informe Kinsey como el de mayor amplitud y confiabilidad hasta la fecha.

Dicho Informe, por supuesto, no estudia únicamente la homosexualidad sino todas las conductas sexuales en general, pero los hallazgos sobre aquella fueron los que más sorprendieron al mundo. En efecto, este monumental trabajo investigativo desató un escándalo mundial no solo por sus concepciones teóricas que se apartaban de la línea freudiana sino también y más aún porque sus estadísticas sobre la incidencia de la homosexualidad entre los varones superaban grandemente los cálculos aproximativos y parciales de los sexólogos anteriores (Hirschfeld, Havelock Ellis, Krafft-Ebing, etc.) basados en investigaciones rudimentarias, limitadas y poco confiables.

Desde luego el Informe Kinsey se basó en la población de los Estados Unidos, pero sus conclusiones sobre la homosexualidad en lo numérico son válidas hasta cierto punto para las naciones latinoamericanas igualmente, porque las instituciones culturales de toda la América, sobre todo las religiosas y jurídicas, son básicamente las mismas por tener un mismo origen, la cultura judeocristiana. Alguien podría pensar que la incidencia de la homosexualidad fuera mucho mayor en aquel país que en los nuestros porque allá los homosexuales parecen tener muchísimo mayor libertad de acción, pero hay que tener en cuenta varios hechos, y en primer lugar el de que las investigaciones de Kinsey y su equipo sobre la sexualidad de los varones norteamericanos tienen ya entre 31 y 40 años de haber sido realizadas y es precisamente

en ese lapso en el que se han presentado los cambios cuyos resultados impresionan tanto al turista y al observador superficiales.

En segundo lugar, esos cambios no son tan drásticos ni tan profundos como puede parecer a simple vista: las ideas de la inmensa mayoría de la gente sobre la homosexualidad siguen siendo esencialmente las mismas de hace varias décadas, y la mayor parte de los estados conservan leyes antihomosexuales nada benignas en general. Lo que ha cambiado un poco es la actitud de la gente ante el homosexual concreto, pero más como efecto de la evolución en cuanto al respeto a la vida privada que como aceptación entusiasta de la conducta homosexual específica. En tercer lugar, aquellos cambios han afectado más que todo a los cinco o seis conglomerados metropolitanos mayores, en especial el de San Francisco, y muy poco a los centenares de ciudades grandes y a los millares de pueblos pequeños. En este momento (1980) hay una fuerte reacción, violenta a veces, contra los movimientos de liberación homosexual, y subsiste la tradicional persecución contra los homosexuales en el campo laboral, aun en empresas que no tienen nada que ver con el trato directo de personas jóvenes.

En cuarto y último lugar, los países latinoamericanos son herederos de una vieja tradición de las culturas del Mediterráneo, las cuales en todas las épocas han tolerado en forma menos implacable que las culturas nórdicas la homosexualidad en una de sus modalidades, la pederastia. El machismo latinoamericano, en el discutible supuesto de que sea más recalcitrante que el anglosajón, influye solamente sobre el tipo de homosexualidad que indirectamente fomenta y no sobre la incidencia ni la frecuencia de esta en la población.

En conclusión, las estadísticas kinseyanas en materia de conducta homosexual se pueden aceptar como válidas para las naciones latinoamericanas, al menos en forma aproximativa, mientras no se cuente con estudios más específicos en lo geográfico, e incluso hay quienes consideran aquellas estadísticas conservadoras (inferiores a la realidad) para nuestro medio, si bien la gente superficial e ingenua las tendrá por exageradas porque se deja engañar de la hipocresía redomada que la mayoría de los homosexuales se ven obligados a cultivar como su única defensa ante un medio hostil e inhumano que los fuerza a ocultarse y fingir.

El "continuo heterosexual-homosexual"

Entrando ya al meollo del Informe en lo referente a la homosexualidad, el hallazgo más importante es el del "continuo heterosexual-homosexual", llamado familiarmente "escala Kinsey". Consiste en la distribución de las personas en siete categorías o casillas, enumeradas del 0 al 6 inclusive, en cuanto el grado de homosexualidad de su vida erótica durante un período largo no inferior a tres años consecutivos.

Empleando denominaciones simplificadas, ya que las de Kin-

sey y su equipo son descripciones largas y complejas, se forma la escala del Cuadro I.

Cuadro I. Los siete grados de homosexualidad

- 0: Heterosexuales del todo excluyentes
- 1: Heterosexuales casi excluyentes
- 2: Heterosexuales poco excluyentes
- 3: Bisexuales propiamente dichos
- 4: Homosexuales poco excluyentes
- 5: Homosexuales casi excluyentes
- 6: Homosexuales del todo excluyentes.

Nótese en el Cuadro I que en los dos extremos del continuo están el grado 0 y el grado 6; en la pura mitad el grado 3; el grado 1 es contrario del 5, y el grado 2 lo es del 4. Esto se ve muy claramente en el Cuadro II.

Cuadro II. Cuatro modos de visualizar los siete grados

0	x x x x x x	6	0	x x x x x x	6	3	
1	x	x x x x x	5	1	x x x x	5	2 x 4
2	x x	x x x x	4	2	x 4	4	1 x x x 5
3	x x x	x x x	3	3		3	0 x x x x x 6
4	x x x x	x x	2				
5	x x x x x	x	1				
6	x x x x x x		0				

Antes de describir cada uno de estos grados, advirtamos que, según Kinsey y su equipo y según la psicología experimental, propiamente hablando no hay *personas* heterosexuales, homosexuales o bisexuales; estas tres palabras no deberían usarse como sustantivos sino como adjetivos referidos a la conducta: lo que hay es hombres y mujeres cuya *conducta* es del todo heterosexual u homosexual, o predominantemente lo uno o lo otro, o bisexual en iguales proporciones; lo cual supone una gradación de matices en quienes no son del todo excluyentes, y este es precisamente el significado del continuo heterosexual-homosexual, en cuyos dos extremos se halla la ausencia total del componente homosexual o la del heterosexual. Pero entiéndase que "conducta" no implica únicamente las actividades físicas sino que incluye las reacciones psicológicas en forma de deseos, fantasías, sueños, etc. Aquella gradación de matices, de acuerdo con la dosis de homosexualidad, es un hecho social real, casi desconocido, al menos con tanta precisión, antes de Kinsey; su descubrimiento o formulación es tal vez el mayor mérito de este y su equipo en cuanto al estudio de la homosexualidad.

Sin embargo, en la práctica resulta engorroso eludir la sustantivación de aquellas palabras referidas a personas y emplear

largas perifrasis para designar a las personas de los distintos grados del continuo. Tanto es así que los mismos autores del Informe Kinsey, en el capítulo 21 del masculino, por ejemplo, usan con frecuencia la palabra "homosexual" como sustantivo de persona. Y así lo haré yo, en especial al referirme al varón homosexual del todo, casi y poco excluyente, llamándolo "el homosexual", y añadiendo a veces "más o menos excluyente". (Cuando lo digo en plural, en vez de "los homosexuales", casi siempre uso la frase "los varones homosexuales" porque en castellano, lengua machista, "los homosexuales" también incluye a las mujeres homosexuales; esto a menos que esté hablando de ambos sexos, en cuyo caso, para mayor claridad, suelo especificar esta alusión).

Descripción de los siete grados de la escala Kinsey

Los criterios seguidos por Kinsey y su equipo para cada uno de los grados de su escala son los siguientes (empleando mis denominaciones abreviadas y haciendo una síntesis del texto original).

a) Los heterosexuales *del todo* excluyentes (grado 0) son aquellos varones que desde cumplidos los 15 años hasta la fecha de la entrevista *nunca* hicieron ni desearon hacer actos homosexuales.

b) Los heterosexuales *casi* excluyentes (grado 1) son aquellos varones que han tenido *una que otra experiencia homosexual* acompañada de orgasmo, o que han reaccionado una que otra vez psicológicamente en forma positiva ante otro varón, pero que en la inmensa mayoría de los casos han preferido a la mujer.

c) Los heterosexuales *poco* excluyentes (grado 2) son los hombres que han tenido *un buen número de experiencias homosexuales* con orgasmo, o que han deseado claramente y con alguna frecuencia tenerlas, pero que han reaccionado con mucho mayor interés ante las mujeres y han tenido con estas un número de experiencias comparativamente mucho mayor que con otros varones.

d) Los bisexuales propiamente dichos (grado 3) son los hombres que *han reaccionado en forma aproximadamente igual* ante mujeres que ante otros varones. En cuanto al número de experiencias sexuales físicas, puede ser que las hayan tenido más abundantes con uno de los dos sexos, a causa de la clase de oportunidades que se les hayan presentado, y así unos han observado una conducta predominantemente heterosexual y otros una predominantemente homosexual. El primer caso es mucho más frecuente dado el ambiente homofóbico de la cultura judeocristiana que dificulta los contactos homosexuales y facilita los con el sexo opuesto. Con todo, el segundo caso se presenta a menudo entre hombres reclusos en instituciones para residentes exclusivamente masculinos, como cárceles de varones, cuarteles, internados masculinos, seminarios, etc.

e) Los homosexuales *poco* excluyentes (grado 4) son los va-

rones que han tenido *un buen número de experiencias heterosexuales* con orgasmo, o que han deseado claramente y con alguna frecuencia tenerlas, pero que han reaccionado con mucho mayor interés ante otros varones y han tenido con estos un número de experiencias comparativamente mucho mayor que con mujeres.

f) Los homosexuales *casi* excluyentes (grado 5) son aquellos hombres que han tenido *una que otra experiencia heterosexual* con orgasmo, o que han reaccionado una que otra vez psicológicamente en forma positiva ante mujeres, pero en la inmensa mayoría de los casos han preferido a otros varones.

g) Los homosexuales *del todo* excluyentes (grado 6) son los varones que desde los 15 años cumplidos hasta la fecha de la entrevista *nunca* hicieron ni desearon hacer actos heterosexuales.

La conclusión más importante de la tesis del continuo sexual de Kinsey es esta: *la heterosexualidad y la homosexualidad no se oponen entre sí*, contra lo que se creyó de ordinario durante muchos siglos y se cree aún entre la gente desinformada en este nuevo campo del saber, la sexología, así sea muy culta en otras disciplinas. Un altísimo número de personas no son "homosexuales" o "heterosexuales" a secas en el mismo sentido en que un objeto es blanco o negro, sino que entre ellas se da una gradación semejante a la de los colores en el espectro solar.

Este hallazgo científico de Kinsey y sus colaboradores implica una especie de *descubrimiento formal de la bisexualidad*, porque si bien esta ha sido conocida desde hace miles de años, se había tomado siempre en el mundo judeocristiano como una "monstruosidad" aislada y no como un hecho corriente, el cual nunca antes había sido formulado científicamente en forma precisa y documentada. Con este descubrimiento (en el sentido dicho), Kinsey, Pomeroy y Martin se colocan en la línea de los grandes descubridores científicos de los dos últimos siglos, ya que las consecuencias teóricas y prácticas de aquel en los campos del derecho, la sociología, la moral y la sexología han de ser tan importantes como las de muchos otros descubrimientos de la ciencia. Tales consecuencias, desde luego, en el plano práctico serán lentas al principio a causa de la reacción que despiertan las innovaciones en materia moral y religiosa en las gentes reacias a cuestionar sus ideas, que son la inmensa mayoría.

Realidad numérica de la homosexualidad y de la bisexualidad

En cuanto a la incidencia de la homosexualidad y de la bisexualidad, el dato más global, de los hallados por Kinsey y su equipo, aunque ya mencionado aquí antes, se repite ahora con mayor precisión:

En el grado 0 entran el 50 (o el 54) por ciento de los varones, y en el grado 6, el 4 por ciento; por lo tanto, el 46 (o el 42) por ciento son bisexuales de un modo general (no "propriadamente dichos") y el 54 (o el 58) por ciento son monosexuales. (Las cifras

alternativas que doy entre paréntesis serán explicadas más adelante).

Los porcentajes citados se refieren al lapso entre los 15 años cumplidos y los 55 de edad. En cambio, los porcentajes más detallados que se dan a continuación se aplican a un período largo de tiempo, no inferior a tres años. Lamentablemente, el Informe asigna estos porcentajes en forma acumulativa y no discriminada por categorías, una por una. (Ver el Cuadro III).

Cuadro III. Incidencia de la homosexualidad

- El 8 por ciento: grado 6
- el 10 por ciento: grados 5 y 6
- el 13 por ciento: grados 4, 5 y 6
- el 18 por ciento: grados 3, 4, 5 y 6
- el 25 por ciento: grados 2, 3, 4, 5 y 6
- el 30 por ciento: grados 1, 2, 3, 4, 5 y 6

Comento algunos aspectos del Cuadro III. Los homosexuales del todo excluyentes son el 8 por ciento del total de varones encuestados si se tiene en cuenta un período mínimo de tres años (después de los 15 años de edad), pero son el 4 por ciento si se considera toda la vida adulta (de los 15 a los 55). Lo que pasa es que por la fuerte presión de la sociedad antihomosexual muchos homosexuales del todo excluyentes terminan por ceder y de una u otra manera dejan de ser excluyentes, la mayoría de ellos solamente para poder casarse y tener un hogar e hijos. Desde luego que muchos de aquellos no lo hacen presionados desde fuera sino por razones psicológicas de distintas clases.

No sobra explicar, para algunos lectores, el sentido del Cuadro en cuanto a la llamada "incidencia acumulativa". Los homosexuales del todo excluyentes sumados a los casi excluyentes constituyen el 10 por ciento del total; si a estos dos grupos se les añaden los poco excluyentes, se llega al 13 por ciento; y así sucesivamente. Los heterosexuales del todo excluyentes (grado 0) quedan por fuera del Cuadro porque *nunca* han observado una conducta homosexual.

Otros porcentajes del Informe Kinsey

Aunque por sí mismos tienen menor importancia que los anteriores, los porcentajes que siguen interesan un poco por la razón que veremos luego. Son estos:

a) El 37 por ciento de los varones entrevistados tuvieron por lo menos una experiencia física homosexual con orgasmo durante su vida adulta. Este porcentaje tan alto levantó una tempestad en los Estados Unidos contra Kinsey y sus colaboradores. Uno de estos, Gebhard, exclamaba más tarde: "¡Dios mío, a veces deseo que no hubiéramos publicado jamás esa estadística!" Por su par-

te, Pomeroy llegó a hacer una rebaja y sugirió que "probablemente un 33 por ciento se habría acercado más a la marca", pero no sin decir que la diferencia entre 37 y 33 "no es importante" (porque no es significativa estadísticamente). Y añadía: "Lo importante es que pocas personas habrían creído, antes de nuestro Informe, que un tercio de los varones americanos habían tenido al menos una experiencia homosexual". Aunque me parece claro que no hubo por parte del Instituto Kinsey una rectificación de aquel Informe en este punto, de aquí en adelante en mis cálculos matemáticos me atenderé al 33 por ciento más bien que al 37 para evitar inflar las estadísticas a favor de una tesis. (Las frases citadas de Gebhard y Pomeroy me fueron comunicadas por el distinguido sexólogo doctor Helí Alzate).

b) El 13 por ciento de los encuestados reaccionaron positivamente ante otros varones en forma psicológica, con deseos, fantasías, sueños, pero sin realizar el acto sexual físico. (No debe confundirse este 13 por ciento, que se refiere a todo el lapso de la vida adulta, con el anterior 13, que alude a un período de tres años como mínimo, el cual puede y suele ser muchísimo más largo que un trienio).

c) El 50 por ciento (la suma de 37 y 13) tuvieron algo que ver personalmente con la conducta homosexual por lo menos una vez durante su vida adulta. De acuerdo con la sugerencia de Pomeroy recién citada, este 50 por ciento se transformaría en un 46 (la suma de 33 y 13). Así se entienden las alternativas entre paréntesis que di anteriormente. Aun con esa modificación, queda claro que casi uno de cada dos hombres hicieron o desearon hacer actos sexuales con otros varones por lo menos una vez (pero también centenares de veces) después de cumplir los 15 años y antes de los 55.

La importancia de estos tres datos estadísticos (a, b y c) no reside en los números mismos, pues difícilmente se podría llamar "homosexuales" a todos aquellos varones, pero estos altos porcentajes comprueban que las prácticas homosexuales no son una "monstruosidad", algo "antinatural", sino una tendencia tan corriente que la experimentan un 50 o un 46 por ciento de los varones y que la llevan a la práctica una o muchas veces un 37 o un 33 por ciento del total.

Nótese además que en estas estadísticas de Kinsey (cualesquiera de las que he citado) no se tienen en cuenta las actividades, deseos ni fantasías homosexuales anteriores a los 15 años cumplidos, sino las del lapso entre esa edad y los 55 años. (Sea la oportunidad para explicar que la exclusión de los mayores de 55 años se debe a las inevitables limitaciones de toda encuesta, pero que no tiene importancia en este contexto porque son poquísimos, casi ninguno, los hombres que cambian de orientación sexual después de esa edad). Aquellas estadísticas crecerían enormemente si se incluyeran las actividades homosexuales físicas o psíquicas anteriores a los 15 años, que son abundantísimas, combinadas con las heterosexuales, aunque de ordinario sin penetración genital,

lo cual confirma la tesis dicha: si los niños intentan hacerlo, no ha de ser tan "monstruoso", sino natural, un juego realmente.

Fuera del Informe Kinsey, se han hecho otras encuestas pero mucho menos amplias o menos rigurosas. Una de ellas, realizada en Francia por F. Simon y un grupo de estudiosos, arrojó cifras muy bajas para la homosexualidad circunstancial (6 por ciento para los varones, contra aquel 37 o 33 de Kinsey, y 3 por ciento para las mujeres, contra el 13 que descubrió el equipo de Indiana), pero Simon mismo y sus colaboradores encontraron sospechosamente bajas esas cifras, o sea que habrían sido engañados, lo cual no tiene nada de raro si se piensa que casi todo el mundo, incluso en encuestas serias, tiende a ocultar aquello que sus prójimos consideran "vergonzoso", "indigno", "degradante", etc. y a abultar lo contrario, incluso ante sus propios ojos, por medio del mecanismo de negación y el autoengaño.

Tampoco tienen mucha importancia para estudiar la incidencia de la homosexualidad ocasional en la población general las encuestas sobre grupos muy particulares. Es el caso de las realizadas entre estudiantes universitarios. A título de curiosidad, registro aquí los resultados globales de algunas de ellas. Se hallaron los siguientes porcentajes: a) entre varones universitarios: norteamericanos 20 por ciento, libaneses 44, peruanos 27 y colombianos 26; y b) entre mujeres universitarias: norteamericanas 8 por ciento, peruanas 6 y colombianas 18. (Los datos de las encuestas de Simon y de la población universitaria provienen del *Compendio de sexología médica* —ver Bibliografía al final de mi libro— del doctor Helí Alzate, médico, autor también de las dos encuestas universitarias colombianas aludidas). Todas aquellas encuestas universitarias tienen la limitación, comparadas con las de Kinsey, de basarse en muestras muy pequeñas, por ejemplo de un centenar de estudiantes, o demasiado homogéneas, como son las de una mera facultad. Además, tienen el inconveniente de ser poco representativas de la población general, pues como lo revelaron Kinsey y sus colaboradores detalladamente, aquellos tienden a ser sumamente convencionales en su comportamiento sexual social, mucho más que los de otros niveles de escolaridad.

Por todas las anteriores razones, es inevitable que nos atenemos todavía al Informe Kinsey, como lo haré en los cálculos a continuación.

Número probable de los homosexuales en Colombia

Antes de considerar otras implicaciones interesantes de las estadísticas kinseyanas, traduzcamos estas a números reales de personas aplicándolas a nuestro país. Veremos primero y en mayor detalle el caso de los varones (por las razones aducidas en el Prólogo de mi libro). Se tendrán en cuenta solo tres categorías para simplificar los cálculos: a) la homosexualidad exclusiva (grado 6 de la escala Kinsey); b) la homosexualidad preferencial, o sea los homosexuales más o menos excluyentes, más todos aquellos

bisexuales (sentido lato y estricto) que de hecho prefieren a su propio sexo (grados 6, 5, 4 y parte del 3); y c) la homosexualidad ocasional, circunstancial o situacional, es decir todos aquellos varones que por lo menos una vez en su vida adulta han realizado actividades homosexuales con orgasmo.

En cuanto a los porcentajes, empleo para la casilla primera el consabido 4 por ciento y para la tercera el 33 por ciento (o sea que sigo la sugerencia de Pomeroy en vez del 37 original). Para la segunda casilla, opto por un 8 por ciento, calculado por mí a ojo de buen cubero, aunque con base en el Informe Kinsey en último término. Con toda honradez lo presento como una mera opinión personal y lo justifico así: el 13 por ciento que, según aquel Informe, representa la incidencia acumulativa de los grados 6, 5 y 4 para un período de tres años como mínimo, puede muy bien equivaler a un 8 por ciento para el lapso de la adultez (de los 15 a los 55 años de edad) si a aquel grupo se le agregan aquellos bisexuales del grado 3 que por circunstancias de la vida tienen en realidad un número mayor de actividades homosexuales que heterosexuales. Recuérdense que la incidencia acumulativa de los grados 6, 5, 4 y 3 es del 18 por ciento para el lapso de tres años como mínimo, y se verá que no estoy forzando las estadísticas, tanto más cuanto que hoy en día (no en 1948) se tiene por un hecho que el 10 por ciento o más de los varones adultos son homosexuales excluyentes o fuertemente preferenciales.

Sobre la homosexualidad ocasional, además de la consideración que consigné antes en cuanto a su importancia para demostrar que la conducta homosexual no es tan rara o fenomenal, contra lo que pretenden los moralistas tomistas, cabe añadir y comentar la reflexión de Wainwright Churchill (en su magnífica obra *Comportamiento homosexual entre varones*) acerca de ese 13 por ciento de varones que, si bien no realizaron jamás el acto homosexual físico, sí lo desearon o tuvieron fantasías o sueños respecto de él, y es que si no llegaron hasta la experiencia física con orgasmo no fue necesariamente por insuficiente motivación erótica sino por falta de oportunidades o más aún por temores incontrolables al pecado, al infierno, a la ley, a la crítica o a otras consecuencias desagradables; es decir, son homosexuales aunque no se realicen como tales, y para los efectos de este libro mío (sobre los sufrimientos del homófilo en un medio homofóbico) esto es más que suficiente, aunque aquellos varones no se puedan llamar "homosexuales" en el sentido jurídico o el moral. De modo análogo, muchos homosexuales ocasionales, de los que sí llegan al orgasmo, son bisexuales con apetencia predominantemente homoerótica que no hallan a menudo la ocasión o la evitan por los temores aludidos, a los cuales se puede añadir el de los conflictos conyugales o los laborales. No siempre pues el homosexual ocasional es el hombre que probó una vez y simplemente no quiso repetir por falta de interés; a menudo es el individuo que no se atreve a repetir o que no encuentra una nueva oportunidad.

En el Cuadro IV aparece el número probable de varones ho-

mosexuales mayores de 15 años, según las tres categorías dichas, para Colombia, seis de sus ciudades y el planeta. La base estadística para los colombianos son datos del DANE, tomados de una muestra de avance de agosto de 1975, fundada a su vez en el Censo de Población de 1973. He empleado las proyecciones para octubre de 1979 del mismo DANE. Son cifras inferiores a la realidad, pero las prefiero a las que se dan extraoficialmente para evitar inflar las cifras sobre la homosexualidad. Bogotá aparece con solo 4.079.848 habitantes, Medellín con millón y medio. Manizales con 247.992, y así por el estilo. Con base en aquella muestra del DANE encontré que la población masculina nacional mayor de 15 años es el 26,29 por ciento de la total. No disponiendo de la población dicha para cada ciudad, he basado mis cálculos en la nacional. Los resultados que aparecen en el cuadro los he redondeado por aproximación porque resulta ridículo pretender dar números exactos, por ejemplo: 7.932 homosexuales en la ciudad X; pero cualquier lector con dos años de bachillerato puede sacar todos los porcentajes de nuevo con solo tomar los datos básicos de cualquier banco de datos del DANE en el país.

Cuadro IV. Conducta homosexual en Colombia, seis de sus ciudades y el planeta. (Varones adultos. No se incluyen los niños ni las mujeres).

Lugares geográficos	A. Homosexuales excluyentes (grado 6). El 4%	B. Homosexuales preferenciales (grados 6, 5, 4 y parte del 3). El 8%	C. Homosexuales ocasionales (por lo menos un acto completo). El 33%
Colombia	283.000	566.000	2.234.000
Bogotá	43.000	86.000	354.000
Medellín	16.000	32.000	132.000
Bucaramanga	4.300	8.600	35.300
Manizales	2.600	5.200	21.500
Santa Marta	2.200	4.400	18.000
Popayán	1.200	2.400	10.000
El planeta	42 millones	84 millones	350 millones

NOTAS. a) Los datos más significativos son los de la columna B, y los menos importantes, los de la C; b) todos los datos se basan en el Censo de 1973 (salvo los del planeta), sumamente desactualizado ya; c) los de Medellín no incluyen las ciudades satélites; d) los de Manizales son muy inferiores a la realidad pues aquel Censo fue allí un fracaso; e) todos los datos del cuadro se pueden multiplicar por dos para hallar la verdad "extraoficial" (y casi hasta por tres, dadas la enorme desactualización de aquel Censo, y otras circunstancias).

Los datos que doy para el planeta no pretenden ser exactos en ningún sentido. Los incluyo a título de curiosidad y como mero

punto de referencia, pero sin garantizar su validez científica. Ni siquiera dispongo del dato exacto de la población mundial total; me baso en el dato corriente que la viene calculando desde hace años en unos cuatro mil millones de habitantes. Para la población masculina mayor de 15 años, empleo arbitrariamente el mismo porcentaje colombiano, a sabiendas de que puede ser muy superior el mundial. Y desde luego, para el planeta, empleo los mismos porcentajes de incidencia de la homosexualidad válidos para los Estados Unidos en la década del 40, simplemente porque nadie en el mundo conoce todavía los correspondientes al planeta, ni sabe si son inferiores o superiores a aquellos.

En cuanto a los varones bisexuales, no es posible, con base en Kinsey, calcular el número de los que he llamado "bisexuales propiamente dichos" (grado 3) porque los porcentajes que da su Informe (Cuadro III de mi libro) representan la incidencia acumulativa de varios grados, y así los del 3 están involucrados en tres porcentajes diferentes: 18 por ciento para los grados 3 a 6 inclusive acumulados, 25 por ciento para los grados 2 a 6, y 30 por ciento para los grados 1 al 6.

En cambio, se puede y no sobra, traducir a números reales lo que yo llamaría la tendencia homosexual masculina, realizada o no, y sentida por lo menos una vez en la vida (o centenares y aun millares de veces, por supuesto). Recordemos que el 50 por ciento de los varones mayores de 15 años (46, si aceptamos la sugerencia de Pomeroy) realizaron por lo menos una vez actividades con su propio sexo o las desearon, o tuvieron fantasías o sueños acerca de ellas. Es la suma de aquel 37 por ciento (reducido a 33 por dicho investigador) y aquel 13. Ahí quedan incluidos todos los homosexuales más o menos excluyentes lo mismo que los heterosexuales casi o poco excluyentes. Aunque en aquel 37 o 33 por ciento entran unos pocos varones que llegando hasta el orgasmo con otro varón lo hicieron sin mucho entusiasmo, el hecho de tener un orgasmo demuestra casi siempre participación psicológica (la que llamo yo, por simplificar la expresión, "desear") dado que es casi imposible experimentar la erección, eyacular y sentir orgasmo en forma absolutamente mecánica. Un heterosexual del todo excluyente no podría llegar hasta ese punto conscientemente si sufre de homofobia. Los resultados de este cálculo aparecen en el Cuadro V. Allí tomo la población masculina colombiana mayor de 15 años, que es el 26,29 por ciento de la población total, y le saco el 46 por ciento, redondeando los números un poco por las razones que di antes. Desde luego este cuadro es menos importante que el IV, pero tiene cierta importancia, ya mencionada.

En cuanto a las lesbianas, los cálculos son mucho más difíciles. El Informe Kinsey femenino es mucho más cauto que el masculino sobre la incidencia general de la homosexualidad, y es imposible con base en él determinar sin ciertos distinguos complicados el número de las mujeres de conducta homosexual más o menos permanente, porque los autores allí no sacan conclusiones tan generales ni tan claras como en el Informe sobre el varón.

Cuadro V. Tendencia homosexual (realizada o no, y sentida por lo menos una vez en la vida —o centenares o millares de veces).

Varones adultos (46 por ciento).

Colombia	3.253.000
Bogotá	493.000
Cali	159.000
Barranquilla	104.000
Ibagué	34.000
Pasto	24.000
Armenia	21.000
Sincelejo	13.000

Sin embargo, del paralelo que establecen entre hombres y mujeres se infieren algunas generalizaciones útiles. El porcentaje acumulativo de la incidencia de los contactos homosexuales ocasionales con orgasmo, el correlativo al 37 por ciento masculino, es el 13 por ciento para casi el total de la muestra femenina respectiva, y el 24 por ciento para las solteras (hasta los 40 años). A su vez, el porcentaje acumulativo de las respuestas homosexuales, físicas o psicológicas, correlativo al 50 (46) por ciento varonil, es el 28 por ciento para casi el total de las mujeres.

En cuanto a la escala Kinsey, las mujeres solteras son clasificables así, para el período de los 20 a los 35 años: en los grados 4, 5 y 6 acumulados, "entre el 3 y el 8 por ciento"; en los grados 5 y 6, entre el 2 y el 6 por ciento; y en el grado 6, entre el uno y el 3 por ciento. Nótese que aquí, al contrario de lo que vimos sobre los varones, se discrimina por el estado civil, se considera un lapso menos largo y no se establecen porcentajes muy fijos, todo lo cual dificulta los cálculos.

Como se ve, la homosexualidad es mucho menos abundante en el sexo femenino que en el masculino. Según el Informe Kinsey, *las mujeres homosexuales son entre la mitad y la tercera parte de los varones homosexuales*. Mucha gente, incluso científicos, cree que la homosexualidad femenina, si no es superior a la masculina, es por lo menos igual. Kinsey y sus colaboradores explican el por qué de esta creencia equivocada: los hombres interpretan con psicología masculina las muestras de afecto que las mujeres se dan en público y las toman por señales homoeróticas, como lo harían si fueran varones los que se mostraran tanto cariño públicamente. Nótese de paso la honradez y seriedad del Informe Kinsey: así como revela, contra las creencias preexistentes, la relativamente alta incidencia de la homosexualidad masculina, no oculta el otro hallazgo novedoso: la baja incidencia de la conducta homosexual entre las mujeres.

Traducir a números de personas los porcentajes de esta en nuestro país resulta sumamente difícil, pero algo se puede decir. En cuanto a las respuestas homosexuales físicas o psicológicas, el 28 por ciento de todas las mujeres las experimentaron desde la infancia hasta los 45 años, (en el caso de los varones, "hasta la vejez"), o sea que tuvieron tendencias homosexuales, realizadas o no y combinadas o no con tendencias heterosexuales. Para el cálculo del Cuadro VI tenemos en cuenta la población femenina colombiana menor de 45 años, la cual es el 44,92 por ciento de la población total. A este sector le sacamos el 28 por ciento. El resultado representa (en cifras redondeadas) a mujeres, tanto adultas como niñas, con inclinación hacia otras mujeres. Nótese que este cuadro difiere del anterior en que el de los varones no incluye a los menores de 15 años y este sí. Insisto en que este cuadro no representa el número de las lesbianas colombianas, sino precisamente el número de niñas y mujeres para quienes no constituye o no constituyó una "monstruosidad" tener contactos homoeróticos, por lo menos una vez en la vida, o desear tenerlos o pensar o soñar acerca de tales relaciones.

Cuadro VI. Tendencia homosexual entre niñas y mujeres (realizada o no); el 28 por 100.

Colombia	3.383.000
Bogotá	513.000
Medellín	191.000
Bucaramanga	51.000
Manizales	31.000
Santa Marta	26.000
Popayán	14.000

Persecución y clandestinidad

Después de leer las cifras de los cuadros anteriores, algunos lectores pueden preguntarse por qué ellos no sabían que los homosexuales fueran tan numerosos relativamente, o que hubiera tantas personas con inclinaciones hacia el mismo sexo. La respuesta es sencilla: la persecución multiseccular, tenaz y severa a los homosexuales en el mundo occidental los ha obligado a vivir siempre en la clandestinidad más rigurosa, en el mayor de los secretos y en la más refinada hipocresía, sin culpa de ellos, claro está. Y quien no lo crea así, basta que trate de recordar cuántos de sus amigos les han contado espontáneamente que les gustaban los hombres o los muchachos, o han rechazado chistes antihomosexuales o les han confesado no interesarles las mujeres. De seguro no pasan de dos o tres, cuando mucho. Es frecuente oír decir que la persona no conoce a un solo homosexual de cerca. La inmensa mayoría de los homófilos jamás se dejan reconocer como tales y muchísimos llevan su gran secreto consigo mismos hasta la tumba. De muchos otros, solamente unas pocas personas conocen la realidad de sus inclinaciones o actividades homosexuales. Con

frecuencia la esposa misma de un hombre predominantemente homosexual ("poco excluyente") nunca llega a saberlo con seguridad, como tampoco sus hijos o sus compañeros de trabajo. Todo el mundo suele suponer que "el otro" es heterosexual, por supuesto, y al preguntarle a un solterón por qué no se casa, no se le ocurre pensar siquiera que es porque no le atraen las mujeres, aunque hay quienes hacen la pregunta solo para mortificar a aquel de quien sospechan ya algo.

En los últimos 20 siglos de cultura cristiana, se han dejado conocer públicamente como homosexuales o bisexuales solo unos pocos personajes prominentes del renacimiento, y en los últimos 80 o 90 años unos cuantos hombres de enorme prestigio como artistas, escritores, actores o cantantes, y no precisamente en Colombia. Los pocos colombianos eminentes de quienes todo el mundo dice que son homosexuales jamás lo han declarado en público sino que sus enemigos se han encargado de averiguarlo y de difundir la especie. Para el 99 por ciento de los homófilos, su erotismo sigue siendo "el amor que no se atreve a decir a su nombre". Y no se atreve, no por cobardía ni vergüenza sino porque hacerlo es una especie de suicidio social. Los homófobos que gustan de esa frase son tan inconsecuentes como quien amordaza a un hombre y le pone grillos en manos y pies para preguntarle luego por qué no se atreve a gritar, a hablar o a golpear, o siquiera a salir corriendo... Esa forzada y cuidadosa clandestinidad, ese secreto hermético, causados a su vez por la hostilidad general del medio, explican pues por qué la mayoría de los lectores probablemente no se imaginaban siquiera la magnitud de las cifras que acabo de consignar, y quizás se nieguen aún a darles crédito. La represión sorda pero atroz impone el uso permanente de la máscara, la simulación, el involuntario engaño a los demás.

La homosexualidad entre los árabes y en los países socialistas

Hasta aquí he hablado de la homosexualidad en naciones de base cultural cristiana y de instituciones burguesas. No se dispone de información rigurosamente científica o técnica sobre su incidencia en otras culturas. Sin embargo, es un hecho harto conocido que en varias naciones árabes del Mediterráneo aquella es mucho más alta que en los países aludidos. Allí, tal como ocurría en la Grecia antigua, la verdadera norma, aunque tácita, es la bisexualidad y no la heterosexualidad. Claro que esto no se debe a la religión mahometana, la cual por ser del mismo origen que la cristiana, también repudia la homosexualidad.

En cuanto a las naciones socialistas de hoy, se sabe que en casi todas ellas y sobre todo en la Unión Soviética, China y Cuba, se persigue implacablemente a los homosexuales, siguiendo en este campo el autoritarismo androcático de Stalin y no el pensamiento socialista en sí, que no parece haberse ocupado de este aspecto de la vida social. Veremos en el capítulo VII la causa curiosa de esa actitud del stalinismo. Pero si se persigue a los homófilos tan

fieramente es porque allí también los hay obviamente. Según historiadores y antropólogos, como veremos, la homosexualidad existe y ha existido prácticamente en todos los lugares del mundo y en todas las épocas de la historia. Decir que "en la China no existe el homosexualismo" (como lo dijo hace un par de años un periodista colombiano de ideas socialistas y harto perspicaz por cierto) es ignorar el alcance de la represión en el campo sexual, muy semejante a la del tipo político.

Los "verdaderos" homosexuales, y los "pseudohomosexuales"

Volviendo al Informe Kinsey, cabe preguntarse cuáles son los "verdaderos" homosexuales. En primer lugar, recordemos que aquellos investigadores estudiaron principalmente la *conducta* sexual, tanto la física como la psicológica, de las personas, y trataron de evitar llamar a estas "homosexuales" o "heterosexuales". Ahora bien, es obvio que toda conducta homosexual, así sea la ocasional o circunstancial, es "verdadera" en cuanto que, por ejemplo, el varón que la practica experimenta una serie de reacciones auténticas: la excitación erótica, la erección, el orgasmo y la eyaculación. Si las actividades homosexuales se realizan con alguna frecuencia, así sea por un período más o menos breve, el individuo es un homosexual "verdadero" durante ese período, aunque indudablemente no lo es en sentido estricto si se tiene en cuenta la vida entera del mismo, en caso de no ser este excluyente.

En segundo lugar, si insistimos en hablar de personas homosexuales y no solo de conductas, y si consideramos un período largo o la vida total de aquellas, es claro que sí cabe distinguir entre los "verdaderos" homosexuales y los individuos que, sin ser propiamente "pseudo-homosexuales", no se pueden identificar plenamente con aquellos. Es mi opinión que es "verdadero" homosexual, no solamente y desde luego el excluyente del grado 6, sino también todo individuo que habitualmente prefiere sexualmente a las personas de su mismo sexo sobre las del opuesto, o sea los de los grados 5 y 4, y aquel grupo de los del grado 3 que por circunstancias y no por preferencias realmente actúan más como homosexuales que como heterosexuales. Pero incluso algunos de los individuos de los grados inferiores se podrían considerar al mismo tiempo "verdaderos" homosexuales y "verdaderos" heterosexuales, bastando para lo primero que realicen con alguna frecuencia actividades homosexuales, así sean estas mucho menos numerosas para aquellos que las de carácter heterosexual. Muchos prostitutos masculinos que penetran a su cliente se consideran a sí mismos heterosexuales y se irritan si alguien los tiene por homosexuales, pero es obvio que son ambas cosas; son lo segundo porque experimentan las mismas reacciones fisiológicas y psicológicas que el varón "pasivo", y si no las experimentaran, no funcionarían ni recibirían de este el estipendio. En algunas regiones, hay la tendencia a considerar homosexual solamente al "pasivo", haya o no prostitución en el caso, y a tratar al "activo" en forma

un poco menos inhumana que a aquel. Es este un error de origen machista.

Hay un tipo de hombres que niegan ser homosexuales pese a que observan con frecuencia una conducta objetivamente homosexual; aludo a los pederastas propiamente dichos, o sea el varón que cohabita con un adolescente y lo penetra. Ciertos pederastas, de orientación heterosexual predominante, aseveran que solo se interesan en jovencitos de suma belleza "femenina" aunque no sean afeminados en el porte o la voz, y que al "poseerlos" hacen un acto heterosexual porque en esos hermosos efebos ven mujeres y no varones. Desde luego es un autoengaño porque dicho pederasta, siendo adulto, distingue muy bien las características de los dos sexos, y por bello que pueda ser determinado jovencito, la vista y el tacto le dicen que se trata de un varón. Es cierto que subjetivamente para tal pederasta el acto es "heterosexual" en algún sentido y en esta subjetividad aquel se ampara de sentimientos de culpabilidad, tratando de aplacar sus escrúpulos machistas; pero objetivamente, para la sociedad antihomosexual, ese acto es homosexual y si el individuo lo realiza con frecuencia él es un "verdadero" homosexual, a más de verdadero heterosexual (ya que, como vimos, homosexualidad y heterosexualidad no se excluyen entre sí, según Kinsey y su equipo y muchos otros investigadores).

Este asunto de "verdadero" y "pseudo" tiene importancia para el presente trabajo por la siguiente razón. Uno de los temas principales de él son los sufrimientos psicológicos del homosexual y el bisexual en una cultura homofóbica, no solo por el rechazo exterior sino más aún por el interior, que es simplemente una interiorización de aquel. Ahora bien, la sociedad judeocristiana ha rechazado siempre la bisexualidad en forma mucho más rigurosa aún que la homosexualidad excluyente, y es precisamente al bisexual a quien tildan de "degenerado" casi de modo exclusivo. Y así, el bisexual, aunque se considere a sí mismo exclusivamente heterosexual, sufre psicológicamente y lucha consigo mismo y con los homosexuales excluyentes, a quienes desprecia profundamente en nombre del machismo. Los investigadores han encontrado que los heterosexuales de los grados 1, 2 y 3 de homosexualidad a veces sufren de perturbaciones emocionales más o menos graves y consultan con alguna frecuencia a los profesionales de la salud mental. También es frecuente el alcoholismo como escape de los remordimientos entre los pederastas de quienes antes hablé, los cuales fanfarronean acerca de su virilidad precisamente porque, en el marco de sus prejuicios supermachistas, no están del todo seguros de ella.

Aunque los homosexuales de los grados 6, 5 y 4 suelen sufrir más que los varones de los grados inferiores de homosexualidad, a menudo se truecan los papeles, sobre todo cuando el bisexual es casado. Según diversas encuestas y estudios, entre estos el libro *Les homosexuels* de M. Daniel y A. Baudry (ver Bibliografía al final del mío), muchos de los casados con tendencia homosexual

(de cualquiera de los 6 grados de la escala Kinsey) suelen sufrir mucho más que los homosexuales que permanecen solteros. Entre aquellos se da un hecho realmente curioso, y es que no pocos de ellos, siendo forzosamente activos con la esposa, optan a veces por el papel "pasivo" en sus contactos con otros varones, e incluso algunos de ellos son afeminados en la apariencia, como lo atestiguan Daniel y Baudry en su obra citada. Como contraparte a este hecho, muchos homosexuales del todo excluyentes son siempre "activos" en el coito rectal y la mayoría tienen aspecto totalmente varonil.

La homosexualidad es corriente en toda la gama social

Sobre la distribución de la homosexualidad en las diferentes clases sociales y en los diversos niveles de escolaridad, Kinsey y sus colaboradores hicieron un hallazgo insospechado hasta entonces aun entre las gentes más cultas, o precisamente entre estas. Antes de aquel Informe, se tenía a menudo la convicción de que la homosexualidad era exclusiva de artistas decadentes y refinados, de estetas, de escritores amanerados o de aristócratas excéntricos, un hábito de gentes aburguesadas. Esta errónea convicción de muchos letrados y semiletrados tuvo origen parcialmente en la trágica historia de Oscar Wilde, o fue reforzada por ella. Como lo sabe casi todo el mundo entre nosotros, este famoso escritor tuvo que pagar a fines del siglo pasado dos años de cárcel por sus amores con un hombre ya hecho. Wilde era precisamente un esteta, de gustos refinados, excéntrico, respetado y temido por la alta sociedad de Londres y conocido en casi todo el mundo occidental, y su amante pertenecía a la nobleza y era también poeta y refinado. La caída estrepitosa de Wilde constituyó por esto un escándalo mundial.

Por otra parte, los homosexuales letrados y semiletrados suelen muy a menudo citar los nombres de los homosexuales más famosos de la historia universal o local por un orgullo justificado para contrarrestar el desdén de los homófobos. Y ocurre que casi todos eran o son escritores, artistas, científicos, políticos, guerreros, príncipes o magnates, es decir hombres especiales, casi siempre muy cultos, muchos de ellos amigos del lujo y la buena vida y del disfrute desinhibido de su sensualidad en general, y no pocos entre ellos, estetas más o menos excéntricos.

Ahora bien, ocurre que la historia no se ocupa casi de ninguna otra clase de hombres que los enumerados, sean homosexuales o heterosexuales. En ella no se inscriben los nombres individuales de los trabajadores, de los artesanos, de los profesionales no creadores, ni siquiera de los ricachones que no tengan mucho poder político o militar. Es lógico por lo tanto que los homosexuales del montón permanezcan en el anonimato, en el mismo anonimato de los heterosexuales que no se destacan en forma personal. Es una injusticia de la historia, pero esa es la realidad.

Pues bien, el Informe Kinsey reveló, tal vez por primera vez en la historia y en la ciencia, que *las actividades homosexuales son muchísimo más frecuentes en las clases trabajadoras que entre los altos empleados y los profesionales, aun en términos proporcionales*. Igualmente es muchísimo más frecuente este tipo de actividad sexual entre las personas de mediana educación que entre los que cursan estudios universitarios. Concretamente y a manera de ejemplos, las actividades homosexuales son 11 veces más frecuentes, al menos entre los 15 años cumplidos y los 20 de edad, entre los futuros jornaleros que entre los futuros profesionales, y cinco veces más, también al menos en aquel lapso, entre quienes solamente cursan estudios de bachillerato que entre los que pasan por la universidad, aunque también son más frecuentes (como el doble) entre los que reciben educación secundaria que entre los que no alcanzan a ella. (Ver figura 105 y el capítulo 10 del Informe Kinsey sobre los varones).

Vale la pena destacar el segundo de estos ejemplos: la población universitaria, es decir la más cultivada, frecuente mucho menos las actividades homosexuales que la población que no pasa de la educación media. Este curioso hecho se debe a que, al menos en la década del 40 en Estados Unidos, muchos homófilos que llegaban a la universidad se retiraban mucho antes de graduarse a causa del desaliento y la depresión originados a su vez en la persecución externa y la interiorizada contra sus hábitos o tendencias; es la llamada "inestabilidad emocional", que no es la causa sino el efecto de la homosexualidad cuando esta es repudiada por el medio, y que no es común a todos los homófilos sino a los de formación moral más severa. Por otro lado, el estudio Kinsey constató que entre los universitarios es mucho mayor la incidencia de la masturbación solitaria que entre los varones que no llegan a la universidad.

Encuestas francesas, según Daniel y Baudry, mostraron que es mucho mayor el número de los homosexuales obreros que el de los empleados de oficina o los profesionales. Este hecho, al igual que el descubierto por Kinsey, no se debe a que el número de los trabajadores es obviamente mucho mayor que el de los altos empleados y profesionales; por eso dije antes: "aun en términos proporcionales". En efecto, el hallazgo kinseyano implica que, si se comparan por ejemplo cien jornaleros con cien profesionales, la conducta homosexual tiende a ser once veces más frecuente entre los primeros que entre los segundos. (Ver Cuadro 139, capítulo 21, del Informe Kinsey sobre los varones).

En conclusión, la conducta homosexual no es precisamente una excentricidad de artistas o estetas refinados o decadentes, sino un hábito que se encuentra en todos los niveles de escolaridad y prácticamente en todas las clases sociales. (Digo "prácticamente" porque Kinsey y su equipo no alcanzaron a estudiar bien los dos extremos de la gama social: las clases 0 y 1 —"dependientes de otros para su sustento" y "mundo del hampa"—, ni las clases 8 y 9 —"ejecutivos" y "sumamente ricos"; pero es obvio que aun

la suma de estas cuatro clases constituye una minoría muy reducida).

Así que la causa, o siquiera una de las causas, de la homosexualidad no es el buen gusto ni la estética, contra lo que creía o deseaba creer André Gide en su libro *Corydon*, o lo que piensan no pocos lectores de obras de estetas homosexuales. El esteta heterosexual no busca con menos entusiasmo la belleza en la mujer que el esteta homosexual excluyente en el varón; en cuanto al pederasta preponderantemente heterosexual, véase lo dicho unos diez párrafos atrás. Gide estaba convencido de que el sexo masculino era más bello que el femenino, tesis que sostiene en aquel libro con lujo de detalles; la tesis contraria, afirmada sin ningún distinguo, tampoco es realista: la hermosura no es privativa de ninguno de los dos sexos, sino que es diferente en cada uno de los dos y para cada contemplador o buscador de ella.

Yo llamo "*mito esteticista*" precisamente a aquella idea de que el buen gusto y la estética son los que llevan a un varón a ser homosexual excluyente, idea que pretende basarse en escritos reales o imaginarios de Wilde, Gide y otros estetas, y más remotamente en una interpretación errónea del "amor uranio" expuesto por Platón en *El banquete* (del cual amor se hablará en otro capítulo). El mito esteticista le ha ocasionado mal a la causa homosexual al dar una imagen falseada de la homosexualidad corriente, pero mucho mayor mal aún le ha acarreado el que yo llamaría "*mito elitista*", es decir la idea de que la conducta homosexual es propia y exclusiva de aristócratas o burgueses, idea que ha hecho carrera en los machistas países hoy gobernados por stalinistas. Lo que sí es innegable, en cuanto al esteticismo, es que muchos homosexuales tienen una sensibilidad refinada y buen gusto, pero no es esto lo que predomina en su orientación sexual; además, ellos son una minoría dentro de la minoría.

ESTUDIO DE LA HOMOSEXUALIDAD EN FUNCION DEL LENGUAJE

(Términos y conceptos)

Una forma de estudiar la homofilia, la bisexualidad y la homofobia es a través del lenguaje que las refleja. En seguida presento un glosario extenso con comentarios psicológicos y sociológicos donde trato de esclarecer la terminología respectiva, tanto la científica como la popular, pero advirtiéndole que no es solo un glosario sino un estudio, como dice el título, de aquellas realidades.

1. *Homosexualidad, homosexual.* A lo dicho en el Glosario Mínimo y en el capítulo I cabe añadir algunas observaciones. Estas palabras con la raíz "sex" no implican necesariamente la intervención de los órganos genitales, según el uso de la mayoría de los tratadistas. Una actividad homosexual puede ser solo psicológica, o también física no genital o pregenital (besos, abrazos, caricias). Algunos autores prefieren evitar estos vocablos con "sex" si no hay actividad genital propiamente dicha, y emplean otros de sentido más general, como "homoerotismo" y "homofilia". Para las actividades genitales con personas del mismo sexo, un científico acuñó los términos "homogenitalidad, homogenital" que no tuvieron ningún éxito.

El rechazo de las voces con "sex" para actividades no genitales no se justifica etimológicamente. "Sexo" viene del latín "sexus" que significaba simplemente los dos sectores o divisiones de una especie animal, el masculino o el femenino, y está emparentado con los términos castellanos "sección", "sector", "segar", "secante" (línea). Es cierto que hay ya la tendencia a llamar "sexo" a los órganos sexuales ("se tocó el sexo"), pero el sentido más general sigue siendo del todo válido. Lo que ocurre es que la sexofobia de nuestra cultura siente repugnancia y vergüenza por la palabra misma "sexo" y sus afines, por lo cual algunos las evitan.

2. *Heterosexualidad, heterosexual.* A lo que dije antes sobre estas dos voces conviene agregar, a título de curiosidad, que la razón por la cual muchos las confunden con bisexualidad y bisexual parece ser que las interpretan a partir del término muy conocido de "heterogéneo" que implica mezcla (mezcla de sexos) cuan-

do en realidad proceden del griego "héteros": el otro (con el otro sexo, con el opuesto).

3. *Bisexualidad, bisexual.* En biología se llama bisexual al ser vivo que tiene en sí mismo los órganos de ambos sexos, lo que en biología humana se denomina "hermafrodita". Kinsey, que antes de dedicarse a la sexología humana era biólogo en general, no gustaba del empleo del término "bisexual" para las personas que tienen relaciones eróticas con individuos de uno y otro sexo, pero hoy en día se ha impuesto aquel en este sentido, si bien algunos científicos han acuñado la voz "ambisexual" para evitar confusiones. Bisexualidad es también la diferenciación bipolar de los sexos en una misma especie animal, sentido que yo nunca uso.

4. *Hermafrodita, andrógino, intersexual.* Existen unos pocos, poquísimos seres humanos, ciertamente patológicos, que tienen en su mismo cuerpo las gónadas de ambos sexos, las del uno más desarrolladas que las del otro. Se les llama de tres maneras: "hermafroditas", voz derivada de Hermafrodito, hijo de los dioses Hermes y Afrodita; "andróginos", que viene del griego "anér-andrós": hombre, y "gyné-gynaicós": mujer (no confundir esta voz con "andrógeno" que significa hormona masculina); e "intersexuales" porque parecerían estar entre los dos sexos. *Los homosexuales, hombres o mujeres, no son hermafroditas ni andróginos ni intersexuales*, puesto que son personas perfectamente definidas en cuanto a su anatomía y fisiología sexuales. Es un error emplear dichas palabras para designar a las personas homosexuales, a menos que se haga en sentido metafórico o con intención insultante.

5. *Homosexualismo y homosexualidad.* Estos dos términos son sinónimos, pero de ordinario los científicos prefieren el segundo, aunque el primero sea el más usado en nuestro medio. Si bien se podría argüir que la forma en "dad" alude más a la tendencia homosexual realizada o no que a la conducta misma, y la forma en "ismo" a esta más bien que a aquella, tal distinción no tiene ninguna justificación desde el punto de vista lingüístico (por razones que no es del caso dilucidar aquí). De todos modos, ambas formas son correctas.

6. *Homeroetismo, homoerótico-a.* Vienen de las voces griegas "homós": el mismo y "eros-erotos": amor, pasión. Son sinónimos perfectos de "homosexualidad, homosexual", pero algunos autores las prefieren a estas últimas por la razón aludida (ver definición 1). Yo las uso a veces en este trabajo por variar un poco y en casos muy específicos para evitar un malentendido por parte de algunos lectores. Hay quienes prefieren las palabras con la raíz "erot" por otra razón un tanto académica, y es que "homosexual" es un término híbrido del griego y el latín (inventado solamente a fines del siglo pasado, precisamente por Benkert, un eminente médico húngaro).

7. *Homofilia, homófilo.* Vienen del griego "filia": amistad, o del verbo "fileo": amar con amor no sensual (aunque en griego

a veces se empleaba también para el amor sensual). El significado de aquellas palabras es todavía más amplio que el de las voces con "erot" ya que se extiende desde la mera amistad entre personas del mismo sexo hasta la conducta homosexual genital. Pero hoy en día se usan como sinónimos perfectos de "homosexualidad, homosexual". Por cierto que son palabras de moda hoy en día en Europa y Norteamérica (con pequeñas variantes según las distintas lenguas). Una razón para preferir "homófilo" a "homosexual", al menos en nuestros países, es que "homosexual" referido a personas se está convirtiendo en insulto. En este trabajo empleo las voces con "fil" por no repetir demasiado las de la raíz "sex" y en casos muy específicos para evitar malentendidos cuando quiero excluir la intervención de los órganos genitales (ver definición 1), aunque de ordinario prefiero circunloquios, como "actividades homosexuales no genitales o pregenitales". Nunca uso las palabras con "fil" para la simple amistad sin excitación erótica consciente o inconsciente. Algunos autores llaman también "homófilos" a los heterosexuales simpatizantes de la causa homosexual; yo nunca le doy este significado.

8. *Sodomía, sodomita, sodomítico*. Pocas personas emplean todavía estas palabras como sinónimos de las anteriores, y conviene dejar de hacerlo fuera del contexto histórico o religioso porque tienen una connotación mística de repudio y condenación, y porque no aluden exclusivamente a la homosexualidad: en efecto en la anticuada legislación de algunos países se denomina también "sodomía" al coito rectal heterosexual.

En la Edad Media y hasta fines del siglo XIX estas palabras eran los términos corrientes para la conducta homosexual ya que esta última voz no existía todavía (ver definición 6). Proceden del nombre de Sodoma, ciudad destruida por Yavé, el Dios de Abraham, como castigo por sus pecados. El texto bíblico (Génesis 18 y 19) no deja muy en claro la naturaleza exacta de estos y la interpretación dada por Jesús de Nazareth no incluye entre ellos la homosexualidad, como veremos en otro capítulo.

9. *Pederastia, pederasta*. Aunque pederastia se usa corrientemente como sinónimo de homosexualidad masculina, estrictamente se refiere a la relación erótica entre un hombre adulto y un varón adolescente. El adulto es el pederasta, del griego "paispaidós": niño, hijo, esclavo, y "erastés": amante. Aunque a veces el amado era un niño, de ordinario en la Grecia antigua era un muchacho que comenzaba a echar barba, un efebo, es decir un jovencito o adolescente. "Pedofilia" sí alude exclusivamente al amor físico o psíquico de un adulto por un niño propiamente dicho.

10. *Uranismo, uranista*. Son sinónimos de los dos anteriores pero constituyen palabras literarias. En *El Banquete* de Platón se llama "amor uranio" al relacionado con la diosa Afrodita Urania, hija de Urano: el Cielo. Es pues un amor "celeste" y se opone al "amor pandemio" o vulgar. Este último puede ser heterosexual u homosexual, dura lo que dure la belleza corporal de la persona

amada y mira más al cuerpo que a la psique, según Platón. En cambio, el amor uranio es necesariamente homosexual, dura toda la vida y se fija más en la mente que en el cuerpo, también según Platón. Era practicado por varones destacados con efebos a quienes les apuntaba ya la barba y hubieran dado pruebas de inteligencia, en palabras textuales. Más aún, estos jóvenes habían de ser "los más nobles y mejores, aunque sean más feos que otros", según palabras que Platón pone en labios de Pausanias, uno de los dialogantes. Era pues un amor refinado y elitista, el cual fue probablemente el que sirvió de base a Gide para llamar "amor griego" a la homosexualidad masculina, pero no puede servir de apoyo al que denominé antes "mito esteticista". Otro error común es el de creer que este amor expuesto por Platón fuera exclusivamente psicológico: también incluía actividades homosexuales físicas, aunque predominando siempre la psique. El adulto debía enseñarle al adolescente todas las virtudes, entre ellas la valentía incluso la de la lucha corporal en la milicia. "Uranismo" y "uranista" son palabras modernas derivadas evidentemente de ese "amor uranio", y usadas hoy por algunos escritores como sinónimos totales de "homosexualidad" y "homosexual".

Según se sabe por la historia y la literatura, el pederasta tenía esposa al mismo tiempo por lo general, y el efebo al crecer se casaba a su turno con una mujer, y si su amor por el primer hombre había terminado, buscaba a otro efebo para amarlo en la misma forma como él fue amado. Como se ve, estos "homosexuales" griegos eran realmente en su mayoría bisexuales. La pederastia era aceptada en general, y no simplemente tolerada, en todas las ciudades griegas, incluso en Esparta, como algo perfectamente correcto, natural, siempre que se evitaran los excesos, y desde luego se condenaba la pedofilia propiamente dicha y se ridiculizaba el afeminamiento desmedido.

11. *Afeminamiento, afeminado.* No son sinónimos de "homosexualidad, homosexual" si se toman en el sentido corriente alusivo a los movimientos del cuerpo, a la voz y a los gestos considerados femeninos en nuestra cultura, y no son sinónimos porque *no todo varón homosexual es afeminado ni todo afeminado es homosexual*: de hecho, los afeminados son solo un 15 o 20 por ciento de la población homosexual masculina, según estudios sociológicos. "Afeminamiento" y "afeminado" se usan a veces metafóricamente como sinónimos de "homosexualidad masculina" y "hombre homosexual" en general a causa de prejuicios supermachistas (de que hablaré más adelante), y hay quienes llaman "afeminado" a un varón heterosexual excluyente de porte viril si gusta de los perfumes y el lujo. En este trabajo empleo aquellos vocablos en el primer sentido, sin darles connotaciones de censura y como meras palabras descriptivas, a falta de términos plenamente inofensivos. El neologismo "feminizado" y sus derivados aluden primordialmente a actitudes psicológicas, sea que se traduzcan o no en el aspecto exterior del individuo.

12. *Transexualismo, transexual. El cambio de sexo.* Transe-

xual es la persona que tiene cruzados su sexo somático y su sexo psicológico. Un transexual masculino tiene cuerpo y órganos de varón pero se identifica a sí mismo como mujer y cree serlo. No es que simplemente quisiera ser mujer, como algunos afeminados corrientes, sino que está seguro de serlo y siente asco y repugnancia por sus genitales masculinos. Desde luego la inmensa mayoría de los varones homosexuales no son transexuales y están satisfechos plenamente con su anatomía de varones, ni desean cambiarla en absoluto.

El concepto de transexualismo no tiene la importancia que le dan algunos sexólogos porque en la práctica no existe un criterio muy objetivo que distinga en forma perfecta al transexual del varón extremadamente afeminado. Además parece ser que los transexuales son una ínfima minoría. Ese concepto tiene importancia solamente en lo relacionado con el cambio de sexo porque solo los transexuales verdaderos son aceptados por los médicos para practicarles dicho cambio, el cual consiste en intervenciones quirúrgicas complementadas con tratamientos a base de hormonas. Es un cambio imperfecto porque el que era varón somáticamente sigue careciendo de ovarios después de aquel, y la que era mujer continúa careciendo de verdadero pene y de testículos. Por lo mismo los transexuales, después del cambio, no pueden engendrar ni concebir hijos. Sin embargo la transformación tiene importancia desde el punto de vista de la función lúdica de la sexualidad puesto que la persona queda en condiciones de disfrutar del placer erótico con individuos del sexo psicológico opuesto, y deja de experimentar la aguda y dolorosa contradicción interna del transexual. Con todo, a veces el cambio produce traumas que pueden llevar a una situación psicológica peor, si la persona se siente defraudada en sus aspiraciones anteriores a la transformación. Conviene advertir que el cambio de sexo sí puede permitir la función reproductiva si el sujeto no era transexual sino propiamente hermafrodita.

Alzate sostiene que los transexuales no son homosexuales. Es cierto que ellos mismos niegan serlo, pero también es obvio que sí son homosexuales en el sentido somático, que es el único que cuenta para la ley y para la moral antihomosexuales. El llamado sexo psicológico o identidad sexual es algo intangible y no tan claro ni definido como el sexo somático, aunque no carece de importancia para la salud mental y la felicidad de la persona. De todos modos, repito, solo una ínfima minoría de los homosexuales desean el cambio de sexo somático: los demás sienten horror ante tal transformación o la miran con burla y desdén.

13. *Transvestista, travestista o travestista.* En castellano no existe acuerdo sobre la manera correcta de escribir o de pronunciar esta palabra, ni importa lo que diga o no diga al respecto la Academia de la Lengua porque sus fallos suelen ser meramente autoritarios y no científicos. Las tres grafías tienen justificación. La más conservadora ("transvestista") se basa en el prefijo latino "trans", pero este ha dado en el léxico popular castellano

diferentes resultados, omitiendo la mayoría de las veces la S o la N o ambas letras. Etimológicamente aquella palabra viene remotamente del italiano y carece tanto de la N como de la S. También en las formas francesa, inglesa y alemana, faltan estas dos letras ("travesti", "travesty" y "travestie", respectivamente). Del significado inicial en italiano, que era el de disfraz, llegó a significar en algunas lenguas parodia burlesca. El término francés "travesti" se ha reservado para el hombre que en el llamado teatro burlesco se viste de mujer y luego se deviste en público lentamente al ritmo de la música, imitando el "striptease" femenino. Aquel significado se ha ampliado para designar a toda persona que se viste con la ropa del sexo opuesto al suyo en cualquier lugar o circunstancia, aunque el travesti femenino específico es muy poco frecuente, sobre todo el de tipo burlesco.

En lo relativo a la homosexualidad, la mayoría de los travestistas masculinos son homosexuales, pero hay muchos heterosexuales con talento dramático que se divierten haciendo travestismo burlesco en público. Por lo tanto no todo travestista es homosexual y desde luego la inmensa mayoría de los homófilos no son travestistas en absoluto.

14. "De ambiente", "el ambiente". Estas palabras no son verdaderos sinónimos de "homosexual, homosexualidad", contra lo que creen la mayoría de los homófilos en nuestro país. En su mundo, ellas se han convertido en una especie de contraseña para identificar a las personas o los lugares que frecuentan. En el argot juvenil se ha llegado a acuñar el adjetivo "ambientoso-a". La verdad es que "ambiente" también se aplica al mundo social de los heterosexuales y que las prostitutas se refieren a su vida llamándola "el ambiente". Con todo, es posible que a la larga el significado de tales voces se especialice y limite al mundo homosexual. El caso es que "homosexual" sigue siendo para muchos un tecnicismo (hay quienes lo pronuncian con doble equis: "homosexual"), y por otra parte se está convirtiendo, como ya dije, en un insulto. Por esta razón, en el mundillo homófilo, cuando se desea averiguar si alguien es homosexual cuando hay indicios positivos, se prefiere preguntarle: "¿eres de ambiente?", pues se estima rudo o indelicado preguntarle: "¿eres homosexual?"; la vaguedad misma del vocablo permite una evasiva en los casos negativos. Lo que sí resulta una incongruencia es llamar "de ambiente" a los homófilos que jamás asisten a reuniones con sus colegas o que llevan una vida totalmente clandestina. Tampoco cuadra la expresión para personajes de un remoto pasado (como la loquita que se ufana de que Julio César "era de ambiente"...)

15. GAY, *el mundo gay* (pronunciado "guéi"). En inglés, "gay" significaba inicialmente y aún hoy significa "alegre, festivo, llamativo, libertino, calavera". Sin embargo, desde el siglo XVI, según Cory (en *El homosexual en Norteamérica*), la voz francesa "gaie" empezó a aludir a la homosexualidad. Con este sentido, según el mismo autor, se está usando la voz inglesa desde la década del 20, hasta generalizarse desde los años 40. Hoy en

día es la palabra favorita de los homófilos no solo en lengua inglesa sino en muchos de los idiomas europeos. En el mundo hispánico también se emplea "gay" entre personas de cierto nivel cultural. Es ciertamente un anglicismo, aunque de origen francés, pero en realidad no es una palabra tan ajena a las lenguas romances puesto que la voz francesa, que parece proceder remotamente, según opinión de Corominas, del latín "gaudium": gozo, tiene una hermana castellana, el adjetivo "gayo-a" ("alegre, vistoso") cuyo uso se remonta al año 1400 y es corriente en la frase "gaya ciencia".

Con todo, yo no gusto mucho del término "gay" como sinónimo de "homosexual" en general, porque me parece que en el fondo implica una ironía, ya que en un medio homofóbico el homosexual en general sufre tanto y en tantas formas que difícilmente se le puede llamar siempre "alegre", a menos que se use la palabra a manera de reto. Por su significado de "libertino" la voz "gay" no puede aplicársele sino a una ínfima minoría de homófilos y no se adecúa al homosexual retraído o frustrado y menos aún al que solo tiene la tendencia. Claro está que hay una razón profunda para el empleo del vocablo "gay" si se relaciona con "gozo" y es que las actividades homosexuales por no ser reproductivas se buscan para satisfacer la necesidad de placer (tan legítima como la de reproducirse) y así el homosexual es un "gozador" y no un reproductor. Pero el reproductor también es gozador, solo que puede sentir cierto grado de envidia por el gozador sin obligación con una prole, y así no es imposible que originalmente la voz francesa "gaie" fuera adaptada a esta acepción con intención crítica y aun peyorativa. No es nada probable que los homófilos de esa época tuvieran tanta conciencia de grupo y fueran tan afirmativos como para bautizarse a sí mismos con un término de connotaciones positivas. Así que las únicas ventajas del uso de este vocablo son su brevedad y sencillez y el hecho de que al menos hoy en día no tiene implicaciones peyorativas u ofensivas.

Esto último tiene mucha importancia. Todas las palabras populares para referirse al homófilo son despectivas, burlonas, insultantes, hirientes. No existe una sola que sea siquiera neutral o descriptiva. El tecnicismo "homosexual", al irse popularizando, ha ido tomando también carácter peyorativo, en parte por la ignorancia de los periodistas malos que creen que todo homosexual es afeminado y ostentoso y por lo tanto usan aquella palabra como sinónimo de "marica"; al no poder estampar este insulto en sus crónicas, usan "homosexual" como un título para ciertas figuras homófilas del hampa. En una crónica sobre la muerte violenta de un traficante sexual, dueño de una casa de citas para heterosexuales millonarios en cierta ciudad, a quien todo el mundo conocía como "el marisca Jaime", el cronista lo llamaba cada dos renglones "el homosexual Jaime", pese a que la noticia no tenía nada que ver con sus prácticas homoeróticas.

La homofobia de esos mismos periodistas malos los lleva a titular ciertas noticias sistemáticamente con el mote "homose-

xual" en letras rojas tamaño gigante siempre que se habla de un hombre de conducta homosexual, aunque los hechos narrados no tengan absolutamente nada que ver con dicha conducta, por ejemplo: "Dos homosexuales asesinan anciana para robarle"; pero si los asesinos son heterosexuales, que es lo más corriente, aquellos no titulan la crónica "Dos heterosexuales asesinan anciano para robarle", como sería lógico si el cronista no fuera homófobo, o mejor, si no buscara primordialmente acrecentar las ventas de la publicación, explotando así a los lectores, y desprestigiando implícitamente, hostilizando, acosando en forma injusta, a los homosexuales decentes que no le hacen mal a nadie, que son la inmensa mayoría. No obstante, es justo reconocer que los periódicos serios no incurren en este tipo de sensacionalismo irresponsable.

16. *El insulto "marica" y las implicaciones de su uso.* Casi nadie sabe el origen de esta palabra, que es simplemente un diminutivo de María, muy usado en el Siglo de Oro en poemas y canciones, desplazado ahora por "Mariíta". En inglés se le decía y se le dice "Mary" al afeminado, según Cory, al menos desde el siglo XVIII, aunque hoy es más corriente llamarlo "Nelly" o "Nancy". El afeminado y más aún el transexual desea parecer o ser mujer, pero aún así estos nombres femeninos le ofenden por el tono burlesco. "Marica" ya ha perdido por completo su relación con un nombre de mujer, tanto para los homófilos como para sus perseguidores. Y desde luego no es sinónimo de "homosexual masculino" porque alude propiamente al afeminado, y en Colombia al menos, al que hace el papel "pasivo". En muchas regiones se prefieren las formas masculinas "marico" y "maricón", que a menudo se emplean también para el "activo". "Mariquita" es a veces despectivo, otras cariñoso.

"Marica" se emplea en algunas regiones con el significado de "tonto, estúpido", de donde se ha formado "maricada" con el sentido de "estupidez". Este es un reflejo del machismo que cree que toda mujer es tonta y supone que el homosexual pasivo se convierte en mujer y por consiguiente en un tonto. Es claro que hay muchos homófilos afeminados de muy escasa capacidad intelectual, pero la inmensa mayoría de los homosexuales no son ni más ni menos inteligentes que la inmensa mayoría de los heterosexuales, entre los cuales también abundan los pobres de espíritu. La orientación y las técnicas sexuales no tienen nada que ver con la capacidad mental. Otro probable origen de esta injusta nominación es el hecho de que a veces el jovencito homosexual, atormentado interiormente por su sensación de rareza y sus frustraciones, muestra en la cara perplejidad y angustia, las cuales el observador superficial toma por simpleza, o bien su suavidad, tolerancia y pasividad general son interpretadas como señales de pobreza de espíritu.

De todos modos, esta acepción de dichos vocablos es clara muestra de la homofobia social y denota desprecio y prejuicios, como también puede revelar inseguridad por parte del hombre que los usa en sentido de "tonto" y "tontería", porque al mostrar

desprecio por los "maricas" está tratando de probar que él no lo es y apacigua así sus temores a que los demás duden de él en ese campo. También hay homosexuales que emplean aquellas voces con uno u otro sentido en forma obsesiva para despistar a sus interlocutores por si tienen sospechas sobre ellos; de este modo esos insultos forman parte de la máscara que la sociedad les obliga a llevar permanentemente. Algunos de aquellos los emplean porque son machistas y desprecian a sus compañeros "pasivos", o bien si ellos mismos desempeñan el papel receptivo, su machismo los impulsa a ocultarlo de este modo. Cuando el lector oiga a un hombre usar con demasiada frecuencia esos u otros insultos antihomosexuales, puede entrar a sospechar que se trata de un varón inseguro en este campo: el heterosexual seguro de su orientación erótica no siente la necesidad de probarle nada a nadie en este sentido; está tranquilo y no se siente amenazado sexualmente por los demás varones.

17. *Cacorro*. Este insulto soez parece exclusivo de Colombia pues no figura en ninguna clase de diccionarios. Señala al varón que penetra a otro varón y es vagamente sinónimo de "pederasta". No se conoce su etimología, pero parece venir de "caca" y del sufijo "orro" que es de origen celtibérico, según Lapesa, y significa "abundante en". La palabreja respondería así a la idea falsa pero difundida de que después del coito rectal el miembro sale siempre untado de residuos fecales. Pese a lo vulgar de este insulto, algunos homófilos "pasivos" lo hallan a veces menos hiriente que "marica" porque no cuestiona su virilidad; es esta una forma de machismo, la misma que les hace creer a los varones que las mujeres se sienten agradecidas cuando en son de elogio se les dice "varoniles" (la Biblia misma alaba la "virilidad" de ciertas mujeres).

18. *Perversión, pervertido-a*. Obviamente no son sinónimos de "homosexualidad, homosexual". Antiguamente, y aún hoy entre la gente no actualizada en terminología, se llamaba "perversiones" a todas las actividades sexuales distintas del coito vaginal reproductivo, o sea entre otras, a las siguientes: a) la pedicación, que es el coito rectal homo o heterosexual; b) la succión de los pechos femeninos; c) la felación ("fellatio"), o succión del pene o falo por una mujer u otro varón; d) la autogratificación o masturbación; e) el "cunnilingus" o "cunnilinctus" (no hay acuerdo sobre este nombre entre los tratadistas) que vulgarmente se conoce como "la miné" (o "minnette") y que puede ser hétero u homosexual; f) el "anilingus" ("anilinctus" según otros) o beso anal; g) la zoofilia ("bestialidad" la llamaban los moralistas) o contactos sexuales entre una persona y un animal; h) el beso en la boca, que por raro que parezca, también es estrictamente hablando una "perversidad" pues no conduce a la reproducción; etc. Estos actos de ordinario no perjudican de ninguna manera a los copartícipes, pese a que algunos de ellos, en circunstancias de desaseo, pueden resultar antihigiénicos. Por lo tanto, no son "perversos" en el sentido más general de este vocablo, es decir el de

moralmente malo, a menos que vayan acompañados de circunstancias lesivas para la persona.

Estos términos fueron empleados por científicos como Freud sin intención peyorativa deliberada, pero como “perverso” (en sus diversas variantes según las diferentes lenguas) significa “malo en grado sumo” en el uso popular, dichas palabras tienen una connotación moralista no científica. En latín “pervertere” significa “trastornar, desordenar, desviar”, etc., y lo que quiso decir Freud es que aquellas actividades se desviaban de la que él, moralista victoriano, consideraba la única función legítima de la sexualidad, la reproductiva, desconociendo la también legítima “función lúdica o erótica”. El mismo científico bautizó “perverso polimorfo” a todo niño en sus primeros años de vida porque satisface sus deseos de placer sensual o a veces su curiosidad exploratoria con cualquier parte de su cuerpo y sin importarle el sexo de las personas; y es obvio que no le atribuía ninguna especie de maldad moral a esa “perversión”.

La gente de escasa cultura le ha dado a “pervertido sexual” un significado moralizante y muy restringido hasta limitarlo casi a la homosexualidad y al sadismo criminal hétero u homosexual, cuando en realidad se aplica también a todo joven que se masturba a solas o al hombre enamorado que en un acto de ternura juega con los pechos de la amada empleando la boca, o a quienquiera que realice aquellos actos, incluso, como dije, el beso corriente. Es clara pues la inadecuación lingüística de estos términos con la raíz “pervers” o “pervert”. Por esto los científicos han acuñado otros menos ambiguos.

19. *Aberraciones, desviaciones.* Estas palabras, lo mismo que “aberrante” y “desviado-a”, se usan como sinónimos de las dos anteriores. Aunque no involucran un juicio moral, también implican que solo existe una “vía” legítima, ya que “aberrare” es salirse del camino (de “errare”: vagar, y de “ab” que da la idea de alejamiento), y “desviarse” es, obviamente, salirse de la vía; de la vía hacia la reproducción, en todos estos casos, incluso en el del beso y la masturbación.

El adjetivo “aberrante”, que se usa en castellano, según Corominas, desde 1918 solamente, se ha convertido en palabra de moda entre muchos periodistas, que le dan un sentido demasiado enfático que no tiene en absoluto pues significa simplemente “que se sale del camino” y no lo que ellos quieren decir: monstruoso, inconcebible, bárbaro, absurdo, delirante, intolerable, etc. En el fondo, es posible que se dejen llevar de una secreta homofobia ya que para muchos las “aberraciones” se reducen a la homosexualidad y al sadismo criminal.

20. *Parafilias, parafilico-a.* Son sinónimos de las palabras definidas bajo los numerales 18 y 19, pero son más científicos porque no tienen connotaciones moralizantes. Vienen del griego “fileo”: amar, o “filía”: amistad o amor, y de “para” que en griego da la idea de estar “a un lado” o “cerca”, por lo cual no implican salirse de un único camino posible o legítimo sino andar

por uno paralelo a este, una variante, pero no menos legítimo necesariamente, aunque no conduzca a la reproducción, pero sí al amor y al placer, tan necesarios como aquella otra finalidad de las actividades eróticas.

21. *Inversión, invertido*. Estos términos fueron acuñados por antiguos científicos como sinónimos de "homosexualidad, homosexual", pero hoy en día pocos estudiosos de la sexualidad los emplean como sinónimos perfectos. Actualmente se les da un significado restringido, el de identificación psicológica con el sexo opuesto, y así, en el caso de los varones, "invertido" es propiamente el hombre afeminado con tendencia homosexual y no se aplica correctamente al homófilo de porte y maneras varoniles, que son la gran mayoría. Sin embargo, algunos tratadistas, como el padre John McNeill, sistemáticamente llaman "invertidos" a los homosexuales que yo denomino "excluyentes", sean o no afeminados, activos o pasivos, y no lo hacen peyorativamente en absoluto, como se podría pensar, sino para distinguirlos de los que tales tratadistas designan "pervertidos", es decir todos aquellos individuos que siendo predominantemente heterosexuales, practican actividades homosexuales, los cuales, para dicho sacerdote, son censurables desde el punto de vista moral, mientras que los "invertidos", si actúan en el marco de relaciones interpersonales más o menos duraderas, o sea por amor, no ofenden a Dios. McNeill llama "auténticos homosexuales" solamente a los "invertidos". Sigue en general la línea de otro sacerdote, Herman van de Spijker, quien los designa "homótropos" (su tesis moral se verá más adelante). Las tesis de estos dos eclesiásticos, jesuita norteamericano el uno (McNeill) y capuchino holandés el otro, se hallan expuestas en los libros: *La Iglesia ante la homosexualidad*, del primero, y *La inclinación homosexual*, y *Homotropía: inclinación hacia el mismo sexo*, del segundo. Desde luego yo no comparto la terminología de estos dos expositores, por más admiración que me merezcan sus sabios trabajos.

22. *Algunos insultos* que se emplean en países hispanoamericanos fuera de los estudiados ya, se mencionan a título de mera curiosidad. Son ellos: el mejicano "joto": afeminado homosexual, y el argentino y uruguayo "puto", que según entiendo, no implica prostitución. De hecho, este último, lo mismo que su forma femenina, proceden, según el etimólogo Corominas, del latín "putus, puta" que significan simplemente "niño, niña". Entiendo que en el Ecuador y en el sur de Colombia llaman "bámbaro" al homosexual activo y "bambalina" al pasivo, y que en el Amazonas, se le dice "fresco" al homófilo. En otros lugares se emplea la palabra "sarasa". Antiguamente en castellano se llamaba "bardaje" al homosexual pasivo, voz tomada del árabe "barday" que significaba "mancebo, cautivo". De la palabra española, a través del francés, se llegó a una muy conocida de los antropólogos "berdache", nombre que los europeos en América daban al varón afeminado, transexual realmente, que en las tribus indígenas norteamericanas desempeñaba el papel de "esposa" regular de otro hombre,

y que tenía ciertas funciones rituales dentro de su religión. La palabra popular más corriente en español en la edad media y aún después, "bujarrón", merece mención especial:

23. *Bujarrón, y la relación entre sodomía y herejía.* Aquel vocablo, sinónimo de sodomita, tiene una etimología harto curiosa. Según Corominas, "bujarrón" viene de la palabra latina "bulgarus": habitante de Bulgaria, la cual pasó a usarse con el sentido de "hereje" como insulto contra los herejes en varios países en la edad media. Es bastante oscura la relación entre "hereje" ("bulgarus") y "sodomita". Parece basarse en el hecho de que los habitantes de Sodoma eran gentiles, paganos, para los descendientes de Abraham, o sea que no compartían la fe judía, lo cual es una manera de ser "hereje" (heterodoxo), merecedor del "castigo" divino, en especial el del fuego, el que se empleó, según el relato bíblico, para destruir la Pentápolis. Ahora bien, desde principios de la Edad Media, en la época del emperador Justiniano y aun mucho antes, la gente supersticiosa, incluido dicho monarca supuestamente letrado, sentía pavor de que se repitiera sobre ellos la lluvia de fuego y azufre u otros "castigos", como los terremotos, las inundaciones, las pestes, etc., si toleraban las prácticas atribuidas supuestamente a los primeros sodomitas. Más aún, creían que la verdadera causa de tales desastres públicos eran dichas prácticas. Para asegurarse contra este peligro de "venganza divina", optaron por quemar vivos a esos "herejes", como en efecto se hizo a todo lo largo de la Edad Media, en la hoguera pública, para escarmiento de las masas de "cristianos" que presenciaban el terrorífico espectáculo. Era una tergiversación increíble del principal mensaje del fundador de su religión, el del amor al prójimo, por la interpretación torcida de un pasaje bíblico, hecha posible por la ignorancia y los prejuicios machistas, no tanto de los jerarcas eclesiales como de los funcionarios civiles (tema que trata a fondo el citado libro de McNeill y que desarrollaré un poco en otra parte del mío).

24. *Falsos sinónimos de "homosexual".* Para terminar esta sección sobre los sinónimos de este término, hay una serie de vocablos que no lo son realmente pero que algunos, incluso personas cultas, tienen por tales. Doy algunos de ellos, pero sin definirlos, ya que su verdadero significado aparece en los buenos diccionarios: sibarita, dandy, pisaverde, señorito, lechuguino, glaxo, filipichín, petimetre, doncel y mancebo. Aunque varias de estas voces se pueden aplicar correctamente a ciertos homosexuales, cuadran también a muchos heterosexuales.

Clasificaciones principales de los homófilos

Las lenguas euroamericanas tienen en este punto un enorme vacío, reflejo indirecto del rechazo a la homosexualidad, el cual ha impedido que se estudien a fondo las variantes sociológicas de esta, por lo cual carecen aún de nombres precisos de valor científico. En cambio, abundan los insultos.

25. *Activos y pasivos.* Se le dice activo al que hace la penetración en la pedicación y pasivo al que la recibe. Estos términos no son muy adecuados porque el grado de actividad no depende tanto de ese aspecto como de otras circunstancias, sobre todo en la felación, en la cual desarrolla necesariamente mayor actividad el receptor que el otro. También porque en muchísimos casos es el llamado "pasivo" el que toma la iniciativa en la conquista erótica y el que dirige y dispone. Por lo demás, según estudios sociológicos al respecto, en la mayoría de los casos se alternan los dos papeles entre los dos copartícipes.

Tampoco conviene llamar "papel masculino" al de quien hace la penetración y "femenino" al de quien la recibe, lo uno porque con muchísima frecuencia el penetrador es afeminado y varonil el penetrado, y lo otro porque no deja de ser varón por ese mero hecho fisiológico el que es penetrado, ni se afemina o feminiza en absoluto, y el penetrador si es ya afeminado no se vuelve más "masculino". Los términos más adecuados serían precisamente estos que acabo de usar: penetrador y penetrado, pero ningún tratadista hasta ahora los ha prohiado. Por lo tanto, es inevitable seguir empleando los tradicionales: activo y pasivo, optando por calificar de "activo-pasivo" o bien "pasivo-activo" a todo aquel que alterna los dos papeles. ("Insertor" e "insertado" son vocablos empleados por algunos autores, pero el segundo se presta a equívocos en nuestra lengua, y es ridículo usar la forma francesa para este caso como lo hacen en inglés).

26. *Abiertos, cubiertos y latentes.* Esta clasificación alude a la actitud del homófilo hacia la sociedad. Son traducciones de voces extranjeras los dos primeros términos. El homosexual abierto, que coincide casi siempre con el que llamamos "declarado" o, en lenguaje popular "destapado", es el que no oculta su tendencia, aunque tampoco la proclame a todas horas. Vive su vida más o menos abiertamente, sin la hipocresía a que quiere obligarlo la sociedad, rehusa llevar puesta a toda hora la máscara, no miente, no se avergüenza de su modo de ser, natural para él. Por esta razón, a veces se le llama "desvergonzado" o "escandaloso", mientras a su colega el cubierto le dicen "discreto" los unos e "hipócrita" los otros. No hay escapatoria a la hostilidad social. Si al declarado o abierto le hacen la consabida pregunta: "¿por qué no te casas?" y responde con la verdad escueta, el interrogador se siente ofendido y disgustado por la "desvergüenza" de aquel. Por cierto que tal pregunta a un solterón, cuando no es una forma de sadismo, es de una ingenuidad y torpeza manifiestas porque es imposible que no se le haya ocurrido nunca a un solterón en nuestra sociedad la posibilidad de casarse; el interrogador cree que está sugiriendo una fórmula genial.

Los homófilos abiertos o declarados son una ínfima minoría aun en los países donde existen vigorosos movimientos de liberación homosexual, y prácticamente no existen en nuestro medio fuera de los afeminados ostentosos del hampa y uno que otro richachón exótico.

Los "cubiertos" (o "tapados") constituyen pues la casi totalidad de los homosexuales en una cultura homofóbica. Llevan su vida erótica, si es que la tienen, en la más absoluta clandestinidad, y cuidan su gran secreto en forma celosa en grado sumo, fingiendo ser heterosexuales, exhibiéndose a menudo con mujeres los varones o con varones las mujeres, inventando aventuras, haciendo chistes a costa de sus colegas o celebrando con exagerado entusiasmo los que oyen, usando un lenguaje antihomosexual insistente, a menudo persiguiendo y hasta delatando a otros homófilos, todo para poder ocultarse más efectivamente. Son llamados también "homosexuales vergonzantes", aunque muchos de ellos no sientan verdadera vergüenza ante sí mismos. Son las víctimas favoritas de los chantajistas. Claro que entre los cubiertos hay un gran número que jamás llegan a excesos como los de delatar a sus colegas, pero sí es corriente que les saquen el cuerpo y no se dejen ver con ellos en sitios públicos. Obviamente es la sociedad en últimas la culpable de este tipo de deslealtades y aun cobardías porque de no haber represión nadie se ocultaría, como nadie oculta la clase de alimentos que prefiere o los deportes que practica.

Hay en esto una homofobia fingida más o menos consciente y de tipo táctico. Pero se da también en muchos homófilos vergonzantes una homofobia más profunda e inconsciente. Es un conflicto entre la homofilia y los valores tradicionales que se le oponen, entre el deseo espontáneo y una serie de temores y sentimientos de culpabilidad; así que quieren y no quieren, y son al mismo tiempo homófilos y homófobos. Pero el conflicto es mucho más agudo en los homosexuales abstinentes por razones religiosas o por machismo. Entre los abstinentes hay muchos que hostilizan y persiguen activamente a los practicantes, en gran parte por envidia consciente o inconsciente. Claro que tales homófilos no son "homosexuales" en el sentido pleno del vocablo, pero sí en el sentido que nos interesa en este trabajo porque sufren y hacen sufrir. Yo diría que un 40 por ciento o más de la persecución activa y ensañada contra los homosexuales proviene de estos individuos reprimidos. La fuerza de esta represión interna se transforma por reacción en represión externa. Pero en últimas la culpa de las injusticias cometidas por los autorreprimidos recae en la homofobia colectiva milenaria de nuestra cultura machista, cuyas causas se analizan a fondo en el capítulo VII de este ensayo.

Los homosexuales latentes. Son realmente bisexuales que reprimen inconscientemente el componente homosexual de su impulso erótico. En los últimos años algunos psicólogos no freudianos niegan la existencia de una "homosexualidad latente" porque no se traduce en una conducta claramente observable. Pero es innegable que la tendencia inconsciente hacia el mismo sexo en muchos heterosexuales sale a flote ocasionalmente, en especial en la embriaguez avanzada, bajo los efectos de estupefacientes, en el delirio o en estado de sonambulismo.

Desde luego aquí no me refiero a la concepción psicoanalítica

original de la "homosexualidad latente", expresión que Freud acuñó con un significado harto extraño, el de "sumisión" de un varón ante otro en la interacción social sin implicaciones eróticas. Al emplear esta terminología, Freud, que no estudió a fondo la homosexualidad en general, se dejó llevar de sus prejuicios machistas al creer que el homosexual se feminiza en el contacto homoerótico de tipo "pasivo", lo cual ocurre solamente en un grupo numeroso pero no mayoritario de individuos.

También conviene hacer un paréntesis, antes de seguir con los latentes, para anotar que la clasificación de los homófilos en abiertos, cubiertos y latentes, no es muy rígida, ya que muchas personas se encuentran en los límites entre una categoría y otra, o en una época pertenecen a una de ellas y después a otra: hay latentes que se vuelven cubiertos o abiertos, abiertos que luego se cubren, y hasta cubiertos que se despojan de la máscara. Y desde luego son muchos los que fueron bisexuales en su juventud y por una u otra razón abandonaron después el componente homosexual de su vida erótica (lo que impropriamente llaman "curación" cuando es simplemente, en la mayoría de los casos, una adaptación social debida a las presiones de la cultura antihomosexual, posible solamente para los bisexuales pero no para los homosexuales del todo excluyentes).

27. *Los donjuanes.* Por extraño que parezca, son bisexuales con el componente homosexual latente. Hablo de los donjuanes propiamente dichos y no de todo varón heterosexual promiscuo, el mujeriego o "putaño", el gozador o libertino sexual. El verdadero donjuán, estudiado por los científicos, es un hombre que conquista el amor (y no meramente busca el placer) de muchas mujeres una tras otra, sin poderlas amar de verdad; después de cada victoria, larga y difícil, que culmina con la "posesión", queda totalmente insatisfecho y se ve obligado a volver a comenzar con otra mujer, solo para tener que repetir la misma historia una y otra vez, con una y otra mujer. Es un hombre trágico realmente, pese a las apariencias, un típico Sísifo que casi al llegar a la cima con la roca a la espalda, la ve rodar a sus pies y vuelve a emprender el duro ascenso solamente para que se repita la historia indefinidamente. Según Gregorio Marañón, el verdadero donjuán, en el fondo, busca en cada mujer nada menos que a su propio padre, sin darse cuenta por supuesto, por un complicado proceso psicológico. O sea que es un homosexual latente, e incluso, por paradójico que parezca, un tanto "femenino". No garantizo, sin embargo, esta teoría del sabio español, que presento más a título de curiosidad que como una tesis segura.

Para terminar con los latentes en general, cabe anotar que muchos de ellos son homófobos violentos, que en casos extremos llegan incluso a la agresión física al homosexual reconocido: en la embriaguez avanzada, un hombre que no se considera a sí mismo homosexual ataca a puños, hiere gravemente y hasta puede matar a un homófilo, sin motivo aparente, como resultado de su agudo conflicto inconsciente entre la homofilia y la homofobia. Por iro-

nias de la vida, algunos de estos homófobos terminan convirtiéndose en homosexuales practicantes.

28. *La ausencia de una palabra como reflejo de una enorme injusticia.* Ya que hemos visto la existencia de todo un arsenal de vocablos insultantes para el homosexual, no sobra hacer una digresión sobre la ausencia de una palabra para designar un tipo de conducta sexual que comporta una injusticia enorme. Es la del hombre que enamora a una mujer virgen en son de noviazgo, la posee, la embaraza, y cuando nace la criatura, no la reconoce y la abandona hasta que se convierte esta en un hampón o en una meretriz, mientras que su madre soltera se ve obligada casi siempre a entregarse a la prostitución. Dicho hombre está al abrigo de todo insulto; al contrario, se le dice "macho", "verraco", "todo un hombre", en son de elogio.

Y sin embargo, "300.000 niños de padre desconocido nacen cada año en Colombia", casi mil diarios, según palabras aparecidas en *El Tiempo* (febrero 11 de 1979) y atribuidas al famoso penalista Horacio Gómez Aristizábal, autor de varios libros. Que calcule el lector consciente el número y la magnitud de tragedias íntimas que esa cifra representa. Y mientras a los autores de tales "hazañas de virilidad" no se les puede señalar con ninguna palabra insultante específica, hay decenas de vocablos hirientes no solo para el homosexual sino aun para el muchacho que se masturba a solas. Esta ausencia lexical demuestra la injusticia de los valores morales de una sociedad que se precia de "cristiana", pero que en el fondo está dominada por un machismo inhumano que oprime a la mujer y al homosexual inocuo. No es que yo abogue por la creación de nuevos insultos; simplemente puntualizo la inequidad de nuestro lenguaje, el mismo que ha convertido en el mayor de los insultos posibles el que señala a la mujer aquella ("hijo de p."), que en la mayoría de los casos no tiene la culpa, como no la tiene en absoluto el hijo de sus entrañas.

29. *Homosexuales criminales y homosexuales inocuos.* Para terminar las clasificaciones que nos interesan por ahora de los homófilos, hay que distinguir entre los criminales homosexuales y los homosexuales inocuos. Los primeros son una ínfima minoría dentro de la minoría, paralela a la de los heterosexuales criminales en su conducta sexual social. Según estudios al respecto, la tasa de criminalidad no es mayor entre los homosexualmente inclinados que entre los de tendencia heterosexual. La orientación sexual no tiene nada que ver con la conducta social de tipo delictivo. La homosexualidad que se defiende en este trabajo es la que llamo familiarmente "decente", la de la persona sin instintos criminales, o sea la que no va acompañada de los llamados "agravantes", como la violencia física o moral, el engaño, la seducción de niños, la prostitución con intermediarios y otras conductas lesivas a las personas. Sin esos factores delictivos, el comportamiento homosexual es inocuo porque no hace daño a nadie en ninguna forma, no perjudica a la sociedad ni a los individuos. La prensa sensacionalista da la falsa impresión de que los homófilos son todos delincuentes pues

son precisamente estos los que hacen noticia, cuando la realidad es que por lo menos el 95 por ciento de los homosexuales jamás cometen actos criminales en su actividad sexual. Es el homófilo del hampa el que ocupa un lugar en la crónica roja de los periódicos, a menudo empujado al delito por el mismo rechazo violento de la sociedad a su manera de ser natural.

30. *Androcracia, falocracia, patriarcado, machismo.* Al definir la terminología de este trabajo, hay que fijar el significado de estas palabras y de sus derivadas: "androcrático, falocrático, patriarcal, machista". Esta serie de vocablos pueden darse por prácticamente sinónimos entre sí, pese a leves matices diferenciales. "Machismo" tiene el inconveniente de prestarse a malentendidos pues muchos lo toman por sinónimo de machía o de virilidad, cuando en realidad señala un sistema de valores que atribuye al varón superioridad total sobre la mujer y derecho a dominarla omnímodamente. "Patriarcado" resulta una voz ambigua porque muchos no la entienden en su sentido antropológico sino en el bíblico. Significa "mando del padre" o sea un sistema políticosocial que otorga a los padres varones el total dominio sobre su esposa e hijos, convertidos en propiedad privada de aquellos, si bien en tiempos relativamente recientes el patriarcado ha suavizado un poco su tiranía. En el sentido bíblico, "patriarca" tiene el mismo significado antropológico básico, pero se le añaden connotaciones de benevolencia, sencillez, respetabilidad y carácter especialmente virtuoso, como en la frase "es todo un patriarca", connotaciones realmente ausentes en general en los patriarcas primitivos, semitas o no, que realmente eran unos tiranos absolutos. No debe confundirse "patriarcal" con "paternal" (bondadoso), por lo cual a veces prefiero decir "patriarcalista" y "patriarcalismo". "Androcracia" es en realidad el mejor de los sinónimos aludidos, pese a ser un término muy poco conocido, aunque ya registrado en diccionarios populares. Viene del griego "anér-andrós": varón, y "crateo": dominar, mandar. "Falocracia" es sinónimo perfecto del anterior y significa "mandar con el falo" (pene). Esta voz resulta un poco cruda para la mentalidad erotofóbica, si bien es rigurosamente exacta en cuanto que en el patriarcado se sobrevalora el pene y se subestima a la mujer precisamente por carecer de él. Por muchos milenios se creyó que el nacimiento de los niños era obra del padre más bien que de la madre, ya que a esta se la tenía por un mero recipiente de la semilla (semen) del varón, la cual era devuelta a este como propiedad de él. El hecho de que el varón puede engendrar centenares de hijos por año mientras que la mujer solo puede dar a luz uno solo cada nueve o diez meses dio al varón una ventaja enorme sobre la mujer y lo llevó a tiranizar a esta. Lo contrario de la androcracia es la ginecocracia o matriarcado, que según muchos antropólogos fue el sistema social original (temas este y los anteriores que se abordarán a fondo en el capítulo VII).

En este trabajo no propugno el regreso al patriarcado, por supuesto, sino cuestiono el sistema andocrático y abogo por la igualdad total de los dos sexos, aunque solo marginalmente pues el

presente ensayo no tiene ambiciones de tipo sociopolítico. Simplemente estudio en él el origen más remoto de la antihomosexualidad, de la persecución a los homosexuales. Esta se basa en último término en un sistema de ideas irracionales o prejuicios que a su vez derivan de la androcracia convertida en tabúes psicológicos, en especial de la absurda polarización de los estereotipos "varonil" y "femenino". La práctica de la androcracia extrema a lo largo de muchos milenios (entre cinco y diez, según los varios tratadistas) afectó la psicología de la mujer hasta convertirla, en la mayoría de los casos, en un ser "débil", "inferior", que no lo es por naturaleza. La gran mayoría de las diferencias psicológicas entre el hombre y la mujer son de origen cultural y no biológico, son forjadas por el medio y por la educación en el hogar; y por lo mismo son reversibles, aunque para esto se necesitará una revolución ideológica y práctica de muchos siglos (si no milenios), la cual apenas está comenzando.

Aquellas diferencias psicológicas entre los dos sexos son tenidas por dogmas infalibles a causa del androcentrismo de nuestra cultura patriarcalista. Nuestra cultura está centrada en el varón y desdeña a la mujer como un ser "inferior" por naturaleza a aquel. El enfoque sexista de la realidad social ha deshumanizado al ser humano al polarizar todos los valores de este en función del sexo anatómico. Se ha tendido casi siempre a ver al ser humano únicamente como varón y hembra, sin darle mayor importancia a lo que los une, la persona humana. El lenguaje refleja ese sexismo y el machismo lo invadió en forma tiránica: "hombre" (lo mismo que el griego "ánthropos" y el latín "homo") es el nombre de toda la especie pero al mismo tiempo es sinónimo de varón. Solo en los últimos tiempos se está empleando la frase "ser humano" ("los humanos"), cuya pobreza significativa es evidente, y "persona" tiene todavía, en la corriente profunda del lenguaje, la connotación original de "máscara", de algo postizo, inauténtico.

Los estereotipos "femenino" y "varonil" reflejan la tiranía del varón sobre la mujer pues al segundo se asignan casi todos los valores morales positivos, las cualidades, y al primero, casi todos los defectos. El varón, reacio a aceptar la igualdad de la persona humana, no tolera que se le "feminice" en ninguna forma, y desprecia y ridiculiza todo lo "femenino". Es esta la razón más profunda del rechazo a la homosexualidad, la de los varones, que es la única que ha preocupado de veras a nuestra cultura "cristiana". Se ha creído durante varios milenios que el varón se convierte en "femenino" al ser penetrado por otro varón, lo cual es absolutamente falso en la inmensa mayoría de los casos. Pero aun en los casos minoritarios, el varón "afeminado" o "feminizado" en sus contactos sexuales con otros varones, no lo es sino en mínima medida, y aún así merece el respeto de todo ser humano si con tales contactos no hace ningún daño a nadie, como es el caso de la inmensa mayoría de los homosexuales, del 95 por ciento a que he aludido antes. Ese ser aparentemente convertido en "mujer" sigue siendo una persona humana y conserva toda la dignidad inherente

a esta. Si la sociedad respetara a la mujer como igual al hombre, debería respetar también a aquel varón "feminizado" como igualmente digno que la mujer y que el varón "varonil". Es el temor atávico del varón a perder su abusivo dominio sobre la mujer el que lo lleva a tiranizar al varón que aparentemente se pasa al lado de la dominada. Es pues la falocracia la raíz última del repudio a la homosexualidad masculina. En el capítulo VII veremos que la androcracia tiene un origen económico, el mismo de la propiedad privada hereditaria, la cual no puede subsistir sino mediante la monogamia estricta, y esta se siente erróneamente amenazada por las actividades sexuales extramaritales, entre estas las homosexuales. La estrechez mental debida a los prejuicios machistas no ha encontrado hasta ahora una fórmula inteligente de asimilar a los homosexuales, de integrarlos al sistema, y ha recurrido durante milenios a la fórmula inhumana de negar y desconocer la realidad natural de la homosexualidad y de reprimir brutalmente a los homosexuales. Esto en nuestra cultura judeocristiana, porque otras culturas machistas han resuelto de otra manera el problema, como veremos más adelante.

31. *Cultura cristiana.* Como remate a este capítulo sobre terminología, debo definir lo que entiendo por "cultura cristiana", una expresión frecuente en este ensayo. No me refiero siempre a la religión cristiana misma, sino aludo con frecuencia a ideas, tradiciones, leyes y costumbres de origen presuntamente cristiano. En Europa y Norteamérica hay millones y millones de agnósticos y ateos que conservan la tabla de valores éticos supuestamente cristianos, al menos en lo teórico y a nivel de prejuicios, y en parte basándose en tales prejuicios, aunque inconscientemente casi siempre, condenan y persiguen la homosexualidad. Por paradójico que parezca, el "cristianismo" se hizo eco de la androcracia, y la Iglesia de Cristo incorporó en su ideología, en su culto y más aún en su moral, casi todos los valores machistas y patriarcalistas. Incluso en las naciones socialistas de tradición cristiana, pese a la declarada ideología materialista de sus gobernantes, siguen vigentes en la práctica los viejos valores "cristianos" en este campo, obrando en la forma dicha: como prejuicios, si bien los gobernantes (stalinistas casi todos) se rigen realmente por los valores androcraáticos puros y respaldan fanáticamente el sistema monogámico, pese a su origen económico aludido, por lo cual reprimen mucho más brutalmente que en las naciones burguesas toda forma de homosexualidad.

A veces empleo la frase "cultura judeocristiana", pero más a menudo omito el componente "judeo" para evitar dar la falsa impresión de antisemitismo y por otras razones, entre estas que el judaísmo no es tan sexofóbico ni tan antihomosexual como creen quienes tergiversan los textos bíblicos antiguos, ni tanto como el "cristianismo". A menudo empleo entre comillas esta palabra y sus afines porque Jesús en los evangelios jamás se pronunció contra la homosexualidad (como veremos a espacio en el capítulo VI), y porque siendo el amor al prójimo su principal mensaje, resulta

una traición a este el odio con que muchos líderes “cristianos” a lo largo de muchos siglos han perseguido y siguen persiguiendo no solo la homosexualidad sino a las personas homosexuales. Desde luego hago mi crítica desde fuera de la Iglesia y como agnóstico. En efecto, no pertenezco a ninguna de las iglesias que se dicen cristianas ni estoy afiliado a ninguna de las religiones organizadas. Con todo, soy cristiano en cuanto a que hago eco al mensaje de amor de Jesús y venero su figura humana. Si toco a fondo el tema religioso cristiano en todo este trabajo es solo porque escribo para lectores cristianos, auténticos o no, aunque también para posibles agnósticos o ateos que pueden ignorar la culpa del “cristianismo” en los sufrimientos psicológicos de muchos millones de homófilos a lo largo de la historia, e incluso en su exterminio durante la edad media.

CAUSAS DE LA HOMOSEXUALIDAD: ASPECTO TEORICO

¿Por qué o cómo una persona nace o se vuelve homosexual? Esta pregunta no obtuvo respuestas serias durante muchos siglos y solo en los últimos tiempos se está tratando de responder en forma científica. En la edad media eran corrientes dos curiosas teorías religiosas: una pretendía que la tendencia hacia el mismo sexo se debía a un error cometido por un agente de Dios poco después de la concepción al infundir una alma de mujer a un cuerpo de varón (la homosexualidad en la mujer no parecía importarle mucho a nadie); y la otra sostenía que el homosexual era un ser poseído por el demonio, en el sentido literal: un demonio residía en él y lo incitaba a pecar con otros varones.

Antes de ver las teorías científicas, menciono a mero título de curiosidad otra no científica, la astrológica, que no ha sido demostrada racionalmente. Se dice que ciertas configuraciones planetarias, figuras geométricas formadas entre sí por el Sol, la Luna y los planetas en el momento del nacimiento, expresan la tendencia homoerótica del individuo o bien influyen para que la sienta. Se dice que hay dos signos zodiacales, Cáncer y Acuario, cuyos nativos son más propensos a la condición homosexual que los de los otros diez signos, lo cual no significa que todos los cancerianos y acuarianos lleguen a ser homosexuales necesariamente sino si se dan ciertas posiciones de planetas en determinadas casas del zodiaco y ciertos "aspectos". También se dice que los escorpiónicos tienden a ser bisexuales. Un estudio estadístico amplio y ambicioso podría eventualmente demostrar la falsedad o la verdad de tales aseveraciones, hasta ahora gratuitas en cuanto a la metodología científica, pero aún en el segundo caso, todavía quedaría sin respuesta la inquietud sobre la causa última de tales hechos.

Viniendo a las teorías científicas, expongo en seguida cuatro de ellas: dos sobre el origen somático o físico de la homosexualidad: la genética y la endocrinológica, y dos sobre su origen psicológico o mental: la o las teorías psicoanalíticas o freudianas, y la de la psicología experimental y el conductismo. A las dos primeras de las cuatro dedico muy poco espacio porque están descartadas por ahora por la gran mayoría de los investigadores como no demostradas aún. A las teorías de origen freudiano consagro un poco mayor atención, dada su popularidad en nuestro país, donde la teoría experimentalista es prácticamente desconocida aún fuera de

los medios universitarios, pese a ser la favorita hoy en día entre los psicólogos actualizados, especialmente en Norteamérica. A esta cuarta teoría dedico la mayor parte del capítulo, ya que, además, es la que más me convence personalmente, aunque sin descartar del todo las hipótesis genéticas: no es improbable una combinación de causas (concausas).

A. Teoría genética

Desde hace varias décadas la ciencia ha tratado de explicar el origen de la homosexualidad por factores constitucionales hereditarios o genéticos. Lang y otros investigadores sostuvieron la teoría de que la predisposición a desear eróticamente a personas del mismo sexo se hallaría en los genes mismos del homosexual, en su código genético, como se dice. Esta tesis no ha podido ser demostrada aún en forma satisfactoria, y es rechazada hoy en día por los científicos en general, por ejemplo por Pare de un lado y por Money de otro. Este demostró que los hermafroditas propiamente dichos se orientan sexualmente hacia el sexo que se les atribuyó en la niñez y no necesariamente hacia el sexo somático que predomina en ellos. O sea que en general, los factores ambientales son los realmente decisivos, aun en el caso de que hubiera una predisposición de tipo genético. La simple observación muestra que los homosexuales casi siempre tienen ascendientes heterosexuales y que entre aquellos que se casan y tienen descendencia esta es heterosexual casi siempre; si bien algunos homosexuales tienen ocasionalmente hermanos, tíos o ascendientes también homófilos, esto se explica más fácilmente con las teorías psicológicas: un ambiente familiar semejante tiende a producir resultados semejantes.

Sin embargo, Kallman trabajó con una serie de parejas de gemelos homosexuales, tanto monocigóticos con heterocigóticos, y construyó una hipótesis genética similar a la de Lang, la cual, con todo, no ha convencido aún a la mayoría de los investigadores por demostración insuficiente, según síntesis de West.

No obstante, como la genética es una ciencia relativamente nueva, es posible que en el futuro se descubra una explicación genética de la homosexualidad plenamente convincente. De todos modos, si tenemos en cuenta el continuo heterosexual-homosexual de Kinsey y el hecho de que muchas personas son bisexuales en mayor o menor grado, los posibles descubrimientos tal vez se limiten a señalar predisposiciones preferenciales, al menos para todas aquellas personas que no son monosexuales del todo excluyentes, si bien no es imposible que resuelvan finalmente la cuestión total de la orientación erótica. Es increíble que si los genes influyen en asuntos como la escogencia de profesión, no tengan nada que ver con algo más fundamental aún, como es el tipo de vida sexual.

Emparentada con la interpretación genética se halla la concepción de que el homosexual tenga quizás una constitución física distinta de la del heterosexual. Tal concepción carece de apoyo se-

rio. Ciertamente es que muchos varones tienen caderas más bien amplias, espaldas estrechas y/o pechos abultados, pero entre ellos hay proporcionalmente tantos heterosexuales como homosexuales, lo mismo que la muy escasa o muy abundante vello en el varón no tiene ninguna relación con su orientación sexual. La inmensa mayoría de los varones homosexuales tienen caderas, espaldas, pecho y barba varoniles. Fuera de los afeminados en el aspecto, es imposible distinguir a simple vista a un homosexual de un heterosexual, así sea en un examen médico. Los homófilos muy expertos y sagaces aseguran poder hacer tal distinción, pero se equivocan con frecuencia y cuando aciertan se basan realmente en levisimos gestos inconscientes de origen cultural y no de orden somático.

B. Teoría endocrinológica

Aunque prácticamente descartada, al menos en las formas en que se ha presentado hasta ahora, la teoría de las hormonas es la más popular en Colombia entre la gente culta no especializada en cuestiones sexuales. Se sabe que en la sangre de todo ser humano circulan hormonas "masculinas" y "femeninas", aunque predominan las primeras en los varones y las otras en las mujeres. Las hormonas están relacionadas con las características sexuales secundarias: los andrógenos con la vello en abundancia, la voz gruesa, el pecho casi plano, y los estrógenos con la ausencia de barba, la voz delgada, los pechos abultados, pero hasta ahora nadie ha podido demostrar que las hormonas en el adulto tengan nada que ver con su orientación sexual, contra lo que pretende la vieja teoría hormonal o endocrinológica. Algunos científicos suponían que la conducta homosexual obedecía tal vez a un desequilibrio hormonal o a una insuficiencia de hormonas masculinas en el varón o femeninas en la mujer. Se han hecho numerosos estudios al respecto, pero la gran mayoría de ellos, según resumen de Alzate en su obra citada, han mostrado que no hay diferencia significativa entre homosexuales y heterosexuales en cuanto a los andrógenos en la orina. En general, los investigadores han descartado la teoría hormonal.

La popularidad de esta se debe en parte a que en los "cambios" de sexo por cirugía se siguen tratamientos con hormonas, pero las que se administran al paciente son las del sexo somático ambicionado y no las del real. Si aquel era hermafrodita propiamente dicho, las hormonas simplemente contribuyen a definir el más desarrollado de los dos sexos somáticos de tal persona. No poca gente culta en nuestros países cree que basta administrarles hormonas masculinas al varón homosexual para que deje de interesarse sexualmente en otros varones, pero este es un mayúsculo error, ya que la ciencia ha comprobado hasta la saciedad que en tales casos el único efecto es que se acrecienta el deseo sexual del individuo por otros hombres, sin que su orientación cambie en absoluto hacia las mujeres. Si se le administran hormonas femeninas a un varón heterosexual excluyente, se reduce su apetito sexual pero de

ninguna manera adquiere la tendencia homoerótica. Dígase lo mismo de las mujeres, hétero u homosexuales, "mutatis mutandis".

El único dato relativamente serio sobre las hormonas en este contexto es la hipótesis de uno o varios investigadores actuales de que las hormonas en el feto podrían quizás influir de algún modo en la futura orientación homo o heterosexual de la persona, pero esta hipótesis, a la que alude borrosamente Alzate en su obra citada, resulta de difícil demostración hoy por hoy. Y todavía mucho más indemostrable por ahora es la fantástica especulación, consignada también por Alzate, de que posiblemente los factores endocrinos faciliten el aprendizaje hétero u homosexual. Con todo, no es imposible que, siendo también la endocrinología una ciencia poco desarrollada aún, descubra en el futuro alguna clase de secreciones internas que influyan de alguna manera en la orientación hacia uno u otro sexo o hacia ambos.

C. Teoría psicoanalítica

Freud, el fundador del psicoanálisis, llegó a afirmar que todos los niños desean eróticamente a su madre y sienten rivalidad y odio por su padre, todo lo cual ocurre en una edad no definida ni igual para todos, pero que oscila entre los dos años y medio y los seis. Los deseos eróticos del niño, por ser incestuosos le producen intensos sentimientos de culpa, y estos junto con sus celos por el otro de sus padres, van acompañados de un fuerte temor a ser castigado con la castración, futura en los varoncitos y retrospectiva en las niñas. Este "conjunto" de sentimientos contradictorios constituye el Complejo de Edipo (el "positivo", pues también se da uno "negativo", como veremos).

Dicho complejo provoca en el niño serios sufrimientos psicológicos, un conflicto interno. Para salir de esta dolorosa situación, el niño hace un gran esfuerzo, en parte para abandonar sus deseos incestuosos y en parte para reprimirlos, con lo que envía los sentimientos torturantes al llamado inconsciente (subconsciente), donde quedan olvidados casi para siempre. Luego, en la pubertad, reaparecen parcialmente y el niño "normal" logra reemplazar a la madre por otra mujer, mientras que el "anormal" no lo consigue pues no quiere o no puede someterse a la realidad, y entonces puede ser que traspase su afecto a una persona de su mismo sexo en un complicado proceso dinámico.

Freud afirmó que todo niño es sexualmente indiferenciado (bisexual) durante las llamadas etapas oral y anal (en la oral el niño deriva placer sensual de la succión del pecho materno, y en la anal, de la defecación y la retención de las heces). En cambio, en la etapa siguiente, la fálica (que coincide con el inicio del complejo de Edipo y en la que el niño deriva placer sensual del manoseo y excitación del falo, y la niña, del clítoris), ya el niño (según queda implícito en el planteamiento original freudiano) no actúa como bisexual sino como heterosexual puesto que desea a una persona del sexo opuesto, la madre.

De este modo, Freud, queriéndolo o no, se sometía a la filosofía antigua y medieval en lo relativo a los instintos, la cual trataba de explicar los fenómenos de la biología y de la psicología, no mediante la experimentación científica sino con especulaciones más o menos imaginativas. (Vayan dos ejemplos: Aristóteles explicaba la diferencia de sexo de los recién nacidos diciendo que el masculino se relacionaba con un viento áspero del norte y el femenino con uno húmedo del sur. Ya en pleno siglo de las luces, Schopenhauer afirmaba que la barba en los varones tenía por finalidad poder ocultar los cambios de expresión facial ante el adversario. . .) La filosofía, ante las señales de inteligencia y memoria de los animales irracionales, postulaba un "instinto" misterioso, porque suponía, sin mucha modestia, que el único animal dotado de inteligencia tenía que ser el hombre (el varón precisamente, ya que prácticamente todos los filósofos, con excepción de John Stuart Mill, han sido androcárnicos recalcitrantes, y la mayoría, misóginos o insatisfechos sexuales).

La noción de instinto abarcaba también aquellos hechos biológicos o psicológicos que no pudieran explicarse por las "facultades mentales". Uno de aquellos instintos era el sexual, que se postulaba como una fuerza ciega, automática e irresistible hacia personas del sexo opuesto exclusivamente. En terminología moderna, los filósofos creían que todo ser humano era instintivamente heterosexual. Freud, que cuestionó tantas ideas medievales, respetó la del instinto heterosexual, aunque con cierta ambigüedad, dado que postuló una bisexualidad inicial, como queda dicho, pero implícitamente la negó para la etapa fálica, incurriendo en una curiosa contradicción puesto que el niño varón, durante ella, es heterosexual al desear eróticamente a la madre, mientras que la niña es homosexual, toda vez que es también a la madre a la que ella desea. El llamado "Complejo de Electra" en las niñas no procede de Freud ni es tenido en cuenta por sus continuadores ortodoxos.

Aunque muchos psicoanalistas posteriores rectificaron a Freud en este punto, en la clase media intelectual hicieron carrera la implícita noción freudiana de la monosexualidad en la etapa fálica y la del instinto exclusivamente heterosexual en el varón, paralelas a la tesis científica, pero involuntariamente moralista, también de Freud, de que la homosexualidad es una perversión y una anomalía. Digo que estas nociones hicieron carrera porque el lector corriente que lee las obras de Freud no tiene acceso a la farragosa y abundantísima literatura psicoanalítica posterior, y así, Freud, quisiera o no, sigue contribuyendo a la consolidación del mito de que la homosexualidad aun por sí misma es una enfermedad, pese a que muchos de sus discípulos lo niegan de plano hoy en día. (Freud mismo, en su "Carta a una madre norteamericana", dijo claramente que la homosexualidad no es una enfermedad sino una variante de la sexualidad, pero esta aseveración contradice otros escritos suyos mucho más formales).

El Complejo de Edipo negativo

Hasta aquí se ha hablado del Complejo de Edipo positivo, el planteado originalmente por Freud en 1900. Posteriormente el psicoanálisis descubrió "el Complejo de Edipo negativo", el cual consiste en que, en ciertas circunstancias, el niño o la niña desea eróticamente al padre de su mismo sexo y siente celos y odio por el del sexo opuesto, o sea que adopta una posición psicológicamente homosexual. Los psicoanalistas ortodoxos encontraron luego que *este complejo negativo u homosexual era corriente en todos los niños, varones o mujeres, enfermos o sanos, y más aún, que coexistía con el positivo*, aunque uno de los dos finalmente prevalecía en intensidad sobre el otro. (Véanse al respecto las obras: *Psicología dinámica*, del eminente psiquiatra Camilo Arango Jaramillo, y *Teorías freudianas de la personalidad*, de J. E. Mack y otros). Esta tesis de la coexistencia de los complejos positivo y negativo de Edipo no contradice del todo a Freud pues este estableció como un hecho científico la llamada "ambivalencia": la coexistencia en el niño de sentimientos libidinales de amor y odio por ambos padres. (Este tema del Edipo Negativo se ampliará al puro final de este capítulo).

Viniendo ya a *la resolución del Complejo edípico* en la adolescencia, el psicoanálisis en general sostiene que los jóvenes que no consiguen sustituir a la madre por otra mujer, dado que conservan obstinadamente su fijación en aquella, siguen atormentados por los sentimientos de culpa incestuosa hacia la madre y de hostilidad hacia el padre, y dejan sin resolver el conflicto, o lo que es lo mismo, lo resuelven mal, en una de tres formas: a) unos se vuelven impotentes, en un proceso inconsciente, para no tener que realizar ninguna clase de actos sexuales con otra persona, ya que estos los llenarían de sentimientos de culpa, vergüenza y temor al castigo; b) otros no pueden cohabitar sino con prostitutas, porque estas, al ser consideradas por ellos como mujeres envilecidas, no se parecen a su madre; y c) los del tercer grupo se enamoran de personas de su mismo sexo.

Esta solución homosexual del conflicto se hace posible en virtud del Complejo negativo de Edipo, pero es una solución inadecuada (afirma el psicoanálisis tradicional) porque la persona conserva los sentimientos contradictorios de dicho Complejo, sobre todo el de culpa, y es así un neurótico. En la solución homosexual del Edipo entra también el narcisismo, concebido por Freud. El homosexual es (según este) un enamorado de sí mismo y de su propio cuerpo, y se ve reflejado como en un espejo en personas de su mismo sexo. Las actividades homosexuales físicas, a su vez, son interpretadas por el psicoanálisis como fijaciones o regresiones a las etapas infantiles: la pedicación pasiva, a la anal, y la felación, a la oral.

Hay otras dos explicaciones psicoanalíticas de la homosexualidad, de la masculina. La más conocida es la de la identificación del hijo varón con la madre, una mujer dulce, tierna, víctima del es-

poso brutal, duro, tiránico; el hijo se rebela contra esta tiranía machista y en vez de imitar al padre, trata de parecerse a la madre en todo, y se vuelve pasivo, delicado, suave, y enamorado como ella de los varones, precisamente de los duros y agresivos. Este homosexual resulta feminizado a veces hasta en el porte y en los movimientos y suele ser pasivo en la pedicación; además idolatra a la madre como al ser más perfecto, el único realmente, de todo el universo. Esta aplicación psicoanalítica es mucho más conocida que la siguiente por cuanto los varones homosexuales afeminados son los más visibles, aunque sean minoría.

La otra explicación es la de la madre castradora, una mujer varonil, enérgica, nada afectuosa con su hijo, y figura dominante en el hogar, ya que su esposo es blandengue, bonachón, pasivo, o bien ha desaparecido por muerte o por otras razones. El hijo varón se siente rechazado por ella en el plano afectivo y no puede más tarde sentir interés erótico en otras mujeres, como si estuviera castrado (para la reproducción, desde luego). Sin embargo, es de aspecto varonil ordinariamente y sumamente masculino en todas sus actitudes. Este tipo de homosexual es incomprendido por el anterior, dado su desamor a la madre, a quien no idolatra, aunque puede que sí respete y admire.

Lo malo de estas dos explicaciones psicoanalíticas, a más de parecer contradictorias entre sí (quizás no lo sean realmente), es que muchos varones exclusivamente heterosexuales también han tenido padre brutal y madre dulcísima, o bien padre blandengue o ausente y madre castradora, y sin embargo, este tipo de educación en la niñez no ha influido en su orientación sexual posterior de ninguna manera (al menos aparente).

En cuanto a la teoría edípica, cabe formular varias preguntas (que no tienen respuestas claras, precisas ni seguras, hasta donde llega mi información sobre el psicoanálisis: 1) ¿por qué en unos individuos prevalece finalmente el Edipo positivo y en otros el negativo? 2) ¿Por qué unos hombres resuelven el Complejo y otros no, o lo resuelven patológicamente? 3) ¿Por qué unos, los "normales", se someten a la realidad, y otros, los "perversos", se rebelan contra ella? 4) ¿Por qué hay tantos adultos indiscutiblemente bisexuales? 5) ¿Por qué hay millares, y quizás millones, de homosexuales que no son neuróticos en grado notable, y otros millares que lo son en la misma medida que la mayoría de los heterosexuales excluyentes? 6) ¿Por qué hay tantísimos heterosexuales narcisistas en grado sumo, hombres y mujeres, que sin embargo emplean como espejo a personas del sexo opuesto?

D. Teoría de la psicología experimental

Esta ciencia es tan nueva que es casi desconocida en nuestro País fuera del ámbito universitario. Por esta razón, es inevitable exponer algunos de sus principales fundamentos antes de aplicarlos al tema que nos ocupa. Aunque tuvo precursores en el siglo pasado,

como Weber, Fechner y Wundt, y otros en el presente, como Pavlov y Watson, solo a mediados del siglo XX se ha desarrollado esta ciencia, en especial en una de sus ramas, la psicología del aprendizaje, aunque dista mucho de haber llegado aún a su plenitud; sus principales investigadores y exponentes, en dicha especialidad, han sido Skinner, Hull, Thorndike y Miller.

La psicología del aprendizaje de orientación conductista forma parte, por otro lado, de las llamadas ciencias del comportamiento o conducta, conocidas también como "behaviorismo" o "conductismo". Esta palabra asusta a algunos porque piensan al punto en las técnicas conductistas, que se han empleado a veces para manipular a la gente en cárceles, manicomios, fábricas, etc., a fin de modificar su conducta en forma abusiva, con choques eléctricos, castigos, recompensas materiales, etc. Pero el uso inmoral de los principios del conductismo no invalida a este, como la química no deja de ser válida porque algunos la empleen para destruir y arruinar. También el nombre de Skinner despierta hostilidad a veces porque este científico, saliéndose de su campo, escribió dos obras de temas sociopolíticos que provocaron rechazo tanto de la izquierda como de la extrema derecha. En mi trabajo me atengo a sus hallazgos psicológicos exclusivamente, y por cierto no solo a los de él, ya que Skinner no es el conductismo sino uno de sus creadores. También me baso en científicos del comportamiento como el equipo Kinsey, Wainwright Churchill, Ford y Beach (*Patrones de conducta sexual*), Frumkin (*Enciclopedia de la conducta sexual*), Maier y Schneirla (*Principios de psicología animal*), y otros. Por algunos aspectos tengo en cuenta la obra de West, y me he servido igualmente de un trabajo excelente de un psicólogo colombiano, Rubén Ardila (*Psicología del aprendizaje*), que magistralmente pone al alcance del lector no especializado las líneas generales de esta ciencia.

I. Aprendizaje y conducta

El significado corriente de "aprendizaje" difiere del sentido técnico de esta palabra: modificación relativamente permanente del comportamiento debida a ciertas experiencias. Es pues un cambio, pero no en el sentido de sustitución: el que aprende a nadar no deja por ello de caminar. "Comportamiento" y "conducta" (que son sinónimos perfectos entre sí) no aluden a la moral necesariamente, y así por ejemplo, el "comportamiento verbal" es el resultado de la adquisición de conocimientos mediante el lenguaje. En psicología, el aprendizaje no presupone necesariamente enseñanza por parte de otra persona: un individuo puede aprender por sí mismo, v. gr. a gustar de ciertos alimentos.

El aprendizaje más común resulta de la asociación o conexión entre un estímulo y una respuesta: a la vista de una manzana se da la salivación como señal de deseo de comerla; el placer al hacerlo una o varias veces refuerza aquella conexión y se establece así un hábito más o menos permanente, un condicionamiento.

Antes de explicar en detalle las afirmaciones anteriores, que son más complejas de lo que parecería, cabe hacer una enunciación muy general por ahora de la teoría de la psicología experimental. Esta sostiene que *tanto el comportamiento homosexual como el heterosexual tienen por causa el aprendizaje, y por consiguiente la conducta heterosexual no es innata, no es resultado de un instinto específicamente heterosexual*. Ambas conductas son hábitos aprendidos en forma natural, como resultado de determinadas experiencias que dependen a su vez de las circunstancias específicas del niño en su desarrollo en el ambiente familiar. Ordinariamente estos condicionamientos sexuales no son enseñados propiamente por nadie, sino que son fruto de autoaprendizaje, y casi siempre se producen en los 5 primeros años de vida, aunque en su forma no genital todavía.

La psicología experimental ha descubierto, por medio de la observación metodológica, que todo mamífero y todo ser humano tiene la capacidad fisiológica, es decir natural, de dar respuesta positiva a todo estímulo sexual suficiente del sexo opuesto, de su propio sexo o de ambos. Tal respuesta positiva acompañada del refuerzo (noción que definiré más adelante) origina el comportamiento heterosexual, el homosexual o el bisexual. Todo ser humano pues puede condicionarse naturalmente en cualquiera de estas direcciones u orientaciones sexuales.

El conductismo sostiene que la mayoría de las conductas humanas, sexuales o de otra clase, son aprendidas y no innatas, o sea que no dependen siempre de determinado instinto. Ya vimos que la noción de instinto arranca de la filosofía antigua y medieval y se basa en la especulación imaginativa y no en la experimentación científica metodológica. Los instintos servían para explicar provisionalmente lo que todavía no tenía explicación racional. La ciencia hoy reconoce la existencia de muy pocos instintos verdaderos en los seres humanos, y hay científicos que hasta niegan de plano la noción misma de instinto, entendido como fuerza ciega, irresistible y automática. Sin embargo, los psicólogos experimentalistas no niegan la existencia de una fuerza o impulso sexual, y la mayoría aceptan que se siga llamando instinto, pero parece que ningún psicólogo científico (distinto de los antiguos psicoanalistas) admite ya la existencia de un instinto heterosexual en el sentido que le daba Freud, o sea que todo ser humano por naturaleza tendía forzosamente a desear el coito con personas del sexo opuesto. Los científicos actuales sostienen que el instinto sexual es indiscriminado (lo mismo que creía Freud para las etapas oral y anal), y que es el aprendizaje el que establece, en la mayoría de los individuos, la orientación hacia uno de los dos sexos específicamente. El tal instinto consiste simplemente en una tensión que exige una descarga, que en el hombre adulto se da en la eyaculación, sin importar a dónde va a parar el semen.

Estos hallazgos fueron fruto de una larga y paciente serie de experimentos realizados en animales y en seres humanos con téc-

nicas y métodos sumamente rigurosos, sin saltar fácilmente a conclusiones, y mediante toda clase de controles. En cambio, el psicoanálisis tradicional se basaba más que todo en historias clínicas de pacientes interpretadas en forma especulativa y fantástica.

II. Condicionamiento sexual humano: principios generales

Todo condicionamiento, sexual o no, obedece a tres leyes principales: la prioridad, la intensidad y la proximidad en el tiempo, o sea que las experiencias primeras, las más intensas y las más frescas en la memoria son las más eficaces en la consolidación de un comportamiento habitual. En el condicionamiento sexual humano, estas tres leyes obran así: a) los primeros episodios hétero u homosexuales, no necesariamente genitales, son más efectivos que episodios posteriores; b) entre dos episodios, uno homosexual y otro heterosexual, el que produjo la mayor excitación y satisfacción es más influyente en la formación del hábito que el otro; y c) los episodios más recientes influyen más que los más alejados en el tiempo, salvo que estos hayan sido los primeros de todos y los más gratificantes. Estas leyes explican por qué entre dos varones que aprendieron de niños tanto la conducta homoerótica como la heteroerótica, uno llega a ser heterosexual y el otro homosexual (aunque el proceso mismo necesita una explicación minuciosa, que daré luego).

La ley de la intensidad está relacionada con el refuerzo. Para precisar la noción de este, hay que mencionar que hay dos clases de condicionamiento: el clásico, debido a Pavlov, y el operante, a Skinner y Thorndike. No viene al caso compararlos para establecer la diferencia entre ellos, que es muy compleja; baste decir que el condicionamiento clásico (el de los reflejos condicionados) da poca importancia al refuerzo y es poco frecuente en las conductas humanas si se le compara con el operante. Este se llama así porque la persona o animal hace una operación si se le premia con algo que satisfaga necesidades primarias suyas: este premio es el refuerzo. El caso más sencillo es el del ratoncito de laboratorio que aprende a empujar cierta palanca (operación) si después de hacerlo se le premia con una bolita de comida; al principio acciona la palanca por casualidad en busca de alimento (necesidad primaria), y luego con la repetición de la operación y del refuerzo se establece en su organismo, en las neuronas, una asociación estímulo-respuesta, que constituye un comportamiento o conducta. El estímulo es el alimento, la respuesta es la operación, y el refuerzo es el placer de satisfacer el hambre. El animal queda condicionado o habituado a realizar esa operación, y no otra, si se le sigue dando el refuerzo; pero si este se suprime, aquel seguirá por un tiempo produciendo la respuesta, mas luego la olvidará, y quedará descondicionado.

Aplicando estos principios generales al condicionamiento sexual humano, el estímulo es el cuerpo o partes del cuerpo de la

otra persona o de uno mismo, la operación o respuesta es cualquier acto erótico, desde la masturbación o el beso hasta el coito, la cual incluye una tensión y una descarga, y el refuerzo es el placer resultante, que, en la persona adulta, si se da intervención de órganos genitales, consiste en el orgasmo, meta de toda actividad realmente sexual.

Lo contrario del refuerzo se llama castigo, o refuerzo negativo. En el laboratorio, consiste en una descarga eléctrica que recibe el ratoncito cada vez que realiza una conducta que el experimentador quiere suprimir. En el ser humano, el castigo puede ser desde una paliza, un regaño o una burla, hasta un simple gesto de desaprobación. Con el castigo y su repetición, la persona o el animal aprende un comportamiento de aversión o evitación, una conducta aversiva o evitativa, es decir un descondicionamiento o desaprendizaje. Por ejemplo, si cada vez que un niño se toca los órganos sexuales se le regaña o se le pega, aprende a evitar el tocamiento y a creer que el sexo es algo malo: en su organismo se establece una conexión entre el estímulo aversivo (castigo) y la respuesta prohibida (el tocamiento). Este descondicionamiento es poco duradero ordinariamente, pero casi siempre deja en el fondo de la mente un sentimiento permanente de vergüenza, asco o miedo por los genitales, el cual sentimiento es un tipo de conducta, aversiva en este caso. De análogo modo, como veremos, se aprenden las conductas de aversión hacia el sexo opuesto o hacia el propio, después de un condicionamiento inicial hacia ambos sexos, que es casi general en los primeros años de vida en forma genital aún. Sin embargo, según Thorndike y otros psicólogos, parece que el efecto del refuerzo negativo o castigo es menos duradero que el del refuerzo positivo o premio. Se diría (y es mi opinión) que el ser humano busca más gozar del placer que evitar el dolor.

Finalmente, hay una característica de todo aprendizaje o condicionamiento tan conocida que casi resulta obvia: la repetición. Repetir un acto placentero fortalece el hábito o conducta, y si un acto se realiza con muy poca frecuencia, el hábito puede perder fuerza (dependiendo de las tres leyes vistas antes, por supuesto) y hasta llegar a extinguirse. Sin embargo, los psicólogos dicen que todavía la ciencia no sabe exactamente por qué se olvidan o extinguen las conductas. A veces se da también un falso olvido o una falsa extinción: por ejemplo, un hombre casado que en el pasado tuvo satisfacciones homosexuales mucho más placenteras e intensas que las heterosexuales y que cree que ha dejado de ser homoerótico puede tener la sorpresa, tarde o temprano, de que reaparezca con gran fuerza la conducta homosexual aparentemente extinguida. El caso contrario ocurre también de vez en cuando. La gente ignorante en este campo llama "degeneración" al primer caso y "curación" al segundo, cuando en realidad se trata simplemente de la reaparición de un antiguo condicionamiento falsamente olvidado.

III. Mecanismos del condicionamiento homosexual, heterosexual y homofóbico

En el condicionamiento sexual humano intervienen tres clases de aprendizaje: el no-verbal, que puede ser tanto personal como imitativo, y el verbal. Veámoslos detalladamente en ese mismo orden. En cuarto lugar veremos la genitalización.

a) Aprendizaje personal

La psicología experimental ha estudiado lo que en inglés llaman "imprinting", palabra que traducen diversamente por "impresión", "acuñamiento" y "modelado", y que es el aprendizaje básico sexual tanto en los animales como en los seres humanos. En este proceso interviene el llamado "objeto", que en el caso humano es casi siempre una persona, el cual produce una "impresión" indeleble en el organismo joven (niño, polluelo, cachorro); este se acerca al objeto impresor y queda ligado a él en forma tal que altera su comportamiento en el futuro en cuanto que buscará y seguirá a un objeto sexual parecido al impresor original. El objeto impresor es de ordinario la madre, pero puede ser cualquiera otra persona (o animal) que actúe en el llamado "período crítico", o sea en la más temprana edad. (Cf. Ardila, ob. cit.).

Concretándonos a los seres humanos, aquel acercamiento podría describirse así. El niño en los primeros años siente impulsos eróticos vagos que le producen tensión, la cual él descarga vagamente también chupando, mordiendo, tocando o excitando diversas partes de su cuerpo y de otras personas. El niño varón experimenta a veces erecciones del pene al contacto con las manos de quien lo baña o asea, erecciones que por supuesto no tienen siempre un sentido erótico propiamente dicho, pero sí sensual en cuanto que denotan una satisfacción táctil, que es un tipo de refuerzo vago, como he dicho, que irá adquiriendo poco a poco un contenido más preciso de actividad corporal placentera, es decir erótico, mediante la llamada "erotización" de los contactos. El niño va aprendiendo a sentir esta clase de placer al excitarse las partes del cuerpo llamadas erógenas: los órganos sexuales, la boca y la zona anal, por medio de tocamientos y roces realizados por las personas que le rodean o por sí mismo: en los labios y la boca por la succión, los besos, etc.; en la zona anal por la defecación placentera y la retención de las heces; y en los genitales por los roces ya dichos del aseo y por los del juego consigo mismo o con otras personas, niños casi siempre. Las constantes prohibiciones de casi todas estas actividades por sus padres o los comentarios que sobre ellas oye a su alrededor van haciendo que el niño les otorgue poco a poco a las zonas erógenas un valor muy especial, es decir que se sensibilicen eróticamente. Esta erotización es un aprendizaje sexual no genital aún (por no darse penetración del falo en los orificios corporales): el niño aprende a excitarlas intencionalmente en busca de placer y este placer obra como re-

fuerzo hacia la consolidación del hábito respectivo. De donde resulta una conducta erótica propiamente dicha, que en las primeras etapas toma como forma predominante la masturbación o auto-gratificación, conducta que sin embargo, casi todo varón conserva toda la vida (como sustituto, ocasional casi siempre, de los contactos interpersonales), mientras que la mujer adulta, por lo menos en nuestra cultura, la frecuenta mucho menos.

Pero también el niño va aprendiendo un tipo de conducta erótica interpersonal, repito que no genital todavía por regla general, con las muchas personas de uno y otro sexo que le rodean diariamente, no solo parientes próximos sino también servidumbre, vecinos, visitantes, etc. Casi todas aquellas se interesan en el niño pequeño, de uno u otro sexo, y le muestran cariño con besos, abrazos, caricias, y tocamientos y roces de varias clases, según las normas tácitas de cada región. Tales contactos obran en el niño como estímulos, a los que él da respuesta con contactos iguales o semejantes a los que recibe. Las respuestas van acompañadas de sonrisas y muestras de alegría, que denotan la satisfacción, o sea el refuerzo de este aprendizaje, que es ciertamente erótico, en el sentido dicho (pregenital). El niño pues va quedando condicionado sexualmente, en forma heterosexual si aquellas personas que le muestran afecto físico son del otro sexo, u homosexual si pertenecen al suyo; pero *casi en la totalidad de los casos, aquellas personas son de uno y otro sexo, y así la conducta resultante de este aprendizaje erótico es la bisexual*. Solo más tarde mediante el aprendizaje aversivo, se vuelve monosexual para la mayoría de las gentes en nuestra cultura monosexual (excluyente).

En los siglos anteriores al XX, cuando la psicología se limitaba a la mera especulación fantasiosa de los filósofos ("psicología racional") sin estudiar la realidad tangible, los hechos, se creía que el niño era asexual ("un angelito"), pero tanto el psicoanálisis como la psicología experimental dan como un hecho científico la existencia de la sexualidad infantil. Sin embargo, el amor del niño por las personas que le rodean no tiene por qué llamarse "impuro" ni "puro", "carnal" ni "espiritual": es simplemente un amor total, "de cuerpo y alma"; a su edad, desconoce aún esas diferencias, que no son biológicas ni naturales sino culturales, aprendidas, y así manifiesta su afecto total con contactos corporales, los cuales obviamente están limitados por su desarrollo. No teniendo aún madurez biológica suficiente, carece de "capacidad fisiológica" para los contactos genitales propiamente dichos (con penetración); aquella viene a darse en la pubertad. Pero su conducta sexual infantil pregenital lo predispone para el aprendizaje genital, el cual se obtiene en la misma dirección de aquella, o sea hacia los dos sexos ordinariamente, a menos que se haya producido antes de la adolescencia un condicionamiento de aversión hacia uno de ellos. El camino de la hétero y la homosexualidad queda trazado desde la niñez. Claro está que por mecanismos que la ciencia no ha identificado aún, los adultos olvidan casi siempre la historia sexual de su infancia, como en general la

de todo su desarrollo psicológico, en cuanto al proceso completo y pormenorizado, si bien el psicoanálisis tiene al respecto la teoría de la represión de los recuerdos.

Entrando a detallar un poco más la tesis del aprendizaje sexual en la infancia, cabe hacer algunas observaciones. Una es que las personas que rodean al niño no siempre aceptan las muestras físicas de cariño que este trata de darles, sino que algunas de ellas lo rechazan siempre o algunas veces. Es el caso de la "madre castradora" de que habla el psicoanálisis, una mujer dura que repele las caricias del niño varón por considerarlas "zalame-rías", o incluso lo regaña o le pega por ellas. Este repudio es un tipo de "castigo" y puede producir un aprendizaje de aversión o evitación, una heterofobia (miedo o asco al sexo opuesto), la cual podría impulsar al niño hacia la homofilia. Este aprendizaje aversivo hacia el sexo opuesto puede ser provocado también por otras mujeres distintas de la madre, como hermanas, tías, primas, nodrizas, etc. El caso contrario es frecuente también: el niño varón puede ser rechazado sistemáticamente por su padre u otros varones de su entorno, lo que contribuye a la formación de una conducta antihomosexual, aunque, por una extraña razón que explicaré luego, ese rechazo a veces fomenta la homosexualidad precisamente, de modo paradójico: es el caso del padre brutal que vimos al hablar de las teorías psicoanalíticas.

En los procesos de aprendizaje intervienen otros dos mecanismos psicológicos: la generalización y la discriminación. El primero, en la práctica, consiste en que si el niño es aceptado por una mujer, él tiende a generalizar su respuesta a todas las mujeres. Y lo mismo ocurre con el rechazo. Y si personas de ambos sexos lo aceptan, el niño generalizará una respuesta bisexual. La discriminación consiste en que si las personas de un sexo aceptan los avances eróticos del niño y las del otro los rechazan, el niño aprenderá una conducta erótica discriminatoria: responderá positivamente a uno de los sexos y negativamente al otro, lo que podrá inducir un comportamiento sexual excluyente, monosexual. Claro que en estos procesos intervienen también los aprendizajes imitativo y verbal (que luego veremos). Por lo demás, una conducta sexual infantil no se estabiliza sino después de una serie de alternativas y contradicciones. Por ejemplo si una misma persona responde a los avances eróticos del niño unas veces con la aceptación y otras con el rechazo, o bien responde positivamente a una clase de avances y negativamente a otros, el niño se confunde y teme, está inseguro y vacilante, hasta que a la larga adopta una actitud más o menos firme y clara, en la mayoría de los casos, según una serie de variables.

Otra observación pertinente es que a veces un niño se condiciona homosexualmente a pesar de ser rechazado sistemáticamente en el plano erótico por el padre de su mismo sexo. Es el caso que vimos del niño feminizado, hijo de un padre brutal y opresor y de una madre dulcísima (el machote rudo y la mártir), y también el de la niña "masculinizada", hija de este mismo tipo

de pareja. El papá rechaza enfáticamente toda clase de muestras físicas de afecto que trata de darle el niño varón, y sin embargo, este se interesa eróticamente en aquel y por generalización en todos los varones. Hay dos explicaciones para esta paradoja. Siguiendo los principios del conductismo, esta situación se entendería así: ese papá, meses o años antes, había dado frecuentes muestras físicas de afecto al niño porque era tan pequeñito que aquel no lo consideraba todavía varón ni hembra, y luego empezó a retirar toda señal de cariño a causa de sus prejuicios androcráticos. El niño, por una especie de obstinación y tenacidad debidas tal vez a factores constitucionales, no acepta este cambio de actitud de su padre y se aferra a su conducta homoerótica previa. En cuanto a su heterofobia, podría explicarse por alguna clase de aprendizaje de aversión al sexo opuesto, la cual fortalecería aquella obstinación en su homofilia: renunciar a ambos sexos llevaría al niño, en el plano erótico, a quedarse solo, limitándose a la autogratisfacción masturbatoria.

La otra explicación no se relaciona directamente con la psicología del aprendizaje sino hasta cierto punto con una variante del psicoanálisis. Se halla expuesta en obras de autores europeos, sobre todo de la doctora Anneli Taube, conocidas por mí indirectamente, en síntesis y referencias hechas por diversos tratadistas. Lo esencial de tal explicación es que aquel tipo de niño feminizado tiene una sensibilidad intelectual especial que en forma de intuición lo lleva a comprender, ya no de modo inconsciente sino consciente, que su padre oprime y humilla a su madre, que esta se le somete mansamente, y sobre todo que hay allí una injusticia enorme; entonces él se rebela contra las actitudes de ambos padres y las rechaza en un gesto revolucionario, contestatario. Sin embargo, aunque el niño repudia para sí mismo el rol supermachista de su padre, se ve obligado a adoptar el rol "femenino" de sumisión al varón, que también condena, porque la cultura androcrática (patriarcal) no le deja más alternativa. La niña masculinizada, a su vez, rechaza el rol de su madre, y si bien repudia igualmente el rol masculino, el del padre brutal, dominador, opresor, no tiene más remedio que identificarse con este para desempeñar este rol en el futuro con otra mujer. Como se ve, en el fondo es la vieja teoría de la identificación sexual con las figuras masculinas o femeninas y de la adopción de los respectivos roles, pero modificada en forma interesante al añadirse el elemento de revolución consciente, a nivel de intuición, contra la cultura falocrática.

La desventaja de esta explicación, lo mismo que de la teoría general de las identificaciones y los roles, es que sirven para interpretar el origen de la homosexualidad únicamente de un grupo minoritario de homófilos: los excluyentes totales que sean feminizados o masculinizados, y no pueden aplicarse a la mayoría de los homosexuales, excluyentes o no, los cuales están identificados con las figuras de su mismo sexo somático, por más que a veces tengan elementos del sexo opuesto, que también están presentes

en los heterosexuales excluyentes. Dicha teoría se elaboró en una época en que se creía que los únicos homosexuales auténticos eran los hombres totalmente feminizados o las mujeres masculinizadas, y es increíble que todavía haya científicos tan miopes que sigan repitiéndola contra la realidad contundente de los hechos, atestiguados por las encuestas y estadísticas más serias y rigurosas. Pero la falla más grave de tal teoría es que en los mismos hogares donde se forman dichos homófilos feminizados o masculinizados contra su sexo somático, se encuentran heterosexuales excluyentes, hermanos de aquellos. La doctora Taube responde a esta objeción diciendo que en tales casos uno de los hijos asume el conflicto entre sus padres y así libera de él a sus hermanos, pero esta es una respuesta demasiado mesiánica y hasta mágica para ser tenida en cuenta.

La explicación conductista, en cambio, tiene la ventaja de poderse aplicar a toda clase de homosexuales sin excepción, por una parte, y por otra, como los aprendizajes sexuales son rigurosamente individuales, no riñe con la heterosexualidad de los otros hijos de la misma pareja. Sin embargo, a la teoría conductista podría añadirse, sin contradicción alguna, el elemento aquel de revolución consciente subjetiva contra la cultura androcática, aunque solo a manera de racionalización a posteriori de la respectiva conducta sexual por parte del niño y de fortalecimiento deliberado de esta en una especie de aprendizaje verbal.

Volviendo al caso concreto del niño feminizado, hijo de un ogro machista y de una madre dulcísima y mártir, nótese la paradoja siguiente: pese a su carácter "femenino" en lo sexual y en lo social, dicho niño actúa en forma "varonil" puesto que no se somete, se obstina, se rebela, no cede terreno, desafía indirecta y a veces directamente a su padre tiránico. Desde luego, hablando en general, "femenino" y "masculino" son, como he dicho, estereotipos culturales, de escasa base biológica, por una parte, y por otra, no pueden predicarse en sentido absoluto de ningún ser humano: todo hombre o mujer, hétero u homosexual, tiene en su constitución psicológica una mezcla de elementos "masculinos" y "femeninos", en el sentido convencional de estos borrosos términos. Pero aun desde esta perspectiva convencional androcática, aquellos niños "femeninos" son ciertamente harto "varoniles" en su rebelión, lo mismo que el adulto afeminado y ostentoso resulta harto "viril" en su desafiante enfrentamiento a la sociedad que lo rechaza.

(Este sería el lugar, al terminar este acápite sobre el aprendizaje personal, para tratar el tema de la mal llamada y peor comprendida "corrupción de menores", es decir la seducción, pero por razones metodológicas se expondrá más adelante en este capítulo).

b) Aprendizaje imitativo

En el aprendizaje personal interviene la persona que aprende, sea por sí misma o interactuando con otras; en el aprendizaje imitativo, el niño o el joven aprende las conductas sexuales sin experimentar en su propio cuerpo sino presenciando experiencias ajenas. El niño ve un acto erótico, genital o no, entre dos personas y nota el placer que revelan al hacerlo. Esta experiencia indirecta a veces es suficiente para aprender una conducta hétero u homosexual, sobre todo la primera que es la más corriente. El niño de ordinario procede a imitar lo que ha visto y trata de hacer lo mismo con otra persona, casi siempre de su misma edad. Todo ser humano, no diferente en esto de los simios, tiende a la imitación de toda clase de conductas, sexuales o no; el caso más patente es el del individuo que entra a un restaurante y al observar a un cliente que devora con notable deleite determinado plato, ordena uno igual para sí, a veces sin saber a ciencia cierta de qué se trata. El ejemplo más corriente del niño que imita conductas sexuales es el de abrazar y besar a una niña públicamente, no porque "le nazca" sino por imitar.

En una cultura como la nuestra en la que las actividades homosexuales se realizan siempre o casi siempre en forma clandestina, incluso los meros besos y abrazos, las caricias y los juegos superficiales, es rara la vez en que una persona aprende el comportamiento homosexual a través de un aprendizaje imitativo. Pero este tipo de aprendizaje sí explica el origen de un aspecto de la homosexualidad más o menos excluyente: la ausencia total o casi total de la conducta heterosexual en el individuo homosexual aludido. Me refiero al hecho de que en los hogares tradicionalistas no se le ofrece al niño un modelo de comportamiento heterosexual para que él quiera imitarlo algún día, porque en esos hogares no solo se oculta por completo la actividad genital entre los padres como algo "vergonzoso", "pecaminoso", sino aun las meras caricias superficiales entre ellos se realizan solamente en privado y no a la vista de los niños. O bien tales caricias, besos, abrazos, etc., se llevan a cabo en presencia de los hijos pero en forma tan mecánica, como meros formulismos sociales, que el niño no alcanza a descubrir el placer erótico de tales actividades y por lo mismo estas no contribuyen al aprendizaje imitativo, el cual requiere obviamente la intervención del refuerzo.

Lo anterior no implica que yo abogue porque los padres practiquen su conducta sexual abiertamente, a la vista de los hijos: aunque no lo considero "malo" moralmente, me doy cuenta de que en una sociedad erotofóbica como la judeocristiana, con muchos siglos de tradición antisexual, resultaría alarmante proponer algo así, porque es tal el horror y el asco al sexo y tan profunda la convicción de que toda actividad sexual es "sucias", "torpe", etc., que la mera mención de hacerla a la vista de otras personas inspira indignación y escándalo farisaicos. Curiosamente, la Iglesia católica que condena la homosexualidad por considerarla contraria

a la naturaleza, se va en contra de esta al considerar bastante repugnantes también las actividades heterosexuales. En realidad lo que propongo se limita a que los padres se muestren afecto físico sincero delante de sus hijos menores si es que quieren darles el ejemplo de lo que ellos tienen por ideal. Si desean que sus vástagos no lleguen a ser homosexuales excluyentes, enséñenles prácticamente las excelencias de la conducta heterosexual, porque si bien esta no se opone a la homosexual, sí puede servir de alternativa a la persona bisexual en una cultura antihomosexual como la nuestra. A la luz de la psicología, resulta claro que casi todas las conductas, sexuales o no, tienen que ser aprendidas. Al no existir un auténtico instinto heterosexual excluyente común a todos los seres humanos, la heterosexualidad debe ser aprendida, y aunque no es necesario siempre que sea enseñada puesto que la respectiva conducta se obtiene por autoaprendizaje, este puede ser fortalecido mediante la enseñanza intencional.

Entre los animales es frecuente la homosexualidad, pero es mucho más corriente la conducta heterosexual, y una de las razones principales de este hecho es que los animales jóvenes, las crías, presencian constantemente las actividades heterosexuales completas entre los animales adultos. Si es cierto que también entre los campesinos es menor la incidencia de la homosexualidad que entre la gente de las ciudades, es muy probable que la razón principal sea que aquellos a menudo presencian el apareamiento heterosexual de los animales y lo toman inconscientemente como modelo. Del mismo modo, hay cierto grado de probabilidad acerca de la mayor incidencia de la heterosexualidad en las poblaciones de los climas cálidos en comparación con las de las tierras muy frías (aunque no existen estudios técnicos al respecto); si esto es cierto, no sería raro que el motivo fuera que en aquellas, a causa del excesivo calor, las actividades heterosexuales se realizan más desatadamente, en cuanto a ropas y a encierro, que en los páramos, y los niños las presencian sin tanto misterio. Es proverbial que los paramunos consideren "desvergonzados" en lo sexual a los calentanos, y es innegable que estos toman la sexualidad con mucho mayor naturalidad y despreocupación que aquellos, con menos hipocresía.

Para Wainwright Churchill (a quien sigo en este pasaje), el aprendizaje por imitación, por el ejemplo, es quizás el más importante en la consolidación del condicionamiento sexual humano. Y a mí me parece evidente que, al menos en regiones fanáticamente católicas y tradicionalistas, como algunas de Colombia, una de las causas principales de la homosexualidad excluyente, indirecta claro está, es la falta de modelos heterosexuales convincentes que influyan en los niños pequeños (al menos en los hogares donde no ha entrado aún la televisión); en muchos hogares ultrarreligiosos, los niños tienen o tenían que adivinar la heterosexualidad de sus padres castísimos, que sienten o sentían vergüenza de besarse delante de aquellos.

Pero es durante la adolescencia cuando el aprendizaje por

imitación resulta particularmente eficaz para la consolidación del condicionamiento heterosexual positivo y más aún para la formación de la homofobia. El jovencito vagamente bisexual, con o sin experiencia genital en una dirección o en otra, se da cuenta muy pronto de que la sociedad rechaza fuertemente la conducta homosexual en todas sus formas y de que las relaciones heterosexuales son, como quien dice, la moda, lo que se usa, lo "in", y con la misma lógica con que prefiere cierta vestimenta y cierto modo de arreglarse porque son la moda y por su pavor a hacer el ridículo, abandona cualquier tipo de actividad homoerótica, si tenía al mismo tiempo la tendencia hacia el sexo opuesto. Y es tan tremenda la homofobia de nuestra cultura que aun los jovencitos más inconformistas y rebeldes se pliegan a ella, si les resulta factible, en virtud, como he dicho, de su bisexualidad. Claro está que en este proceso entran en juego también las otras dos clases de aprendizaje.

c) Aprendizaje verbal (y gestual)

En este tipo de aprendizaje interviene el lenguaje, en especial el articulado: la persona adquiere conocimientos ("comportamiento verbal") a través del lenguaje, sea oído o leído, o por gestos de otras personas que le transmiten información. Tales conocimientos, en forma de prejuicios, ideas, sentimientos verbalizados, influyen en la conducta social del individuo, y por lo tanto en la sexual. La psicología del aprendizaje le ha dedicado hasta ahora mucho mayor atención al aprendizaje sexual no-verbal que al verbal, y así este no ha sido estudiado todavía muy a fondo en cuanto a sus mecanismos (hasta donde llega mi información). A su vez, el psicoanálisis tradicional no parece haberle dado importancia a lo que el niño pequeño oye a su alrededor; se diría que todo ocurre en un hogar de sordomudos, y que el desarrollo del niño allí podría filmarse plenamente en una película de cine mudo, o sea sin banda sonora.

Sin embargo, algunas variantes modernas del psicoanálisis están teniendo muy en cuenta el lenguaje en el desarrollo del niño y su repercusión en la conducta social del futuro adulto. Una de aquellas es el llamado "análisis transaccional" (o "conciliatorio"), de Eric Berne y Thomas Harris, psiquiatras norteamericanos, autores de varios bestsellers mundiales. Es una escuela seria que ha sido desdeñada, sin embargo, por muchos psicólogos en razón del lenguaje demasiado popular en que ha vertido sus interesantes hallazgos; el tono literario, nada pedantesco, de las obras de Berne, ha despistado a muchos investigadores amigos del lenguaje complicado y rimbombante, en especial europeos. Pero sea aquella lo que fuere, hay por lo menos un hallazgo de Berne que tiene innegable valor científico: el de los "mensajes parentales", es decir el sinnúmero de órdenes afirmativas y negativas que los padres y los mayores imparten diariamente a los niños pequeños, y sobre todo las ideas que les enseñan autoritariamente, en tono dog-

mático e indiscutible, racionales muchas de ellas, pero del todo irracionales otro gran número: los prejuicios o preconceptos. Parte de estos mensajes parentales se transmiten con gestos, ademanes o miradas, que son formas de lenguaje gestual, más bien que verbal propiamente.

Es obvio que en el condicionamiento heterosexual influye poderosamente este tipo de aprendizaje. El niño está oyendo todos los días, en una forma o en otra, desde los dos o tres años de edad y aun desde antes, referencias claras a las relaciones sociales entre los dos sexos e indicaciones prácticas de lo que es masculino y lo que es femenino. Los dos roles se le enseñan a diario con palabras y gestos en forma insistente. En efecto, son muy pocas, como vimos, las diferencias psicológicas de origen biológico entre los dos sexos; la inmensa mayoría son enseñadas en los hogares patriarcales, donde "se fabrican" lo "masculino" y lo "femenino", diciéndoles a los niños en todos los tonos, día tras día, cómo "son" los niños varones y cómo "son" las niñas, cómo se deben portar para ser fieles a su sexo, qué pueden hacer, qué no deben hacer jamás, cómo deben pensar, hablar, caminar, jugar.

Ahora bien, junto con esta enseñanza verbal y gestual de los roles sociales, los mensajes parentales le transmiten al niño toda la tradición heterosexual excluyente de la cultura cristiana: al varón se le pondera la belleza de las mujeres, se le dice claramente que algún día deberá enamorarse de una y casarse, que esto lo hará feliz, y cuando ya parece "persona" se le incita a tener "novia", a quererla, a andar con ella, a besarla, en fin se le presenta el ideal del matrimonio heterosexual como el único camino posible en este sentido. Es innegable que este aprendizaje verbal refuerza y vigoriza el condicionamiento heteroerótico ya adquirido en forma personal y/o imitativa, aunque no es probable que faltando estos dos tipos de aprendizaje, el verbal por sí solo pudiera llevar a experiencias conducentes al condicionamiento mismo o a su consolidación permanente.

En cambio el condicionamiento homosexual no recibe apoyo del aprendizaje verbal y gestual, sino que al contrario este desestimula a aquel (como veremos luego). Pero en forma indirecta, el aprendizaje verbal en el hogar sí estimula la homosexualidad excluyente, en un caso especial, mediante la heterofobia. Es una paradoja, ya aludida, la de los hogares ultracatólicos, en los cuales se desacredita a diario ante los niños y adolescentes la heterosexualidad, a causa de la sexofobia cristiana, sin que por lo mismo se le haga propaganda directa a la homosexualidad, por supuesto. Al niño varón se le dice que las mujeres son el diablo, que debe huir de ellas, que es pecado tocarlas, que el ideal es la castidad perpetua, y a la niña se le enseña que los hombres son todos demonios, que debe evitarlos, que el matrimonio es horrible, que el ideal es la vida religiosa. En muchos de tales hogares al mismo tiempo se omite toda mención a la homosexualidad porque, creyendo que los homosexuales son escasísimos, resulta innecesario hablar de una posibilidad tan remota, y porque muchas personas

devotas todavía creen que es pecado aun hablar de esas cosas, en virtud de un mito medieval de que hablaré más adelante, el de que la homosexualidad es un pecado "nefando" (innombrable), mito falsamente basado en Pablo de Tarso.

Aunque el equipo Kinsey encontró que la conducta homosexual tenía mayor incidencia en los grupos religiosos poco practicantes que en los más devotos (si bien no había mucha diferencia entre ellos en cuanto a la frecuencia), otros investigadores creen que las tendencias homosexuales son mayores o por lo menos más fuertes y más angustiosas entre los católicos devotos que en la población agnóstica, tanto que en los grupos activistas de liberación homosexual predominan, según parece, los excatólicos. De ser cierta aquella preponderancia, probablemente se explicaría en parte por ese factor indirecto, el del sistemático descrédito ante los niños de las relaciones heterosexuales, incluso las matrimoniales. Pero cierta o no, este hecho es indiscutible e innegable, por extraño que parezca a los lectores procedentes de hogares poco devotos. Claro está que no es exclusivo de los hogares ultracatólicos. En efecto, Berne, de origen judío según entiendo, toca este tema en forma específica, aunque de paso. En uno de sus libros dice que, como al niño varón jamás se le ha hablado de los homosexuales (obviamente no se refiere a la mayoría de los hogares de hoy) pero se le ha dicho repetidamente que no debe meterse con las mujeres porque son el diablo, el niño deduce que sí puede meterse con los muchachos o con los hombres.

Aprendizaje de la homofobia

Sin embargo, en la inmensa mayoría de los hogares cristianos o no, incluso en los católicos no fanáticos, no ocurre esto sino precisamente lo contrario: se les predica a los hijos en todos los tonos la antihomosexualidad. Más aún, la causa principal de la conducta antihomosexual y de la homofobia propiamente dicha es, en la mayoría de los casos, el aprendizaje verbal y gestual, más bien que el personal o el imitativo. Es un aprendizaje de aversión hacia el propio sexo porque en él entra el refuerzo negativo o "castigo" en la forma de amenaza o incluso de terror: el niño aprende a tenerle miedo, a veces pánico, a la homosexualidad. La respectiva enseñanza en el hogar puede tomar dos formas: una que en apariencia es meramente informativa, pero que siempre incluye el "castigo" futurible, y otra que es francamente terrorífica.

La primera consiste en que los padres comunican a los hijos pequeños o mayorcitos una cantidad de ideas erróneas acerca de los homosexuales: que son seres indignos de respeto y consideración, cobardes, tontos, inútiles, corrompidos y corruptores, que matan niñitos pequeños y les chupan la sangre, que merecen el desprecio total y el asco, que deben ser aislados socialmente, y que lo peor que puede ocurrirle a un ser humano es llegar a ser homosexual: "preferiría que fueras ladrón o asesino más bien que

marica". Es obvio el elemento de terror porque todo niño que oye tales afirmaciones teme las consecuencias de la conducta homosexual si llega a adoptarla en forma definitiva para sí mismo. Algunos niños se sobreponen a esos temores porque el condicionamiento personal en esa dirección ha sido ya tan vigoroso que el refuerzo positivo (el placer) predomina en ellos sobre el negativo (el castigo social) lo cual es particularmente cierto si ya han aprendido una conducta de aversión hacia el sexo opuesto. Pero la mayoría de los niños y adolescentes, siendo vagamente bisexuales en el sentido pregenital, optan por abandonar las tendencias hacia el propio sexo, en virtud de aquel aprendizaje verbal anti-homosexual, y se orientan más o menos definitivamente hacia el sexo opuesto en forma excluyente.

La segunda forma, la terrorífica propiamente dicha, de aprendizaje verbal y gestual antihomosexual es mucho más dramática. Los padres y personas mayores, sobre todo si el niño o el adolescente es ya sospechoso de tendencias homosexuales, emplean con él una especie de terrorismo que en ocasiones llega hasta la tortura y la violencia física. Aquellos hablan en tono apasionado, gritan, gesticulan, manotean, abren los ojos desmesuradamente, dan fuertes golpes sobre la mesa, o bien prorrumpen en risotadas de burla contra los homosexuales, los remedan (a los afeminados) teatralmente y agotan todos los insultos soeces contra los homófilos en general, todo lo cual suele ir acompañado de amenazas más o menos directas, más o menos graves, que llegan a veces hasta el extremo de anunciar la expulsión temporal o perpetua del hogar, la suspensión de ayuda económica y otras sanciones aterradoras. En casos extremados, sobre todo si el niño o el jovencito tiene algún amaneramiento en los movimientos o si frecuenta amiguitos "raros", se llega a los azotes, incluso hasta hacerlo sangrar, a los bofetones, a los puntapiés, a la tortura para recabar información especial, y otros extremos de violencia. Pero hay amenazas mucho menos graves en cuanto a la integridad física que tienen un efecto más devastador, como son el retiro del afecto o del respeto por parte de los padres y los mayores, la preferencia de estos por los hermanos no amanerados y/o no sospechosos, la humillación cotidiana, las ironías leves pero insistentes y otros muchos tipos de tortura psicológica.

El efecto de este terrorismo en la inmensa mayoría de los casos es la conducta antihomosexual, a veces francamente homofóbica del niño o del jovencito: el "castigo" o refuerzo negativo obra eficazmente al generar un condicionamiento aversivo o de evitación. Sin embargo, como vimos, el castigo (en este sentido técnico) es menos duradero que el refuerzo positivo o premio y la conducta aversiva puede extinguirse tarde o temprano, y así muchos individuos que abandonan por completo sus inclinaciones hacia el mismo sexo vuelven a ellas posteriormente en las formas que ya hemos visto. O bien la conducta antihomosexual resultante de este aprendizaje aversivo no es muy segura ni muy firme, y la persona oscila interiormente entre la homofilia y la homofobia,

víctima de un conflicto psicológico, parecido al desconcierto de los ratoncitos en el laboratorio cuando el experimentador induce en él alternativamente conductas contradictorias.

Otras veces aquel aprendizaje terrorista no surte el efecto esperado y la conducta sexual del niño o del joven sigue siendo homoerótica, todavía a nivel pregenital, pero él puede mostrar dos actitudes diferentes: la más común es la de someterse aparentemente a todo aquel terrorismo de los padres y los mayores, fingir haber abandonado toda clase de tendencias homosexuales, amenazar, mentir, hacer comedia, para complacer a quienes lo amenazan, los cuales cantan victoria sin saber que en realidad han fracasado. La otra actitud es la de rebelarse y desafiar todos los peligros. Es el caso del afeminado que no disimula su amañamiento, o de la niña viril que sigue portándose como un mariacho, e incluso se amotinan contra las autoridades del hogar a veces empleando la astucia y el ingenio, otras con la rebelión abierta y la agresividad franca y frontal. Nótese de paso, en cuanto al niño o al adolescente notoriamente afeminado, la paradoja a que he aludido antes: su "virilidad", su valentía, virtud que la andocracia extrema adjudica en forma exclusiva a los hombres heterosexuales y niega a todas las mujeres y a los varones homófilos.

Nótese también de paso cómo, si para extinguir una conducta homosexual se requiere todo ese terrorismo verbal y gestual, esas actitudes y esas violencias, no se puede hablar de "natural" y "antinatural": si la homosexualidad fuera realmente antinatural, la "naturaleza" sola se encargaría de abolirla y no se requerirían estos métodos claramente artificiales para combatirla. Si en los hogares de nuestra cultura, los padres se sienten obligados a emprender campañas antihomosexuales tan vigorosas y persistentes, de diaria prédica y cotidiano asedio, es porque la conducta homosexual es natural, como lo ha establecido la ciencia moderna. (En otro capítulo se estudiará el único sentido en que se puede considerar antinatural, es decir "irreproductiva". "Naturaleza" es un vocablo polisémico en grado sumo).

Antes de dejar este tema de la enseñanza de la homofobia en el hogar no sobra hacer dos acotaciones marginales: una es que resulta paradójico e irónico que quien se vea obligado a inducir una conducta antihomosexual en un niño o adolescente sea el mismo hombre que había contribuido a que este aprendiera o cultivara la homoerótica pregenital, es decir el papá. Es frecuente que este bese apasionadamente en los labios a su niño cuando lo cree asexual, ni varón ni hembra, o que juegue con él de manera irresponsable, a causa de la ignorancia obviamente, con intervención de las zonas erógenas más sensibles en el niño, como en el caso, no muy corriente pero tampoco demasiado infrecuente, de morderle al niño varón de dos o tres años de edad, en son de chanza y en medio de risotadas, sus órganos genitales. Otras veces el papá fomenta la tendencia homoerótica de su hijo varón al sentarlo en sus piernas cuando ya este tiene ocho o nueve años

de edad, simplemente por complacer los deseos del hijito, sin darse cuenta del motivo profundo que lleva a este a hacerlo. Desde luego, los padres no deben jamás responsabilizarse de la homosexualidad de sus hijos, pero si temen esta tan angustiosamente, pueden evitar al menos fomentarla. Sin embargo, negar a los niños pequeños toda muestra de afecto físico o a los mayorcitos toda clase de cariño puede ser peligroso en grado sumo para la salud mental futura del hijo. En esto como en todo, la moderación es la norma ideal.

La otra reflexión marginal se refiere al error que cometen muchos padres al tomar como indicios de tendencia homosexual en el hijo mayorcito ciertos gustos que nada tienen que ver con ella, como la afición de este por los libros, la música, las artes, o su poco interés en los deportes, en los juegos bruscos y las peleas, o bien la mera timidez o encogimiento. La excesiva pasividad y la escasa agresividad física son indicios ciertamente de problemas de personalidad, pero no tienen nada que ver con la orientación sexual específica, y no se combaten con la violencia o la intimidación.

También fuera del hogar, obviamente, se adquiere el aprendizaje de la homofobia. En las calles y en los lugares de reunión social, sobre todo en los centros docentes y de recreación, el niño y el adolescente están expuestos permanentemente al aprendizaje verbal y gestual de aversión al propio sexo, cuya eficacia es análoga a la del condicionamiento en el hogar ya que los métodos son esencialmente los mismos, con algunas salvedades. El niño y el joven están oyendo a todas horas, en la conversación cotidiana, los insultos contra los homófilos, presenciando las burlas, las humillaciones, la intimidación sin tregua, el acoso incesante a todo individuo sospechoso de homosexualidad, sea o no afeminado o marimacho. En los medios de comunicación, el jovencito oye casi todos los días, ve o lee, a los humoristas, muchos de los cuales ridiculizan con frecuencia en todos los tonos a los homófilos, en especial a los afeminados, ordinariamente más por falta de tema o de originalidad (tan difícil en el humor programado) que por malévola aversión (los humoristas por lo general son gentes compasivas en el fondo) y sin darse plena cuenta de los injustos sufrimientos que con ello provocan. Es tal el asedio que muchos homosexuales optan por no escuchar, ver o leer jamás a esos humoristas, por evitarse la zozobra ante el próximo chiste a su costa, lo cual constituye una dura privación, una más en su vida, pues el humor (del cual suelen tener hartazgo la mayoría de los homófilos) es uno de los pocos remedios para las gentes deprimidas, como lo son la mayor parte de aquellos en una cultura homofóbica. En este aprendizaje de aversión, el refuerzo negativo o "castigo" que establece la correspondiente conducta es el ridículo, el arma social más poderosa, en especial para los adolescentes, en el combate de cualquier comportamiento, dado el conformismo de la mayoría de las gentes al medio social.

Hasta aquí he hablado casi exclusivamente del aprendizaje verbal auditivo y del gestual. Diré unas palabras sobre la influencia del aprendizaje verbal visual, es decir de las lecturas, en el condicionamiento sexual en general. Todo el mundo sabe que los libros contribuyen a consolidar la conducta heterosexual, pero pocos se dan cuenta de un caso, no muy común ciertamente y menos en nuestros días, pero digno de tenerse en cuenta, que es el del efecto indirecto de ciertas lecturas piadosas en el comportamiento homosexual excluyente. Se trata otra vez de la paradoja mencionada, la de los hogares ultracatólicos como irónica cuna de homosexualidad, irónica porque el enemigo más combativo de esta es la Iglesia, como vehículo de la androcracia y más aún de la sexofobia.

Me refiero a la lectura de hagiografías. Como la Iglesia, al contrario de su fundador, le ha dado siempre, al menos en la práctica, mucho mayor importancia a la castidad que al amor al prójimo, todos los santos populares han sido dechados de erotofobia (asco al sexo). No sé de ningún santo casado y con hijos a quien se le dediquen biografías de tipo popular. En aquellos hogares, los niños y jóvenes leen vidas de santos como Tomás de Aquino, Luis Gonzaga, Estanislao de Kotzka, Guy Fontgallant, etc., que huían de las mujeres como del mismo demonio; en aquellas se desacredita en todos los tonos la heterosexualidad, sin que se aluda casi nunca a la conducta homosexual ni siquiera para condenarla. En cambio, se le prohíbe al jovencito leer novelas donde se exalte el amor entre hombre y mujer, por creer que son "corruptoras", incluso novelas no pornográficas en absoluto. El joven lector, por aquella extraña lógica de que hablaba Berne, como vimos, al escamoteársele los modelos del amor heterosexual, tiende a buscar el amor en personas de su mismo sexo, para lo cual de ordinario no tiene que hacer un gran esfuerzo porque puede encontrarlo en los guías de la juventud, sacerdotes o laicos, homosexuales o no, practicantes o abstinentes, muchos de los cuales, sin ninguna intención erótica la mayoría de las veces, muestran especial afecto a aquellos jóvenes, de todo lo cual puede resultar, ocasionalmente, la consolidación más bien que el aprendizaje de la conducta homosexual excluyente, pregenital o genital, según las diferentes experiencias. La sistemática enseñanza de la sexofobia, disfrazada de castidad heroica, desemboca a menudo en la homosexualidad: he ahí la paradoja, a la cual contribuye en no pequeña medida el mito aludido que tiene a la sodomía por nefanda, es decir que de ella jamás debe hablar el cristiano ni siquiera para atacarla. Claro que esta concausa de la homosexualidad, la de las lecturas, es muy poco frecuente hoy en día pues los jóvenes católicos ya no leen vidas de santos, pero tuvo alguna importancia hasta hace poco en el historial de muchos homosexuales en estos países ultracatólicos, si bien poco cristianos.

Para terminar este apartado sobre el aprendizaje sexual pre-

genital en general, a las lecturas se pueden asimilar otros medios de comunicación, sea que actúen en forma verbal o no-verbal, visual o auditiva, o audiovisual, tales como la prensa en general, las revistas, la televisión, el cine, la radio, etc. Niños y jóvenes adquieren o consolidan y fortalecen por estos medios la conducta heterosexual en forma harto eficaz ciertamente. El presunto instinto heterosexual irresistible tiene que ser ayudado por estos sistemas totalmente artificiales, como si la pretendida "naturaleza" no pudiera por sí sola llevar a cabo su supuesta obra automática. Lo curioso es que la conducta homosexual, que no recibe de estos medios masivos de comunicación absolutamente ningún respaldo hoy por hoy, sino que al contrario tiene en ellos un implacable y persistente enemigo y perseguidor, sigue atrayendo a un diez por ciento de los varones adultos que contra viento y marea obedecen a la tendencia también natural hacia el propio sexo. A propósito de la radio y la televisión, el homosexual excluyente siente allí la más absoluta soledad si es melómano: todas las canciones populares versan sobre amores heterosexuales, realizados o frustrados, pero siempre entre hombre y mujer. El homófilo enamorado, amigo de la canción y el poema, se ve obligado a "traducir" aquellas baladas de amor: "ella" significa "él", o viceversa. Uno que otro compositor homófilo trata de emplear formas neutras como "mi amor". "cariño mío", etc.

d) Genitalización y seducción

Casi todo lo dicho hasta aquí se aplica al aprendizaje sexual pregenital, en sus formas personal, imitativa, verbal y gestual. De ordinario, el niño pequeño o mayorcito no tiene experiencias eróticas con otra persona que impliquen excitación intencional de los órganos genitales y menos aún penetración en orificios corporales. Pero al entrar en la adolescencia (de los 11 o 12 años en adelante, aunque algunos se demoran más para entrar en ella) la persona joven tiene ya un comportamiento sexual pregenital hacia uno de los dos sexos o hacia ambos que la predispone para experiencias genitales en la misma dirección, o sea para la genitalización de aquel.

Las primeras experiencias genitales se llevan a cabo por lo general con personas de la misma edad aproximadamente, pero las de tipo heterosexual entre estas suelen limitarse, la mayoría de las veces, a la excitación intencional de los genitales sin penetración, al menos en la vagina, porque a esa edad los jóvenes casi siempre conocen, clara o vagamente, las consecuencias del coito vaginal (algo que está comenzando a cambiar a causa de los anti-conceptivos populares); la genitalización con penetración vaginal la lleva a cabo el joven, como regla general en nuestro medio, con mujeres adultas, de la servidumbre o prostitutas, mientras que la joven, en la mayoría de los casos, tiene que esperar hasta la noche de bodas para tener esta experiencia completa.

En cambio, las primeras experiencias genitales plenas de tipo homosexual se llevan a cabo, en la mayoría de los casos, entre personas de la misma edad, ya que aquellas están libres obviamente, del riesgo del embarazo. Sin embargo, en una minoría de casos, la genitalización inicial la hace la persona joven con una adulta. Es lo que se llama "seducción". "Corrupción de menores" es una expresión que implica un juicio moral, el cual no corresponde a los científicos de la conducta sino a los moralistas. En este capítulo nos interesa establecer hasta dónde la seducción es verdadera causa o concausa de la homosexualidad y en qué casos, y si lo es, qué tan duradera es la conducta correspondiente y cómo se relaciona con la monosexualidad.

1) Es obvio que la seducción de niños pequeños, que es de rarísima ocurrencia y es obra casi siempre de psicópatas, es eficaz porque puede producir un condicionamiento sexual específico, hétero u homosexual; sin embargo, cuando interviene la fuerza física, la coacción o la intimidación, o si se dan lesiones somáticas o psíquicas, esa seducción casi siempre origina más bien un condicionamiento negativo, de aversión o evitación, una homofobia o heterofobia, y así, cuando se trata de personas del mismo sexo, no es causa de homosexualidad sino de lo contrario. Es innegable que los seductores de niños pequeños, sean homo o heterosexuales, deben ser aislados de la comunidad para evitar que puedan repetir esta clase de violencia física o moral, si bien su culpa subjetiva es a menudo discutible porque casi siempre son víctimas de frustraciones afectivas infantiles que los han llevado a este tipo de demencia, la cual no existe sino en las culturas sexofóbicas y represivas, que irónicamente dan mayor importancia al sexo que las permisivas.

2) En la seducción de niños mayorcitos y de adolescentes en que estos no otorgan consentimiento propiamente dicho porque el adulto emplea la violencia física o moral, el engaño, o sustancias que disminuyen la percepción, lo más frecuente es que se produzca un condicionamiento de aversión, o sea la fobia hacia el sexo del seductor o la seductora. Cuando la repulsa del menor, en el caso de la seducción entre varones, se debe solo al miedo al posible dolor físico, o bien a mera coquetería "femenina", se aplica lo que se dice en el párrafo siguiente.

3) La seducción en que la persona menor, niño o adolescente, obra en forma totalmente libre, sabiendo y queriendo lo que hace, puede convertirse en aprendizaje eficaz, hétero u homosexual, si el refuerzo, es decir el placer resultante, es auténtico e intenso. Casi en la totalidad de los casos en que se da el condicionamiento positivo, el menor estaba ya predispuesto por el aprendizaje pregenital que hemos analizado, es decir el de los primeros cinco o seis años de vida, y así la seducción no es "la" causa de aquel condicionamiento homo o heterosexual sino que ayuda a la culminación de un proceso ya incoado, a su genitalización. Como dice Moll (citado por Overing en un estudio católico holandés titulado *Homosexualidad, aspectos psiquiátricos, sociales y pastorales*) "no

puede ser seducido sino quien está predispuesto a serlo". O como afirma Churchill, si el jovencito o la jovencita consiente plenamente es porque ya había contemplado en su fantasía más o menos vagamente esta posibilidad como algo apetecible o interesante. El menor que ya tenía un condicionamiento aversivo hacia el sexo de la persona que trata de seducirlo se opone a ello, y si accede es por falta de libertad externa o interna (en cuyo caso se aplica lo dicho en el párrafo anterior). A veces, en la seducción homosexual masculina por ejemplo, el muchacho accede al acto genital pleno, pese a su previa aversión aprendida de alguna manera, por un móvil extraerótico, como es la remuneración económica; en este caso, ordinariamente no se origina un condicionamiento homosexual auténtico y/o duradero, ya que el refuerzo no es legítimo ni suficientemente intenso: el dinero o su equivalente. Si paralelo a este se da el refuerzo erótico intenso, es porque el aprendizaje de aversión hacia el propio sexo no había sido suficientemente eficaz, o sea el condicionamiento homoerótico pregenital no había desaparecido realmente.

Haya o no plenitud de consentimiento, se da a veces un condicionamiento homosexual vacilante o poco firme porque el refuerzo erótico en este aprendizaje no resulta para el adolescente tan intenso y duradero como el de un contacto genital pleno con una persona del sexo opuesto, y así el condicionamiento heterosexual se sobrepone al homosexual, por lo cual el joven o la joven abandona las actividades homosexuales y la bisexualidad rudimentaria que había practicado por mucho o por poco tiempo. Sin embargo, cuando el joven tuvo relaciones interpersonales y sexuales más o menos largas con un adulto de su mismo sexo y no "aprendió" un comportamiento homosexual firme y duradero, el efecto de aquellas resulta a veces bastante constructivo en otros sentidos, si el adulto contribuyó a la formación de su personalidad, a despertar en el joven o la joven intereses nobles por el arte, la ciencia, la política, el cambio social, etc. En estos casos, esta persona recuerda con cariño y gratitud a su "seductor", por más que deje por completo la conducta homoerótica. Esto no implica un elogio de la seducción en general sino señala el hecho de que esta no siempre resulta negativa, aunque obviamente la que se hace con violencia o engaño es siempre digna de la más enfática condenación.

4) Es rarísimo el caso (uno en diez mil, diría yo) en que el adolescente no tenía previamente, a nivel pregenital, ningún condicionamiento a favor ni en contra de su mismo sexo, y llega a la situación de seducción sin interés ni repulsa. Si en este caso se da el refuerzo positivo auténtico, es obvio que la seducción habrá sido la causa de la conducta homosexual, pero aún en esta eventualidad, poquísimo frecuente, todavía quedaría por explicar, si el adolescente se vuelve homosexual excluyente total, el porqué de su fobia hacia el sexo opuesto.

En efecto, como lo anotan Gibbons, West y otros autores, la homosexualidad excluyente, es decir acompañada de heterofobia,

no se puede explicar en absoluto por la mera seducción homosexual, dado que la tendencia al sexo opuesto no desaparece con solo activarse la tendencia al propio. Tanto el psicoanálisis tradicional como el conductismo han encontrado que todo ser humano es virtualmente bisexual, y el equipo Kinsey comprobó que en este pueden coexistir ambas conductas, y de hecho coexisten en un alto porcentaje de individuos. Por consiguiente, si un hombre adulto seduce a un adolescente y este opta por la conducta homosexual excluyente, la seducción no explica por qué no le atraen las mujeres sexualmente, sino solo por qué le atraen los varones.

5) Respecto de la seducción hay una serie de hechos importantes que confirman las tesis que acabo de exponer. Según investigaciones de Tolsma (citado por el mencionado Overing), la inmensa mayoría de los hombres que son seducidos en su pubertad por adultos varones abandonan del todo la conducta homosexual, y los pocos que la conservan (el 6 por ciento) es porque ya eran homófilos antes de la seducción. Uno conoce numerosos casos de adultos que tuvieron actividades homosexuales en su adolescencia con personas mayores y que después son heterosexuales excluyentes, por una u otra razón. Los datos de Overing son confirmados, entre otros, por el padre Van de Spijker en términos generales, y Churchill y otros autores sostienen tesis parecidas.

Por otra parte, no sobra repetir que la mayoría de los homosexuales no fueron seducidos por adultos en su adolescencia o niñez sino que aprendieron la genitalidad homoerótica con compañeros de estudio o de juego.

Otro hecho es que en la mayoría de casos de seducción es el adolescente el que toma la iniciativa en el sentido de atraer la atención del adulto, de buscarlo o hacerse el encontrado, de mostrarle interés o afecto especial. Muchas veces, el jovencito de tendencia homoerótica pregenital excluyente se siente atraído sexualmente por varones adultos parecidos a su padre; en muchos casos, según me lo han contado no pocos homófilos, estos sentían en la adolescencia y aun mucho después un deseo claro de cohabitar con él o por lo menos de verlo desnudo y tocarlo. Así que, a menudo, el seducido suele ser el adulto, por más que finalmente sea él quien toma las medidas necesarias para la realización del acto en sí y asuma la responsabilidad del mismo ante las leyes.

También es una realidad que la mayoría de los homosexuales excluyentes, en especial los que prefieren el papel "pasivo" en el coito, buscan casi siempre a personas adultas y no se meten con jovencitos. De otro lado, los seductores de muchachos en la mayoría de los casos no se interesan mucho por los que son afeminados, y así la homosexualidad de estos no puede atribuirse sino excepcionalmente a la seducción, y aun en este caso solamente en el sentido limitado que acabo de explicar. Además, parece que la mayoría de los seductores de adolescentes son hombres bisexuales, una circunstancia que debería tenerse en cuenta si se insiste en reprimir la homosexualidad y no se quiere ser del todo injustos:

mientras el verdadero bisexual puede tener plena gratificación erótica con personas del sexo opuesto, algunos homosexuales excluyentes que prefieren siempre el papel "activo", al no conseguir aquella, deberían tener acceso a aquellos jóvenes plenamente desarrollados que sean homosexuales en forma clara y definida, sobre todo si estos son "pasivos" y/o afeminados: en tales casos resulta ridículo hablar de "corrupción" y aun de "seducción". (Lo anterior no significa en absoluto que yo condene la bisexualidad en general; hablo solamente de una situación hipotética, en el marco de las instituciones actuales, que durarán todavía muchas décadas y aun siglos, especialmente en países tan tradicionalistas como los nuestros).

6) Todo lo dicho hasta aquí sobre la seducción muestra lo absurdo de la vieja creencia popular, no compartida ya por la gente culta: la del "contagio" veloz e inevitable de la homosexualidad, semejante al de la viruela o a las venéreas... Ante todo, no siendo aquella una enfermedad por sí misma, es impropio hablar de "contagio", fuera de que las enfermedades mentales no son contagiosas en el sentido corriente de este vocablo; y luego, es totalmente falso que la preferencia homosexual se comunique en forma automática y compulsiva, y a todo el mundo sin distinción. Quienes todavía creen en semejante leyenda medieval parecen estar muy poco seguros de su propia orientación sexual (lo que ellos llaman su "virilidad") cuando creen que todo varón, por el mero hecho de cohabitar, aun por las malas, incluso una sola vez, con otro hombre se convierte irremediabilmente en homosexual, pierde por completo el interés sexual en las mujeres, y siente una necesidad imperiosa e incontrolable de "contagiar" a otros. He leído este infundio en libritos antihomosexuales que pretenden alejar a los jóvenes de la influencia de aquellos "enfermos". El mismo fue invocado por los moralistas durante el proceso contra Oscar Wilde al pedir para este un castigo severo porque de lo contrario muy pronto toda la juventud de Londres se "contagiaría" sin remedio de un mal tan terrible, por lo visto sumamente atractivo para quienes profetizaban semejante catástrofe.

Pero más increíble aún es que aquella leyenda hubiera sido repetida por un comité senatorial de los Estados Unidos, en la década del 40, para legitimar la exclusión de todos los homosexuales, practicantes o abstinentes, de cualquier empleo público, con el pretexto de que uno solo de estos "contagiaría" en forma inmediata e irreversible a todos los empleados de su departamento, superiores, iguales o subalternos. Para conjurar este peligro tan seguro y tan horroroso había que impedir el acceso de tales "leprosos" a toda clase de puestos remunerados por el Estado.

Daniel y Baudry, hablando de la seducción homosexual, se preguntan: "¿Será tan frágil y artificial la heterosexualidad que una simple incitación sea suficiente para hacerla abandonar?" Los moralistas que condenan la homosexualidad dizque por antinatural se contradicen, si comparten este mito del "contagio" universal y definitivo, porque no creen realmente en el presunto instinto

heterosexual natural, universal e irresistible, y tienen muy poca confianza en las supuestas fuerzas de la "naturaleza", la cual sería para ellos incapaz de imponer sus presuntos designios sin la ayuda artificial de la prédica, la persecución y el terrorismo moral. En el fondo lo que pasa con la mayoría de tales moralistas es lo que acabo de sugerir: que se sienten demasiado atraídos hacia su propio sexo, en forma inconsciente o consciente, pero con el mecanismo de negación, reprimen esa atracción y agreden a quienes la experimentan. En cambio, el varón plenamente definido en cuanto a su orientación hacia el sexo opuesto se burla del mito del "contagio" general e inescapable porque no puede creer que haya tanta gente "de tan mal gusto" que deje de interesarse en las hembras seductoras para cambiarlas por seres velludos y musculados, así tengan éstos pocos años.

Siguiendo con la seducción en general, hay un hecho interpretado erróneamente por mucha gente: las tendencias homosexuales, excluyentes o no, de la gran mayoría de los hombres que han estudiado en seminarios católicos. Muchos creen que estos son seducidos por sus profesores, pero aunque esto puede ocurrir ocasionalmente, la causa de aquel hecho no es de ordinario la seducción genital sino que el joven tenía desde antes de entrar al seminario una conducta homoerótica pregenital, o sea la tendencia hacia el propio sexo. No es que el seminario produzca o entregue homófilos sino que sin saberlo capta y admite homófilos, pregenitales en la mayoría de los casos; y la genitalización de estos no se obtiene en ese lugar ni por mediación de los adultos sino en casos excepcionales. Es un hecho que la inmensa mayoría de los adolescentes que ingresan a los seminarios renuncian a las mujeres a causa de un previo condicionamiento aversivo hacia estas, sumado muy a menudo a uno positivo hacia los varones; lo cual no excluye que un buen número de aquellos hayan tenido ya un condicionamiento de aversión hacia ambos sexos, que se interpreta equivocadamente como resultado de una castidad heroica, la cual no existe sino en contadísimos individuos y en el fondo no es más que una forma de masoquismo místico pues aquella aversión no es nunca total ni arrasadora de todo impulso erótico. Claro está que en muchos seminaristas, sea que después se ordenen o no, el comportamiento aversivo hacia la mujer se extingue u olvida, por una razón u otra, a lo largo de sus estudios o después de terminarlos, lo cual explica por qué entre los sacerdotes, por ejemplo, hay numerosos heterosexuales, practicantes o abstinentes. En los seminarios se respira una atmósfera de homofilia pero esta no se practica sino ocasionalmente, y cuando los superiores descubren tales prácticas, reales o imaginarias, expulsan a todos los implicados, por cierto en forma casi siempre inhumana y muchas veces totalmente arbitraria. En pocos lugares como en los seminarios se vive (o mejor: se vivía, pues esto ha cambiado un poco ya) de tan angustiante manera el conflicto entre la homofilia y la homofobia. (Hoy la mayoría de los seminarios son externados y no preparan exclusivamente para el sacerdocio).

Lo que sí es innegable es que la educación monosexual, religiosa o laica, contribuye poderosamente a la homosexualidad, al menos a la preferencial, en vista de que los educandos pasan casi todo el día en compañía de personas de su mismo sexo exclusivamente, justo en la edad en que las conductas sexuales se genitalicizan, o sea en la adolescencia. Siendo bisexuales en la tendencia la gran mayoría de los adolescentes, la ausencia de personas del sexo opuesto a su alrededor hace que aquellos busquen el afecto dentro de su mismo sexo, aunque en la mayoría de los casos limitándose a su misma edad. Muchos estudiantes no tienen en la práctica ningún acceso a las personas del sexo opuesto y optan por experimentar con las del propio, porque, como decía en tono familiar un famoso predicador, al hablar de los internados de varones, laicos o religiosos, "lo que más se parece a una gatica es un gatico". La total separación de los dos sexos explicaba, creo yo, por otra parte, la excesiva endogamia en ciertas regiones de Colombia: el muchacho no trataba de cerca más que a sus primas, y se veía obligado a casarse dentro de la parentela.

Sin embargo, también en este punto de la educación ha habido un gran cambio, y desde hace varios años se está imponiendo en nuestro medio la educación mixta, a pesar de la resistencia de muchos moralistas desinformados en psicología, los cuales, al contrario de aquel predicador, siguen aferrados a la tesis tomista sobre la universalidad e irresistibilidad del supuesto instinto heterosexual, y así, aunque temen y repudian la homosexualidad para sus educandos, creen que estos deben estar separados del sexo opuesto hasta la edad de contraer matrimonio. Y se produce la paradoja ya mencionada varias veces: odiando la conducta homosexual, empujan hacia ella a los jóvenes sin saberlo.

La coeducación está ya dando en nuestro país un resultado innegable: la juventud actual, en su gran mayoría, está prefiriendo la heterosexualidad en sus actividades eróticas premaritales, sea que lleguen o no al coito pleno, y está evitando mucho más que antes los contactos homosexuales ocasionales. En la mayoría de los centros docentes, los jóvenes de uno y otro sexo están juntos casi todo el tiempo, y fuera de ellos se reúnen a estudiar en grupos sin distinción de sexos. Esto da origen a cierta familiaridad con el sexo opuesto que permite a los adolescentes de tendencia bisexual escoger con mayor facilidad y libertad que antes entre los dos sexos el que más les convenga realmente, el cual en una cultura homofóbica como la nuestra es obviamente el opuesto, y así, muchos varones jóvenes, al contrario de otros tiempos (cuando la educación monosexual era la única posible) ni siquiera experimentan con sus compañeros, sino que excitados eróticamente por las compañeritas, buscan realizarse genitualmente con estas, si bien el medio los obliga de ordinario a buscar en las mujeres públicas el sustituto de las compañeras de estudio cuando estas no se resignan a ser madres solteras o a emplear anticonceptivos. Por esta razón, estoy convencido de que la homosexualidad está disminuyendo entre la juventud, pese a las apariencias en contra-

rio, las cuales se deben simplemente a que en las metrópolis los homófilos jóvenes se sienten ahora menos inhibidos en público, lo que los ha vuelto más visibles pero no más numerosos. Esta relativa desinhibición no es resultado de una mayor aceptación social de la conducta homófila sino de la progresiva liberación sexual general, que los moralistas ceñudos apellidan "libertinaje". (La juventud actual no puede regresar ya a la sexofobia de la Edad Media, y no hay ya quien pueda convencer a los jóvenes de que el sexo es repugnante, sucio, impuro, ni quien los persuada a que se arrepientan de algo que ellos no pueden concebir como malo).

Volviendo a la seducción homosexual, se puede resumir todo lo dicho (desde el punto de vista psicológico, pues el moral se discutirá en otro capítulo) en los siguientes puntos: a) la seducción homosexual no explica en absoluto por qué una persona seducida carece de interés sexual en personas del sexo opuesto; b) en la inmensa mayoría de los casos la seducción no induce una conducta homosexual definitiva o firme; c) la mayoría de los homófilos nunca fueron seducidos por adultos; y d) casi en la totalidad de los casos en que la seducción induce un comportamiento homosexual, había de antes un condicionamiento homoerótico pregenital que predispuso al seducido para el aprendizaje genital, y así, la seducción viene a ser solo una concausa de importancia secundaria y solo para esos casos, los cuales no son muy frecuentes.

IV. Conclusiones y juicio sobre esta teoría, y cotejo con las otras teorías

La teoría de la psicología experimental y del conductismo puede sintetizarse en estos principios: 1) la conducta homosexual tiene exactamente la misma causa que la heterosexual y la bisexual, y es el aprendizaje como resultado de conexiones estímulo-respuesta; 2) el aprendizaje sexual específico no es necesariamente enseñado por otras personas y muy a menudo es autoaprendizaje; 3) el condicionamiento sexual se adquiere de ordinario a nivel pregenital en los primeros cinco o seis años de vida y es casi siempre bisexual originalmente; 4) el condicionamiento genital se obtiene por lo general después de la entrada a la adolescencia, y el de tipo homosexual en la mayoría de los casos resulta de la interacción con personas también adolescentes, aunque a veces interviene una persona adulta; 5) el aprendizaje genital es casi siempre la mera culminación del pregenital, el cual predispone a la persona para aquel; y 6) antes de la adultez, una pequeña mayoría de personas adquiere un condicionamiento aversivo hacia uno de los dos sexos y se vuelve monosexual.

Nótese, como conclusión de toda la teoría expuesta en las páginas anteriores, que el sujeto del aprendizaje homosexual a nivel pregenital *no es responsable de este por no haberlo escogido en forma libre, consciente y deliberada*; en el aprendizaje genital interviene la libertad pero muy limitada por el condicionamiento

homosexual de la niñez, el cual, si ha habido ya un aprendizaje de aversión hacia el sexo opuesto, canaliza los fuertes impulsos eróticos hacia el propio en forma tan tiránica que le impide ya escoger entre los dos sexos; y si el joven es todavía vagamente bisexual, su libertad de escogencia se ve fuertemente limitada por las circunstancias y las oportunidades. De todos modos, aquella predisposición, el condicionamiento infantil, tiende a impedirle escoger libremente aun en este caso. El homosexual pues no es responsable de serlo. Nótese que no digo que "no tiene la culpa de serlo" porque la palabra "culpa" implicaría que la homosexualidad fuera algo malo moralmente, que no lo es: a nadie se le ocurriría, por ejemplo, decir de alguien que "no tiene la culpa" de saber nadar o cantar. Pero dada la homofobia colectiva actual, podría aceptarse esa formulación, con la salvedad indicada.

Tiene importancia destacar que el homosexual no escoge libremente su manera de ser en este campo (como un individuo no escoge libremente gustarle más el pescado que la carne de res) porque podría parecerle a alguien que la ciencia psicológica moderna les sale dando la razón a los antiguos moralistas, los cuales afirmaban que la sodomía era un "vicio", un hábito malo adquirido libremente y que se puede dejar a voluntad; pero solo les da la razón en una mínima parte, es decir al considerar la homosexualidad un hábito adquirido, ni malo ni bueno necesariamente, pero no adquirido libremente, como he dicho, sino sin responsabilidad especial de la persona que lo adquiere. Como veremos después, la ciencia desmiente a los moralistas también al mostrar que en la casi totalidad de los casos de homosexualidad excluyente, prácticamente es imposible desaprender ese hábito voluntariamente cambiándolo por el heterosexual permanente. Por último la ciencia también los ha desmentido en su pretensión de que la seducción fuera la causa de aquel hábito; los "seductores" serían los mismos parientes próximos del niño pequeño, sin ser tampoco responsables (o "culpables") de ello, como ya he explicado.

Pasando ahora a formular un juicio general sobre la teoría total que acabo de exponer (en cuyos más nimios detalles no están de acuerdo todos los autores, por supuesto, pero sí en las líneas generales), cabe sin embargo formular varios interrogantes: ¿por qué ciertas personas aprenden mejor que otras una conducta sexual específica? ¿por qué algunos individuos, en igualdad de circunstancias, aprenden determinada conducta y no otra? ¿por qué ciertos comportamientos sexuales se extinguen u olvidan tarde o temprano y otros perduran toda una vida? ¿por qué los estímulos aversivos obran con mayor intensidad y perdurabilidad en unas personas que en otras, tanto para la conducta homosexual como para la heterosexual? ¿por qué los mismos refuerzos, positivos o negativos, de las conexiones estímulo-respuesta son más eficaces en unos individuos que en otros?

Sé que los científicos de la conducta tienen respuestas para todas o casi todas estas inquietudes, pero no son todas aquellas tan seguras ni tan firmes como uno quisiera, ni todas lo dejan a

uno del todo satisfecho mentalmente. Cabe pues especular un poco con sugerencias de carácter hipotético referidas al futuro desarrollo de las ciencias, como sería, por ejemplo, que tal vez existan realmente factores genéticos y/o endocrinológicos que predispongan a ciertas personas en una dirección o en otra, factores aún desconocidos ciertamente, según vimos ya, pero que no resulta descabellado esperar que puedan descubrirse algún día. Una predisposición genética explicaría aquellas circunstancias sobre el aprendizaje sexual específico en forma aún más satisfactoria, y hay gentes de mentalidad científica que creen que tiene que existir tal predisposición especialmente en el caso de la homosexualidad y la heterosexualidad excluyentes. Por cierto que cualquier explicación somática o física convincente de la conducta homosexual zanjaría en forma más definitiva aún la cuestión, pero hemos de contar con lo que hay, con lo que se sabe racionalmente hoy por hoy, al menos cuando no se trata de hacer literatura sino ciencia.

Para terminar, conviene cotejar la teoría conductista con las otras tres. En el caso de las dos que atribuyen a la homosexualidad un origen físico, no es posible un cotejo propiamente hablando por lo diferente de los enfoques, pero sí cabe preguntarse si pueden ser compatibles con la teoría psicológica. Como he insinuado, los factores de tipo somático y los propios del ambiente se pueden combinar entre sí como concausas de un mismo efecto. Los genes pueden ser reforzados por el ambiente o bien neutralizados en ciertos casos. Y las secreciones internas pueden coadyuvar de alguna manera no conocida aún en el proceso de aprendizaje. Hay autores enamorados del eclecticismo en todos los campos, y en el que nos ocupa lo encuentran como una componenda ideal. Yo, sin embargo, me atengo a que no hay nada demostrado aún plenamente, hoy por hoy, en ninguna de las teorías somáticas, pero descartarlas para siempre sería insensato: muchos aspectos del cuerpo humano siguen siendo un misterio para la ciencia, pero no hay razón para creer que lo serán indefinidamente.

Por su parte, las dos teorías o series de teorías psicológicas (la freudiana y la experimentalista) podrían conciliarse entre sí hasta cierto punto, sin incurrir necesariamente en una posición ecléctica. Digo "hasta cierto punto" porque quiero limitarme al Complejo de Edipo Negativo o Invertido, dejando a un lado hipótesis freudianas tan absurdas como la de la regresión y fijación, y la del narcisismo, de los homosexuales o tan poco verosímiles como la de su Edipo Positivo. Dije antes que el Edipo Negativo consiste en que, en ciertas circunstancias, el niño o la niña desea eróticamente al padre de su mismo sexo y siente celos y hostilidad por el del sexo opuesto. Voy a ampliar este concepto, pero como no conozco una exposición extensa y exhaustiva del Edipo Invertido, parte de lo que voy a decir puede resultar hipótesis mía, sustanciada eso sí en historias de personas que he conocido.

Es bien sabido que los continuadores de Freud ampliaron la situación edípica general a otras personas distintas de los padres, y así el niño puede sentir celos por tíos, abuelos, hermanos o pri-

mos con los que convive estrechamente. Más aún, en vez del triángulo clásico (niño, padre y madre), podrían darse varios triángulos superpuestos, o sea que el niño desearía eróticamente a varias personas de su mismo sexo y/o del opuesto, o mejor aún, desearía *ser amado* por esas personas en mayor medida que la o las personas por quienes siente celos o envidia. Limitándonos a la homosexualidad, la persona o personas envidiadas serían del sexo opuesto al del niño en cuestión, el cual desearía pertenecer a ese sexo.

Para simplificar, veamos el caso de un niño varón que envidia a su hermanita poco menor o poco mayor porque ella es amada en mucho mayor grado que él por los mayores. En su lógica infantil, ese niño atribuye aquella preferencia excesiva a la sola diferencia de sexo entre él y su hermanita, y así desea, consciente o inconscientemente, ser mujer, identificándose o no con esta. Sé de un varón homosexual excluyente que a los tres o cuatro años de edad trató de amputarse el pene con unas tijeras para parecerse a su hermanita menor que lo había destronado por completo en el afecto de sus padres y hermanos mayores. Ese hombre, sin embargo, no se identificó en absoluto con aquella figura femenina y llegó a ser totalmente varonil y a sentir asco por todo afeminamiento, sin dejar de ser homosexual. Sé de otros, en cambio, que en una situación idéntica, llegaron a afeminarse en forma total o parcial.

Desde luego, la persona envidiada puede ser la madre de ese niño varón, lo que constituye el Edipo Negativo formal, pero las otras variantes (la hermanita envidiada, por ejemplo) pueden resultar más verosímiles, sobre todo cuando no se trata de un niño hijo único o de un niño varón que no tuvo hermanitas o primas de su misma edad más o menos. (Para tales variantes, como la del hombre del ejemplo, resulta completamente inadecuado el nombre de "Edipo", dicho sea de paso). Digo que aquellas variantes pueden ser más verosímiles porque es mucho más probable que un niño envíe a una niña (o viceversa) más bien que a una persona mucho mayor que él, pues uno tiende a envidiar a sus semejantes más que a quienes poco se le parecen: un pequeño empleado envidiará mucho más a su jefe que al rey de España.

Adviértase que este "complejo" mal llamado "edípico" puede ser resuelto saludablemente por el homosexual, en la misma forma en que el heterosexual sano resuelve satisfactoriamente el presunto Edipo Positivo. De hecho, como veremos en el próximo capítulo, la gran mayoría de los homosexuales no son neuróticos o lo son en el mismo grado que la mayoría de los heterosexuales. Por lo demás, "la envidia por la hermanita" (o por el hermanito, en el caso de las lesbianas), como llamaría yo a ese "complejo" para simplificar y para evitar la alusión al rey de Tebas, puede no ir acompañada en absoluto de culpabilidad incestuosa, de angustia de castración, y ni siquiera de hostilidad personal hacia nadie, aunque sí es probable que se dé a menudo un rencor vago contra la humanidad en general por su injusticia (la de la preferencia de todos por la hermanita). Nótese de paso que, en el caso del niño varón,

se da una "envidia del no-pene", por decirlo así, tan fuerte a veces que puede llevar al deseo (no al temor) de la castración (lo que contradice la gratuita suposición freudiana, fundada en la obsesión falocrática de Freud, de la universalidad de la angustia de ser o haber sido castrado).

Ahora bien, esta hipótesis de "la envidia por la hermanita" como posible causa de la homosexualidad de muchos seres humanos no se opone en absoluto a la teoría experimentalista-conductista. El aprendizaje de la conducta homoerótica en la remota niñez puede darse junto con aquella situación de envidia. En efecto, en el ejemplo dado, el niño, aunque se sienta subjetivamente mucho menos amado que su hermanita por su padre y/o por otros varones del hogar, también recibe muestras físicas de afecto de parte de estos, y así pueden establecerse en él las conexiones estímulo-respuesta de tipo homoerótico. Las dos causas obrarían paralelamente, como concausas de igual importancia. Así la teoría psicoanalítica (este aspecto de ella solamente) complementaría la teoría del condicionamiento, o viceversa.

Lo que sí resulta obvio es que aquella hipótesis dista ya enormemente del Edipo original de Freud (1900), aunque conserva de él el elemento de la envidia (celos) como motor básico de tales conflictos infantiles. La envidia por el sexo opuesto explicaría perfectamente el elemento de heterofobia (repudio fóbico al otro sexo) que se da en la homosexualidad excluyente, aunque no serviría para explicar la conducta bisexual, de uno u otro grado, de los adultos, para la cual sería suficiente la teoría de la psicología del aprendizaje. El homosexual excluyente, pues, sería víctima (en cuanto a su desinterés total por las personas del sexo opuesto y sus consecuencias en una sociedad homofóbica) de la envidia infantil, más o menos olvidada en su adultez. Aunque la envidia en general es mirada casi siempre como un sentimiento innoble, la envidia sana es en el fondo una manifestación del sentido de justicia ("compensación" prefieren llamarla algunos psicólogos), y es en últimas uno de los motores del progreso de la sociedad: el revolucionario, el reformador social, el contestatario, obra impulsado inicialmente por ese sentido de justicia y equidad que llamamos "envidia" a falta de un término menos ambiguo.

De confirmarse la hipótesis de la "envidia por la hermanita", tendría una aplicación práctica bastante importante. Adelantándose un poco al capítulo siguiente, cierta clase de homosexualidad podría "prevenirse" en el hogar si los padres evitaran, con grandes esfuerzos, la preferencia excesiva por unos hijos sobre otros en razón de la diferencia de sexo. Quizás sea una fórmula un poco utópica, sin embargo, dado que el machismo de los padres de uno y otro sexo los lleva a preferir excesivamente unas veces al niño varón y otras a la niña a causa de los prejuicios androcráticos, los cuales, curiosamente, no siempre favorecen al sexo masculino: ambos padres a veces pueden preferir a las niñas por ser estas más "bellas", "dulces", "sumisas", etc. Más aún, si bien, como dije

ya, los padres nunca deben sentirse responsables de la homosexualidad de sus hijos, de ser cierta la hipótesis de la envidia, sí les cabría una pequeña parte de responsabilidad indirecta por aquella preferencia excesiva fundada en la diferencia de sexo.

Sería interesante realizar unas encuestas técnicas entre homosexuales excluyentes para investigar la validez de la hipótesis dicha, en caso de que no haya sido aún investigada suficientemente por los sexólogos (de lo cual no tengo noticia, dado que mi información bibliográfica es necesariamente limitada en vista de la vastedad aterradora de la literatura psicoanalítica a nivel mundial). Me gustaría intentar una encuesta informal entre los lectores homófilos excluyentes que deseen colaborar en la investigación sobre el origen último de su homosexualidad. Les sugiero pues que me escriban a mi apartado (anotado al final del Apéndice) dándome un breve resumen de su historia personal, concretándolo al tema de la envidia *infantil* al sexo opuesto, precisamente al de la envidia por otros niños, compañeros suyos de crianza. Me interesan las respuestas negativas tanto como las afirmativas. (Aunque prometo guardar la más absoluta reserva, quienes teman revelar su secreto, pueden escribir a máquina y con pseudónimos o números). Sé muy bien, por supuesto, que los sentimientos de la remota niñez suelen estar sepultados en el subconsciente, pero no es raro que muchos los recuerden más o menos nítidamente, sin necesidad de haber sido psicoanalizados por un profesional: el autopsicoanálisis es más frecuente de lo que se cree, aun en personas de escasa cultura psicológica. Gracias de antemano.

Coletilla. A última hora (cuando este material ya iba a entrar en prensa), se me ocurre pensar que muchos casos de homofobia pueden tener también como motivación profunda la envidia, en este caso envidia por uno o varios hermanos del mismo sexo, preferidos excesivamente por los padres. No recuerdo haber leído nada al respecto ni he tenido tiempo de reflexionar profundamente sobre el tema. Lo dejo como una mera inquietud para los investigadores que se interesen en este asunto, el del origen de la homofobia.

CAUSAS DE LA HOMOSEXUALIDAD: ASPECTO PRACTICO

(Las mal llamadas "prevención" y "curación")

Habiendo expuesto en el capítulo anterior las teorías principales sobre las causas de la homosexualidad, es del caso examinar en el presente si tales causas se pueden contrarrestar, sea para evitar la orientación homosexual futura o para cambiar la presente. "Prevención" y "curación" son términos impropios porque la homosexualidad no es una enfermedad por sí misma, pero como mucha gente sigue creyendo que lo es, dilucidemos primero este asunto antes de desarrollar aquel doble tema.

A. La homosexualidad no es por sí misma una enfermedad

No es una enfermedad somática desde luego, como se desprende de la exposición sumaria que he hecho de las teorías genética y endocrinológica, aún no demostradas.

Tampoco está plenamente demostrada la teoría o teorías psicoanalíticas sobre este asunto, pero su prestigio entre muchos intelectuales hace forzoso tocar el tema de este capítulo por ese aspecto. Parece que la mayoría de los tratadistas del psicoanálisis que se ocupan de este hoy en día no consideran la homosexualidad como enfermedad por sí misma, pero muchos siguen creyendo que lo es. Freud mismo se contradijo a este respecto: en su famosa "Carta a una madre norteamericana" aseveró que la homosexualidad no se podía catalogar como enfermedad, pero en otras obras dejó muy en claro que la tenía por un estancamiento, una fijación, en el desarrollo psicosexual normal del individuo, y por tanto que era una especie de inmadurez. Hay discípulos de Freud que han llevado este concepto hasta un extremo tal vez no autorizado por aquel, el de afirmar que el homosexual es un ser irresponsable, incapaz de llevar a cabo nada serio, inestable, inseguro, lo cual es totalmente falso si se dice de la mayoría; y aun si se afirma de una minoría, aunque sea parcialmente cierto, la causa no es aquella presunta "fijación" sino simplemente la hostilidad social hacia el homosexual, interiorizada en él. Veamos de cerca la tesis de Freud.

El padre del psicoanálisis procedió en este campo en forma apriorística. El no estudió primero un considerable número de homosexuales inmaduros y buscó luego una explicación a esta inmadurez, sino que procedió al revés: con base en una teoría previa suya, la del desarrollo psicosexual de todo ser humano en cuatro etapas: oral, anal, fálica y genital, supuso y postuló que todo homosexual debía ser inmaduro porque se había quedado fijado en una u otra de las etapas arcaicas y no había llegado a la etapa final, o bien, habiendo avanzado hasta esta, regresaba a aquellas en algunos casos. Freud forzaba la realidad para acomodarla a sus preconcepciones, entre estas la de un instinto heterosexual universal e irresistible y la de que todo ser humano pasa siempre primero por una etapa homosexual y luego llega a la heterosexual. Esto último ha sido desmentido categóricamente, en cuanto a ese orden cronológico y a otros aspectos, por el Informe Kinsey y por otros estudios.

El mito de las etapas aquellas es sencillamente ridículo por algunos aspectos. El hecho de que los niños pequeños disfruten de placer al excitar zonas erógenas como la oral y la anal no implica que todo adulto que sienta lo mismo se haya quedado fijado o estancado en las etapas correspondientes; un hombre maduro que goza al comer o al beber o que siente placer al evacuar no puede decirse que procede infantilmente. Si ese hombre besa a la mujer en la boca o los pechos o si esta disfruta cuando se deja penetrar analmente por aquel o cuando le practica la felación, ninguno de los dos está regresando a las etapas oral o anal en absoluto. Tampoco hay tal regresión ni fijación cuando es un hombre homosexual el que disfruta de la excitación de aquellas zonas erógenas en sus contactos con otro varón: simplemente, no teniendo vagina ninguno de los dos, es forzoso que descarguen su libido en aquellas zonas placenteras, mediante la felación y/o la pedicación, a más de hacerlo, y de modo mucho más satisfactorio, en el órgano genital mismo por medio de la eyaculación. Los psicoanalistas tradicionalistas no parecen querer darse cuenta de que ambos hombres siempre experimentan erección fálica y eyaculan, cuando menos masturbándose mutuamente, y si eso no es "genital", ¿qué significa "genital"? Por parte del "activo", la experiencia es igual cualitativa y cuantitativamente si el órgano penetrado es el recto o la boca que si es una vagina. La tesis de la fijación y la regresión como origen de la homosexualidad no serviría para explicar la del "activo" ni la del pasivo-activo, pero muchísimo menos la del bisexual de cualquier grado; de ser cierta, explicaría únicamente la de una ínfima minoría de homosexuales, los que siempre hacen el papel "pasivo", pero aun en esta mínima porción, son escasísimos los que no llegan a la eyaculación, si es que los hay (fuera de uno que otro caso clínico). Freud y algunos de sus seguidores parecen no haber tenido en cuenta para sus especulaciones sino a aquella minoría, y por supuesto trabajaron casi exclusivamente con enfermos mentales, no estudiando a homosexuales perfectamente ajustados a la vida social, emocionalmente sanos.

La hipótesis básica freudiana es que al excitar la zona oral o la anal, la persona adulta revive la angustia de castración y otros sentimientos negativos que lo atormentaron cuando niño en las tales etapas oral y anal, y así regresa a un estado emocional arcaico o primitivo, que se supone menos saludable que el correspondiente a la etapa cuarta, la genital, cuando se ha superado el complejo edípico. Pero el mero sentido común niega de plano aquella hipótesis, la de la angustia que se revive, y que lo diga cualquier lector exclusivamente heterosexual si alguna vez en sus contactos con el sexo opuesto disfruta de actividades distintas del coito vaginal: ¿se reviven en él o en su copartícipe los traumatismos del médico vienés? Decir que se reviven en el inconsciente y que luego afloran en otra forma es simplemente imaginarse las cosas, fantasear, suponer algo quimérico, indemostrable, irracional. Un científico serio trabaja con realidades, con hechos, y el hecho allí es que esos copartícipes, lo mismo que los de la modalidad homosexual, no solo no sienten angustia de castración ni culpabilidad incestuosa ni celos edípicos sino placer profundo, dicha, alegría de unión y compañerismo.

¡Y pensar que ha sido esta fantástica hipótesis de Freud la que dio origen al mito de la inmadurez de los homosexuales! De la fijación o estancamiento en el desarrollo psicosexual y de la regresión a etapas primitivas fue de donde salió lo de la inmadurez sexual, la cual a su vez engendró el mito de la inmadurez social, del subdesarrollo, irresponsabilidad e infantilismo psíquico que los psicoanalistas más torpes atribuyeron a los homosexuales en general, mito que les ha causado a éstos enormes males y ha desencadenado graves injusticias sociales, por ejemplo, la persecución laboral en los Estados Unidos, no solo en el campo de la educación (que esta se explica por la tesis moralista) sino en todos los campos. Freud, sin quererlo, resultó a la larga un perseguidor de los homosexuales más cruel e inhumano que Justiniano y que los príncipes medievales que quemaban a los sodomitas en la pira pública por herejes, y no solo por culpa de su teoría de la inmadurez sino también por haber acuñado irresponsablemente la nociva terminología de las "perversiones". Un médico, llamado a aliviar el dolor de la humanidad, se convierte así en un verdugo más de esta. (Y lo fue también para el sexo femenino en general: "la anatomía es el destino" es una frase de Freud que justificó la opresión de la mujer por el hombre so capa de un falso naturalismo).

Por esta razón los psicoanalistas más inteligentes, no esclavizados por el dogmatismo servil, han reaccionado contra la hipótesis aquella de su maestro y han preferido insistir en otros aspectos de la explicación que este trató de dar a la homosexualidad. Y sobre todo, como dije ya, abandonaron la tesis de que esta sea una enfermedad por sí misma.

Ya es tiempo de explicar el sentido de esta frase "por sí misma". Es un hecho indiscutible que un número alto de homófilos sufre de desarreglos emocionales más o menos severos: senti-

mientos de culpabilidad, de inferioridad, inadecuación, depresión y desaliento generales, pesimismo, retraimiento, frustración, irritabilidad, angustia y ansiedad, preocupaciones, delirios de persecución, disgusto con la vida y a veces hasta obsesiones suicidas; sentimientos que no aquejan a todos aquellos ni siempre en el mismo grado, y que por supuesto, no se dan en absoluto en muchos otros homosexuales. Ahora bien, *la causa de aquellos conflictos internos no es la homosexualidad sino la antihomosexualidad, es decir la persecución social* contra la conducta homosexual, persecución que se interioriza en la mente del homófilo sensible, y que lo convierte en un perseguidor de sí mismo, en su peor enemigo.

Toda minoría oprimida y casi todos los individuos con graves defectos físicos tienden a sufrir este mismo tipo de tortura interna: por ejemplo, los negros y los judíos en los países y épocas en que son perseguidos o discriminados, llegan a despreciarse a sí mismos hasta cierto punto, a sentirse vagamente culpables de algo que no saben qué es, a experimentar inseguridad o poca confianza en sí mismos, desaliento, inferioridad, etc., y solo los de personalidad más vigorosa se sobreponen a tales sentimientos negativos o se esfuerzan por superarse y demostrar que no son inferiores. También los tontos e insensibles, sin proponérselo, anulan la persecución exterior. En el caso mayoritario, se trata de la ley de la sugestión o lavado cerebral. De tanto decirle a alguien que es malo, tonto, enfermo, inferior, indigno, etc., y decirse en todos los tonos y sin descanso, el individuo al fin se convence, a medias, de que lo es. Obra allí el mismo principio de la publicidad y la propaganda, el del antiguo proverbio: "la gota cava la piedra".

El homosexual está oyendo desde niño que interesarse eróticamente o cohabitar con personas de su mismo sexo es monstruoso, antinatural, un pecado horrible, falta de virilidad (en los varones), algo sucio y vil, enfermizo, propio de individuos débiles y cobardes, de degenerados y pervertidos, de inmorales, de gentes sin carácter ni dignidad, que es algo que merece la burla y el desprecio, la humillación y el carcelazo. Pero es tan fuerte y tan natural su instinto hacia su mismo sexo que ni siquiera así deja de sentirlo fuertemente; sin embargo, algo tiene que ceder ante tanta presión exterior, y ya que no son sus impulsos eróticos los que ceden, su personalidad tiene que afectarse: es la "interiorización" de la persecución. Pero el individuo no está plenamente convencido de su "maldad", sino solo a medias, y así el conflicto es permanente, la fluctuación constante, y un resultado de esta algunas veces es la inestabilidad emocional, la dificultad de concentración en el estudio o en el trabajo, el aburrimiento, el desaliento, el pesimismo, la falta de confianza en sí mismo, etc., todo lo cual constituye el cuadro de la tal inmadurez e irresponsabilidad.

Sin embargo, la mayoría de los homosexuales turbados emocionalmente no se entregan sino que continúan luchando, y así siguen siendo tan responsables con sus obligaciones como cualquier individuo totalmente sano, cumplidores de su deber a pesar de lo

mucho que les cueste, dignos de confianza, trabajadores, estudiosos, emprendedores. De modo que el mito de la "inmadurez" y de la "debilidad de carácter" no resulta verídico sino en una minoría de casos, una ínfima minoría en mi opinión. De todos modos, aún esa falta de desarrollo no es propia de la homosexualidad misma sino todo lo contrario: de la homofobia social. La homosexualidad pues no es enfermedad por sí misma ni siquiera en esos casos minoritarios.

Y ya lo reconoce así la ciencia. Es muy conocido el célebre dictamen de la prestigiosa Asociación Psiquiátrica Norteamericana, la cual en 1974 excluyó la homosexualidad por sí misma de la lista de enfermedades mentales. Este fue un paso de enorme importancia para la causa homosexual porque eliminó la raíz de muchas discriminaciones laborales y otras injusticias flagrantes que se cometen en nombre de la falsa ciencia.

Esta nueva actitud de los científicos actualizados se debe en gran parte a estudios profundos que se han hecho de homosexuales sanos que jamás consultan a psicólogos o psiquiatras y que están perfectamente adaptados o ajustados a la realidad social, los cuales son mucho más numerosos de lo que creen ciertos clínicos desactualizados, obsesionados por sus pacientes homófilos. El estudio más importante de los aludidos fue el de la socióloga E. Hooker (1957) que trabajó con un gran número de homosexuales que no se sentían desadaptados de ninguna manera: los resultados de las pruebas psicométricas a las que los sometió junto con un grupo de controles heterosexuales demostraron que no había diferencias significativas de ajuste social entre los unos y los otros. Esta conclusión ha sido confirmada posteriormente por otras investigaciones parecidas. En *La cuestión homosexual* de C. A. Tripp, se describe el admirable ajuste social y emocional de los homosexuales que triunfan rotundamente en la vida, poseedores de una personalidad fuerte que neutraliza la persecución homofóbica exterior y les ayuda a no interiorizarla. Veremos más adelante una lista de casi un centenar de hombres mundialmente célebres que triunfaron plenamente en distintos campos de actividad a pesar de su homosexualidad, excluyente o no. Lo que sucede es que los homosexuales sanos, repito, no consultan a los profesionales de la salud, y son estos los que, con base en sus pacientes, teorizan acerca de la supuesta "inmadurez". La sociología sexual, una ciencia poco desarrollada todavía, acabará por demostrar plenamente que la homosexualidad no es una enfermedad mental por sí misma.

Pasando ya a las escuelas psicológicas no freudianas, la gran mayoría de sus exponentes no consideran patológica la homosexualidad por sí misma. Algunos autores le atribuyen cierto grado de obsesividad a la conducta homosexual, lo que equivaldría a adjudicarle un rasgo patológico de ordinario leve, pero es un hecho innegable que la reactividad obsesiva no está presente necesariamente en los contactos homosexuales; el homosexual sano, integrado socialmente en forma satisfactoria, puede estar libre de ella, y si la experimenta, no es en mayor grado que la mayoría

de los heterosexuales, en una cultura erotofóbica, respecto de sus estímulos eróticos. Por lo demás, cualquier obsesividad de esta índole es de origen sociocultural y no biológico, y así, la del homosexual obedece al rechazo social interiorizado. Por lo tanto, aun este leve rasgo patológico, cuando está presente en la conducta homoerótica, no es propio de esta sino un efecto más de la hostilidad del medio, con lo que volvemos a la afirmación general: la homosexualidad por sí misma no es enfermedad.

Por esta misma razón, no resulta apropiado llamar "anormal" al homosexual. Este término en biología y medicina alude a estructuras irregulares o a disfunciones, a entidades patológicas ("enfermedad"), y en este sentido, el homófilo, según lo que acabamos de ver, no es "anormal" si no está mentalmente enfermo. Hay quienes le dan a ese vocablo otro sentido, el de la persona que se aparta de las normas sociales, pero es un hecho que, como sustantivo de persona, "anormal" no es usado por nadie para calificar a quien las viola, a menos que lo haga en forma enfermiza o maniática: nadie llama "anormal" al ladrón, al tramposo, al matón, al descortés, al "agalludo", etc. Un tercer sentido del término, el de miembro de una minoría, es francamente impropio y abusivo. Y en cuanto al cuarto significado posible, el de antinatural, veremos en otro capítulo que la homosexualidad no va contra la naturaleza sino en el sentido de que no sirve para la reproducción de la especie. En conclusión, el homosexual que no esté mentalmente perturbado no es anormal sino tan normal como el heterosexual sano.

Por último, los psicólogos del aprendizaje, específicamente, no solo no consideran patológica la conducta homosexual sino que la colocan al mismo nivel que los hábitos alimenticios, que no son patológicos mientras no sean nocivos para quien los frecuenta. Dicho en términos populares, la homosexualidad es un gusto, y en este sentido, el individuo homosexual se puede comparar con el heterosexual, en la práctica y a manera de ejemplo, diciendo que al primero le gusta exclusiva o preferentemente la carne de pescado y al segundo la de res (o al contrario, por supuesto, pero del otro modo la comparación es más consecuente con las estadísticas sexuales y alimenticias en nuestro medio). El lector que encuentre extraño este parangón no ha asimilado lo esencial de la teoría del aprendizaje: la conexión estímulo-respuesta que se establece firmemente si va acompañada de un refuerzo, el placer.

La sabiduría popular, sin necesidad de abrevarse en densos tratados de psicología experimental, llegó a las mismas conclusiones hace mucho tiempo. La primera, que la homosexualidad no es más que un gusto, una preferencia, la oye el homosexual de labios de los heterosexuales despreocupados que tratan de calmarlo con esta frase, aparentemente ramplona pero bastante expresiva: "al que le gusta le sabe". La otra conclusión, la comparación entre los gustos sexuales y los alimenticios, está patente en la forma en que el pueblo califica al hombre bisexual, con esta frase un poco cruda y burda: "come de res y de cerdo". Estas dos

frases vienen al caso, porque si bien afectan pasajeramente el tono de este trabajo, demuestran indirectamente lo esencial de la teoría experimentalista y dejan ver cómo el pueblo ha entendido mejor todo el asunto que un psicoanalista sofisticado y pedante con el mito de la "inmadurez" y el de la "fijación" en las etapas oral y anal. El sentido común tiene que imponerse al fin sobre la fantasía. Sí, la homosexualidad es simplemente un gusto que se aprende, y que al igual que los gustos alimenticios, casi nunca se olvida.

Un argumento final contra la idea de que la homosexualidad sea una enfermedad mental es que el homosexual no se siente enfermo al participar en actividades homoeróticas. Puede ser que le molesten antes o después sentimientos negativos como los que enumeré ya, pero estos se explican muy bien por la hostilidad del medio. Un turguriero que se ve obligado a vivir del hurto puede sentir remordimientos por este y comer su pan con sobresaltos, pero ciertamente no tiene nada de patológico su apetito. El homosexual, obligado a la clandestinidad y a contrariar las ideas de la gente, se parece a ese pobre gamín: este tiene derecho al pan y aquel a satisfacer sus necesidades biológicas de placer erótico, y uno y otro son forzados a vivir antisocialmente porque la sociedad, de una u otra manera, les niega aquel derecho natural; pero ni el uno ni el otro están enfermos al buscar la satisfacción de esas urgencias naturales e imperiosas. El homófilo no solo no siente síntomas de enfermedad alguna al funcionar como tal sino que da claras muestras de salud y lozanía, como son el placer y el compañerismo. Viene al caso el testimonio anecdótico de dos muchachos de quince años que hacía poco habían descubierto su homosexualidad y estaban disfrutándola plenamente, cuando oyeron decir que esta era una enfermedad; comentaron entonces muy en serio: "¡Pero qué raro, si nosotros nos sentimos divinamente bien!" En realidad, es raro hablar de enfermedades sin síntomas ni molestias, sin disfunciones.

El mito de la enfermedad no es en el fondo otra cosa que un pretexto inconsciente para encubrir la homofobia milenaria, esa sí de índole patológica puesto que es inspirada en el miedo, homofobia que encuentra en cada época una coartada diferente, no intencional por supuesto. "De herejía a enfermedad": se titula una obra que aún no conozco sobre este asunto. En la Edad Media, cuando todo giraba en torno a la teología, el homosexual era un "hereje", un pecador; en el siglo XX, en los países burgueses donde la psicología está de moda, aquel es un "enfermo" mental, y en las naciones regidas por stalinistas, obsesionados por el supermachismo, es un "marica" subversivo, un contrarrevolucionario. ¿Qué inventará la falocracia en el siglo XXI?

B. ¿Es posible evitar y/o cambiar la orientación homosexual?

a) Evitar la orientación hacia el mismo sexo es prácticamente imposible. Si uno cree en la teoría genética, la manipulación de los genes humanos para cualquier propósito semejante a este todavía es una meta muy lejana en el tiempo. Si uno se atiene a la teoría endocrinológica, hoy por hoy la ciencia correspondiente no posee fórmula alguna útil a ese objetivo. En cuanto a las teorías psicoanalíticas, tampoco tienen técnicas eficaces para "prevenir" la homosexualidad porque los procesos y mecanismos que se supone entran en juego son inevitables y universales, y los padres no pueden tener mucho control sobre asuntos tales como la solución saludable del doble complejo edípico; quizás a lo sumo puedan tomar algunas precauciones semejantes a las que comento enseñada.

En relación con la teoría experimentalista conductista, la extensa exposición que he hecho de los mecanismos y las leyes del aprendizaje sexual específico deja en claro los excesos en que pueden incurrir los padres que, no deseando que sus hijos se orienten homoeróticamente, sin embargo propician sin quererlo ni saberlo tal orientación, como son los besos en la boca del niño del mismo sexo, el juego con sus genitales, el dormir en contacto físico con él, cargarlo ya mayorcito sobre los genitales del padre, etc. Sin embargo, suprimir todas las muestras físicas de cariño al hijo del mismo sexo (besos, abrazos, cargarlo) es peligroso para el desarrollo emocional general de este. Por otra parte, el exceso de afecto físico al hijo del sexo opuesto puede resultar contraproducente porque el niño puede cansarse de él, como parece que es el caso de la madre sobreprotectora y dulcísima con su hijo varón, el futuro afeminado (o feminizado).

A este respecto, merece mención el que Tripp llama "fenómeno distancia-resistencia", no descubierto por él, desde luego, pero descrito inteligentemente en su obra. Dice Tripp que en su vida erótica todo ser humano de cualquier orientación sexual funciona de acuerdo con un vaivén permanente de resistencias y entregas, distanciamientos y acercamientos, contrastes y semejanzas, lo cual es evidente en las culturas androcéntricas por ser fuertemente competitivas. Las barreras, la novedad, el misterio, la variedad, los conflictos, las riñas, el "castigo" o privación intencional, son todos factores que entran en el fenómeno distancia-resistencia, cuya ausencia explica en gran parte el aburrimiento de las parejas, casadas o no, los divorcios y separaciones y la inconstancia de los amantes. Ahora bien, dicho fenómeno tiene mucha importancia en el aprendizaje sexual específico en la niñez porque paradójicamente los rechazos ocasionales de los padres a los hijos estimulan la conducta sexual incipiente en forma mucho más eficaz que las caricias. Quizás esto explique el enigma aquel del niño feminizado hijo de un ogro: tal vez este, al ritmo caprichoso de su humor, de vez en cuando se muestre especialmente afectuoso en forma física con su hijito (aunque este no lo recuerde en su adultez)

y otras veces lo rechaza brutalmente; estos rechazos (“resistencias”) valorizan enormemente aquellas escasas muestras de cariño. En cambio, la madre demasiado afectuosa con su besuqueo tenaz puede cansarlo, como dije, y aunque el niño la adora, no siente estímulo en ella para su incipiente conducta heterosexual por falta de aquellas distancias y resistencias; es demasiado fácil, y curioso o paradójicamente, ese niño feminizado en un sentido, es harto varonil en esto de querer las dificultades, la confrontación (tomando las palabras “feminizado” y “varonil” en sus valores convencionales, casi siempre falsos, por supuesto).

También en este punto la sabiduría popular ha llegado a una conclusión correcta: el niño demasiado mimado por la madre puede volverse afeminado (si bien es falso totalmente que todos los homosexuales hayan sido niños mimados, ni siquiera la mayoría). Pero sería erróneo concluir de ahí que al niño varón hay que maltratarlo y hacerlo sufrir “para que se vuelva hombre”, como creen muchos padres machistas; es la madre la que tiene que presentarle alguna resistencia y distanciarse de él de vez en cuando, según ya he explicado. Por lo demás, el principio aquel de la distancia y la resistencia tiene un límite, y es que cuando estas son excesivas o demasiado frecuentes, se da el desaliento. En cuanto a los varones homosexuales, tengo para mí que casi todos tienen tendencia a buscar la confrontación y las dificultades, a preferir las resistencias y los obstáculos (o sea que son “varoniles” en el sentido convencional), lo cual, en la práctica, significa que si el niño es porfiado y tenaz en su conducta general, tenderá a serlo en la sexual, rasgo que debería ser tenido en cuenta para el aprendizaje sexual específico por parte de los padres que deseen evitar que sus hijos resulten homosexuales. Con todo, aquellos no pueden tener mucho control sobre tal aprendizaje, fuera de evitar los excesos de que hablé. (Recordar aquí también lo dicho en los últimos párrafos del capítulo anterior, sobre las preferencias por razones de sexo).

b) Cambiar la orientación homosexual por la heterosexual es, hoy por hoy, completamente imposible casi en la totalidad de los casos, pero si el sujeto tuvo en el pasado inclinaciones heterosexuales, a veces es posible, con grandes dificultades, lograr que llegue a preferir la conducta heterosexual sobre la homosexual, pero aun este resultado no siempre es permanente. Esta tesis general requiere una ampliación, que realizo enseguida.

1. Para la teoría genética, obviamente el cambio es un imposible absoluto hoy en día.

2. Para la endocrinológica, ya vimos que las hormonas masculinas suministradas a un varón homosexual excluyente simplemente intensifican su interés en otros varones sin que cambien su orientación en absoluto. Tampoco las hormonas femeninas cambian la orientación de las lesbianas.

3. En cuanto a las teorías psicoanalíticas, Freud mismo reconoció que era “muy difícil siempre” transformar un homosexual

en heterosexual. Después de él, muchos de sus seguidores ensayaron tal transformación con frecuencia, y aunque hubo algunos ligeramente optimistas en este sentido, después de unas décadas de fracasos sistemáticos la mayoría de los psicoanalistas llegaron a un escepticismo total al respecto (o sea sobre el cambio de orientación).

El caso Bieber merece mención aparte. Este psiquiatra con un grupo de colegas trató mediante el psicoanálisis a un buen número de pacientes homosexuales de sexo masculino durante largos años, al cabo de los cuales, en 1962, publicó con nueve de aquellos terapeutas un "estudio psicoanalítico de varones homosexuales", en el que describió aquel trabajo terapéutico. Según ese estudio, un 27 por ciento de los pacientes dejó de ser homosexual y se volvió heterosexual, y obviamente un 73 por ciento no logró el objetivo, o sea que casi tres de cada cuatro fracasaron. Pero aun enfocando esa pequeña minoría que cambió de orientación, no se puede sacar como conclusión que en cualesquiera circunstancias el 27 por ciento de los homosexuales de cualquier clase puede convertirse en heterosexuales con la mera voluntad y un poco de ayuda profesional, pues esta conclusión es totalmente errónea, por las siguientes razones:

En primer lugar, aquel 27 por ciento lo constituyeron 29 hombres de los 106 que terminaron el tratamiento y no del total de los que lo comenzaron o avanzaron en él: hubo pacientes que lo abandonaron relativamente pronto por una u otra razón, pero obviamente no por haber cambiado de orientación sexual, pues en este caso se habrían incluido entre quienes terminaron la terapia. Si se hubiera tenido en cuenta a todos los que comenzaron esta, aquel porcentaje de éxitos sería más bajo aún obviamente. En segundo lugar, a esos 29 hombres no se les hizo un seguimiento a largo plazo para ver si a la vuelta de diez años, por ejemplo, seguían siendo exclusivamente heterosexuales, pues ocurre con frecuencia en casos similares que el cambio no es permanente. Tercero, aquel cambio fue resultado de un esfuerzo enorme en tiempo y dinero: todos los hombres cambiados, menos dos, necesitaron más de 150 horas cada uno de terapia individual, y 18 de ellos requirieron 350 o más horas, o sea casi todos tuvieron que gastar varios años en el tratamiento, el cual es siempre sumamente costoso; además, no lo pueden hacer sino profesionales altamente calificados. Así es obvio que solo una ínfima porción de los homosexuales podría someterse a un tratamiento de esa clase. Y en cuarto lugar, el personal tratado por Bieber y compañía no es representativo de la población homosexual total dado que era relativamente homogéneo en cuanto a clase social y económica y sobre todo en cuanto a salud mental (todos los 106 fueron tenidos por "enfermos" emocionalmente).

Pero hay algo más serio aún en lo referente a la permanencia del cambio aquel: Tripp, en su obra citada, alude en forma obvia a Bieber y su estudio, sin nombrarlos explícitamente, y cuenta cómo Pomeroy, miembro del Instituto Kinsey, trató de examinar

años más tarde a los hombres que habían cambiado de orientación sexual a ver si continuaban siendo heterosexuales y consiguió que el autor principal del estudio se comprometiera a localizarle a algunos de ellos, pero con resultado negativo, porque, después de varias evasivas, no logró presentarle ni siquiera al único de aquel grupo que parecía poder confirmar la veracidad de su estudio en este punto. Por esta y por otras razones, Tripp sugiere sutilmente que el estudio ese fue una falsificación total. También Churchill y otros autores niegan las conclusiones que algunos trataron de sacar de él.

Pero nótese que aun aceptando la generalización aquella, pese a su absurdidad, queda claro que casi las tres cuartas partes de los pacientes fracasaron y esto a pesar de las óptimas condiciones del tratamiento, las cuales difícilmente pueden repetirse en cualquier población nuestra. O sea que aun dándole la razón a Bieber, se puede concluir que es prácticamente imposible conseguir un cambio permanente de orientación sexual mediante el psicoanálisis. Hoy en día no hay casi psiquiatras freudianos que acepten pacientes para ese objetivo específico, el del cambio dicho, sino únicamente para ayudarles a aceptarse a sí mismos como homosexuales y a suprimir los síntomas de la neurosis desencadenada en algunos por la hostilidad social interiorizada. Si se consigue este objetivo, se puede hablar de "curación" pero el paciente sigue siendo homosexual, por cierto que mucho más practicante que anteriormente. El padre de un homófilo al costearle un largo tratamiento de estos puede sentirse defraudado por este resultado, tan diferente del que él apetecía, pero si ama a su hijo, sería lógico que le alegrara ver que este es menos desdichado después de la terapia. Hoy en día, casi siempre que se habla de "curación de la homosexualidad" por la psiquiatría tradicional se entiende solo la supresión de los sentimientos negativos de que hablé antes. Conseguido este propósito, lo más frecuente es que el paciente se acomoda la máscara heterosexual para siempre y en forma decidida y resuelve engañar a sus padres o a quienes costearon el tratamiento con mentiras piadosas, una de las cuales consiste en frecuentar ante ellos a amistades del sexo opuesto, engañando a estas también. Claro está que la máscara a veces es de cristal, por lo transparente o por lo frágil, y a la vuelta de un tiempo viene el desengaño de aquellos. Para evitar este, el padre de un homosexual que lo lleva a un psiquiatra puede asegurarse acerca del objetivo específico de la terapia antes de iniciarla.

4. Dejando el psicoanálisis y antes de hablar del conductismo, quiero comentar la creencia, muy corriente entre moralistas y sacerdotes, de que un homosexual puede dejar de serlo si tiene una voluntad bien disciplinada. Hay que hacer dos distinciones: dejar de ser homosexual puede significar abandonar las actividades homosexuales o bien dejar de sentir deseos eróticos por personas del mismo sexo. Lo primero sí puede ser conseguido con una voluntad fuerte y bien motivada, pero el individuo no deja de ser homosexual sino que se convierte en homosexual abstinente, con

graves riesgos para su salud mental si no está animado por objetivos muy ambiciosos de otra índole, lo que llaman "sublimación" erróneamente, siguiendo un error de Freud, cuando no es más que una "compensación". Además, la "sublimación" es inconsciente y no se puede buscar conscientemente.

Pero dejar de sentir deseos homoeróticos es un objetivo que escapa a la voluntad por fuerte que sea, a menos que se empleen ciertas técnicas (de dudoso resultado, como veremos luego). Decir que alguien que se propuso dejar de sentir atracción sexual por su mismo sexo no lo consiguió "porque no quiso" y que todo es cuestión de querer implica un contrasentido: es como si a una persona con hambre que quiere comer se le pidiera que quiera-no-querer-comer, o a un hombre que se está muriendo y quiere vivir, se le sugiriera que quiera-no-querer-vivir. No se puede querer y no querer al mismo tiempo: ser homosexual es querer eróticamente a las personas del mismo sexo y dejar de serlo es dejar de quererlas, para lo cual no sirve querer-no-querer porque se trata de impulsos biológicos de enorme fuerza que no están bajo el control de la voluntad en cuanto a su existencia y dirección sino solamente en cuanto a su satisfacción cada vez. Puede abstenerse pero no dejar de gustarle su objeto sexual. No es que él no quiera dejar, sino que *no puede querer dejar* (de gustarle).

Es difícil entender este concepto, pero pueden ayudar dos ejemplos. Uno es el del gusto por determinado plato, por ejemplo los camarones. Un individuo a quien le fascinen estos pero le hacen daño, o así lo cree él, puede por medio de la voluntad absterse de comerlos pero no de sentir gusto por ellos: no puede querer-no-quererlos. El otro ejemplo es el de un hombre heterosexual excluyente que se ve obligado a vivir de por vida en una isla habitada por homosexuales excluyentes, hombres y mujeres, donde solo un 15 o 20 por ciento de la población total es también heterosexual, pero estos son perseguidos por la mayoría, ridiculizados, encarcelados si se les sorprende en lo suyo, hostilizados y tenidos por enfermos o subversivos; si a aquel hombre le piden que quiera dejar de sentirse atraído por las mujeres y que emplee en ello toda la fuerza de su super-voluntad, obviamente no puede hacerlo. Lo más que puede hacer es someterse a un experimento que le asegure que lleguen a gustarle los hombres, pero que me diga el lector que se haya identificado con aquel hombre en la isla ¿se sometería al tratamiento ese? Si la respuesta es negativa, ¿se podría decir que le falta voluntad?

La segunda distinción de que hablé es si el homosexual de marras es del todo excluyente o si coexiste en él una tendencia, por tenue que sea, hacia el sexo opuesto. Los moralistas tienen toda la razón (desde su punto de vista, que yo no comparto, de creer que la homosexualidad es mala moralmente) en que se haga todo lo posible por orientar en la práctica a la persona homosexual hacia el sexo opuesto, si es que no es del todo excluyente, y por supuesto también esto está bien averiguarlo prácticamente, por-

que es un hecho que a menudo lo que hay en el fondo es mera timidez ante el sexo opuesto, cortedad, automenosprecio. En todos estos casos de bisexualidad, en sentido lato o estricto, la voluntad bien disciplinada sirve para decidir al sujeto por el sexo opuesto, como ideal en una sociedad homofóbica. Si dicho individuo es predominantemente homosexual, puede tal vez llegar a funcionar más o menos adecuadamente como heterosexual también, y casarse quizás, pero difícilmente será feliz del todo en este campo. Se somete a la realidad social, se resigna y toma el matrimonio como una especie de premio de consolación, a veces estafando a la esposa (o esposo) en el plano erótico; pero ninguna fuerza de voluntad suprimirá en esa persona de manera total sus deseos por el propio sexo; será un homosexual abstigente, parcialmente frustrado.

Muchos confesores católicos, según he leído en una obra europea, dicen que cuando un penitente maduro hace una confesión general es frecuente que se acuse de actividades homosexuales de la juventud, de antes de casarse, y parece que algunos de aquellos atribuyen la cesación de estas a un cambio voluntario de orientación. En realidad, unas veces se trata de la bisexualidad de que acabo de hablar y otras de un cambio verdadero pero no "voluntario" sino mero fruto del aprendizaje de aversión hacia el propio sexo que se produce en los adolescentes y jóvenes en las culturas homofóbicas, aprendizaje que no se recuerda en forma concreta en cuanto al tiempo o al modo. Pero también los confesores saben que son muchísimo más frecuentes los casos en que el penitente homosexual, por más voluntad que ponga en el empeño, fracasa por completo en este, y se pasa la vida confesándose si no de actividades homosexuales si de pensamientos y deseos de esa índole. Si los que se acusan de acciones son escasos es porque la mayoría abandonan la Iglesia o por lo menos el templo y muchos otros callan esos hechos o cambian el sexo de sus acompañantes sexuales, esperando que Dios sea más comprensivo que su representante, pero no porque hayan dejado de ser homosexuales gracias a una voluntad muy fuerte y muy bien disciplinada.

El testimonio de miles de homosexuales en obras sobre el tema y en diálogos y entrevistas personales me ha convencido de que la mera voluntad no es suficiente para lograr un cambio de orientación. El homosexual prefiere someterse a los innumerables obstáculos que la sociedad homofóbica le presenta a la satisfacción de sus impulsos biológicos más bien que renunciar a estos por completo porque no puede cambiar la dirección de ellos por más esfuerzos que haga al respecto. La orientación hacia su propio sexo es tan consustancial al homosexual excluyente como el color de la piel lo es al hombre de una minoría racial perseguida, y así como a nadie se le ocurriría decir que con la mera voluntad fuerte y disciplinada se puede cambiar de raza, es ridículo creer que el homosexual es simplemente un hombre sin voluntad o de voluntad débil.

Y sin embargo, este ridículo lo encuentra uno en escritores

que pretenden ser científicos. Es el caso de Albert Ellis, representante de la escuela moderna autodenominada "psicología racional", que debería llamarse más bien "voluntarista". Este psicólogo (distinto del sabio pionero de la sexología Havelock Ellis) expone en uno de sus libros la que yo llamo "técnica de las ostras". Sostiene que una persona que nunca ha comido ostras y a la que por lo tanto no le gustan llegará finalmente a gustar de ellas si se empeña en comerlas con regularidad y frecuencia por más que le repugnen por mucho tiempo. Para demostrar que este principio funciona en el caso de la homosexualidad, aporta un caso, un solo caso, de un hombre homosexual a quien él trató como terapeuta "racional" con esa técnica. El joven, por orden y sugestión de dicho profesional, se empeñó en tratar de hacer el amor a una mujer, y aunque al principio tuvo mucha dificultad y sintió enorme disgusto, al cabo de un tiempo logró hacerlo sin repugnancia y hasta se convenció a sí mismo, con ayuda del terapeuta, de que sí le gustaba. El psicólogo cantó victoria en su libro sin haberle hecho al paciente un seguimiento largo, y como al describir su hallazgo "científico" tenía otro paciente que iba bien encaminado, aunque no había llegado aún a la meta, dio por un hecho la expectación y sacó la ley respectiva. Todo lector que tenga un mínimo de entrenamiento científico (en cualquier ciencia experimental) sabe que de un caso exitoso (?) o de uno y medio no se puede deducir una ley general de tipo científico. Albert Ellis, que parece ser respetado por ciertos sexólogos, en este caso concreto se portó como un charlatán y no como un hombre de ciencia, como un charlatán "de buena voluntad" (desde el punto de vista de los moralistas homofóbicos), como un voluntarista a quien no le importa la verdad sino lo que él considera "el bien". Yo pregunto al lector heterosexual excluyente, volviendo a la hipótesis aquella de la isla homosexual de donde no se puede salir: ¿ensayaría él la técnica de las ostras para ver si al fin le llegan a gustar los hombres? Y repito: si la respuesta es negativa, ¿se podría decir que le falta voluntad?

Análoga a la técnica voluntarista de las ostras es la llamada "terapia asertiva", muy útil ciertamente para ciertos problemas psicológicos generales pero ineficaz para un cambio de orientación sexual específica. En el fondo es la vieja teoría de la autosugestión, la cual en el caso de la homosexualidad sirve solamente para reforzar la abstención y despertar una inclinación heterosexual ya existente aunque fuera tenue o tímida. Los tratadistas de la asertividad no han dado a conocer cifras significativas de cambios de orientación sexual logrados con su verbosa técnica. Por su parte, la hipnosis tampoco ha dado resultados satisfactorios en este sentido, y solo los charlatanes "bien intencionados" siguen hablando de ella, pese a su ineficacia comprobada.

Las técnicas conductistas. El conductismo, en sus diferentes modalidades, ha tenido cierto éxito aparente en el cambio o modificación del comportamiento sexual, pero en la práctica sus métodos, inmorales a veces, no pueden alterar en lo esencial la si-

tuación en su aspecto numérico o demográfico, por las razones que diré luego. Las técnicas conductistas o conductuales más conocidas se basan en la psicología del aprendizaje mediante el empleo del "castigo". El paciente homosexual es sometido, voluntariamente o por imposición ajena, a la llamada aversoterapia, o sea a un aprendizaje de aversión o evitación de la conducta homosexual en el cual intervienen los choques eléctricos unas veces, y otras, cierto tipo de eméticos (vomitivos). El procedimiento más corriente consiste en que al paciente, digamos un varón homosexual, se le presentan láminas, diapositivas o fotografías de hombres hermosos desnudos del mismo tipo de los que suelen excitarlo, y en el momento en que empieza la erección correspondiente a la excitación erótica siente la descarga eléctrica o los efectos del emético que le había sido aplicado con anticipación cronometrada. Este disgusto obra como "castigo" y hace desaparecer la excitación; como refuerzo negativo establece una conexión estímulo-respuesta, una conducta de aversión hacia personas similares a las imágenes del tratamiento, o sea una homofobia propiamente dicha. Sin embargo, esta nueva conducta no es de duración indefinida y tiende a extinguirse u olvidarse, ya que, como vimos antes, el refuerzo negativo es mucho menos eficaz o duradero que el positivo o premio, y así, este, que había inducido un comportamiento homosexual, suele imponerse a la larga sobre aquel. Dicho en otros términos, aquel hombre prefiere a la larga el placer o el gusto de sus contactos homosexuales anteriores al tratamiento más bien que la ausencia del disgusto de los choques o de las náuseas; al fin triunfa el placer sobre el miedo, la homofilia sobre la homofobia. Por lo demás, en muchos casos ni siquiera se establece inicialmente la fobia al propio sexo, o sea que muchas veces la aversoterapia fracasa, no solo a la larga sino en forma inmediata. Tripp, pese a su seriedad habitual de científico serio, se burla de la aversoterapia y cuenta casos de verdadera estafa en este tipo de tratamiento, en especial uno de Italia.

Pero aun en los casos en que se produce con él un verdadero descondicionamiento, estas técnicas conductistas son cuestionables en alto grado desde el punto de vista de la moral, no ciertamente por el empleo de imágenes de individuos desnudos (aspecto que los moralistas católicos romanos no legitimarían tampoco) sino porque implican a menudo una manipulación de la persona humana, un abuso de esta que atenta contra la dignidad, sobre todo en los casos en que la aversoterapia se lleva a cabo contra la voluntad expresa del paciente, como ha sucedido a veces en Norteamérica y en la Unión Soviética. Además, con frecuencia se dan efectos secundarios altamente perjudiciales para la salud física y/o emocional del sujeto, como son crisis cardíacas, pérdida de la memoria, depresión, neurosis de distintas clases y a veces hasta verdaderas psicosis que en ocasiones han llevado hasta el suicidio. Esto último ocurre sobre todo cuando la aversoterapia induce una conducta antihomosexual pero el sujeto sigue siendo también anti-heterosexual, o sea que padece una doble erotofobia: hacia uno y

otro sexo, la cual le impide la satisfacción de sus necesidades eróticas con otras personas.

Pero aun en los casos en que no se llega a este extremo, es frecuente que el sujeto se vea abocado a una neurosis seria debida al rompimiento de aquella especie de homeostasis o equilibrio interno de tipo psicológico que es resultado de la consolidación de una conducta sexual, en este caso la homoerótica, y sabemos que el rompimiento de la homeostasis se traduce en perturbaciones a veces peligrosas, en un desacomodo (en términos sencillos) o incomodidad ante la novedad de la situación posterior a la terapia, desacomodo que puede ser mucho peor que la desadaptación social anterior, o sea la producida por la homofobia colectiva o social interiorizada. Así el remedio puede llegar a ser peor que la enfermedad. Por estas razones, todos los movimientos de liberación homosexual en el mundo actual repudian las técnicas conductistas cuando se aplican a la modificación del comportamiento homoerótico, en especial la aversoterapia, incluso cuando el paciente consiente libremente. El ser humano tiene derecho a disponer de su propio cuerpo y no puede permitir esa clase de intromisión en su libertad, ni siquiera cuando se emplean medios de persuasión tendientes a arrancar su consentimiento para someterse a aquella clase de terapias.

Otra técnica conductista, distinta de la aversoterapia, la llamada "desensibilización sistemática", que puede ser imaginaria o real, ha sido expuesta por el psicólogo africano Joseph Wolpe y se emplea para casi toda clase de fobias propiamente dichas, incluyendo la heterofobia. Viene a ser en esencia un método para quitarle al paciente el miedo al objeto (cosa o persona) de su fobia (aprender a salirle al espanto, diríamos familiarmente) ya sea en presencia de dicho objeto o imaginándoselo, método complicado que incluye ejercicios de relajación y respiración. Es una técnica casi siempre inofensiva, pero en el caso de la homosexualidad, su eficacia se reduce, en los casos en que da algún resultado, a suprimir en el paciente el miedo al sexo opuesto (si es que lo tiene), con lo cual queda convertido en bisexual, no en heterosexual del todo excluyente, al menos en la mayoría de los casos.

Fuera de estas técnicas, hay otras que combinan recursos terapéuticos, que pueden incluir fármacos, psicoterapia verbal, terapia asertiva, ayudas audiovisuales, etc. En las dos últimas décadas, investigadores de distintas vertientes teóricas han ensayado numerosas técnicas para la conversión sexual, aunque el resultado general ha sido bastante pobre, según los expertos. Las técnicas que aparentemente han tenido mayor éxito son las de Masters y Johnson. Este matrimonio de terapeutas publicó en 1979 el libro *Homosexualidad en perspectiva*. El título no se refiere al futuro de la homosexualidad, y menos en el sentido de cambiar al homosexual en heterosexual (conversión), tema que cubre solo una cuarta parte del libro.

Las técnicas para la conversión a la heterosexualidad y para

la reversión a la misma no son descritas en ese libro porque ya lo fueron en uno anterior suyo (*Insuficiencia sexual humana*) sobre la heterosexualidad, que aún no he leído, pero lo esencial de tales técnicas se halla esbozado en otras publicaciones y en el excelente trabajo de Dragunsky, "Aplicación de los principios de Masters y Johnson al tratamiento de la homofilia masculina" (parte del libro colombiano *Lecciones de sexología*, de Dragunsky y González, de 1979). En síntesis, el tratamiento consiste en que el paciente, un hombre homosexual por ejemplo, en compañía de una mujer elegida por él, que puede no ser su esposa pero que debe ser aprobada por los terapeutas (dos, de diferente sexo, según M. y J.), hace con ella en un dormitorio del laboratorio sexual una serie de ejercicios (con sesiones diarias durante 14 días seguidos, según aquellos, la "fase aguda del tratamiento"), minuciosamente programados por los dos terapeutas y bajo su guía y supervisión. Al principio los ejercicios se reducen a masajes en zonas no-genitales, evitando la erección y el coito, y van avanzando gradualmente por etapas, hasta llegar finalmente a la penetración vaginal plena. Es pues un típico proceso de aprendizaje de la heterosexualidad, en el tratamiento de conversión, y de reaprendizaje en el de reversión. La meta, según M. y J., no es necesariamente la heterosexualidad total (excluyente); en la investigación de estos, el tratamiento de varios pacientes desembocó en la ambisexualidad.

Viniendo a los resultados terapéuticos, el libro no versa solo sobre estos tratamientos de conversión y de reversión, sino también sobre la terapia de un grupo de 84 personas homosexuales disfuncionales (con impotencia primaria, secundaria o situacional, o con anorgasmia), a las cuales trataron Masters y Johnson con técnicas semejantes a las que esbocé ya, para que funcionaran mejor como homosexuales, pues eso era lo que esos pacientes afligidos buscaban. No voy a comentar los resultados de estos tratamientos; los lectores homosexuales con problemas de esta clase pueden consultar directamente la obra de referencia (aunque no creo que en Colombia haya terapeutas entrenados y dispuestos a hacer este tipo particular de terapia). Me limito pues a la terapia de los homosexuales "insatisfechos" (término de M. y J.: "insatisfacción homosexual") que deseaban convertirse en heterosexuales o volver a funcionar como heterosexuales. Con su cautela de científicos, los autores no hablan de índices de éxito terapéutico sino de índices de fracaso. El índice general de fracaso se estimó en casi el 35 por ciento, pero teniendo en cuenta serios problemas de seguimiento y otras variables, los autores consideran improbable que tal índice vaya a ser superior al 45 por ciento cuando terminen todos los seguimientos (páginas 317 y 312). Los autores advierten que un índice de fracaso no significa necesariamente que el resto del centenar (55 por ciento en este caso) sea un índice seguro de éxito, porque no hay criterios seguros para definir el éxito terapéutico a largo plazo. Por lo tanto, de aquel dato no se puede de ninguna manera concluir que con las técnicas de M. y J., la mitad, o más, de los homosexuales de todo el mundo podrían volverse, o volver a ser, heterosexuales excluyentes, ni siquiera ambisexuales. Dichos

autores serían los primeros en rechazar por inválida una conclusión general tan ingenua. Sin pretender en absoluto criticar el trabajo de aquellos investigadores, me permito explicar por qué semejante conclusión no sería científicamente válida.

A) Los sujetos tratados no eran representativos de la población homosexual general. Los autores reconocen que no lo eran ni siquiera de la población solicitante de terapia que acudió a ellos. B) El total de pacientes tratados para conversión o reversión fue de 67 personas solamente: 12 para la primera (9 varones y 3 mujeres) y 55 para la segunda (45 y 10) *. Es decir que solo 12 pacientes eran homosexuales excluyentes (grados 5 y 6 de la escala Kinsey), y 55 habían tenido experiencias heterosexuales (grados 2, 3 y 4). Como los homófilos excluyentes son los que más nos interesan en este trabajo, resulta claro que 12 *pacientes tratados para la conversión es un número demasiado bajo para poder sacar conclusiones generales* sobre la eficacia actual de esa terapia, fuera de que no eran representativos de la población homófila total, como ya dije. Tales conclusiones serían válidas si fueran un millar los pacientes y fueran representativos. Desde luego, Masters y Johnson jamás han propuesto como meta convertir a todos los homófilos del mundo, sino simplemente mejorar la función sexual de algunos individuos, no solo de los insatisfechos con su homofilia, sino aun de los impotentes y las anorgásmicas que desean funcionar mejor como homosexuales. Lo que un terapeuta honrado busca es que su paciente ("el que padece") deje de sufrir: no es un reformador social ni un moralista sino un médico o psicólogo interesado en el bienestar personal de quien solicita su ayuda por una razón u otra. Dicen M. y J.: "Los sistemas de valores sociales o sexuales que hay que aceptar y sobre los cuales hay que trabajar son los del paciente, NO los del terapeuta". (También dicen en forma enfática: "la homosexualidad no es una *enfermedad*").

C) Los 67 pacientes por insatisfacción homosexual tenían una "alta motivación" para buscar la conversión o la reversión. Muchos tenían serios problemas sociales y casi el 60 por ciento "estaban casados o tenían relaciones de larga data". No fueron aceptados los solicitantes que estaban "muy problematizados" ni quienes mostraban "signos de psicopatología grave", o que no eran totalmente sinceros consigo mismos en su deseo. Los autores afirman que sin una "total colaboración" del paciente, el tratamiento no debe hacerse. Es decir que este sería ineficaz si fuera impuesto por los padres o por las autoridades. D) El seguimiento fue de solo cinco años, y al publicar el informe, había varios pacientes a quienes les faltaban aún cuatro años para terminarlo. A más de una cuarta parte de los pacientes no se les hizo el seguimiento porque suspendieron su comunicación con el Instituto. Un seguimiento de cinco años es demasiado breve, en este tipo de problemas, para proclamar el éxito de la terapia (y J. y M. por cierto no lo proclaman), en especial para pacientes con largos años de experiencia homose-

* Los pacientes del grado 6 eran solo 3 hombres y 2 mujeres.

xual plenamente gratificante (no "insatisfechos"). Peor aún, el seguimiento en la gran mayoría de los casos, se hizo por teléfono (!) por no tener otra alternativa los terapeutas, como lo reconocen con honradez científica. También admiten que fueron engañados o que pudieron serlo en esos informes telefónicos, sea que los pacientes mintieran o se engañaran a sí mismos. E) Las condiciones de laboratorio no son siempre iguales a las de la vida corriente.

Por todas estas razones, se puede concluir que solo en casos selectos y en circunstancias muy especiales, las técnicas de M. y J. pueden dar resultados satisfactorios, por lo menos a corto plazo. Quizás en el futuro, mejorando las circunstancias, se logren resultados más convincentes, pero hoy por hoy no se puede decir que aquellos eminentes sexólogos hayan encontrado una solución universal para el problema de los homófilos excluyentes que deseen la conversión o la reversión a la heterosexualidad. A lo sumo se puede afirmar que ya hay para algunos de ellos una esperanza de mejorar su situación personal con las técnicas basadas en el aprendizaje, pero no ya el de aversión al propio sexo (aversoterapia) sino el de atracción al opuesto.

Según Dragunsky, que resume las opiniones de muchos sexólogos al respecto, estas y otras técnicas conductuales tienen relativo éxito solamente cuando los pacientes son menores de 30 años, no están en los grados más altos de la escala Kinsey y tienen antecedentes de interés en el sexo opuesto. También dicen los expertos que el éxito, expresado en números, está de ordinario "muy por debajo de la eficacia del efecto placebo" (Yates), es decir el de la mera sugestión. Acosta opina que la terapia comportamental no ha dado mejor resultado, en general, que la psicoanalítica, y Canton-Dutari y otros autores son totalmente escépticos sobre la posibilidad de cambiar la orientación homosexual con dichas terapias. Dragunsky, en cuanto al método suyo basado en las técnicas de M y J, dice que es muy difícil contar con la mujer auxiliar y que los mejores resultados dependen en gran parte de un nivel cultural relativamente alto en el paciente y de otras condiciones difíciles de cumplir.

La gran mayoría de los terapeutas, psiquiatras y psicólogos, sin embargo, buscan casi exclusivamente ayudar a los pacientes a adaptarse socialmente, a sufrir menos o a tener mayor satisfacción, y así, aquellas conclusiones no los desaniman en sus investigaciones, pero desde el punto de vista de los moralistas, los legisladores y los jueces, que no buscan sino condenar, castigar, reprimir y perseguir, dichas conclusiones tienen importancia de otra índole, y es que muestran que el homosexual individual, aún el que sienta culpabilidad religiosa o social por creer que la homosexualidad es algo "malo", no puede ser culpado por aquellos hombres por el hecho de no buscar ayuda terapéutica para dejar de ser homosexual y convertirse en heterosexual, en vista de que el resultado de tales terapias es negativo en la mayoría de los casos y solo es positivo, dentro de los límites que ya señalé, cuando se dan condiciones ideales, casi utópicas en nuestros países.

En cuanto a los moralistas católicos, las técnicas de M y J son contrarias a la moral tradicional porque requieren la unión sexual en un lecho de un hombre y una mujer desnudos que no siempre son esposos entre sí y que no buscan en el coito vaginal la única finalidad permitida: la reproducción. Para los sacerdotes católicos, tanto ese hombre como esa mujer estarían ofendiendo a Dios con esos actos. Dígase lo mismo de otras técnicas conductistas que implican desnudeces, concupiscencia, actos "sucios", pecado. Claro que hay moralistas católicos un poco amplios que aprobarían tales terapias pero estarían desviándose de las enseñanzas del magisterio de la Iglesia, en camino a la herejía.

Con todo, vamos a suponer que estuviera demostrado que un alto porcentaje de homosexuales podrían volverse heterosexuales excluyentes mediante un tratamiento profesional: ¿sería esa la manera de suprimir o al menos reducir significativamente la homosexualidad en el mundo? ¿sería factible? Llamando "enfermos mentales". en gracia a la discusión, a los homófilos, se necesitarían centenares de miles de psiquiatras y psicoterapeutas en todo el mundo para "curar" a los muchos millones de homosexuales que hay en él; y los estados habrían de destinar para tales tratamientos presupuestos altísimos, que ni siquiera las superpotencias están en condiciones de ejecutar. Y todo para que, como dice Churchill, después de convertir a los homófilos de una generación hubiera que hacer lo mismo con la siguiente y con la siguiente hasta el final de los tiempos, ya que la homosexualidad, según hemos visto, nace espontáneamente en todo tiempo y lugar y se aprende en los primeros cinco o seis años de vida. Según una nota de *El Tiempo* (marzo 9 de 1979), en el mundo hay hoy unos 120 millones de enfermos mentales (no contados los homófilos, supongo) y en el año 2000 serán 200 millones, y solo 20 millones de aquellos reciben atención médica. Y esto por no hablar del lúgubre panorama de las demás enfermedades, las somáticas, ni de la desnutrición, el analfabetismo, etc.

No es la homofilia la que necesita curación sino la homofobia; aquella es amor, sea interpersonal o meramente sensual pero amor, y esta es odio y miedo. La que debe tratarse es la homofobia, en primer lugar la social, la colectiva, por medio de la supresión de los prejuicios, y luego la personal del homoerótico que no ha resuelto su conflicto. Es lamentable tener que desalentar a posibles lectores homosexuales o a sus padres que pensaban en una posible y fácil transformación o cambio de orientación en lo sexual mediante ayuda profesional, pero es forzoso decir la verdad. Yo espero que la lectura total del presente trabajo convenga a ese tipo de homosexuales y a sus padres o parientes de que la solución es la aceptación plena de la realidad, sin responsabilizar a nadie, el darse cuenta del derecho inalienable que tiene todo ser humano a disponer libremente de su cuerpo mientras no perjudique a otras personas y a vivir su vida privada sin aceptar interferencias de los pseudomoralistas, el respeto por sí mismo, la autoestima, el orgullo de ser como se es.

LA HOMOSEXUALIDAD Y LA ETICA RACIONAL

Desde el punto de vista de la ética racional, la conducta homosexual no es mala mientras no sea nociva, y no lo es por sí misma ni en la inmensa mayoría de los casos; más aún es buena moralmente. En este capítulo se muestra la verdad de esta tesis, dejando para el siguiente el punto de vista de la moral religiosa, si bien es inevitable en el presente tocar algunos aspectos de esta última.

Discuto aquí principalmente el argumento sofístico de que la homosexualidad va contra la naturaleza, el cual no es en el fondo más que la racionalización inconsciente de los prejuicios androcéntricos y erotofóbicos. La palabra "naturaleza" es polisémica en alto grado, es decir tiene múltiples significados, algunos de los cuales se estudian en este capítulo. Refutaré el argumento naturalista en primer lugar con los argumentos menores, aportados por la psicología, la medicina, la etología, y la historia y la antropología cultural, y en segundo lugar expongo a fondo la argumentación mayor, más directa, la de la ética filosófica misma, con apoyo en la biología, la psicología del amor, la sociología sexual y el pensamiento moral moderno. También aporto otros argumentos en defensa de la homosexualidad distintos del directamente relacionado con la naturaleza, para terminar con una apostilla solo indirectamente relacionada con el tema general de este capítulo.

A. La psicología

La psicología experimental, según hemos visto detenidamente, muestra cómo la homosexualidad pregenital se aprende en forma natural en los primeros cinco o seis años de vida del ser humano, y se aprende precisamente de los padres y demás parientes cercanos del niño. También la teoría psicoanalítica deja en claro que los procesos correspondientes son naturales, (aunque sus expositores no empleen necesariamente este término) puesto que son universales.

B. La medicina

Si se llegan a demostrar las teorías genética y endocrinológica sobre el origen de la homosexualidad, nadie negaría que esta es conforme a la naturaleza, ya que tanto los genes como las secreciones internas están dentro de lo natural (empleando este vocablo en su sentido más vasto y popular). Negarlo sería como pretender que el albinismo o el zurdismo son antinaturales simplemente porque son incómodos (en una sociedad que hostiliza, levemente claro está, a los albinos y a los zurdos), aunque la analogía no es perfecta en el primer ejemplo porque la homosexualidad no es una deficiencia por sí misma.

Una psiquiatría positiva, no sometida a los prejuicios erotofóbicos y androcáticos, deja muy en claro que los actos homosexuales entre personas que se aman son absolutamente naturales porque son dictados por el amor (así sea a veces un amor pasajero), que es una fuerza natural que une y aglutina, al contrario del odio que separa y divide. (Este tema será desarrollado más adelante).

La anatomía y la fisiología también muestran la naturalidad de los contactos homosexuales. Para realizar estos (la pedicación y la felación, por ejemplo) no hay que forzar el organismo peligrosamente, y antes se puede decir que este facilita aquellos actos cuando se realizan entre adultos: las cavidades correspondientes son suficientemente amplias; el leve dolor que a veces se da en la etapa inicial de la pedicación es resultado de ignorancia y desconsideración, y uno análogo no es del todo infrecuente en los contactos vaginales entre hombre y mujer, por no hablar de los dolores naturales del embarazo y el alumbramiento. Lo que sí es del todo antinatural es la penetración de un niño por un adulto y precisamente es ese forzamiento del organismo lo que le da carácter criminal (fuera de las lesiones psicológicas, por supuesto, que no son tan graves como creen algunos, si no hay violencia).

Por otra parte, los movimientos peristálticos de los intestinos limpian de tal manera la zona de la pedicación que esta, si se hace en forma inteligente, no tiene consecuencias de repugnancia física, la cual, por lo demás, no es "natural" sino aprendida, como le consta a todo aquel que haya criado o visto criar niños.

La medicina moderna, basada en la biología, refuta el argumento teleológico que algunos moralistas esgrimen contra la homosexualidad. La teleología o finalismo supone gratuitamente que la Naturaleza, como si fuera un ser inteligente, se propone determinados fines y a ellos destina los órganos corporales; en el caso de referencia, los finalistas dicen que el recto no ha sido hecho para recibir un pene. La biología moderna rechaza el finalismo como una doctrina no científica, de tipo místico, alimentada por la fantasía mágica. El organismo humano tiene una capacidad notable para adaptar sus estructuras a nuevas funciones: "la función crea el órgano", o dicho en lenguaje literario: "es el río el

que crea el cauce": el lecho de un río es formado por la corriente de agua, y no viceversa. Organos como la boca y la laringe han sido adaptados por el hombre para el lenguaje articulado, una finalidad adicional; las manos no son meros instrumentos prensores como lo fueron inicialmente, sino que hoy sirven para componer una sinfonía o pintar un cuadro o como elemento coreográfico. Un órgano puede servir a varias funciones, como es el caso del mismo pene, que atiende tanto a la reproducción como a la excreción. Incluso algunos animales, como anota Alzate, emplean la orina para delimitar su territorio, o sea que el pene, a más de expulsar las toxinas, les sirve para comunicarse. La teleología ha llegado a extremos como el ya mencionado de Schopenhauer: que la naturaleza le dio barba al varón para que pueda ocultar sus emociones y se la negó a la mujer porque esta debe dejarlas ver. Los finalistas incurrir en el ridículo de todo antropomorfismo y en el fondo son animistas también: suponen que "la Naturaleza" es como un ser humano y le atribuyen intenciones y planes, imaginándose las cosas en vez de trabajar con realidades. Y la realidad en el caso de referencia es que el roce de cualquier cuerpo sólido blando con las paredes del recto proporciona placer y hay varones y mujeres que buscan dicho placer con la intromisión de un pene, placer que es natural, no artificial, y que sirve para adaptar la cavidad rectal a una finalidad erótica que coexiste con la puramente excretoria de ese órgano. Este placer se puede comparar con el de la persona que hurga el oído con el dedo meñique, ya no solo para extraer la cera sino por el placer natural que le proporciona ese roce; la teleología, si fuera lógica, debería condenar como "antinatural" ese gusto ya que ni el oído ni el dedo fueron hechos para esa finalidad por la sabia "Naturaleza".

C. La etología

La etología, rama de la zoología que estudia las costumbres de los animales, confirma que la conducta homosexual es natural. En efecto, esta es corriente entre los animales subhumanos. Los investigadores han sacado las siguientes conclusiones al respecto: a) todos los mamíferos practican la conducta homosexual con frecuencia; b) esta conducta es más común entre los machos que entre las hembras; c) los machos se aparean con otros machos cuando no hay hembras cerca de ellos o estas no están en condiciones de aparearse; d) prefieren a los machos jóvenes sobre los adultos, porque cuando escasean las hembras, el macho joven se halla en desventaja física para competir con un macho más desarrollado por una misma hembra, y para satisfacer sus impulsos sexuales, tiene que contentarse con el papel pasivo homosexual; y e) los mamíferos subhumanos, al contrario del hombre, no son nunca excluyentes en su comportamiento homosexual o sea que actúan bisexualmente, aunque prefieren la conducta heterosexual.

Las anteriores conclusiones son una síntesis de la síntesis

hecha por Churchill con base en obras de Broadhurst, Denniston, Hamilton, Ford y Beach, McBride y Hebb, Kempf, y Berg y Allen, y concuerdan con las afirmaciones generales de los Informes Kinsey y con trabajos recientes de etólogos como Lorenz. Claro que muchos lectores pueden confirmar muchas de tales aseveraciones por su observación directa de animales como los perros, los gatos, los caballos, los bovinos, etc. Para otros animales, como murciélagos, ratas y ratones, hienas, elefantes, marsopas, leones, conejos y monos, sobre todo en relación con algunos aspectos, se ha requerido la observación metodológica, la cual en todos esos animales ha confirmado aquellas afirmaciones generales.

Hay un caso curioso, conocido por los ganaderos, que es el de la inseminación artificial, para la cual (según Denniston) el toro seminal, después de haberse excitado varias veces con una misma ternera, no se excita ya con esta y en cambio sí reacciona con un novillo, que lo induce casi hasta la eyaculación, antes de la cual se los separa a fin de recoger por aparte el semen.

Tenemos pues que en el estado natural, el de los mamíferos subhumanos y el de otros animales parecidos al hombre, se da la actividad homosexual, luego esta es natural. Como se supone que los animales son "inocentes" y no pueden tener "vicios", su conducta homosexual ocasional no es ningún "vicio contra naturam" sino algo perfectamente acorde con la naturaleza, ni es ninguna enfermedad mental sino una situación normal.

D. La historia y la antropología

La historia y la antropología cultural comprueban que la homosexualidad humana ha existido y existe casi en la totalidad de los lugares y de las épocas. Con base en obras de autores como Margaret Mead, Ford y Beach, Marmor, Licht, Prichard y Westermarck, unos consultados directamente y otros a través de diversos divulgadores y tratadistas, se pueden establecer una serie de hechos importantes.

En la antigüedad, en casi todas las naciones se permitía la homosexualidad, dentro de regulaciones legales poco rigurosas en general, y en algunas de ellas en forma casi totalmente libre. Esto consta por la historia y también por el estudio de los textos legales, y si se legislaba al respecto era porque se practicaba, ya que de ordinario las leyes versan sobre realidades concretas. La conducta homosexual era corriente en estas naciones: sumerios, cretenses, egipcios, cananeos, caldeos, etruscos, cartagineses, celtas, griegos, romanos, germánicos en general, escandinavos, chinos, japoneses, y otros muchos pueblos antiguos. Las excepciones son los persas, regidos por las brutales leyes de Zoroastro, y los hebreos, aunque estos permitían las actividades homosexuales como parte de ciertos ritos religiosos antes del exilio en Babilonia.

Entre los numerosos pueblos indígenas de América del Norte,

tanto precolombinos como de los últimos siglos, la homosexualidad era permitida corrientemente, y en algunos de ellos estaba institucionalizada como algo esencial a su vida social, como es el caso de los "berdaches", especie de sacerdotes homosexuales respetados por toda la comunidad como poseedores de ciertas virtudes sobrenaturales, análogos a los "chamanes" de Siberia. En la América Central también era corriente la homosexualidad, como lo anotaba el mismo Colón respecto de las islas antillanas, donde algunos actos homosexuales se hacían a veces públicamente sin ninguna intención procaz, en forma inocente.

En cuanto a las sociedades primitivas de nuestra época, Ford y Beach encontraron informes sobre la conducta homosexual en 76 de las que investigaron, y en 49, o sea en el 64 por ciento de aquellas, hallaron que se aceptaba la homosexualidad socialmente como algo normal en ciertas circunstancias, sobre todo en determinadas ceremonias del culto local, en ritos de pubertad o como actividades premaritales de la gente joven, aunque en ninguna sociedad encontraron que la homosexualidad predominara sobre la heterosexualidad o que fuera excluyente. Obviamente, de las sociedades de las que no se obtuvieron informes sobre comportamiento homosexual no se puede decir que no existiera en ellas, sino que los investigadores occidentales, como observa Mead, suelen encontrar enormes dificultades para recabar cierta clase de información de los indígenas, los cuales son a veces muy astutos para ocultar ciertos usos. Y desde luego, las sociedades donde se reprime la homofilia confirman simplemente su existencia, ya que no se prohíbe sino lo que se hace, lo cual es válido para las excepciones que vimos antes, las de los persas y los hebreos postexilio. En este capítulo nos interesa el hecho de que la homosexualidad se da como un hecho natural, sea que se la permita o se la reprima.

Otras afirmaciones de antropólogos culturales y sociólogos, lo mismo que historiadores, son: a) la frecuencia de la homosexualidad en una cultura es igual en su época de florecimiento que en la de su decadencia; b) la conducta homosexual aparece tanto en las naciones donde se la permite como en las que la reprimen con severidad; y c) las religiones respectivas sirven unas veces para apoyar la permisividad y otras para reforzar la represión, o sea que en las culturas sexo-positivas (como las llama Churchill) o sea aquellas que no sienten asco ni miedo al sexo en general, es la religión misma la que apoya las actividades homosexuales y a veces incluye estas en sus ritos sagrados, mientras que en las culturas sexo-negativas o erotofóbicas la religión apuntala las prohibiciones.

La conclusión general es que la homosexualidad, según la historia y la antropología, se ha dado y se sigue dando en casi todas las sociedades humanas como un hecho corriente, sea que se le prohibiera (caso minoritario) o se la permitiera (como en la gran mayoría, aunque regulándola). Es pues un fenómeno natural.

Como apéndice a esta sección, doy una lista de algunos de los homosexuales más famosos en la historia, lista que no obra necesariamente como demostración directa de la tesis principal del presente capítulo (la naturalidad de la conducta homoerótica) sino como ejemplos concretos de algunas sociedades de las implicadas en las afirmaciones anteriores.

90 homosexuales famosos

El siguiente elenco no abarca solo a homosexuales del todo excluyentes sino también, y más aún, a muchos bisexuales, la mayoría de los cuales preferían la conducta homoerótica. No en todos los casos existe una seguridad total, pero sí en la gran mayoría de ellos. El elenco no tiene carácter de denuncia, como resultará obvio a quien me haya leído hasta aquí, pero tampoco de exaltación ni de admiración por todos los personajes incluidos; simplemente es una constatación de hechos. Van nombrados en un orden cronológico y geográfico, aunque no muy riguroso.

Comenzando por las mujeres homosexuales, es curioso que solo una media docena o poco más podrían entrar en este elenco. Me limito a mencionar a cuatro únicamente, advirtiendo que algunas de ellas fueron bisexuales: la poetisa griega antigua Safo, la emperatriz Catalina la Grande, la novelista George Sand y la pintora Rosa Bonheur. Claro que omito, por razones obvias, a las que aún viven o que fallecieron muy recientemente. La escasez de aquella se debe, entre otras razones, a las pocas oportunidades que la sociedad patriarcal ha dado a las mujeres de sobresalir, a que la incidencia de la homosexualidad es menor en el sexo femenino que en el masculino, y a que las lesbianas son mucho más "discretas" y menos promiscuas que los hombres homófilos.

En cuanto a estos, empiezo por los tiempos míticos, advirtiendo que no se trata de hechos rigurosamente científicos, a menos que se les dé valor de historia a los relatos literarios respectivos, que son la *Iliada* y los libros de Samuel: en aquella se narra la relación obviamente homoerótica de los héroes Aquiles y Patroclo, y en estos la del rey David y su amante Jonatán, hijo de Saúl, rey este que parece haber amado físicamente al joven David. La erotofobia mística de los historiadores religiosos ha tergiversado la realidad de aquellas relaciones presentándolas, para no "escandalizar" a la juventud, como meras amistades, pero el contexto social y la crítica interna nos obligan a pensar que se trataba de amores totales, de cuerpo y alma, entre aquellos héroes, que desde luego eran al mismo tiempo heterosexuales. En aquellas épocas y lugares la homofilia era mirada como algo natural, corriente, si coexistía con el amor al sexo opuesto.

Pasando a los tiempos históricos propiamente dichos, la gran mayoría de los personajes importantes de las ciudades griegas antiguas en la política, la milicia, las letras y las artes, eran bisexuales u homosexuales: Solón, Epaminondas, Esquilo, Sófocles;

Eurípides, Sócrates (que en su vejez renunció al amor físico), Platón, Aristóteles (amante de Hermias), Fidas, Anacreonte, Píndaro, Alcibíades, Alejandro Magno, y otros 20 o 30 un poco menos famosos. Entre los romanos, todo el mundo sabe que fueron bisexuales u homosexuales Julio César y varios emperadores, tanto de los viciosos (Nerón, Heliogábalo, tristemente célebres) como de los virtuosos, entre estos Adriano. Los poetas Catulo, Horacio, Virgilio y Tibulo cantaron el amor a los efebos y se entiende que lo practicaron, lo mismo que Petronio, narrador de las costumbres homoeróticas de su época.

En la edad media, como los homófilos eran quemados en la hoguera, los más inteligentes tenían suficiente astucia para camuflarse y librarse de las llamas, y así, casi ninguno de los incinerados, con excepción de uno que otro obispo no lo bastante famoso como para figurar en este elenco de genios, era realmente egregio. Los únicos que escapaban a la muerte en la pira eran los reyes por aquello del "derecho divino", y precisamente son casi los únicos cuyo nombre se conserva en este contexto: Eduardo II y Ricardo Corazón de León, ingleses, Enrique IV de Castilla y Carlos IX de Francia. Dije "casi" porque hay una excepción conocida, la de un homosexual eminente que no fue rey: Brunetto Latini, maestro de Dante; aquel se libró de la hoguera, no se sabe cómo, pero su discípulo lo condenó a la lluvia eterna de fuego celeste, aunque con mucha veneración y cariño...

Con el renacimiento cede un poco el terror, al menos en Italia. Se sabe de la homosexualidad, excluyente o no, de varios príncipes, escritores y artistas italianos de esa época, entre ellos Lorenzo el Magnífico, el poeta Poliziano, los artistas Leonardo da Vinci, Miguel Angel (de este lo ha demostrado Symonds), El Sodoma y Cellini, el escritor Maquiavelo, y los papas León X y Julio II, a más de otros personajes menos famosos pero también ilustres. En Inglaterra fueron homófilos, excluyentes o no, Francis Bacon, Shakespeare (lo demostró Carpenter), Marlowe y el rey Jacobo I. En los Países Bajos parece que lo fue Erasmo de Rotterdam. En Francia, por la misma época y poco más tarde, lo fueron el rey Enrique IV (distinto del castellano nombrado ya), el cardenal Mazarino, los generales Condé y Vendôme, y el dramaturgo Molière. Ya en el siglo XVIII, se dice que el científico inglés Newton fue homófilo, lo mismo que el rey de Prusia, Federico II el Grande. No sobra repetir que muchos de los mencionados fueron heterosexuales al mismo tiempo.

A principios del siglo XIX se mencionan en Francia los nombres de Napoleón I como bisexual, el estadista Cambacérès y el rey Luis XVIII; y en Alemania, los poetas Holderling y Winkelmann, el compositor Wagner y el rey Luis II de Baviera, ya mediando el siglo. A principios de él, también en Alemania, parece que fue homosexual el científico Alejandro Humboldt, a quien Caldas, el nuestro, rehusó acompañar al Perú por esa razón ("iba acompañado de su Adonis": dice de él el sabio payanés, quizá celoso). En Inglaterra se menciona como homófilos a los poetas

Byron, Shelley y Tennyson, y se supone con fuertes razones que lo fue también, a principios del siglo, el excéntrico científico Cavendish. En Estados Unidos, de Poe, el poeta, se supone que fue homosexual, y del otro poeta genial, Walt Whitman, no cabe duda alguna, pese a que él lo negó expresamente, pero porque reconocerlo habría sido un suicidio social en aquella época y nación: basta leer los poemas de "Calamus" para convencerse. Se sabe que fue homosexual en ese siglo el genial cuentista danés Christian Andersen, y no hay ninguna duda de que lo fue igualmente el compositor ruso Tchaikowsky. Del escritor inglés Oscar Wilde no hay quien no lo sepa. Lo fueron también en forma abierta el científico alemán Hirschfeld, el novelista francés Pierre Louys, y sus compatriotas los poetas Verlaine y Rimbaud. Proust supone que también lo fuera Baudelaire, pero sus razones no parecen muy valederas.

En el siglo XX hay profusión de personalidades homosexuales de prestigio mundial. Sin embargo, muchos viven aún o fallecieron recientemente, y aunque algunos se han declarado homófilos públicamente, yo prefiero no mencionarlos aquí. Me limito a consignar los nombres más ilustres y más remotos: en Francia los novelistas Gide, Proust, Montherlant, J. Green, Cocteau y Genêt; en España, Benavente, premio Nobel, y los geniales poetas F. García Lorca y Luis Cernuda; en Inglaterra, el novelista Somerset Maughan; y en Italia, su colega y cineasta Pasolini. Estoy seguro que el lector puede completar esta lista con contemporáneos que yo prefiero no mencionar por varias razones.

En Colombia, solo nombraré a los fallecidos hace mucho tiempo. Se dice que fue homosexual en el siglo pasado el poeta Rafael Pombo, y yo estoy convencido, después de estudiar a fondo el asunto, de que lo fue también su colega José A. Silva, aunque frustrado totalmente en su homofilia, no menos que en su heterosexualidad. Ya a fines del siglo pasado y principios de este, no parece haber ninguna duda de la homosexualidad de Tomás Carrasquilla, el novelista, ni de sus colegas escritores Max Grillo y Bernardo Arias Trujillo. Se dice también que fue homosexual el genial caricaturista Ricardo Rendón, cuyo suicidio se explica más fácilmente con esta versión que con otras, esas sí fantásticas. El gran poeta Porfirio Barba-Jacob no lo negó jamás de sí mismo, y lo dejó claramente consignado en varios poemas. No hay dudas serias sobre la homofilia de Vargas Vila (y repito para los homófobos: no es una denuncia). En este siglo Colombia ha dado un gran número de hombres eminentes que han sido bisexuales u homosexuales; en este momento (1980) sé de unos doscientos de ellos, fallecidos o vivos aún, descollantes en todas las actividades imaginables: desde egregios estadistas y artistas excelsos hasta periodistas y médicos destacados, desde uno que otro prelado eminente hasta magistrados y escritores muy notables, desde hombres de armas de alta graduación hasta congresistas distinguidos, desde ilustres poetas y cantantes hasta magnates de la industria y el comercio, etc. En este siglo ha habido no menos de cinco presidentes de la república ya

fallecidos, unos que cumplieron un período completo y otros que se desempeñaron pasajera­mente, que fueron bisexuales en mayor o menor grado, sin que casi nadie se diera cuenta de su homofilia, llevada al extremo grado de la discreción y el disimulo, al igual que más de media docena de líderes políticos de ruidoso prestigio nacional, algunos de ellos agresivamente fogosos, todos los cuales han sabido despistar a la opinión con un matrimonio oportuno. No doy nombres de ninguno de esos dos centenares de personajes, pese a que muchos ya han fallecido, porque en nuestro país la homofobia sigue siendo tan virulenta, aún hoy día, que muchos prohombres preferirían verse en una lista de prevaricadores y agiotistas, de autores de peculados, calumniadores o azuzadores de la violencia asesina, contrabandistas y hasta maridos engañados, más bien que en este elenco de eminencias homosexuales de la historia universal, como si fuera tan importante realmente lo que un hombre hace en su lecho a puertas cerradas. Todavía en Colombia es tanta la ignorancia que se prefiere el asesino y el ladrón al uranista y al afeminado. Y tanto la perfidia, porque en esa preferencia hay maldad y sevicia bajo un espeso manto de miedos ancestrales y de aberraciones de la mente, que son las únicas verdaderas.

Ante aquellos 90 y tantos, casi cien, homosexuales famosos (los mencionados por nombre propio en este elenco), cabe hacer algunas consideraciones que, si bien se salen del tema del presente capítulo, encajan en la temática de todo el libro y es el momento de hacerlas. En primer lugar, es obvio que ha debido haber varios centenares de homosexuales y bisexuales eminentes en toda clase de actividades creadoras que consiguieron conservar en secreto su homofilia con una máscara bien administrada. Casi todos los nombrados (salvo los griegos y romanos antiguos) corresponden a culturas anti-homosexuales, y es increíble que, pese a su inteligencia, su secreto se haya filtrado, muy a su pesar pues solo media docena de ellos lo propalaron por sí mismos y eso cuando ya estaban acorralados. En segundo lugar, esta lista que incluye a tantos genios auténticos (no lo son todos, obviamente) llena de ira a ciertos intelectuales homofóbicos que creen que tiene que ser toda ella un embuste porque “no es posible” que un homosexual sea más inteligente que ellos, como si el talento tuviera algo que ver con las cavidades visitadas por el falo, ajenas o propias. Los antisemitas pierden el sueño de solo recorrer la lista de los genios judíos, y esto nos lleva al tercer punto, pues hay una razón para explicar muchos de aquellos genios homosexuales parecida a la que explica a los genios del pueblo hebreo: todo hombre perseguido, si tiene algún talento básico, trata de superarse y desmentir a sus perseguidores; es su venganza, noble casi siempre. Y “perseguido” aquí incluye a la víctima de la persecución interiorizada que ya he descrito. Claro que aún así, muchos de los homófilos mencionados se hubieran destacado también probablemente de haber sido heterosexuales del todo excluyentes. En cuarto lugar, para tranquilizar a aquellos intelectuales, es obvio que la lista de los genios heterófilos excluyentes es cinco o diez veces más larga, aunque todavía así parecería que

proporcionalmente hayan sido más numerosos los genios homoeróticos y bisexuales puesto que los homosexuales excluyentes y preferenciales no pasan del diez o el veinte por ciento de la población total, si acaso estos porcentajes son válidos para toda la historia occidental, y que saque cuentas el lector interesado; sin embargo, yo personalmente no creo que haya ninguna diferencia en cuanto a la inteligencia y al talento en general entre homosexuales y heterosexuales, si bien es probable que para las artes y las letras aquellos puedan tener a veces mayor sensibilidad. Es un problema no resuelto aún por la ciencia. Y volvamos al tema ético de este capítulo.

E. La ética o filosofía moral

El rechazo a la homosexualidad, aunque fundado remotamente en prejuicios ancestrales que veremos después, se escuda en pretextos filosóficos y religiosos. Es difícil separar, en las obras de los moralistas católicos, lo que se supone basado en la pura razón filosófica de lo que pretende ser revelado por Dios en la Biblia y en la tradición, pero en este capítulo trataré de no mezclar filosofía con teología y religión, hasta donde sea posible, para dilucidar los aspectos religiosos en el capítulo siguiente.

1. El argumento naturista

Llamo "argumento naturista" al montado sobre la frase latina "contra naturam" (con M final). Tiene esta frase un prestigio especial por ser extranjera, aun si se usa sin la letra M, ya que en castellano la palabra "natura" prácticamente no existe y aunque aparece en los diccionarios nadie la usa jamás fuera de este contexto de la sexualidad irreproductiva, y aun sintiéndola castellana, queda faltando el artículo "la" después de "contra". Ese prestigio de lo extranjero le hace creer a quien esgrime la frase que se está empleando un tecnicismo científico muy respetable y contundente mientras que si se la traduce por "contra la naturaleza" pierde su hechizo. En este trabajo rara vez emplearé la frase en su forma latina o semicastellana (para matar así el efecto del "¡Fómeque!" sin emplear tampoco el "¡Contrafómeque!"), sino su traducción.

El argumento naturista se presta a numerosos equívocos por los muchos significados legítimos de la palabra "naturaleza" en la filosofía, la teología y el uso familiar. Sería pesado para la mayoría de los lectores discutir todos esos significados y su historia, ni hace falta en absoluto. Basta estudiar el sentido que le dan los moralistas officiosos de la Iglesia católica y solo en el contexto de nuestro tema. El principal de ellos es Tomás de Aquino, quien tomó la expresión de precursores como Pablo en una de sus epístolas, Agustín de Hipona y principalmente Pedro Damiano, y la precisó en una interpretación que desde hace siete siglos viene siendo usa-

da por los eclesiásticos como una especie de dogma inapelable, cuestionado solamente en los últimos años pero todavía no contradicho por el magisterio conciliar o pontificio. En este campo concreto la Iglesia se puede decir que ha canonizado la obra tomista, y tanto que se pueden intercambiar "tomista" y "católico", repito: en este campo concreto. Solo que los predicadores y confesores a veces han tergiversado el pensamiento de Tomás, y la misma jerarquía ha pasado por alto cierto aspecto curioso de dicho pensamiento, aspecto que trataré a fondo más adelante pero que desde ahora puedo resumir diciendo que Tomás considera que la homosexualidad es natural a ciertos individuos, o sea que no siempre va contra la naturaleza.

Fuera de los argumentos bíblicos y patrísticos, es decir religiosos, la filosofía tomista, para condenar como antinatural la homosexualidad, se basa en un hipotético código moral dictado por "la Naturaleza", la llamada "ley natural", que se supone igual para todos los hombres en todos los tiempos y lugares, grabada en el corazón del ser humano desde antes del nacimiento, algo innato, como ideas "infusas". Este concepto tomista es negado por la psicología, la historia y la antropología cultural. La psicología científica sostiene que la mente del niño recién nacido es como una hoja en blanco ("tabula rasa" decían antes) y que todas sus futuras ideas son aprendidas del medio desde los primeros meses de vida; aun sin darse cuenta los padres y demás personas allegadas al niño, este absorbe todos los días cantidades de conceptos y opiniones, ideas y prejuicios, no solo de lo que oye sino de lo que ve y siente a su alrededor. Las cosas con que el niño sale, como se dice familiarmente, son tomadas de ese medio ambiente que incluye a los vecinos y la servidumbre. Las ideas morales de un niño de siete años no son más que el resultado de más de 2.500 días de adoctrinamiento directo e indirecto, de un auténtico "lavado cerebral", y lo mismo ocurre con los valores morales de cualquier adulto, incluso de los liberados. Un genetista ha especulado con la hipótesis de que tal vez los conceptos éticos, algunos al menos, sean heredados en los genes, pero su hipótesis no ha sido ni puede aún ser demostrada, y aun si lo fuera algún día, tampoco probaría la existencia de una ley moral natural común a todos los hombres e implantada en la mente por un Dios, porque la historia y la antropología cultural nos han demostrado la enorme variedad de códigos morales que han existido y existen en todo el planeta, contradictorios entre sí, y aun los individuos de una misma nación y hasta de una familia tienen conceptos morales sinceros divergentes aun en asuntos de importancia. La moral va evolucionando, la racional, por más que la religiosa se estanque. Hay unos pocos conceptos éticos en que coinciden diversas culturas alejadas entre sí en el tiempo y el espacio, pero esto se explica porque necesidades y situaciones similares engendran reacciones semejantes, por ejemplo, la defensa de la vida hace que todos los seres humanos condenen el asesinato, aunque de modos tan diferentes que a duras penas se puede decir que están de acuerdo. Y precisamente en el

campo de la sexualidad jamás ha existido ningún acuerdo intercultural. Pero es claro que los escolásticos del siglo XIII ignoraban la psicología científica y la antropología cultural, disciplinas demasiado recientes, y su orgullo nada cristiano les hacía creer que ellos eran los representantes auténticos de toda la humanidad y podían hablar por toda ella.

El Aquinate toca el tema de la ley natural en lo referente a la sexualidad en dos pasajes de su voluminosa obra la *Suma Teológica*, que he consultado en su texto bilingüe (latín y castellano) en la edición de la BAC: el más conocido es el de la cuestión 154, artículos 11 y 12, de la "Secunda Secundae" (tomo X de la BAC), y el casi del todo desconocido a que aludí antes está en la "Prima Secundae", cuestión 31, artículo 7 (tomo IV). En ese primer pasaje (posterior realmente al otro), habla Tomás de "el orden de la naturaleza" (procedente de Dios, y esto es religión, no filosofía) que "está impreso en la mente del hombre", y dice que a dicho orden se oponen cuatro "vicios contra naturam". En terminología moderna son: la masturbación, la zoofilia, la homosexualidad (llamada por Tomás "vicio sodomítico" unas veces y otras simplemente "vicio contra la naturaleza", como si fuera por antonomasia), y uno que no bautiza pero que viene a ser los contactos heterosexuales irreproductivos (coito rectal y bucal). Curiosamente, los moralistas posteriores se han entusiasmado más por el tercero que por el cuarto en cuanto a la manera de nombrarlos porque tanto ellos como sus acólitos, los legisladores, han especializado la expresión latina aquella para significar casi exclusivamente el coito homosexual: desde hace varios siglos "contra naturam" significa solo este último, contra este texto obvio del Aquinate. Hablo de un problema lingüístico, claro está, pero su importancia (esa especialización de la frase) es responsable en gran parte por la persecución inhumana contra los homosexuales como seres "desnaturalizados", mientras que a los esposos que practican el coito anal o el oral solo se les ha tenido por meros pecadores, pero no por monstruos "antinaturales" dignos del odio colectivo.

En cuanto al hábito sodomítico (homosexual), Tomás dice que "repugna al orden natural mismo del acto venéreo, orden que conviene a la especie humana" (acto venéreo es el acto sexual, de la diosa del placer, Venus-Véneris). Y sigue: "el lujurioso no busca la generación humana (la procreación) sino el placer venéreo", y luego, comparando aquellos cuatro hábitos "antinaturales" con la fornicación, afirma que "son más graves" porque en ellos el individuo "hace uso del acto venéreo contra aquello que conviene a la procreación". O sea que lo esencialmente malo de aquellos cuatro hábitos es que no contribuyen a la reproducción de la especie ("van contra la naturaleza de la especie"). Por consiguiente, "contra la naturaleza" no significa, como quieren creer los homófobos que racionalizan su miedo con esta frase, que el acto homosexual es "monstruoso" sino simplemente que es irreproductivo, infecundo, algo que sabe cualquiera sin necesidad de que le

citen aquel latinajo. Entonces es la irreproductividad lo que se rechaza como no "natural", porque, según los teólogos tomistas, va contra los planes de Dios, o sea que es subversiva, como diríamos hoy. Se supone que Dios está empeñado en cubrir la faz de la tierra, hasta el último metro cuadrado de ella, de seres humanos, aunque sea en condiciones de hacinamiento y miseria, y todo el que no contribuya a ese plan irresponsable es un inmoral, y desnaturalizado. Claro que al hablar de planes de Dios, nos salimos de la filosofía racional, la cual no puede demostrar la existencia ni la inexistencia de un Dios y menos de una providencia planificadora, y entramos en la religión, tema de otro capítulo.

No es cierto que la irreproductividad sea contraria a la naturaleza. Basta hacer un cálculo matemático sencillo para darse cuenta de que el 99,99 por ciento de los actos sexuales entre hombre y mujer, aun limitándolos al coito vaginal, son totalmente irreproductivos. Una mujer en edad de concebir no puede concebir sino una vez cada nueve o diez meses, y así todos los coitos vaginales con ella después de ese en que queda fecundada son inútiles para la reproducción de la especie hasta que haya dado a luz y esté nuevamente en condiciones de ser fecundada. Y si de lo puramente biológico pasamos a las costumbres de la gente responsable, en un matrimonio que opta por tener solamente dos o tres hijos en total, los coitos reproductivos son dos o tres en 30 o 40 años de vida conyugal: todos los demás son irreproductivos, pero a nadie se le ocurriría decir que van contra la naturaleza. Aplicando la teoría tomista literalmente, el coito con la mujer embarazada sería antinatural, contrario a los planes de Dios, puesto que no sirve al único fin que el Aquinate (y la Iglesia durante 1.900 años) reconocía como legítimo de las actividades sexuales: la procreación. También el coito con la esposa después de la menopausia sería inmoral, contrario a la naturaleza.

De paso, nótese que muchas personas, incluso cultas, en la conversación emplean la palabra "natural" como sinónimo de "lógico", y cuando dicen que la conducta homosexual no es natural lo que quieren decir realmente es que es ilógica porque están pensando en el único efecto visible y nítido de la relación más corriente, la de hombre y mujer: el hijo; y claro está que es ilógico esperar que un hombre quede embarazado o que una mujer embarace a otra, pero que se amen y toquen no tiene nada de monstruoso (simplemente va contra los roles "masculino" y "femenino" como complementarios, pero estos no son de origen biológico sino cultural, como veremos).

También notemos de paso algo más importante, y es que cuando Tomás y los teólogos dicen que el coito homosexual va contra la naturaleza incurren en falsa lógica porque no es lo mismo "no ir a favor de algo" que "ir en contra de algo": votar en blanco o abstenerse no siempre va en contra del ganador. Es aquella una postura extremista. Los actos homosexuales, la masturbación, las actividades heterosexuales no vaginales y la zoofilia

no favorecen la procreación, pero tampoco hacen nada, por sí mismos, en contra de ella, como no sea el llamado "despilfarro de semen", el cual no parece importarles una higa a la dama Natura. En efecto, como acabamos de ver, solo el 1 por ciento de los coitos vaginales entre hombre y mujer son reproductivos; en todos los demás, se derrocha el semen. Pero hay más: un hombre hecho y en buen estado de salud puede emitir varios centenares de millones de espermatozoides en un día (cada eyaculación contiene aproximadamente entre 200 y 400 millones de ellos) y como no podría fecundar una mujer cada vez, porque no las habría en suficiente número para todos los hombres del supuesto, solo un espermatozoide cada tantas semanas o meses o cada año sería útil para la reproducción, y todos los millones de millones restantes constituyen un despilfarro absoluto, un derroche que a la naturaleza la deja sin cuidado a causa de tanta riqueza. Y sin embargo, una de las razones invocadas por Agustín de Hipona contra los "pecados" de que vengo hablando es el derroche del semen, como si la naturaleza no lo prodigara en cantidades pantagruélicas. Claro que el sabio obispo ignoraba esto de los millones de espermatozoides ni tenía idea del proceso de la fecundación. Por lo demás, su seguidor, el Aquinate, no parecía darse cuenta de que si un hombre cohabita con otro, puede ese mismo día hacerlo también con una mujer, como lo hacían los griegos antiguos: la bisexualidad propiamente dicha parecía ser desconocida para los escolásticos pues creían que la homosexualidad se oponía a la heterosexualidad, lo cual es falso. Un bisexual casado contribuye tanto a la procreación como un heterosexual excluyente. Claro que Tomás condenaba el acto mismo, pero sus seguidores condenan a la persona que lo hace. Un obispo colombiano le negó una vez a todo varón homosexual el derecho a ser gobernador en el territorio de su diócesis, como le impidió antes a una dama casada por lo civil posesionarse de la gobernación, y ese inquisidor torquemadeco y supermachista debe ser tomista todavía, aunque no es verdadero Cristiano pues es de los jactanciosos de virtud que lanzan la primera piedra al igual de los fariseos bíblicos.

Volviendo al tema central, el solo hecho de no contribuir a la reproducción, que parece ser la maldad esencial del coito homoerótico para los tomistas, no basta para convertirlo en inmoral, sin embargo. Las personas que conservan la virginidad perpetua y los célibes permanentes tampoco contribuyen a ese supuesto deber de reproducirse; más aún, los místicos de esta categoría se contradicen pues de un lado preconizan el ideal de la castidad perfecta y de otro exigen a los casados que se reproduzcan copiosamente. Es curioso que estos hombres solteros, como Tomás, un misógino, y Agustín, que abandonó toda vida sexual después de su "conversión", y los papas, célibes todos en los últimos 15 siglos, lo mismo que casi todos los tres mil padres conciliares del Vaticano II, recomienden fuertemente a los demás, a los "débiles", que se reproduzcan abundantemente, pero ellos no se reproducen. (Y el que crea que exagero no tiene más que leer

el artículo 50 de la constitución "Gaudium et Spes" de ese Concilio: "Merecen mención especial los esposos que, con prudente y común acuerdo, reciben con grandeza de alma prole numerosa para educarla dignamente". Es obvio que "prudente" y "educarla" son sofismas de distracción, pues allí lo esencial es la invitación a reproducirse como animalitos de cría en una actitud poco responsable que se tiene por "grandeza" de alma, y tanto que se habla de "recibir prole", como si los padres conciliares creyeran aún, en 1965, que a los niños los trae la Virgen o la cigüeña o que vienen de París...)

Digo que para Tomás y los tomistas, la irreproductividad no basta para convertir el coito homosexual en algo inmoral. La diferencia entre los pecadores que no se reproducen y los santos que tampoco se reproducen es que aquellos "hacen uso del acto venéreo" y estos no; los unos gozan del placer, los otros se abstienen de este. Está claro en el texto citado. No hay tal pues que el mal moral de la homosexualidad sea la infecundidad, como nos lo hace creer el Aquinate; es solo el placer venéreo. O sea que la verdadera objeción contra la conducta homoerótica y contra los otros tres tipos de hábitos sexuales irreproductivos es la erotofobia o sexofobia, el odio y asco al sexo, el miedo supersticioso al placer del cuerpo. Y así la "antinaturalidad", cuya esencia era la infecundidad, viene a ser simplemente la búsqueda del placer, al menos cuando este no viene acompañado del respectivo castigo: los hijos. Lo natural pues, es decir la búsqueda del placer, se convierte en antinatural.

Sin embargo, Tomás de Aquino no se contradecía porque él, huyendo de las aberraciones del cuerpo, había incurrido en una insigne aberración de la mente, la de aceptar la filosofía de los estoicos griegos y romanos. El padre McNeill, sin darle ese calificativo, muestra detalladamente cómo el Aquinate y casi todos los padres y doctores de la Iglesia cristiana fueron herederos del estoicismo, el cual, para mí, viene a ser un mero vehículo filosófico de la erotofobia, que es mucho más antigua aún. No encaja en la naturaleza del presente trabajo discutir a fondo el pensamiento de los estoicos. Baste anotar que ellos identificaban "naturaleza humana" con "razón humana" y así para ellos era antinatural todo aquello que fuera irracional, pero tenían un curioso sentido de lo racional: consideraban que todos los sentimientos y emociones iban contra la razón y debían evitarse cuidadosamente; incluían allí no solo los placeres corporales de toda clase y pasiones como el miedo sino también el amor y la piedad (la compasión). Para Zenón de Citio, Séneca, Marco Aurelio y otros estoicos menores, el ideal del hombre era la ataraxia, la indiferencia, la insensibilidad, pero su pesimismo era tal que también estimaban el suicidio como la mejor solución del problema del hombre, y de hecho varios estoicos se suicidaron. La estoica es pues una filosofía triste, enferma, neurótica, fruto de un despecho y un desencanto totales con la vida. El estoico tenía por lema no enamorarse nunca, no gozar de la vida en ninguna forma corporal. Despre-

ciaba el cuerpo y lo consideraba cárcel del espíritu: la muerte liberaba a este de aquel, y por eso era el sumo bien.

Pues bien, el cristianismo heredó del estoicismo esa actitud negativa ante el placer y casi todas sus ideas, salvo la del suicidio provocado, traicionando así el mensaje de Jesús (como veremos en el capítulo siguiente) que ponía el amor como la máxima aspiración del hombre. Y Tomás no hizo más que homologar todo aquello en la forma menos contradictoria posible dentro de un sistema más o menos coherente de ideas, por lo cual he dicho que no se contradecía propiamente, al menos en lo formal. Sin embargo, es evidente la contradicción profunda en ciertos puntos, en este campo de la sexualidad, en especial al darle demasiada importancia a los aspectos físicos del sexo, según observa sagazmente el teólogo Van de Spijker. Un espiritualista estoico como el Aquinate tomó una actitud típicamente materialista (y es palabra mía, no de aquel teólogo) al hablar de la sexualidad exclusivamente por el aspecto fisiológico y no tener en cuenta el que hoy llaman personalista. A Tomás le importaba solamente la naturaleza física del acto venéreo: qué órgano entra dónde y qué efecto fisiológico se produce o se frustra como consecuencia de dicha operación material o de su omisión, y no prestaba atención a las relaciones de persona a persona, a la comunicación de afectos, a la mutua ayuda, al amor en suma, y sobre todo a las consecuencias de las actividades heterosexuales vaginales prohibidas por otras razones. Tomás miraba a los seres humanos exactamente como a animales al hablar de estas cosas, sin tener en cuenta lo psicológico, salvo en la cuestión 31, como veremos, que tampoco toca lo interpersonal. Este enfoque fisiológico, materialista en el fondo, sigue siendo esencialmente el de la Iglesia, sobre todo en relación con la homosexualidad, y aun en el campo heterosexual lo fue hasta hace unas décadas (y aún hoy es el predominante, salvo en los teólogos progresistas).

Un teólogo anglicano del siglo XVII, J. Taylor (según síntesis de Van de Spijker), fue quizás el primero en rechazar la tesis tomista de que los llamados "vicios contra la naturaleza", aquellos cuatro, sean pecados más graves que los "de acuerdo con la naturaleza": fornicación, adulterio e incesto heterosexual. Para Taylor todos van "contra Dios" en igual forma, y para su gravedad hay que mirar, más que el aspecto físico, "el motivo, la ocasión, las consecuencias". Es la misma actitud de los cuáqueros, que miran en la sexualidad humana lo interpersonal, el amor ante todo.

Hablando por mi cuenta, pero fundado en los teólogos personalistas nombrados o aludidos, encuentro horrorosa la contradicción en que Tomás, y con él todos los católicos tradicionalistas, incurren en este punto respecto del mensaje de amor de Jesús, su maestro. En efecto, Tomás dice algo monstruoso en el artículo 12 de la cuestión 154, donde sostiene que, como "el parentesco del individuo con la especie humana es mayor que con otro individuo cualquiera", los "vicios contra la naturaleza" son más graves que

el incesto. Esto significa que, por ejemplo, es “más grave” que un jovencito se masturbe a solas en su cuarto que si cohabita con su hermana o aun con su madre. ¡Qué lejos estamos de la “recta razón” a la que, según el Aquinate, repugna el coito homosexual, pero no le repugna tanto el incesto solamente porque sí es “conforme con la naturaleza”! Esto es lo que yo llamo aberración de la mente, causada en este caso por sofismas como el del parentesco con la especie. Otro ejemplo: como Tomás sostiene que la bestialidad (zoofilia) es más grave que la fornicación, es obvio que un travieso jovencito del litoral que copula con una burra estará haciendo algo “más grave” que si desflora a una doncella que no sea su esposa. El teólogo medieval, y con él sus seguidores irreflexivos, no tienen en cuenta las consecuencias que decía Taylor: la doncella violada puede quedar encinta y dar a luz a un hijo sin padre, que al ser abandonado a su suerte puede convertirse en un hampón, y aquella mujer, perdida la “honra”, en un pueblo pequeño, se ve empujada a la prostitución o a la promiscuidad por no encontrar con quien casarse. Esto no parece importarles mucho a los moralistas católicos tradicionales, dada su idea fija de que Dios y la especie humana salen perdiendo mucho más si la violada es la burra. Al abrazar los dogmas de los filósofos estoicos traicionan a su maestro que enseñó la caridad con el prójimo y la justicia y, según los evangelios, no condenó los tales pecados “contra la naturaleza”, ni siquiera los mencionó. Esta irresponsabilidad de los moralistas “cristianos” es culpable de que mientras se persigue a los homosexuales como a monstruos desnaturalizados, el mundo se llena de hijos sin padre y de madres solteras, de parias traídos a la vida “conforme a la naturaleza”. Más que el amor al prójimo, lo que importa es el “plan de Dios” de que los seres humanos se reproduzcan sin límites hasta llenar la tierra, como los conejos de Australia.

Sin embargo, el Aquinate, pese a todo lo dicho, es menos culpable del sufrimiento de los homófilos que sus seguidores, en especial “san” Pedro Canisio (como se verá), puesto que tuvo cierta moderación en el asunto, al afirmar, como dije antes, que la homosexualidad es “natural en cierto sentido” (“*naturale secundum quid*”). La homofobia de sus seguidores les impidió durante siete siglos leer o retener el artículo 31 de la Suma, al que aludí antes. Dice allí Tomás que hay placeres que son innaturales por ir contra la naturaleza de la especie, pero que son “naturales” a un individuo concreto (“*huic individuo*”), dado que en este la naturaleza está “alterada”. Los traductores con prejuicios, como el de la BAC, dicen “corrompida”, y los menos malintencionados la llaman “corrupta”, pero el mismo Tomás en este pasaje da como único ejemplo de “corrupción de la naturaleza” el del agua caliente, ya que el estado natural del agua es el frío (según los escolásticos, que parecían ignorar que las aguas termales son calientes “por naturaleza”). Al agua así “alterada” “le es connatural calentar”, dice. Enuncia luego tres alteraciones de la naturaleza: a) por enfermedad: “a los que tienen fiebre, lo dulce les parece amargo y vice-

versa"; b) por mala complexión o temperamento: "como comer tierra o carbón"; y c) por una costumbre ("propter consuetudinem"), como es el caso del canibalismo, el coito con animales y el coito entre varones.

Tenemos pues que, según el Aquinate, a los individuos concretos que acostumbran el coito homoerótico este les es natural, o sea está de acuerdo con su naturaleza real, por más que, según aquel, no concuerde con la naturaleza metafísica de la humanidad total. Van de Spijker hace ver cómo en el otro pasaje Tomás le dio mucho mayor importancia a la naturaleza metafísica que a la real, o como diría yo, más a la naturaleza abstracta que a la concreta. Ahora bien, si a los homófilos les es natural, en ese sentido, su inclinación al propio sexo, esto es lo propio de su naturaleza real; notemos que "natura" en latín es afín del castellano "nacimiento", y precisamente el homosexual excluyente afirma repetidamente que a él "le nace" ser homófilo: "yo soy así, yo nací así", dice él. Si nos atenemos a la teoría de la psicología experimental, en realidad se trata de un aprendizaje en la más remota niñez, de un hábito, que es precisamente lo que llama el Aquinate "una costumbre", basándose en su maestro Aristóteles (La Ética, libro VII, capítulo V), el cual considera que los gustos aludidos, entre ellos el coito homosexual, no se pueden llamar "intemperantes" ni "viciosos", y son resultado de hábitos adquiridos desde la infancia. En conclusión, la homosexualidad es natural a los homófilos y no va contra su naturaleza, según el mismo Aquinate que aportó toda la teoría elaborada y sistemática contra la conducta homoerótica a juzgar por sus inconsecuentes seguidores, los cuales tomaron de su maestro solo aquello que les convino a sus miedos ancestrales, los del machismo y la sexofobia, y no lo que contradecía estas fuerzas irracionales, las de los prejuicios.

Dejando a un lado la teoría tomista, no sobra abordar el tema naturista también en su versión menos elaborada, la popular, porque habrá homófobos que se desentiendan de las especulaciones filosóficas del Aquinate y se atengan a los sentidos corrientes que suelen darse a palabras tan polisémicas como naturaleza y natural. Si son devotos lectores de la Biblia, pueden argumentar que en su carta a los Romanos Pablo llama "contra la naturaleza" a la homosexualidad. En realidad, usa la frase griega "para physis", y sabemos que "physis" no coincide plenamente con la voz latina "natura", pero aunque fueran equivalentes, Pablo emplea ese término, como lo anota McNeill, en un sentido no necesariamente biológico, ya que en otros textos, por ejemplo en Romanos, 2:14, "por naturaleza" significa "por costumbre", por condicionamiento social, como lo sintetiza dicho jesuita, y así, en Corintios I, 11:14, pregunta: "¿No os enseña la naturaleza que es vergonzoso para un hombre tener el pelo largo?" (la verdad es que lo antinatural es cortarlo). Tan ambiguo es el vocablo que el mismo Aristóteles, al defender la esclavitud (como también lo hacía Pablo), argumentaba que los esclavos lo eran "por naturaleza" y que por eso, para ellos, era bueno ser esclavos.

Quienes le dan a la frase "contra naturam" un sentido popular, no filosófico, para rechazar las prácticas homoeróticas, no se dan cuenta de que ellos mismos están contrariando la tal "naturaleza" diariamente al vestirse, al afeitarse, al cortarse el cabello, al reprimir la ira, al fumar (los pulmones, si les hacemos caso a los finalistas, no son para llenarlos de humo), al hacer injertos en las plantas, al convertir el árbol en cama o en mesa, al robarles la lana a las ovejas, al quemar bosques, al sacrificar ganado, etc., etc. Toda la civilización consiste precisamente en gran parte en una lucha del hombre contra lo que llaman naturaleza, lo cual ciertamente no es siempre sensato, como es el caso de la destrucción de los recursos naturales, pero no por un miedo supersticioso y mágico a la Naturaleza personalizada, porque este vendría a ser una forma del primitivo animismo, que no es propio de un ser racional, sino por su propia conveniencia, la del hombre, no la de la "naturaleza". El mero dictado de "antinatural" no es pues suficiente para condenar como inmoral un comportamiento cualquiera sino que son necesarias otras razones, y en el caso de la homosexualidad inocua no hay ninguna otra razón puesto que el homosexual decente no le hace mal a nadie con su conducta erótica, como lo reconoce el mismo Tomás de Aquino en algún pasaje de la Suma.

El argumento naturista esgrimido por los eclesiásticos, fuera del contexto filosófico ya analizado en detalle, se vuelve un arma de doble filo porque si algo "va contra la naturaleza" es el celibato de los sacerdotes, el cual no es de origen divino y solo se oficializó en el siglo XII: no es "natural" obligar a un hombre a abstenerse por toda la vida de toda suerte de actividades eróticas, y si es cierto que es él mismo quien se obligó a ello un día, lo hizo cuando no sabía plenamente a qué renunciaba y es inhumano no permitirle cambiar de propósito (como no lo permite ya a nadie el papa Wojtyla). Y la castidad perpetua de las doncellas, religiosas o no, tampoco es "natural" como no lo es la de las viudas o la de los jóvenes antes del matrimonio. Respecto de la castidad por razones religiosas, dicen los sofistas que si no es natural es porque es "sobrenatural", pero esto de lo sobrenatural pertenece al dominio de lo irracional, es decir de la fe de origen místico, y no de la razón filosófica, para la cual no existe nada por encima de la naturaleza: el mismo Dios filosófico está en ella.

Pero donde el argumento naturista se vuelve arma de dos filos en forma especial es en el caso del método anticonceptivo llamado "natural", el de Ogino-Knaus, el único aceptado y aun recomendado oficialmente por la Iglesia católica, y aquí volvemos momentáneamente a la teoría tomista. Desde luego no es "natural" sino en gran parte artificial, dado que para que sea efectivo (si acaso) se requiere el uso de dos artefactos: el termómetro y el calendario, que no se dan en la naturaleza; más aún, es "antinatural" en cuanto que se emplea en la época en que las mujeres "por naturaleza" no pueden concebir. Usando la argumentación

tomista, el método Ogino-Knaus va contra los planes de Dios y contra la naturaleza de la especie humana al no servir para la reproducción de esta, y por otra parte, con él se busca el placer venéreo solamente. Es pues una contradicción doctrinal manifiesta, y desde luego una trampa típica, nacida de un casuismo doloso y retorcido, de la cual se avergonzarían los teólogos honrados si no se hallaran acorralados por los fieles cuasi-amotinados. Desde el punto de vista de la vieja ortodoxia, es una claudicación, una contemporización. Y mientras esa trampa a la "Naturaleza" es recibida por la Iglesia con entusiasmo por ser un hallazgo de la ciencia, son desoídos los descubrimientos de otras ciencias sobre la homosexualidad, y a los homófilos se les sigue tratando con la misma dureza de corazón de los tiempos tridentinos, sobre todo ahora bajo el despiadado Wojtyla, más retardatario e inhumano que el mismo Pedro Canisio, como veremos después.

Para terminar lo del argumento naturista, amplíe algo dicho ya de paso, y es que cuando no se ciñe él al rigor escolástico, suele dársele a "Naturaleza" un sentido animista y mágico, supersticioso, convirtiéndola en persona y atribuyéndole voliciones: permite, dispone, ordena, prohíbe, busca esto o aquello, etc., o bien, como en este caso, suponiendo que el homófilo "va contra ella" como contra una persona pensante y deliberante y enemiga suya. Es esta una forma de finalismo o teleología: se le atribuyen intenciones como a un ser omnisciente y omnipotente; esta concepción finalista está reñida con la ciencia moderna, la cual la tiene por gratuita, imaginativa e indemostrable, y en cambio se atiene a las tesis evolucionistas o suspende el juicio con un modesto "no sabemos". Personificar la Naturaleza es una redundancia si se cree en un Dios personal y providente porque en este caso basta atribuirle directamente a este tales voliciones e intenciones, sin postular un agente suyo, una especie de dios auxiliar o demiurgo ciego, sordo y mudo, un autómatas deificado. Así, el argumento "contra naturam" se puede reducir a que la conducta homosexual va "contra Dios", ese Dios, lo cual también es indemostrable (y toca con la religión, no con la razón) pero tiene un cariz menos burdo y grosero, menos primitivista, que el de la superstición animista de quienes divinizan la "Naturaleza" en aquella frase o en otras parecidas.

2. La procreación y la ética

Otro argumento que se esgrime, tácitamente casi siempre, contra la conducta homosexual es el de que esta va contra la propagación de la especie humana. Jamás he leído ni oído decir claramente que amenace con la extinción de esta, pero es obvio que en tiempos primitivos este motivo fue uno de los principales contra la homosexualidad en el campo práctico. Hoy en día, cuando la verdadera amenaza es la otra, la de la explosión demográfica, resulta casi ridículo tocar el tema, pero no sobra glosarlo de paso.

Creer en una extinción o mejor aún en una disminución apre-

cialable de la población por culpa de la homofilia es admitir que el incentivo homosexual es mayor que el heterosexual para todo el mundo o para la gran mayoría, lo cual es sencillamente estúpido, salvo para los homófilos reprimidos o frustrados convertidos en perseguidores de sus colegas. Jamás una nación se ha extinguido por aquel motivo, ni siquiera se ha reducido notablemente su población: por numerosos que sean los hombres homoeróticos excluyentes, siempre se dan en grandes cantidades los reproductores voluntarios. Si es cierto que la conducta homosexual ofrece la hipotética ventaja de la infecundidad (y es indudablemente el mejor y el más efectivo, el único inofensivo de los métodos contraceptivos, más aún el único del todo natural), también es cierto que para la inmensa mayoría de la gente, incluso de los homosexuales mismos, la infecundidad es realmente una desventaja gravísima: casi todo el mundo desea burlar la muerte por medio de la descendencia, y esta es una de las causas de la antihomosexualidad, sobre todo a nivel de individuos y familias; el papá cuyo único hijo varón le resulta homófilo excluyente es el más rabioso antihomosexual posible al ver frustradas sus ambiciones de inmortalidad por el camino del heredero. También los mismos homosexuales en su gran mayoría desean tener descendientes, y son muchos los que se casan con ese solo propósito. En suma, el deseo de perpetuarse en los hijos es suficiente para impedir que la homosexualidad "se propague como reguero de pólvora" (que es lo que temen los homófobos con fuerte inclinación homosexual).

En los tiempos primitivos el temor a la conducta homoerótica no se apoyaba en el peligro de la extinción de la especie sino solo de la tribu, y no por despoblación sino a manos de los enemigos en la guerra, dado que esta se hacía cuerpo a cuerpo y el número de guerreros era fundamental para las tribus empeñadas en expandirse, casi siempre a causa precisamente del incremento demográfico. En esos tiempos y en los actuales, las naciones que buscan la expansión de la población lo hacían y lo hacen primordialmente por ambiciones imperialistas y colonialistas, o sea por una razón básicamente inmoral: la dominación de las demás naciones.

Pero aun concediendo que hay una fuerza natural que lleva a la especie a propagarse aun en forma desmedida, no se puede hablar de una obligación moral de hacerlo individualmente. Los moralistas teleológicos se inventaron un argumento sofístico según el cual, atribuyéndole intenciones a la "Naturaleza", tratan de probar que todo individuo tiene obligación de reproducirse. Dicen que todos los placeres fueron diseñados por la dama "Natura" para asegurar el cumplimiento de los deberes respectivos, y que el placer de comer es un aliciente para la conservación de la vida del individuo y el del acto venéreo lo es para la conservación de la especie. Fuera de que la concepción teleológica, como ya he dicho, no tiene ningún respaldo científico y es puramente especulativa, y de que aquel argumento resulta hartamente infantil pues se funda en los sistemas de premios y castigos con que se educa a

los infantes, revela también una concepción estoica y hasta ma-soquística como es la de creer que el placer no puede ser un fin en sí mismo sino un medio para un fin puesto que el hombre no debe gozar de ningún placer gratuitamente. Es ver a la dama Natura como a una madrastra regañona y de mala entraña. (Y si en lugar de esa dama, se coloca a un Dios, es ciertamente uno antipático y chocante y no un Dios de amor, que goce con el gozo de sus "creaturas"). Pero el argumento aquel, en el caso del ho-mosexual, se puede refutar "ad hominem": si el homosexual va-rón no encuentra ningún placer en yacer con una hembra de su especie, no tendría ese hipotético deber de reproducirse, y en cam-bio, la "Naturaleza" le llevaría a gozar con otros varones de un placer que ella puso ahí equivocadamente al no darle ninguna fi-nalidad; mientras los moralistas teleológicos la encuentran, el homosexual tendría la obligación de procurarse ese placer, im-puesto por la naturaleza un poco atolondradamente. Por lo de-más, si es un deber universal reproducirse, ciertamente los prime-ros en quebrantarlo son los hombres castos, los célibes, los mora-listas mismos. Previendo la respuesta de estos, insisto: lo que ellos condenan es el placer en sí, sobre todo si no va acompañado del castigo que son los hijos, lo cual se llama erotofobia (tema de otro capítulo).

Pero enfrentemos la hipótesis que yo llamo terrorista: la humanidad se va a extinguir, se está acabando la gente. ¿Es in-moral entonces el comportamiento homoerótico? Ciertamente no lo es porque la causa de tal extinción sería un no-hacer, una omi-sión de actos, no el realizar otros: la homosexualidad, como dije antes, no va contra la procreación sino simplemente no va a su favor, pero como en la mayoría de los individuos que practican actividades homosexuales subsiste simultáneamente la tendencia al sexo opuesto, ellos podrían, en un gesto patriótico, colaborar con los heterosexuales excluyentes; y en una emergencia realmen-te pavorosa, hasta los varones homosexuales del todo excluyentes, activos o pasivos, podrían prestarse generosamente a un progra-ma de inseminación natural, cuyo mecanismo no explico para no cambiarle el tono a este trabajo, pero que puede ser imaginado por el lector informado y despierto. En tal emergencia, de ciencia ficción, las que sufrirían serían las mujeres homosexuales alérgi-cas a la maternidad, y hablo en serio: mientras un solo varón sano puede engendrar centenares de hijos cada año, la mujer no alcan-za a concebir sino uno cada nueve o diez meses. Los moralistas terroristas, herederos de Pedro Canisio, pueden tranquilizarse: la especie humana jamás se extinguirá por falta o escasez de varones sementales.

3. La moral y la función erótica de la sexualidad

La sexualidad humana tiene varias funciones: la procreativa, la lúdica, la erótica y sobre todo la amatoria. Hablar de "funcio-

nes" es propio de la biología, pero toda ética o filosofía moral tiene que basarse en las ciencias y no contradecirlas para que sea racional verdaderamente. Hablar de "finalidades de la sexualidad" es también adecuado, siempre que se entienda que se trata de finalidades escogidas por los seres humanos y no por una Naturaleza personificada supersticiosamente, ni por un Dios de cuyas intenciones no tiene el hombre ninguna constancia racional (sino religiosa, de fe, para quienes creen en una religión revelada). Con todo, en este capítulo es inevitable tocar de paso el tema religioso porque en nuestra cultura son casi inseparables, hoy por hoy, la razón y la fe (y por razones de método expositivo es este el lugar de abordar el tema).

La parte filosófica de la sexología es todavía una disciplina muy nueva, y no hay acuerdo aún sobre terminología, y tanto que las funciones no-procreativas de la sexualidad humana no tienen aún nombres definitivos. Yo concibo dos principales: la lúdica y la amatoria, pero hay un término que debería unir las, el fundado en la voz griega "eros-érotos": amor, o sea la función erótica. Con este título publicó un libro el científico francés G. Zwang en 1972, que aún no conozco, pero sus tesis han sido sintetizadas en forma clara e interesante por Alzate en su Compendio citado, en el cual me fundo en gran parte, aunque también en otras lecturas y reflexiones personales. No me convence el vocablo "erótica" en este contexto porque el erotismo es algo mal definido aún por los tratadistas y porque despierta desconfianza entre los lectores que lo asocian con el libertinaje. Pero como no existen a nivel mundial, creo yo, estudios sobre "la función lúdica" (aunque el padre McNeill parece prometer uno para pronto) y como nadie habla de "la función amatoria" con este vocablo, me valgo del lenguaje existente. Con todo, bajo el título de este acápite tocaré lo específicamente lúdico y lo amatorio, términos de fácil comprensión si se sabe que "lúdico" viene del latín "ludus": juego, diversión, pasatiempo (el otro es casi obvio).

Pues bien; la función procreativa o reproductiva de la sexualidad es compartida por el hombre con los animales subhumanos, mientras que la función erótica es específicamente humana, según los expertos. Consiste en disfrutar del placer sexual en forma consciente y deliberada, a la manera humana. Durante la larguísima evolución que transformó al simio en hombre, este tardó miles y miles de años en adquirir la inteligencia mediante el desarrollo evolutivo del cerebro. Simultáneamente evolucionó también su sexualidad hasta superar la función meramente procreativa, común con los otros animales, como dije, y que lo asemeja a ellos, y obtener finalmente la función erótica, que lo distingue de ellos tanto como la razón. El ser humano logró separar totalmente ambas funciones sexuales, la meramente animal y la racional, trascendiendo el mecanismo reproductivo puramente biológico y aplicando su inteligencia al goce consciente del placer venéreo, lo mismo que al de los otros placeres animales, por supuesto.

Esta función erótica es pues natural al hombre ya que es

resultado de la evolución de la naturaleza específicamente humana a lo largo de muchos milenios. Los moralistas tradicionalistas, al negarla, colocan al ser humano pensante al mismo bajo nivel de los animales inferiores, cuyo afán de reproducirse desmedidamente corresponde a una etapa arcaica del proceso filogenético pues constituye su única forma de impedir, por el número, su extinción como especie por parte de otras especies animales superiores cuantitativamente. Como vimos, el tomismo tradicional mira la sexualidad humana solo desde una perspectiva fisiológica, animal, no psicológica, y da una importancia excesiva al aspecto cuantitativo de la reproducción, despreciando implícitamente al ser humano al parangonarlo con los animales de cría. Esta fue la actitud de la Iglesia durante 1.900 años, como veremos al hablar de religión y homofilia, y solo en los últimos decenios se disimula levemente el enfoque materialista con frases añadidas en un afán de contemporización, como aquella de la constitución "Gaudium et Spes" que ya vimos sobre la educación de la prole numerosa y otra que veremos. Pero el énfasis sigue siendo para la cantidad, algo que interesa mucho a la Iglesia en su empeño de imponerse numéricamente sobre las religiones competidoras: los católicos muestran un orgullo "non sancto" por tener 700 millones de adherentes (de palabra, la mayoría) a su credo, y tanto que prefieren siempre llamarse "católicos" o sea "universales" más bien que "cristianos"; como si la cantidad de creyentes fuera una propiedad metafísica de la verdad.

Volviendo a la diferencia entre el hombre y los animales sub-humanos, los etólogos han observado que estos experimentan algo parecido al orgasmo, sumamente breve por cierto; por ejemplo, algunos primates no emplean más de ocho segundos en el apareamiento propiamente dicho. En cambio, el ser humano puede prolongar el disfrute sensual de la copulación durante muchos minutos para cada descarga y durante una o más horas para varias, mediante el empleo de la inteligencia y la fantasía y no solo de las partes de su cuerpo. Según el sexólogo Pomeroy, aunque el diez por ciento de las mujeres nunca conocen el orgasmo, "es posible para una mujer tener entre 50 y 75 orgasmos en 20 minutos". La prolongación del placer mediante la inteligencia es tanto mayor, según los sociólogos, cuanto más alto sea el grado de educación de las personas, o sea cuanto más se alejan del animal irracional.

Esta finalidad placentera de la sexualidad humana, natural al hombre gracias a su diferenciación evolutiva respecto de las bestias, es mirada con horror por los moralistas erotofóbicos porque toman la sexualidad como algo sumamente serio, trascendental, y no como un juego, un "ludus", que lo es también para muchos animales pero en forma cualitativamente diferente de la humana. Las actividades eróticas de los humanos, cuando no se interpone el miedo y el odio al cuerpo (enseñado por los gnósticos y los estoicos pero no por Jesús ciertamente) son en realidad un juego mientras no haya fecundación. Los métodos anticonceptivos nuevos (distintos del antiquísimo consistente en el coito rectal o

el bucal) están liberando al ser humano de ese trascendentalismo sexofóbico, y así vemos que la gente joven en estos momentos, aun en países católicos como los nuestros, están perdiendo el miedo al sexo y tomando las actividades eróticas irreproductivas como lo que deben ser: un juego lindo, una inofensiva diversión, un entretenimiento amable e inocente, un retozo de cachorritos cerebrazado y humanizado, que los une y los hace solidarios, les da compañía estimulante y les ayuda a convivir y darle sentido a la vida por el mutuo apoyo y el estímulo recíproco, por el amor, inseparable, en las personas no neurotizadas por la cultura, de ese juego. Así la función lúdica y la finalidad amoratoria de la sexualidad se unen para el enriquecimiento de la personalidad y el disfrute de la vida. Los órganos sexuales son para ellos un juguete natural y uno un objeto de terror y espanto como lo había sido durante siglos y siglos de estoicismo y masoquismo cristianos.

La moral tomista-tridentina, todavía la oficial de la Iglesia, contrapone los dos elementos de la sexualidad, el erótico y el interpersonal, desdeñando el primero como algo "animal" y desnaturalizando el segundo al convertirlo en "espiritual", y subordinando ambos a la función reproductiva. El último Concilio sigue en esta misma tónica y afirma que "la mera inclinación erótica, cultivada en forma egoística, desaparece pronto y miserablemente". Llamam egoísmo al disfrute del placer, tergiversando el lenguaje y la realidad porque la verdad es que aun el mero placer físico es compartido ordinariamente por las dos personas puesto que ambos dan y reciben placer en una interacción realmente altruista, salvo en los casos aislados en que uno de los copartícipes del acto venéreo no experimenta placer corporal, de ordinario la mujer por culpa del machismo "cristianizado". Que el placer desaparezca es natural pero se está renovando todos los días en las personas no neurotizadas por la erotofobia. Los padres conciliares desprecian y desvalorizan el gozo venéreo, las que ellos llaman "formas de expresión corporal" de la "amistad" conyugal, y dicen que esta transforma aquellas, para expresar lo cual usan estos verbos: "perfeccionar, dignificar, ennoblecer, sanar, enriquecer, elevar", implicando claramente que el placer corporal es imperfecto, indigno, innoble, enfermizo, pobre y bajo. Aunque el lenguaje se moderniza un poquitín, es la misma erotofobia milenaria, el mismo estoico desprecio, enfermizo este sí, al cuerpo.

El Concilio, sin embargo, ha dado un paso adelante al reconocer, por primera vez en 1.900 años, que el matrimonio tiene una finalidad adicional a la tradicional de la procreación, pero esa no es la erótica sino lo que llama vagamente el "amor mutuo" entre los cónyuges, la "amistad" conyugal. Documentos anteriores, todos de este siglo, lo habían expresado ya ciertamente, mas no en forma muy explícita ni como dogma de fe. Pero aun este paso adelante, esto de reconocer que hay algo más que la función animal de reproducirse cuantitativamente, subordina el tal amor de amistad entre los cónyuges a la procreación, y sobre todo, se limita a las relaciones heterosexuales dentro del matrimonio sacramental

y restringidas al coito vaginal. Todo lo demás sigue siendo pecado, mal moral, "debilidad". Solo en casos especialísimos, a nivel pastoral, los confesores progresistas toleran el empleo de anticonceptivos químicos.

La ciencia muestra que es falso llamar "animal" al disfrute sexual humano de tipo meramente físico, como se le llama impropiamente. Sin negar que las relaciones sexuales ideales son las acompañadas de alguna clase de amor interpersonal, es evidente que todo ser humano actúa necesariamente como persona en el ejercicio sexual por más que no haya de por medio tal interacción personal. El acto sexual "físico" entre personas que no se conocen y que tal vez no vuelvan a verse es específicamente humano y se distingue esencialmente del apareamiento animal. Si el individuo, mujer u hombre, no se halla en estado de inconsciencia, como en una laguna alcohólica, y si no es un psicópata, sigue siendo racional porque al llevar a cabo esas actividades corporales, su mente sigue funcionando racionalmente en forma inevitable: piensa, recuerda, imagina, ríe o sonríe, admira, habla o se expresa por el lenguaje gestual comunicando sentimientos y pensamientos, prolonga inteligentemente la fruición, tiene consideración con la otra persona, arbitra recursos, cambia posiciones, y por medio de las fantasías y de las técnicas específicamente humanas da al acto sexual una variedad y un interés que resultan imposibles para el animal subhumano. Más aún, en esas actividades eróticas se revela de modo especial la inteligencia mayor o menor de los copartícipes. El ser humano, aunque se lo propusiera, no puede "convertirse en un cerdo" al copular con otro ser humano (con las dos condiciones dichas), dado que no puede dejar de ser persona, desengañar o desenganchar su cerebro, poner la mente en blanco. Aun bajo los efectos de los alucinógenos es aquello prácticamente imposible porque sigue funcionando su fantasía. No hay tal "animalización" pues, a menos que se emplee esta palabra en sentido metafórico por comparación con aquellos estados en que interviene el amor interpersonal, que, como dije, son los ideales, pero no los únicos moralmente buenos.

4. Moralidad de la conducta homosexual y bisexual

Aplicando todo lo dicho sobre las funciones de la sexualidad a las relaciones homosexuales, sea con homófilos del todo excluyentes o con bisexuales, es evidente que si tales relaciones no desempeñan, como es claro, la función reproductiva, sí pueden cumplir las funciones o finalidades erótica, lúdica y amoratoria; y como estas son propias y características de la naturaleza específicamente humana, tales relaciones son verdaderamente naturales y humanas, personales, y si no van acompañadas de ninguna clase de nocividad, no solo no son moralmente malas sino buenas en el sentido pleno de la palabra porque hacen el bien a los copartícipes, cuando menos el de disfrutar del placer "físico" sin perjuicio para

nadie, pero de ordinario este va acompañado de otros bienes, como son la solidaridad y ternura, el mutuo apoyo, la admiración estética o intelectual, el intercambio de ideas y de servicios, la generosidad, la nobleza, la sana emulación para el progreso de cada uno de los dos, etc., y a veces el amor romántico profundo y duradero, que no es menos posible entre homosexuales que entre heterosexuales, si bien la persecución exterior y la interiorizada lo hacen más difícil para los primeros. De hecho, si no miramos la sexualidad humana en la perspectiva fisiológica de los tomistas sino en la psicológica (y en la auténticamente Cristiana), es más moral un acto de amor "físico" entre dos personas del mismo sexo que el mismo acto realizado entre esposos que no se quieren o si uno de estos obliga al otro a llevarlo a cabo por coacción moral o violencia física. Es más ético el amor genuino entre dos jóvenes del mismo sexo que entre un anciano rico de cuerpo deformado y de alma mezquina que hace de amo y su esposa joven y bella que hace de esclava. Negarlo es una aberración de la mente, muy típica de los pedros canisios y de los machistas incapaces de controlar sus miedos ancestrales e irracionales.

Desde luego se trata de una nueva ética que contrasta con la inmoralidad de los últimos 2.500 años de cultura judeocristiana, inmoralidad que se ha disfrazado de ética racional con base en sofismas. El mundo está revisando todos los conceptos de esa moral pseudocristiana no solo en este terreno sino en todos los campos de la actividad humana, en especial en el relacionado con los bienes y la propiedad privada, en el de la guerra y la paz, en el de la opresión a las razas tenidas por inferiores y en el de la adoración al dinero, que jamás ha sido pecado. Esta nueva moral sigue concordando con la que enseñó Jesús y fue tergiversada por sus seguidores gnósticos y estoicos.

Todavía no existen tratados elaborados y precisos de esta nueva ética en el campo sexual. En el de la homofilia se están esbozando los nuevos códigos morales, en forma vacilante aún por problemas de lenguaje y por escasez de estudios sociológicos que los respalden científicamente y suplanten los mitos corrientes sobre los homófilos. La nueva ética en este campo tiene que asumir una actitud defensiva para responder a las acusaciones de los homófobos, pero ya comienza a formularse en tono afirmativo también. Veamos algunos de sus lineamientos en forma sumaria.

a) Homosexualidad y amor

El vocablo amor tiene tantos sentidos que se presta a equívocos. No voy a hablar del amor al prójimo en general ni del amor que llaman pasional sino de aquel en que dos personas comparten actividades sexuales comprometiendo al mismo tiempo toda su personalidad o parte de ella en una interacción de persona a persona. Los autores europeos lo llaman "interpersonal" o "personalista", pero en el fondo coincide con el amor romántico, solo que

la sensiblería de este lo ha desacreditado tanto en nuestros días que el término mismo se está descartando; además, el amor interpersonal es realmente un poco diferente del romántico en cuanto que no requiere sentimentalismo ni arrebatos pasionales. Pero el origen de ambos es uno mismo. Parece que este amor de persona a persona no fue tenido en cuenta por los moralistas religiosos ni laicos a lo largo de varios milenios, aunque indudablemente debió de existir; más aún, solo fue codificado y aislado del amor meramente erótico, en lo que hace al mundo occidental, por los trovadores provenzales en la edad media, como un lujo de la aristocracia, y por los escritores románticos del siglo pasado, ya como una aspiración para todos los seres humanos.

Nuestro siglo está enamorado del amor como ninguno otro en la historia. Los psicólogos tradicionales le han dado tanta importancia que llegan a tener por enfermo a todo aquel que no logre enamorarse o perseverar en el amor. Y hasta los padres conciliares han tenido que contemporizar como ya vimos, aunque sin exigir de los esposos ese amor bajo pecado. Sin embargo, la realidad es que solamente una leve minoría de los seres humanos, hétero u homosexuales, digamos un mero 20 por ciento, llega a conocer y a conservar esa clase de amor en el que se comprometen a fondo las dos personalidades en forma tal. Es importante hacer esta distinción en el amor interpersonal: uno que llamaría yo total y el otro parcial en relación con dicho compromiso de la personalidad.

Viniendo a las relaciones homoeróticas, algunos moralistas están exigiendo la presencia de un amor interpersonal total para justificarlas moralmente. Me refiero a los padres Van de Spijker y McNeill ya citados. El primero ni siquiera así aprueba las actividades corporales pero es revolucionario en cuanto que no reprueba lo que él llama la "homofilia" del homótrofo; con este segundo término denomina a todo aquel que tiene una tendencia sexual de tipo excluyente a su propio sexo y con el primero designa la mera amistad homotrópica sin actividades corporales. La Iglesia tradicionalmente condena estas amistades como "ocasión de pecado" y ordena evitarlas y suspenderlas, estimulando así indirectamente la promiscuidad homosexual por considerarla meramente episódica, mientras que la "homofilia" del capuchino aquel se entiende permanente. Este teólogo, no obstante lo dicho, no se puede considerar enemigo de los homosexuales porque sus dos libros contienen tantas rectificaciones a la actitud tradicionalmente hostil e inhumana de la Iglesia tridentina hacia aquellos que implícitamente Van de Spijker resulta su defensor más valeroso antes de que publicara McNeill su obra (las de aquel son de 1968 y 1972, y las de este, de 1976).

McNeill va más lejos. Para él es lícita la actividad corporal homosexual con dos condiciones: que las dos personas sean "invertidos" (homosexuales del todo excluyentes) y que se dé entre ellas un auténtico amor interpersonal total "más o menos duradero". Este jesuita condena a los "pervertidos", que no son solo los heterosexuales que hacen actos homosexuales sino los homófilos

excluyentes que lo hacen con personas del sexo opuesto, incluso los que se casan (porque estafan al cónyuge).

En el fondo, tanto el capuchino como el jesuita siguen dominados por la erotofobia "cristiana", pese a ser teólogos progresistas y haber cuestionado valientemente las injusticias de la Iglesia. Es innegable, como dije, que el ideal es que toda actividad sexual vaya acompañada de amor, pero para justificarla no hace falta que este se halle presente, por las razones ya dadas y en el supuesto de que no se le haga mal al otro. Pero aun admitiendo, en gracia a la discusión, que fuera necesario el amor, este no tiene por qué ser el interpersonal total y duradero; no es necesario que haya entrega total y permanente ni que se acepte en forma plena a la otra persona con todas y cada una de sus características. Basta el amor interpersonal que he llamado parcial, en el cual se comparten solamente algunos atributos y se da admiración y respeto por el otro, lo mismo que apoyo mutuo, así sea transitorio, intercambio de favores y servicios, comunicación, solidaridad, incluso ternura. La gran mayoría de las personas, homo o heterosexuales, no suelen limitarse al intercambio fisiológico, el cual es solo la culminación de un proceso que comienza casi siempre por algún tipo de admiración estética, así sea mínima y restringida a partes del otro, e incluye diálogo y comunicación. Ordinariamente entran en juego muchas clases de valores, fuera de los puramente corporales.

b. La promiscuidad

Se abusa demasiado de esta palabra tan polisémica. Estrictamente promiscuidad es mezcla, frecuentación de muchos copartícipes, pero hay varias clases de promiscuidad: con copartícipes totalmente desconocidos o con personas que se conoce ya parcialmente, con gentes de distintos niveles sociales y culturales o con personas iguales, con retribución económica o sin ella, en contextos azarosos y hasta sórdidos o en situaciones de gran respetabilidad y decencia; y cada uno de estos tipos de promiscuidad se ha de juzgar moralmente en formas distintas. El padre McNeill no hace tales distinciones en su obra y simplemente contrapone promiscuidad a amor interpersonal total, sin darse cuenta de que este último no llega de una vez sino que presupone una especie de "noviazgo", tentativas, búsquedas, conquistas, las cuales, por ciertas circunstancias, casi siempre incluyen una prueba de carácter fisiológico, un ensayo "prematrimonial", y este forzosamente es "promiscuidad" en el sentido que le da el eminente jesuita. Como tales búsquedas y ensayos fracasan con mucha frecuencia, es prácticamente imposible llegar a aquel amor perfecto sin haber pasado por tales experiencias que para aquel teólogo son dignas de censura moral.

Cuando él llama "destructiva" a la promiscuidad, no parece darse cuenta de que tal "destruictividad" va implícita, por lo dicho

ya, en todo acercamiento tentativo, preparatorio de la unión definitiva. Realmente son estos ensayos los únicos que se puede llamar "destructivos" porque los dos "novios" (o "novias") han concebido esperanzas e ilusiones de tal unión y al no llevarse a cabo o romperse el romance inicial, uno de los dos o ambos se sienten desengañados, traicionados, humillados por el otro, con el consiguiente automenosprecio, que es la única "destrucción" verdadera. En cambio, en la promiscuidad sin pretensiones tan ambiciosas, en el "sexo instantáneo" o "sexo rápido", no se da la tal destructividad, ya que se atienden ambos copartícipes al mero disfrute erótico, aunque acompañado casi siempre de un intercambio personal por fugaz que sea. Pero aún en los casos en que las dos personas se limitan al contacto corporal, siempre que no haya factores delictivos ni lesiones físicas o morales, el acto es moralmente aceptable al no haber ningún mal a nadie, y sí un bien, el del placer sexual mutuo. Solo cuando este no es mutuo, y uno de los dos individuos manipula al otro, aun sin violencia física ni moral, para su disfrute egoísta, el acto es moralmente reprochable, si bien la mayor parte de la culpa de tal egoísmo la tiene la sociedad por la persecución a los homófilos que hace que algunos de estos, al sentirse rodeados de enemigos y no encontrar en quien confiar, ni siquiera en sus colegas, adopten una actitud defensiva y desconsiderada con los demás.

Los defensores de la familia nuclear arguyen que la promiscuidad va en contra de esta, pero por una parte la institución matrimonial monogámica se basa en una grave injusticia, como veremos más adelante, que la nueva moral habrá de suprimir de alguna manera aún impredecible, y por otra parte, es la promiscuidad heterosexual la que se opone a aquella institución. En la homosexual hay que distinguir: si uno de los copartícipes o ambos son bisexuales, pueden cumplir adecuadamente con sus deberes en el matrimonio, a menos que tengan contactos homosexuales muy frecuentes o pongan en ellos demasiado interés que afecte sus relaciones conyugales; en cambio, el copartícipe homosexual del todo excluyente está ya marginado de la institución aquella, no es justo obligarlo a someterse a ella activamente, y necesita cumplir consigo mismo satisfaciendo sus propias necesidades de afecto y de placer venéreo, sea en un arreglo duradero interpersonal o en las otras formas que le sean accesibles, con tal que no cause mal a nadie.

c. Las circunstancias delictivas (y pseudo-delictivas)

Muchas personas rechazan moralmente la conducta homosexual porque no la separan de las circunstancias delictivas que a veces la acompañan, pero que de ordinario están del todo ausentes. La misma prohibición legal, social o religiosa hace que las actividades homoeróticas se desarrollen a menudo en la clandestinidad, la cual conlleva situaciones azarosas y hasta sórdidas, como

es el caso de quienes se ven obligados a realizar aquellas en lavatorios de lugares públicos, como parques, teatros o bares, o hacen sus conquistas en calles frecuentadas por el hampa. En esos bajos mundos a que la sociedad homofóbica empuja a veces al homosexual decente, es comprensible que se den a veces el robo, la violencia, el chantaje, el contagio de enfermedades, el uso o abuso de los estupefacientes, etc. Pero cualquier observador imparcial con un mínimo de talento sabe aislar las prácticas homosexuales en sí mismas de todo ese contexto de delincuencia y maldad.

Menos fácil es analizar el problema de la prostitución. La nueva moral está revisando los conceptos tradicionales al respecto, pero no tiene respuestas definitivas. Yo mismo no me he formado aún una opinión irrevocable sobre este asunto. Desde luego, la prostitución con intermediarios es degradante porque el prostituto pierde su libertad al someterse al proxeneta, pero este tipo de prostitución es rarísimo en nuestro país. Cuando no hay intermediarios y el que va a recibir el estipendio escoge a su arbitrio, me parece que no es digno de censura moral si deriva del acto un placer legítimo, sea corporal o psicológico, y no habiendo factores delictivos. La erotofobia, presente en muchas personas que se creen del todo libres de ella, lleva a considerar degradante que un individuo gane dinero con su cuerpo, pero es con el cuerpo con el que la mayoría de la gente se gana el sustento, solo que el acto sexual tiene todavía algo de mágico y prohibido e inspira asco y miedo, y esto es lo que se llama precisamente erotofobia. Como observa Alzate, si una mujer se gana el sustento con su garganta como cantante, ¿por qué no puede hacer lo propio con otras partes de su organismo? Pero aunque no se acepte la analogía, el prostituto y quien le paga son excusables en vista de que la sociedad no ha abierto canales al homosexual decente para la satisfacción de estas necesidades biológicas, y él se ve obligado a menudo a hacer uso de ese último recurso, sobre todo si es un hombre tímido o no quiere meterse con las personas que le rodean. De todos modos, es la sociedad la culpable de que haya individuos que no encuentren otra manera de subvenir a sus necesidades primarias.

El caso de la seducción de menores es todavía más problemático. Por supuesto, como ya he dicho, la seducción de niños pequeños es un crimen inexcusable y nadie puede defenderlo pues aun en el caso de no darse violencia ni lesiones, el niño no puede dar consentimiento al no saber qué es lo que hace; el psicópata que hace estas cosas es, por otra parte, una víctima de represiones infantiles, y necesita más terapia que improprios. En la seducción de niños mayorcitos, es muy frecuente, como ya se dijo, que sea el niño mismo el que toma la iniciativa o el que provoca al mayor, y así el "seductor" en tales casos es menos merecedor de reproche moral que si el niño o niña es totalmente ajeno a inclinaciones homoeróticas aprendidas en la niñez remota. Respecto de los adolescentes, todo depende de si saben a ciencia cierta lo que hacen y de si consienten plenamente. Estas dos condiciones tienen relación con la edad pero no todo el mundo entra en la

adolescencia exactamente a la misma edad, y así, mientras muchos lo hacen a los 11 o 12 años, otros (pocos) no entran en ese período sino a los 15 o 16 años. Dándose aquellas condiciones y no habiendo ningún factor delictivo, resulta claro, a la luz de las consideraciones éticas de las páginas anteriores, que el acto sexual en sí mismo no es moralmente reprochable; digo "en sí mismo" porque la condenación social y religiosa de la homosexualidad hace que esta condición no sea deseable hoy por hoy, y así, el adulto, en el caso poco frecuente y poco probable (según vimos en el capítulo III) de que el acto resulte realmente eficaz en el condicionamiento homosexual definitivo del adolescente que no estuviera ya, a nivel pregenital, condicionado en ese sentido desde la niñez, el adulto, digo, puede tener parte de la responsabilidad de aquella consecuencia (el desprecio social), pero la responsabilidad principal pesa en último término sobre la sociedad antihomosexual. El problema de los escrúpulos morales del pederasta y del pedófilo en un medio homofóbico tiene una solución práctica y provisional que muchos no conocen, y es que es posible una evolución gradual en las preferencias en cuanto a la edad del compañero si se hace un pequeño esfuerzo de ir aumentando cada vez tal edad. De todos modos, la gente debe comprender que ese adulto necesita satisfacer su urgencia biológica, y mientras no pueda conseguirlo con otros adultos, debería permitirle hacerlo con aquellos adolescentes que tengan la inclinación homosexual clara y más o menos firme, coexistente o no con la heterosexual. He usado la palabra "provisional" porque todas estas consideraciones dejarán de ser válidas a la vuelta de varias generaciones cuando la homosexualidad y la bisexualidad sean aceptadas plenamente (no solo toleradas) por la sociedad, y entonces no tendrá importancia la edad de los participantes, salvo en el caso de los niños pequeñitos.

d. El derecho inalienable a disponer del cuerpo

El argumento principal y hasta único en defensa de la conducta homosexual que invocan tanto los homófilos como los heterosexuales no-homófobos es el derecho de todo ser humano a su vida privada. Este argumento se ha generalizado de tal manera en nuestro siglo, y no solo para defender la homosexualidad sino todos los aspectos de la vida sexual, que está derrotando, tal vez para siempre, los sofismas de la erotofobia en general, del miedo y odio al cuerpo. La gente moderna, no anclada en la edad media ni en la barbarie, se apoya con toda razón en ese sagrado derecho a vivir su vida privada, su intimidad, sin interferencias de nadie, mientras esa vida privada no perjudique a nadie, que es el caso de las prácticas homosexuales inofensivas.

Este argumento es ya de tipo afirmativo, asertivo, y no una mera defensa ante el ataque de los entrometidos, de quienes, literalmente, se meten dentro del recinto sagrado en el que se desenvuelve la vida afectiva de cada quien. Los activistas de la libera-

ción sexual en Europa y Norteamérica le dan a este argumento un enfoque más preciso al invocar *el derecho inalienable del ser humano a disponer libremente de su cuerpo*. Es la reivindicación del cuerpo humano después de milenios de opresión de este en nombre de un fantástico "espíritu" presuntamente superior a la "materia". Como vimos, los gnósticos en general y los filósofos estoicos en especial despreciaban el cuerpo y lo tenían por una mera cárcel del tal espíritu, por un amo que esclavizaba a este. Sin negar lo que el ensayista Octavio Paz llama "el no-cuerpo", esa otra realidad sin nombre preciso (la mente, la psique) que no se puede pensar sino en función del cuerpo, al ser inseparable de este y no tener vida independiente, el cuerpo en sí merece un tratamiento de mayor respeto, mayor que el de tantos siglos de espiritualismo (o espiritismo, que en el fondo es lo mismo). Sin embargo, muchos cristianos y católicos también, sin dejar de creer en un espíritu separable, defienden los derechos del cuerpo de cada quien, entre estos el del disfrute erótico conforme a la naturaleza real de cada persona, con arreglo a su propia orientación sexual, de la cual no es responsable al no haberla elegido, allá en la niñez y en la pubertad, en forma plenamente deliberada, lo cual vale lo mismo para la orientación homosexual que para la heterosexual (y no ser responsable implica no tener tampoco ningún mérito en ello).

Concretándonos a la homosexualidad y al componente homoerótico de la bisexualidad, este derecho inalienable a disponer del propio cuerpo libremente no está reñido con los intereses de la especie, con el llamado bien común, ya que por una parte, el homófilo, como hemos visto y como es casi obvio, no hace nada en contra de la propagación de la especie sino simplemente no la propicia con actos positivos, y esto en razón de que su naturaleza personal no lo impulsa en esa dirección reproductiva (hacerlo sería ir en contra de sus propias pulsiones, sean estas de origen biológico o psicológico), y por otra parte, el bisexual, en cualquiera de los grados de bisexualidad, puede cumplir con la especie en cuanto a la propagación de esta al mismo tiempo que satisfacer su necesidad de afecto homoerótico, su homofilia compatible con su heterofilia, con tal que no falte a sus deberes conyugales o análogos y no lesione a nadie en el proceso.

Modernamente se habla, y con toda razón, de la "corporalidad", que no es idéntica al tan cacareado "materialismo" porque se habla de cuerpos humanos, movidos por un cerebro evolucionado, cualitativamente distinto del de los otros mamíferos. La sociedad no tiene ningún derecho, con la salvedad indicada en el párrafo anterior, a interferir esa corporalidad. El individuo tiene derecho a disponer de su cuerpo en el campo sexual y afectivo tanto como en los demás campos, y así como se rechaza al intruso que pretenda regimentar usos tan íntimos como los del aseo personal, la forma de alimentarse, dormir, atender a las necesidades biológicas, caminar, hablar, reír, etc., el hombre de hoy repudia al intruso que osa dictarle la forma de manejar su cuerpo en las

actividades sexuales y eróticas, siempre y cuando el copartícipe consienta plenamente y con base en el conocimiento claro de lo que hace. No se niega, claro está, que en la edad más tierna los padres aconsejen y orienten, pero la imposición y la represión violan ese sagrado derecho a disponer de su cuerpo cada quien en forma libre, a vivir su vida privada sin intrusiones ajenas.

c. Aportes de los homófilos a la comunidad

A modo de apéndice a este capítulo, aunque no se relacione directamente con la ética, esbozo sumariamente otro argumento afirmativo en favor no propiamente de las prácticas sino de las personas homosexuales, sean excluyentes o preferenciales. Aunque el homófilo no tiene que compensar su infecundidad en forma alguna, ya que esta no obedece a ninguna clase de deficiencia o falla, no sobra mostrar a quienes erróneamente miran al homosexual como a un ser inútil a la sociedad simplemente porque no es varón semental o madre, que aquel (aquella) puede prestar múltiples servicios a la comunidad distintos del de la reproducción cuantitativa. El padre McNeill tiene a este respecto unas páginas de gran interés, aunque reconoce que este tema no ha sido estudiado aún a fondo por los tratadistas; y tampoco yo voy a hacer más que esbozarlo.

El lector reflexivo habrá llegado a conclusiones positivas si ha examinado el elenco de homosexuales famosos de este mismo capítulo, aunque le bastaba su propia observación a su alrededor si anda informado sobre las costumbres de la gente valiosa, tan explotadas por la prensa sensacionalista. Ya he dicho que la homosexualidad y el genio no van necesariamente unidos, pero es innegable que muchos homófilos, cuando su personalidad no ha sido quebrantada por la homofobia social ni perturbada en exceso por la hostilidad del medio interiorizada, se destacan en diferentes actividades de beneficio social, entre otras la política en su acepción más noble, la literatura, el teatro, el cine, todas las artes y las ciencias, el entretenimiento de las masas que incluye los deportes (son numerosos los deportistas, incluso boxeadores y toreros, de hábitos homo o bisexuales) y la farándula, la acción social, la medicina y otras profesiones, la milicia, la cura de almas, la educación, la industria, el deporte, etc. El observador superficial no suele conocer más homófilos distinguidos que los de la alta costura o la culinaria, los decoradores y peluqueros de club o a lo sumo los bailarines profesionales, pero solo una ínfima minoría de homosexuales se dedican a estas actividades. Pero el homosexual del todo invisible es aquel que sin destacarse en el sentido habitual hace un aporte muy valioso a la sociedad: aludo a los centenares de miles y aun millones de homófilos anónimos, en especial obreros, campesinos, maestros y artesanos.

El homosexual que no tiene hijos sirve a los de los demás y los completa y perfecciona en múltiples formas, como estadista,

educador, profesional de la salud, artista, etc. El que es artista o escritor deja verdaderos hijos de la mente: un cuadro, una sinfonía, una novela o un tratado son seres con vida propia, a veces larga, que influyen sobre la humanidad presente o futura en forma a veces más significativa que los hijos de la carne: las estatuas de Miguel Angel, los poemas de Whitman y las novelas de Proust están más vivas y afectan más positivamente a los seres humanos que los vástagos de sus contemporáneos o la descendencia de sus vecinos y parientes.

Claro que la mayoría de las actividades aludidas también son ejercidas por los heterosexuales, reproductores o no. El homosexual hace aportes más específicos, sobre todo si tiene algo de "femenino", aunque sea solo "activo" en lo sexual. El hecho de ser o sentirse un perseguido le da una sensibilidad especial no solo para las artes y las letras sino para curar a los enfermos, así sea como simple enfermero, ayudar a los desvalidos, defender a los explotados y oprimidos, socorrer a los necesitados, colaborar en campañas de civismo, etc. Con la rebeldía de su mente de hombre "distinto" ayuda a la reforma de la sociedad, ya como pensador original o como divulgador, sea como líder de movimientos por la justicia en general o como simple colaborador, y su misma experiencia de oprimido le sirve de estímulo para trabajar por los derechos humanos, no solo los suyos por supuesto, en especial por la libertad de expresión. Este amor a la libertad es precisamente lo que hace que los gobiernos totalitarios de derecha o izquierda, los imperialismos capitalista o socialista, los persigan como "herejes" y subversivos. (Sobra observar que todas estas características —las de este párrafo— son un subproducto de la persecución; en una sociedad totalmente permisiva en lo sexual, los homófilos no tendrían esa motivación especial que los hace sensibles al dolor y a la injusticia en grado peculiar y serían iguales a los heterófilos).

La conclusión de todo este capítulo es que la homosexualidad no es mala desde el punto de vista de la ética racional; más aún, es moralmente buena, siempre y cuando (no me canso de repetirlo) no vaya acompañada de factores delictivos, en especial la violencia física o moral, el engaño y la explotación.

CAPITULO VI

LA RELIGION Y LA LEY ANTE LA HOMOSEXUALIDAD

Mucha gente no se da cuenta de la persecución sorda pero implacable que hostiga al homosexual en nuestro medio porque aquella obliga al homófilo a llevar una vida casi totalmente clandestina. Tanto es así que en una encuesta reciente en un país europeo semejante al nuestro, un altísimo porcentaje de entrevistados adultos dijeron no conocer personalmente a ningún homófilo. Los homosexuales sin máscara, los afeminados ostentosos y los marimachos, constituyen solo un 20 por ciento o menos del total. Los declarados son también una ínfima minoría.

La inmensa mayoría de los homófilos jamás cuentan nada de su vida erótica a sus parientes o allegados, y a veces ni siquiera a sus colegas mismos. Más de un 25 por ciento de la población homosexual se abstienen por completo de toda actividad erótica en toda su vida, y parece que muchos mueren sin que nadie jamás haya sabido de su verdadera orientación sexual. Todavía peor: son muy numerosos los homófilos, aun excluyentes y practicantes, que persiguen a sus colegas señalándolos, despreciándolos o ridiculizándolos en público, y hablando mal de ellos y de la homosexualidad. Es su manera de llevar la máscara. Y esto es cierto aún hoy día (1980): aunque no todos se esconden ya tan sigilosamente y con tanta angustia como hace 30 o 40 años, todavía la inmensa mayoría son invisibles y misteriosos. Esta clandestinidad es un claro reflejo de la hostilidad social porque es obvio que si esta no existiera, la gran mayoría no ocultarían su preferencia sexual.

La causa inmediata de tanto sigilo, la razón del enmascaramiento, está en la represión ejercida por la religión "cristiana" y por las leyes inspiradas en ella. En este capítulo veremos el porqué inmediato (no todavía las causas profundas) de esta inhumana represión.

I. Religiones y culturas

A. Religiones y culturas diferentes de la judeocristiana

Consta por la historia y la antropología cultural, como ya vimos, que la gran mayoría de las culturas han sido más o menos permisivas respecto de las prácticas homosexuales, y las han visto

con despreocupación y sin horror. Casi las dos terceras partes de las religiones del mundo, grandes o pequeñas, han tolerado o toleran la homosexualidad, y en muchas de ellas ciertas actividades homosexuales forman parte de su culto. Con base en la obra de Westermarck, en la de Ford y Beach, y en síntesis de divulgadores como Churchill, Tripp y otros, lo mismo que en estudios de mitología clásica, consigo algunas conclusiones generales.

Como es bien sabido, la más importante de las culturas y religiones que institucionalizaron la homosexualidad como parte de un esquema social bisexual es la griega antigua. El único control que ejercían los griegos a este respecto era evitar las actividades homoeróticas con niños menores de 15 años. En la mitología helénica son frecuentes las relaciones homosexuales entre sus dioses o sus héroes. El padre de los dioses, heterosexual entusiasta, tenía amores con su joven copero Ganimedes. Hércules, prototipo de virilidad, tenía un amante varón, Iolano (o Iolas, según otras versiones de los textos griegos, distinto de la mujer Iole que ablandó al héroe, según el relato que conocemos por Boccaccio). El dios Apolo tenía amores con el dios Jacinto, que terminaron violentamente porque otra divinidad, Céfiro (el viento), enamorado también de Apolo y celoso de Jacinto, desvió el disco que durante el juego en la palestra lanzó aquel a este y que vino a herirlo en la frente causándole la muerte: de su sangre brotó la flor del jacinto. Ya aludí antes a los amores de Aquiles y Patroclo; aquel glorioso y varonil guerrero aceptó finalmente entrar a la guerra de los aqueos contra Troya solo para vengar a su amante, y así la Ilíada que narra estos hechos junto con la venganza de Agamenón por el rapto de su esposa, resulta ser un bello canto a la bisexualidad. Claro que los historiadores, comentaristas y traductores de formación "cristiana" han tergiversado todas estas narraciones y otros escritos a causa de su homoerotofobia, como es el caso de los traductores de textos de Platón y Aristóteles, que estafaron y siguen estafando a los lectores con "mentiras piadosas", a veces creídas por ellos mismos. El Instituto Kinsey está retraduciendo todos los textos helénicos sobre sexualidad adulterados por traductores-traidores, como el inglés Jowett (de cuya versión falseada de los diálogos platónicos nos da una magnífica muestra Tripp en su libro). En castellano, un tal Azcárate, que no era filósofo, adultera un texto de Aristóteles y en una nota regaña a este por no haber sido bien enfático en su comentario sobre la homosexualidad, ya que la involucra con costumbres "depravadas" como comerse las uñas o comer tierra o carbón y no la considera "vicio" siendo este tan "repugnante" para el español (también las actividades heterosexuales son "repugnantes" para un homosexual excluyente). Igualmente un traductor del Banquete, un tal Sacristán Luzón, falsea el griego fraudulentamente para acomodarlo a sus prejuicios machistas.

En la India ha habido diferentes actitudes hacia la homofilia a lo largo de los siglos, pero aun en las épocas y lugares en que se la ha condenado, el rechazo ha sido mucho menos duro y severo

que en la cultura pseudocristiana. En las leyes de Manú, por ejemplo, el castigo para ciertos actos homosexuales realizados en lugares u horas indebidas, era simplemente "darse un baño sin desnudarse" (bien distinto de la incineración). Todos sabemos que entre los monjes budistas ha sido siempre muy frecuente la conducta homosexual, mirada con despreocupación por la gente como algo sin importancia. En el Japón y la China a lo largo de los milenios la actitud hacia la homofilia ha sido muy benévola en general, y solo en nuestros días la europeización ha llevado allí a la homofobia, muy leve en el Japón, pero virulenta en la China Popular por la influencia del stalinismo, no de Marx ni de Lenin ciertamente. En las naciones musulmanas, pese a que el Corán condena las prácticas homoeróticas, ha habido casi siempre tolerancia y permisividad muy amplias hacia la homosexualidad, sobre todo en el Norte del Africa, donde como vimos, la incidencia de la bisexualidad es una de las más altas del mundo y de la historia. La excepción más notable es el Irán actual a causa del nacionalismo exacerbado con base en el fanatismo islámico: el bárbaro y sanguinario Khomeini está fusilando homosexuales con furor, al mismo tiempo que prohíbe a las mujeres dejar ver ninguna parte de su cuerpo fuera de la nariz y los ojos (y supongo que está imponiendo también la amputación del clítoris a las niñas, como lo han hecho varias naciones islámicas en el pasado).

Ya vimos la situación de muchas otras culturas y religiones antiguas y contemporáneas de todo el planeta, en la mayoría de las cuales se ha tomado la homosexualidad con tranquilidad y despreocupación como algo corriente. En algunas de ellas, como he dicho también, el chamán o el berdache tenía una elevada posición social, y se le atribuían poderes sobrenaturales de curación y otros. El berdache se vestía como mujer y se dedicaba a las labores de hogar como "esposa" de un varón notable, lo que no impedía que ambos tuvieran sus propias mujeres. Más aún, cuando escaseaba la proporción considerada ideal de chamanes o berdaches, a algunos niños pequeños se les preparaba intencionalmente para este tipo de funciones, induciéndolos a adoptar el rol "femenino". Era una manera de preservar el esquema bisexual general, y en cuanto a la homosexualidad natural o espontánea, una fórmula sabia de darle un lugar en la vida social, al contrario de naciones dizque "civilizadas" donde aquella se convirtió en un problema sin solución todavía: la sociedad "cristiana" no tiene aún una forma inteligente de incorporar a los homosexuales a la vida comunitaria, y la de quemarlos en la hoguera no dio resultado positivo en los siglos en que estuvo vigente. En las naciones cristianas los homosexuales excluyentes y preferenciales, pese a ser el 10 o el 15 por ciento de la población total, constituyen ruedas sueltas de la maquinaria social, y si se quitan o les quitan la máscara que la sociedad les impone como única solución al problema del repudio, se convierten en parias, sin derecho a veces ni siquiera a ganarse el sustento.

Muchas de aquellas costumbres que integran al homosexual

a la comunidad y lo convierten en un ser útil eran o son aún corrientes entre pueblos como los koniags de Alaska, los langos del Africa, los tanalas de Madagascar, etc. En la Nueva Guinea los ritos de la pubertad entre los kiwai incluyen el coito entre el adolescente y un varón adulto porque de ese modo, según sus creencias, aquel adquiere la valentía y la fuerza de este. En varias naciones, como los papúes y los kerakis, la absorción del semen de un adulto prestante por parte del joven le da este virilidad y vigor cuando se practica la felación ritual. También se ha creído en algunos pueblos que el acto entre hombre y mujer le quita fuerzas al varón, y que estas se recuperan con el coito con otro varón. E incluso ha habido sociedades en las que los varones que no realizan estas actividades son señalados con hostilidad como seres extraños y excéntricos (lo "normal" es cuestión de simples mayorías, muy a menudo).

Es cierto que algunas de dichas costumbres, aunque compartidas parcialmente por culturas avanzadas, son más corrientes en general en sociedades llamadas "primitivas", lo cual alude solo a que no tienen una economía poderosa ni una tecnología desarrollada, pero proporcionan a sus miembros mayor felicidad y satisfacción que las culturas "altas"; mientras en estas se vive en guerra con los vecinos y se dan injusticias sociales enormes, se aplica la tortura a los disidentes (de derecha o de izquierda y aun de centro) y las gentes viven insatisfechas por las frustraciones, sobre todo las sexuales, en aquellas se vive en paz y armonía. Las naciones "cristianas" han practicado la guerra y el genocidio sin interrupción durante 20 siglos, y en su gran mayoría sus habitantes viven atormentados por la neurosis ocasionada en gran medida por las represiones de sus impulsos eróticos. El psicólogo neoyorkino George Weinberg atribuye a la homofobia masculina precisamente el malestar de la cultura porque el varón se siente obligado por el medio a manifestar su "virilidad" por medio de la agresividad multiforme, y es esta la raíz de la angustia colectiva como lo ha sido siempre de las guerras, la explotación y el crimen. ¿Cuáles son pues los "civilizados" y cuáles los "salvajes" si tenemos en cuenta que los primitivos contemporáneos nuestros están libres de las guerras intestinas, del desequilibrio social y de la criminalidad?

Las culturas principales que han reprimido la conducta homoerótica y han perseguido a los homosexuales con ensañamiento han sido pocas ciertamente, sobre todo la persa, la hebrea y la mongólica en tiempos ya lejanos, y desde luego la cristiana. La religión de Zoroastro consideraba más grave la homosexualidad que el asesinato y ordenaba a todo testigo de contactos homosexuales a matar de inmediato a la pareja. Muchos siglos más tarde, las hordas bárbaras de Gengis Kan, que asolaron media Asia y media Europa, se regían por un código que ordenaba la pena capital inmediata para los actos homosexuales, lo cual no obstaba para que aquel bárbaro alcohólico asesinara centenares de miles de seres humanos y pasara a cuchillo a poblaciones enteras. La

razón de aquel ordenamiento era la dominación sobre los pueblos vecinos por el número, contra el cual conspiraban los actos sexuales irreproductivos; era pues una "razón de estado", la de la expansión imperialista, semejante aunque no idéntica a la del antiguo pueblo judío, como vamos a ver.

B. El judeocristianismo. La Biblia

No sobra repetir que mis alusiones críticas al pueblo hebreo no brotan de un sentimiento antisemítico, que no poseo ni comparto, aunque tampoco me considero sionista en ningún sentido. Admiro el sinnúmero de hombres grandes que aquel pueblo ha dado a la humanidad y condeno sin rodeos todas las persecuciones de que ha sido víctima, pero estoy en desacuerdo con algunos puntos de la ideología de los antiguos judíos, en especial con su repudio a la homosexualidad, que jamás fue tan virulento como el de sus falsos herederos los cristianos medievales y modernos.

Los hebreos permitían o toleraban con tranquilidad las prácticas homosexuales antes del exilio en Babilonia, y estas formaban parte de una costumbre sexual muy extraña para nuestra época erotofóbica, pero común a muchos pueblos antiguos, sobre todo a los del Asia Menor: la llamada "prostitución sagrada", que era ejercida como parte del culto a ciertas divinidades tanto por mujeres como por varones. Los prostitutas homosexuales al servicio de un santuario judío, los llamados "kedeshim", eran algo parecido a lo que llamamos sacerdotes. Son numerosos los pasajes del Antiguo Testamento alusivos a estas prácticas que fueron muy difíciles de erradicar, lo que prueba lo profundas y extensas que eran originalmente, y un lector no instruido al respecto se queda sin entenderlos en absoluto. Pero también por fuera de los santuarios, la homosexualidad era tolerada antes de aquella época. Para quien no tenga prejuicios en este campo, queda claro, como dije antes, que entre el rey David y Jonatán, hijo del rey Saúl, existió un vínculo mucho más estrecho que la simple amistad. A la muerte de Jonatán, según leemos en II Samuel 1, 26, David canta su profundo dolor y refiriéndose a aquel vínculo dice: "más delicioso para mí tu amor que el amor de las mujeres". La palabra empleada allí es "ahabah", la cual, según los expertos en lenguas semíticas, lejos de ser sinónimo de amistad, significaba precisamente "amor entre esposos". Varios autores, según Van de Spijker, creen que entre aquellos dos personajes había un auténtico amor homosexual, lo que no contradice las costumbres heterosexuales de David, por supuesto. También resulta harto probable que fuera homosexual el amor de Saúl por el joven David; este hermoso doncel era el único que mitigaba la melancolía del viejo rey, tañendo en su presencia la cítara. (Sobre estos temas, el lector puede consultar otros pasajes bíblicos, entre ellos estos del Primer libro de Samuel: 16,21; 17,42; 18,4; y 20, 14 y 17).

Todo esto puede resultarle extraño al lector que no tenga co-

nocimientos escriturísticos y crea todavía que la ley mosaica fue realmente "mosaica" y que el Génesis y el Levítico fueron escritos por Moisés o al menos antes del reinado de Saúl. Todos los biblistas, tanto protestantes como católicos, tienen hoy por un hecho innegable que el Pentateuco fue escrito varios siglos después de ese reinado, más aún, después del exilio babilónico. Así la legislación antihomosexual del Levítico refleja una actitud nueva en el pueblo hebreo, una reacción contra las costumbres de la nación que los privó de libertad por tanto tiempo, un repudio a prácticas idolátricas propias de sus opresores.

Y ya que entramos a examinar los textos bíblicos antihomosexuales, conviene comenzar por un somero estudio del significado general de la Biblia. La ciencia bíblica es una disciplina nueva y sumamente compleja que ha ocupado a centenares de expertos de todas las denominaciones judías y cristianas. Incluso los biblistas católicos romanos de nuestros días tienen una actitud totalmente revolucionaria en la interpretación de la Biblia si se la compara con la actitud infantil e ingenua que prevaleció durante muchos siglos y prevalece aún entre los fundamentalistas y evangélicos que la leen como un despacho de la UPI y entre los sacerdotes católicos de países incultos como el nuestro que le dan a todo un sentido literal completo (aunque hay uno que otro eclesiástico actualizado). Me baso sobre todo en biblistas católicos como Grollenberg y Robert-Feuillet, que en lo esencial coinciden con los 50 biblistas católicos norteamericanos autores del *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*, también consultado para este trabajo (obra aquella aprobada por el cardenal Bea y dirigida por R. Brown, J. Fitzmyer y R. Murphy).

En los relatos bíblicos, en especial los del antiguo testamento, los autores no pretendían narrar historia sino enseñar doctrina religiosa. La historia en todo su rigor científico es una disciplina relativamente moderna, que los autores bíblicos no cultivaban dado que su mentalidad hebrea antigua, tan distinta de la helénica, no tenía interés alguno en establecer hechos históricos absolutamente verídicos sino en comunicar ideas, mensajes como se dice hoy. Aun a comienzos de nuestra era, Jesús se valía de parábolas, la mayoría inventadas por él mismo en forma genial, para enseñar su doctrina, en vez de emplear un lenguaje abstracto como el de los teólogos medievales. Hacía literatura en el sentido más noble de este vocablo. Así como el Quijote no es falso por no ser histórico sino que contiene altísimas verdades, los relatos llamados históricos del antiguo testamento comportan afirmaciones teológicas basadas en una revelación divina (cuya credibilidad depende de la fe religiosa). Solo un niño pequeño cree en forma literal el relato bíblico de la creación del mundo y del ser humano. Como dice Grollenberg, "la gente era sensible más que nada a la significación de lo que se narra", y no a los hechos en sí (la gente de la misma época de los autores bíblicos, distinta de la gente de la edad media). Afirma el mismo biblista eminente: "Actualmente se clasifica a la Biblia más bien entre los libros literarios que

entre los informativos". No era pues un tratado de historia ni una enciclopedia sino un conjunto de obras teológicas, escritas no en lenguaje abstracto y sistemático sino concreto y asistemático basado en el simbolismo que hoy llamamos literario.

Los biblistas actuales, por ejemplo, incluso los católicos, no creen ya que Jacob tuviera aquellos doce "hijos" de que habla el texto bíblico, sino que estos eran los nombres de las doce secciones del estado hebreo cuando este fue organizado administrativamente por el rey David, las doce tribus. Tampoco se tiene por histórico el relato sobre Esaú y Jacob. Eran interpretaciones literarias de contenido teológico del origen del pueblo judío, como lo era la división de la humanidad en tres ramas étnicas denominadas con los nombres de los tres hijos que los teólogos bíblicos atribuyeron a Noé (Sem, Cam y Jafet). Es pues una mitología, cuya veracidad histórica no es mayor que la de cualquiera otra nación, incluso de nuestros aborígenes. Y esto no lo dicen solo los agnósticos y ateos sino los intérpretes modernos, incluso católicos, repito, de la Biblia judeocristiana con base en estudios profundos y complicados de lingüística antigua, historia, geografía y arqueología bastante recientes y hechos con la metodología científica más rigurosa.

Aplicando esta "Visión nueva de la Biblia" (como se titula el libro de Grollenberg) a los textos bíblicos antihomosexuales, la actitud tradicional resulta ingenua e infantil en lo tocante a los relatos de Sodoma y de Guibeá. Pero antes de abordar este tema, conviene precisar el sentido de textos no narrativos sino jurídicos, como el nada ambiguo del Levítico. En el capítulo 20 se codifica la legislación sobre la sexualidad y otras costumbres, y se estipula que "si alguien se acuesta con varón como se hace con mujer, ambos han cometido abominación; morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos". Sin embargo, este texto tan explícito ha de leerse en contexto, tanto literario como histórico y social. En efecto, se trata de una legislación draconiana que decreta la pena capital para los actos de idolatría (entre ellos la prostitución sagrada), para quienes maldicen a sus padres, para quienes cometen adulterio y varias clases de incesto y de zoofilia (en este último caso, se decreta también matar la bestia), e incluso para aquellos que realizan el coito heterosexual durante la menstruación. Nótese cómo en este caso, para el cual también se ordena la muerte de ambos como castigo, obraba un prejuicio social basado en la ignorancia de la naturaleza de la menstruación. También la ignorancia de las leyes científicas influye en otros artículos del mismo capítulo, como los que ordenan "hacer separación entre animales puros e impuros y entre aves impuras y puras, para que no os hagáis abominables" (versículo 25). Comer carne de ciertos animales, y no de otros, era pues también una "abominación". En el capítulo siguiente, en la continuación del mismo código penal, se ordena no tocar a los muertos para nada, a menos que sean parientes cercanos, y se dan estas otras órdenes: "Los sacerdotes no se raparán la cabeza, ni se cortarán los bordes de la barba, ni se harán inci-

siones en su cuerpo" (Levítico 21, 5), órdenes que implican que la tonsura de los clérigos va contra la ley de Moisés, lo mismo que su afeitada total del rostro y las operaciones quirúrgicas. Si son divinas unas de estas leyes, ¿por qué no lo son todas ellas? ¿Por qué se acata, en la edad media al menos, la pena capital para los actos homosexuales, y no se castiga con la muerte u otras penas, a los adúlteros, a los que maldicen a sus padres, a los incestuosos, a los que comen carne de cerdo y de ciertas aves? Nótese también el carácter sentimental de esta legislación semibárbara en la profecía con la que se castigan allí mismo ciertas formas de incesto: "quedarán sin hijos" (Lev. 20: 20 y 21). Para terminar este párrafo, obsérvese que la disposición sobre los actos homosexuales no cobija a las mujeres, lo que nos lleva a sospechar que el verdadero origen de aquella es el machismo, como veremos después. Tampoco se hace ninguna distinción sobre las distintas clases de homosexualidad masculina y en cambio parece claro que se condena específicamente la del hombre bisexual. Después de todo, esta condenación del Levítico, aunque puesta en labios de Yavé en diálogo con Moisés, no es en el fondo más que un código estatal, un ordenamiento jurídico, y no tanto un código moral, religioso.

1. Interpretación moderna del mito de Sodoma

Aunque las causas más remotas y profundas de la antihomosexualidad son el machismo y la sexofobia combinados, la que más crueles e inhumanos efectos ha producido en la civilización "cristiana" en este campo ha sido sin duda alguna la errónea interpretación que al relato de Sodoma le dieron los hombres de la Edad Media y luego los teólogos tridentinos, todos los cuales lo tomaron en sentido literal, aunque dándole un alcance equivocado y forzado. El relato se halla en el Génesis, capítulos 18 y 19. Veamos primero la interpretación no literal y luego la literal, de paso aquella y a fondo esta.

Según la nueva visión de la Biblia (tanto el libro así titulado del teólogo holandés como la actitud en sí), aquel relato es una especie de novela corta, una parábola con un mensaje religioso y no la relación de un hecho rigurosamente histórico. Aludiendo a la destrucción de las cinco ciudades de referencia, Grollenberg pone entre comillas la palabra "destruirlas", dando a entender muy claro que se trata de un relato literario, verdadero en el sentido en que lo es una gran novela pero no en el de un tratado de historia moderna, si bien aquel biblista no toca el tema de la sexualidad ni habla de los pecados de Sodoma para nada. Los biblistas modernos suponen que el único fundamento realista de aquel relato es la existencia de unas rocas antropomórficas en la región aludida, hecho que incitó al autor bíblico a imaginar una explicación literaria mediante la invención artística y aprovechar para enseñar una doctrina moral de origen divino: el odio a los pecados en general.

Pero dejando a un lado este tipo de interpretación y admitiendo, en gracia a la discusión, el sentido rigurosamente literal, tal como si esos dos capítulos fueran despachos de la UPI o de EFE, sucede que en ellos no se habla claramente de la homosexualidad como el único ni como el principal pecado de la Pentápolis en castigo del cual las cinco ciudades fueron destruidas por el vengativo Yavé. El lector que no haya leído ese relato se sorprenderá de esta aseveración porque "sodomía" en las lenguas de los pueblos cristianos significa precisamente el pecado homosexual, aunque en algunas de ellas se amplía para significar todo acto sexual no reproductivo y en especial el coito rectal no solo con varón sino con mujer. Si ese lector no se anima a leer esos capítulos del Génesis, espero que se contente con un brevísimo resumen. Yavé, el Dios de Abraham, es aliado político de este contra cinco estados diminutos ("ciudades"), cuyos "reyes" están en guerra con Abraham y con otros cuatro "reyes" aliados suyos. Las ciudades enemigas de ese patriarca son Sodoma, Gomorra, Admá (Adama), Seboyim (Seboim) y Belá (Bala), según Génesis 14. Yavé investiga la conducta moral de estas cinco aldeas y decide destruirlas, no sin antes hacer que dos enviados suyos (los "ángeles") vayan a Sodoma a sacar a Lot, pariente cercano de Abraham, y a su familia. Todos los hombres de Sodoma sin excepción, desde los más jóvenes hasta los viejos (no debía ser muy grande la ciudad), se apretujan en frente de la casa de Lot y se empeñan en querer "conocer" ("jada" en hebreo) a los dos ángeles contra la voluntad de Lot que a falta de posada en el pueblo los ha hospedado en su propia casa, pero los enviados de Yavé hacen un milagro para evitar ser "conocidos" y enceguecen a los sodomitas, con lo cual escapan de la ciudad con Lot y su familia, y luego destruyen las cinco ciudades mediante una lluvia de fuego y azufre. Fuera de aquel "conocer", por ninguna parte queda claro en el texto lo que buscaban los habitantes de Sodoma, y desde luego los de las otras cuatro ciudades nada tuvieron que ver con esta visita y sin embargo también fueron bombardeados con el napalm de la época.

La naturaleza de los pecados de aquellas gentes no está clara en absoluto. El texto bíblico solo dice (en la versión católica llamada "Biblia de Jerusalén"): "El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo". los cuales "clamor" y "pecado" no son definidos de ninguna manera; además, es demasiado vago aquello de que los habitantes de la Pentápolis enemiga de los hebreos no son "justos", pues este vocablo tiene un significado demasiado general. Empero, esta misma vaguedad del autor del relato contribuyó a que se le diera un sentido especialísimo, el cual no le fue dado por los otros autores de libros de la Biblia sino por padres de la Iglesia cristiana. En efecto, como anota el teólogo Van de Spijker, en pasajes bíblicos veterotestamentarios donde se alude a Sodoma y Gomorra, no se menciona nada referente a la homosexualidad ni aun a lo sexual en forma específica, como es el caso de Génesis, 13, 13 y el que vimos (Génesis 18,20),

el de Jeremías, 23, 14, y Ezequiel 16, 49. Según este último texto, "este fue el crimen de tu hermana Sodoma: orgullo, voracidad, indolencia de la dulce vida tuvieron ella y sus hijas; no socorrieron al pobre y al indigente, se enorgullecieron y cometieron abominaciones ante mí". (Y ya vimos que "abominación" puede ser hasta comer carne de ciertos animales "impuros"). Otros textos veterotestamentarios, como veremos, dan otras interpretaciones, no sexuales tampoco, de los pecados y el clamor de Sodoma, al igual que los del nuevo testamento.

Antes de pasar a este, no sobra mencionar un texto curioso del testamento antiguo que parece aprobar las prácticas homoeróticas entre amigos íntimos, acosados por la soledad, siempre y cuando se amen en forma interpersonal. Está en el Eclesiastés, 4: 7-12, y dice: "Volví de nuevo a considerar otra vanidad bajo el sol: a saber un hombre solo, sin sucesor, sin hijos ni hermano; sin límite a su fatiga, sin que sus ojos se hartan de riqueza. 'Mas ¿para quién me fatigo y privo a mi vida de felicidad?' También esto es vanidad y mal negocio. Más valen dos que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo. Pues si cayeren, el uno levantará a su compañero, pero ¡ay del solo que cae que no tiene quien lo levante! Si dos se acuestan, tienen calor; pero el solo ¿cómo se calentará?. Si atacan a uno, los dos harán frente". Algunos autores han interpretado este extraño pasaje como permisivo de acostarse con el compañero cuando un hombre solo se halla "sin límite a su fatiga". Y si se acata el Levítico, ¿por qué despreciar al desengañado autor del Eclesiastés? ¿No son acaso uno y otro "inspirados por Dios"? Claro que el machismo y la homofobia "cristianos" rechazarán tal interpretación, pero hay en ella cierta lógica, y no se opone al "materialismo" de dicho autor.

Viniendo a la interpretación neotestamentaria del relato de Sodoma, ocurre que Jesús no menciona para nada la homosexualidad, ni siquiera los excesos sexuales en general, sino otros pecados como propios de los habitantes de Sodoma. En Mateo 10, 15, refiriéndose a toda ciudad que no reciba a sus enviados, dice: "Yo os aseguro: el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad". La misma idea aparece en Mateo 11, 23, y en Lucas 10, 12. En ninguno de estos lugares bíblicos se dice nada sobre la naturaleza de los pecados de Sodoma pero se les tiene por inferiores en gravedad que el desprecio a la doctrina de Jesús. En cambio, en Lucas 17, 28 se hace una lista de tales pecados: "comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían", pero no se incluyen pecados de tipo sexual ni homosexual. Unos renglones antes, al hablar de los pecados del tiempo de Noé, sí se dice que "tomaban mujer o marido", pero nada sobre la conducta homoerótica, y este pasaje es paralelo al otro en el sentido general. No deja de ser curioso que el famoso pecado de Sodoma no lo tenga en cuenta Jesús para nada al hacer la lista de los pecados de Sodoma; esto para un creyente debe ser desconcertante porque ha de creer que Jesús, como Verbo encarnado, sabía qué había sucedido en la Pentápolis

aquella (si es que sucedió algo, y Jesús dice que llovió fuego, pero al decir esto hace lo mismo que quien cita un pasaje de Shakespeare o de Dante de tipo narrativo para confirmar un punto en discusión). Esa omisión no le habría sucedido jamás a un homófobo del tipo obsesivo. Nótese de paso la vaguedad de los pecados que cita Jesús (que realmente no son pecados si no se incurre en excesos o abusos) que es el reflejo de la vaguedad del texto del Génesis. Para un agnóstico, Jesús era simplemente un lector de este libro y lo citaba en la misma forma en que lo había asimilado.

En ningún lugar neotestamentario se interpreta el pecado de Sodoma como si hubiera sido la conducta homosexual. En dos textos de Pablo, algunos traductores, por influencia de la teología moral tridentina, emplean la palabra "sodomitas", pero el vocablo griego original ("arsenokóitai") no tiene nada que ver con Sodoma. Una epístola de Pedro (II, capítulo 2: 7-11) le da, entre otras, una interpretación sexual al relato de los habitantes de Sodoma, pero no homosexual, y hace lo mismo Judas en su epístola (vers. 7) en un lenguaje muy vago que algunos interpretan no como alusivo al coito homosexual sino tal vez al intercambio con seres no humanos, como los ángeles. En conclusión, *en ninguna parte de la Biblia se interpreta homosexualmente el relato de referencia*. Fueron algunos padres de la Iglesia los que lo hicieron posteriormente sin atenerse a los textos bíblicos sino a tradiciones populares imaginativas propiciadas por la vaguedad de aquel texto original y por el machismo.

Tal vez el primer biblista moderno en apartarse de estas tradiciones fue D.S. Bailey en su obra titulada (en inglés) *La homosexualidad y la tradición cristiana occidental*, en la cual es acompañado del todo o parcialmente por otros biblistas o teólogos, como entre otros, C. Wirz, G.A. Barton, H.R. Williamson, Van de Spijker y McNeill. Bailey sugirió que el pecado de Sodoma pudo ser la transgresión del código de hospitalidad, el de Lot, no el de los sodomitas mismos. En los tiempos modernos no entendemos la importancia que se le daba antiguamente a la hospitalidad porque los problemas que presenta la visita de un extranjero a un pueblo se resuelven hoy por un complicado sistema de leyes internacionales y locales y por instituciones como la del hospedaje por dinero en sitios especiales y el control por parte de funcionarios policiales encargados de los extranjeros. La diplomacia tiene resuelto todo lo concerniente a tales visitantes y el servicio de inteligencia se encarga de conjurar las posibles amenazas y peligros respectivos. Pero en los tiempos antiguos la solución era precaria y primitiva, y la hospitalidad se regía por un código severo, no exento de xenofobia en algunas regiones y de carácter religioso a veces. El extranjero tenía que dar muestras claras de acatamiento al orden social de sus anfitriones, las cuales podían incluir ritos extraños para nosotros como tal vez el de rendir culto a las deidades locales, el cual posiblemente comprendía actos de tipo sexual con sacerdotes y sacerdotisas, la llamada "prostitución sagrada" de que ya he hablado. Tales actos podían ser realizados en público a la

vista de grupos especiales de personas prestantes. Y desde luego el código de hospitalidad no era uniforme y variaba según los tipos de cultura y las tradiciones regionales.

Ahora bien, Lot era un extranjero en Sodoma, procedente de una tribu nómada, la misma de Abraham, y había sido recibido en aquella ciudad como residente. Sodoma tenía un grado de cultura más avanzado puesto que sus gentes no residían en campamentos sino que se hallaban ya radicados en viviendas permanentes. Cuando Lot recibió en su casa a dos extranjeros podía estar violando el código local de hospitalidad, lo cual era tanto más grave cuanto que él mismo era extranjero y por tanto peligroso. Los sodomitas podían exigirle el acatamiento al código aquel, cuando menos pedirles a los visitantes sus credenciales, para lo cual tenían que entrar en conocimiento con ellos. El verbo "conocer" ("jada" o "yadha" en hebreo) es empleado en el antiguo testamento 943 veces, según los expertos, y solo en diez ocasiones tiene un significado sexual específico. En el texto de referencia no se emplea la palabra "shakhabh" que era la corriente para el coito homosexual en la Biblia. El "conocimiento" que solicitaban los sodomitas podía limitarse al trato personal o llegar a ceremonias religiosas, incluso del tipo ya aludido, las cuales repugnaban a Lot por su carácter idolátrico; o bien, Lot se sentía con derecho a que sus visitantes no fueran perturbados por exigencias que él consideraría contrarias al código de hospitalidad de su propia tribu. Es cierto que él ofrece a los sodomitas a sus dos hijas doncellas pero es posible, como anota Bailey, que fuera esa oferta un gesto desesperado para aplacar a sus anfitriones, un acto de soborno particularmente eficaz, pero no necesariamente un sustituto de un hipotético contacto homosexual con sus huéspedes. De paso nótese que los habitantes de Sodoma, a quienes Lot debía de conocer muy bien, no podían ser homosexuales del todo excluyentes pues en este caso aquella oferta habría sido ridícula en grado sumo (y Sodoma era solo una aldea, como vimos, ya que todos los varones de ella, todos sin excepción, según el texto bíblico, estaban ante la casa de Lot).

Por cierto que (y también dicho de paso) el justo Lot da allí un pésimo ejemplo de inmoralidad al ofrecer a sus hijas para que sean violadas por una turba (si se ha de entender el texto en el sentido infantilmente literal que le dan los homófobos). Los lectores piadosos que con este texto creen aprender un ejemplo de pureza en un sentido deberían escandalizarse ante aquella inmoralidad, a menos que crean con el Aquinate que violar doncellas es menos grave que practicar el coito homoerótico. Probablemente, Lot, al contrario de muchos moralistas católicos de hoy, se preocupaba muchísimo más por los actos de idolatría de los sodomitas, con sexo o sin sexo, que por las actividades sexuales en sí mismas de cualquier índole; y lo mismo haría el autor bíblico que imaginó o creó el relato. El pueblo hebreo de aquellos tiempos no era erotofóbico sino adorador entusiasta de su Dios Yavé. Incluso el texto del Levítico que vimos antes tiene más que ver con la idola-

tría (la prostitución sagrada, masculina y femenina) que con la sexualidad en sí, en opinión de varios teólogos, si se lee contextualmente.

Volviendo a la interpretación que propone Bailey como probable, la de que el pecado de los sodomitas fue la inhospitalidad para con esos dos extranjeros, ella se basa no solo en argumentos lingüísticos, antropológicos y culturales, sino también bíblicos bastante claros. Ya vimos que Jesús, en los textos de Mateo y Lucas citados antes, parangonaba las ciudades donde no se recibiera a sus discípulos con Sodoma y Gomorra precisamente por este aspecto de la hospitalidad, es decir porque no acogían a sus mensajeros, portadores de su doctrina sagrada, como los sodomitas no acogieron a los mensajeros de Yavé en los días de Lot, y no le daba ninguna significación sexual al pasaje al que aludía. En el antiguo testamento hay varios pasajes donde se vincula a los sodomitas de orgullosos e inhospitalarios, y nótese que en el texto del Génesis el orgullo consistiría en tratar a los dos extranjeros como inferiores e indignos de habitar entre ellos a menos que les rindieran pleitesía. En Ezequiel 16, 49, como vimos, se destaca en primer lugar el "orgullo" de Sodoma, y en Eclesiástico (Sirac) 16, 8, hablando de la cólera divina, se dice: "no pasó por alto al vecindario de Lot, a los que abominaba por su orgullo" (y no se menciona ningún otro pecado). En Sabiduría 19, 13, aludiendo clarísimamente a los habitantes de Sodoma, el autor les reprocha a estos "haber extremado su odio contra el extranjero" y en los vers. 14 y 15 dice de ellos que "no recibieron a unos desconocidos a su llegada" y que "recibieron hostilmente a los extranjeros", o sea quebrantaron el código de hospitalidad. Pero tal vez el texto veterotestamentario más paladino al respecto es uno casi desconocido del gran público y que merece párrafo aparte.

Me refiero al relato de Jueces 19 y 20 sobre el crimen de Guibeá, donde ciertamente no se explica en forma directa lo que pasó en Sodoma (si es que pasó algo, repito), pero hay entre los dos relatos un paralelismo impresionante que ilumina (para un lector que sepa de crítica interna) el argumento de la inhospitalidad. El de Guibeá es demasiado complejo para contarlo en detalle. Baste lo esencial. Un levita efrainita llega con su concubina al pueblo de Guibeá, de la tribu de Benjamín, y es hospedado por un anciano no benjaminita. Los hombres de Guibeá le piden a este que les entregue al levita para conocerlo y aquel se niega y ofrece en cambio a su hija doncella. Ellos se avienen al fin a llevarse más bien a la concubina que el levita les entrega, la violan y ella muere a consecuencia del mal trato. El levita la descuartiza y manda los pedazos a todas las tribus de Israel para que venguen el crimen. Todo Israel se pone en pie de batalla con 400.000 soldados, y toda la tribu de Benjamín defiende a los guibeanos. Los benjaminitas matan en un solo día a 22.000 israelitas y al día siguiente a 18.000, hasta que mejora la suerte de los israelitas, que matan en un solo día a 25.100 benjaminitas. Desde luego, se trata de una novela teológica y solo un lector ingenuo tomaría

literalmente todas esas cifras pantagruélicas. Lo que importa es la significación, el mensaje religioso. Vémoslo.

Obviamente se trata de una institución, la de la hospitalidad, entendida por los benjaminitas en forma diferente de la del resto de Israel. Es inconcebible que toda la tribu de Benjamín (un departamento o estado, como hoy diríamos) vaya a defender a espada con más de 25.000 soldados (cifra simbólica, claro) un crimen vulgar, un vil asesinato y mucho menos aún el mero deseo de los guibeanos de violar a un levita, contra un ejército muchas veces superior numéricamente, el de la Federación como quien dice. Son realmente dos códigos de hospitalidad frente a frente, y vence el que tiene la razón, apoyado por Dios y no tanto por el número (ya que inicialmente perdió 40.000 de los soldados que lo defendían).

Es probable que los benjaminitas acostumbraran algún tipo de ritos idolátricos con actividades sexuales como condición para hospedar a extranjeros. A los guibeanos se les fue la mano al practicar aquellos con la concubina del levita y dejarla muerta, pero a los benjaminitas como tribu lo que más les importaba era el código en sí mismo, el de la hospitalidad, que era de índole sagrada, y por eso se apoyaron a sus compatriotas hasta que la tribu misma fue casi extinguida, lo que creó un grave problema demográfico para la Federación israelita que esta resolvió luego mediante el rapto de las hijas de Silo, narrado en el capítulo 21.

Nótese el paralelo con la narración de Sodoma. Es obvio que el autor de Jueces concibió la suya calcándola hasta cierto punto sobre la del Génesis, que era anterior (esta era yaveísta mientras que la otra es de un estilo más evolucionado). Pero la invención literaria y teológica del autor del relato de Guibeá ha cambiado algo: ya la solución no es la lluvia de fuego y azufre sino la guerra ideológica, aunque sanguinaria. Los novelistas modernos se imitan los unos a los otros, pero los geniales aportan innovaciones originales actualizando tesis y enfoques. Es lo que ha hecho el teólogo que creó el relato de Guibeá, pero el mensaje esencial es el mismo: defender el código hospitalario de su dios Yavé contra el de los ídólatras. Cualquier lector medianamente informado sobre la historia del pueblo hebreo sabe que en la época del relato de Guibeá, Israel todavía no estaba organizado como nación; lo dice el mismo autor de Jueces claramente, aunque sí lo estaba ya plenamente cuando se escribió aquel (ya se habían uniformado las instituciones sociales y religiosas). En conclusión, el relato de Guibeá ilumina admirablemente el mensaje del texto del Génesis.

Pese a todo lo dicho hasta aquí sobre la hospitalidad en Sodoma, el lector tradicionalista que se atenga a la interpretación que identifica el pecado de la Pentápolis con las prácticas homosexuales no puede menos de ver que aún desde esta perspectiva sexista se fuerzan los textos bíblicos, primero los distintos de ese lugar del Génesis y luego este mismo. Veámoslo. Por los pasajes citados y aludidos y por otros más, es claro que para los autores

de la Biblia no hubo en Sodoma un solo pecado sino muchos: orgullo, desenfreno en la comida y la bebida, malos tratos en los negocios de compra y venta, injusticias, laxitud moral general, inhospitalidad, desacato a la religión de Yavé, etc. En segundo lugar, limitándonos al texto del Génesis y leído este como un relato rigurosamente histórico, la interpretación tradicionalista tergiversa y exagera ese texto. Ante todo, como observa Van de Spijker, ese relato no narra una violación homosexual de los ángeles sino solo el intento fallido y sería una injusticia del justiciero Yavé destruir y arrasar cinco ciudades por un mero intento, no por la comisión real del supuesto crimen. Además, aún leído el relato en el sentido homosexual, la lógica muestra que lo que se supone que sucediera allí no es la conducta homosexual de dos individuos en privado sino un atentado criminal de una turba contra seres de una especie distinta de la especie humana, un tipo de sacrilegio suponiendo que los ángeles fueran seres sagrados (enviados de un Dios); se trataría pues de un pecado especialísimo, cualitativamente distinto del amor homosexual en privado entre personas que consienten y de edad adulta. El teólogo holandés, pese a que no aprueba moralmente ninguna actividad homosexual física, concluye que la homosexualidad que allí se supone condenada por Dios no es la corriente sino una con muchos agravantes. El resto del relato tampoco autoriza, dada su vaguedad (“el clamor”, “el pecado”), a pensar que los sodomitas practicaban habitualmente la conducta homosexual corriente a que he aludido; simplemente se supone que lo hacían a veces, si se lee el texto en el sentido homosexual.

Más aún, quien lea atentamente el relato del Génesis en su totalidad, se dará cuenta de que lo que sucedió con los ángeles frente a la casa de Lot no fue la causa de que Yavé “destruyera” las cinco ciudades. En efecto, los enviados de Yavé fueron a Sodoma a averiguar acerca de los muchos pecados de sus habitantes para luego castigar la ciudad si los cargos resultaban ciertos; lo de la casa de Lot fue simplemente la confirmación de tales cargos, y sería solo una de las causas, una de las muchas pruebas necesarias para dictar sentencia. Creer pues que la Pentápolis fue destruida por el fuego a causa del atentado homosexual supuesto contra los ángeles y no por los muchos pecados de los sodomitas es exagerar en grado sumo el hipotético mensaje, y tanto que esta exageración viene a ser toda una tergiversación de este. Y sin embargo, esto es lo que hizo la tradición patristica y siguen haciendo los teólogos terroristas, los que gustan de los castigos dramáticos para los pecados misteriosos, los pedros canisios amigos de la venganza ejemplar. Y aquella tergiversación ha sido causa de millones de pequeñas y grandes injusticias contra los homosexuales a lo largo de 18 siglos, y de la actitud inhumana y despiadada hacia estos en nuestra época misma. El solo hecho de llamar “sodomía” a la homosexualidad es ir a contrapelo de los textos bíblicos, aun del que trae el Génesis. Pero la homofobia y el machismo exigen a ciertos clérigos seguir tergiversando el mismo libro sagrado en que cifran ellos sus creencias supuestamente re-

ligiosas. Para concluir, no sobra repetir que Jesús mismo no le dio al relato de Sodoma ese significado ni siquiera uno aproximado a él: aquellos cristianos son más "cristianos" que su Cristo.

2. Jesús ante la homosexualidad

Quienquiera que lea con cuidado los cuatro Evangelios notará que por ninguna parte se refiere Jesús a la homosexualidad ni directa ni indirectamente. Las veces que alude a Sodoma, como acabo de decir, no le da al relato ninguna interpretación homosexual ni siquiera sexual. A Jesús no le obsesionaba el sexo ni para mal ni para bien como sí a sus falsos discípulos. Lo que le obsesionaba era el amor. Odiaba la hipocresía y la maledicencia. Convivía con gentes de toda clase sin excluir a los reputados como pecadores. Defendía a las adúlteras y era amigo de prostitutas y publicanos. En cambio combatía con ardor a los fariseos, los cuales en su época eran los hombres santos, cumplidores de todas las leyes y ostentosos de su virtud. "Fariseo" no era sinónimo de "hipócrita"; fue Jesús el que creó esa sinonimia. Para darse una idea de lo que era un fariseo en su época basta pensar en lo que hoy es un obispo católico. La mayoría de los obispos de hoy son hombres de costumbres impecables, en el sentido tridentino de "pecado": cumplen escrupulosamente con todas las leyes divinas y humanas, son castos a ultranza, no roban, no matan, no mienten, son comedidos, honorables, irreprochables: hasta "cuelan el mosquito", como decía Jesús. Pero a la mayoría de ellos les falta solo una virtud insignificante: el amor al prójimo, el de su maestro, que era precisamente lo mismo que les faltaba a los fariseos del tiempo de Jesús, un mero detalle, para quienes han reducido el mensaje de este a la pureza. Tienen sí, como célibes que son, una obsesión existista llevada al extremo, y el 50 por ciento del tiempo no hablan sino de eso, del sexo.

Es cierto que Jesús condenaba el escándalo de los párvulos, pero este se puede entender ante todo como quitarles la fe, y luego como seducción sexual, pero no necesariamente homosexual. Y todo hombre decente condena también la seducción de niños y niñas. McNeill cree encontrar una vaga alusión de Jesús a los homófilos en el oscuro pasaje de los eunucos (Mateo 19: 10-12), donde dice que "hay eunucos que nacieron así del seno materno", pero ni siquiera metafóricamente se puede llamar eunuco al homosexual del todo excluyente porque aun este tipo de homófilo puede de ordinario engendrar hijos, así sea mecánicamente y sin placer. Mas aun aceptando la insinuación del jesuita, aquel texto simplemente da a entender que ese tipo de eunucos no se casa, que es lo que preguntaban los discípulos, como no se casan los que "se hicieron tales a sí mismos", o sea los célibes, "eunucos" también en el lenguaje parabólico de Jesús.

En Lucas 9, 54 hay un pasaje de interés. Al ser rechazados sus discípulos en un pueblo samaritano, Santiago y Juan le pro-

ponen: "Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y lo consuma? Pero volviéndose, les reprendió y se fueron a otro pueblo". Quienes toman literalmente la lluvia de fuego sobre la Pentápolis deben ver aquí cómo su maestro no gustaba de esta clase de "venganza divina", y no olvidemos que es con Sodoma con la que Jesús comparaba las ciudades donde sus discípulos fueran rechazados. No era pirómano ni vengativo como los príncipes "cristianos" de la edad media.

Pero hay un pasaje que algunos homófilos católicos leen con emoción si conocen el texto griego, no porque alabe la homosexualidad por supuesto sino porque revela la ternura de Jesús, si se lee sin prejuicios homofóbicos. Me aparto por única vez de la Biblia de Jerusalén y cito la versión de Casiodoro de Reina porque se acerca más al texto griego. Se lee en Mateo 8, 5 que al entrar Jesús en Cafarnaún se le acercó un centurión y le dijo: "Señor, mi mozo yace en casa paralítico, gravemente atormentado", y al ofrecerle el taumaturgo ir allá a curarlo, aquel le respondió: "Señor, no soy digno de que entres debajo de mi techado; mas solamente di la palabra y mi mozo sanará". Jesús alabó la fe de este extranjero, aprovechando para censurar a los buenos (a "los hijos del reino") e hizo lo que le pedía, "y su mozo fue sano en el mismo momento". Sé muy bien que "mozo" en castellano es todo varón joven en general, pero así como no significa necesariamente "concubino" tampoco necesariamente quiere decir "criado" o "siervo", como lo traducen a veces. En griego dice "páís" que entre otros sentidos tiene el de amante de otro hombre. Jerónimo en latín usó "puer" que no significa necesariamente "niño" ni "hijo" sino que puede ser más general. En Lucas 7, 1 se narra el mismo milagro y se dice que el muchacho del centurión era "muy querido por este" (Bibl. de Jer.). Es cierto que en Juan 4, 46 se narra un milagro que algunos biblistas creen ser el mismo anterior, aunque tiene varias diferencias importantes, entre ellas la de no hablar de un centurión sino de "un funcionario real" y no de un muchacho sino de un "hijo", pero si es el mismo, esta última divergencia se explicaría por la menor precisión que en temas históricos tiene en general el evangelio de Juan, el cual fue escrito varios decenios después de los sinópticos y puede estar ya bajo la influencia de la homofobia paulina, fuera de que "hijo" no siempre significa en la Biblia hijo carnal (muchos homosexuales hoy en día andan con su "sobrino" y aun su "hijo").

La interpretación que se sugiere como mera hipótesis (y yo distingo muy bien entre lo apodíctico y lo probable) puede producirle horror a más de un clérigo virulentamente homofóbico que no podría concebir que Jesús curara al amante homosexual de un varón, cuando más bien debía dejarlo morir en castigo por su "nefando pecado", y hasta prenderle fuego a la casa, el fuego de Sodoma que estremece de santo placer a los homófobos beatos, pero ese clérigo u obispo pirómano no conoce bien a su presunto maestro, el dulce nabí del amor sin discriminaciones, el Señor de la infinita ternura por todo el que sufre persecución y angustia

(como la adúltera a punto de ser lapidada por los obispos de entonces), ni entiende el mensaje básico de Jesús, que no era el de la castidad sino el del amor al prójimo, aun al hereje (recordar la parábola del samaritano). Yo, conocedor a fondo del evangelio, estoy persuadido de que Jesús no habría rehusado curar al amante varón de otro varón. Además, no es improbable que un centurión romano tuviera un amante masculino "muy querido" por él pues las costumbres romanas de la época hacían ver como normal ese tipo de relaciones, no impropias tampoco de un militar (nunca lo han sido), y el hecho de residir este en Israel no le impedía vivir a su manera ya que era agente del imperio y que el pueblo judío no sentía hacia la homofilia el gran horror que se inventaron después los ermitaños. Sabemos por Lucas que el centurión era respetado por los judíos porque amaba a su pueblo y era un hombre prominente, adinerado tal vez, y aún hoy en día, pese a la homofobia, es corriente que a los homófilos prominentes que andan entre mitrados y potentados se les perdona que vivan a su modo, lo que no se les perdona a los homófilos proletarios. La humildad del centurión es difícil de comprender en un prohombre (aquel "no soy digno de que entres debajo de mi techado") que no era judío de religión, a menos que se tome como un sentimiento de culpa por sus costumbres paganas ante un predicador célibe y austero que, si bien no era sexófobo, tampoco estaba dado a los placeres. Hoy en día, más de un homosexual católico, despreciado por los jerarcas de su religión, se sentiría indigno de que un santo monje franciscano entrara a su casa, lo que no le impediría tener una fe tan robusta como la de este. Ese pudo ser el caso del centurión ("pudo" simplemente). Conozco a un homófilo excatólico que vertió lágrimas al leer aquel pasaje de Mateo en la versión de Reina y soñar que lo que los moralistas de su antigua religión condenaban entre rayos y centellas pudo ser mirado por su exmaestro con ternura y comprensión humanitaria, la misma de un McNeill o un Van de Spijker, los verdaderos voceros del mensaje de amor universal de Jesús, el manso, enemigo del fuego de Sodoma.

: Algunos homosexuales católicos llevan el asunto mucho más lejos hasta creer que el mismo Nazareno fuera homófilo por su especialísimo amor por Juan, el Discípulo Amado, a quien le permitía recostar su cabeza en el pecho de él. Las cabezas y pechos de los hombres de entonces eran de la misma pasta que los de los varones de hoy y el cuerpo de Jesús era, según la teología tomista, de verdadera carne. Si las costumbres eran diferentes, que es la respuesta *ad usum*, esto significa precisamente que no eran tan homofóbicas como las actuales, y las de hoy lo son dizque con base en la doctrina de ese hombre que permitía esos contactos corporales con su discípulo favorito. ¿Hay lógica? Existe en Nueva York una iglesia del Discípulo Amado que frecuentan para orar en ella los homófilos que no han querido abandonar su fe, pese al repudio de los jerarcas anticristianos de la hora.

Con todo, yo personalmente no creo que aquel dato bíblico demuestre la posible homofilia de Jesús, como tampoco demuestra

su heterofilia aquella otra escena lúbrica en que una bella mujer pública riega un caro perfume en sus pies desnudos y se los seca con su cabellera, en público. Pies de carne los de él y manos cálidas las de ella (yo pregunto al lector heterosexual: "di, ¿te resistirías?"). No, Jesús podía no ser homosexual ni heterosexual; no hay pruebas apodícticas de ello, ni hacen falta. El enseñó el amor, y de eso se trata aquí, de ese amor que sus seguidores reservan para los heterosexuales solamente; los otros son dignos de odio, en nombre de Dios (en realidad, en nombre del machismo eclesial, y no odio sino miedo).

Por último, volviendo al total silencio de los evangelios sobre la homosexualidad, es inconcebible que si Jesús rechazaba esta con tanta acerbía como sus falsos seguidores, se hubieran callado al respecto los cuatro evangelistas, mientras insistían obsesivamente acerca del amor y la bondad, de la fe y la esperanza, de la justicia y la sinceridad, y mientras llenaban páginas y páginas con la prédica de su maestro contra los obispos de la época y contra los explotadores del pueblo. Si los cuatro evangelistas estaban inspirados por Dios y este odia tanto como Pedro Canisio la conducta homosexual, es curioso que el Espíritu Santo no lograra interesarlos lo bastante como para dedicarle al tema siquiera un renglón o una mera palabra. Tampoco en Hechos ni en Apocalipsis se deja sentir aquel Espíritu de Dios de ninguna manera, y solo en unas pocas Epístolas se toca el tema de paso. Veámoslo a modo de apéndice a este acápite sobre las enseñanzas de Jesús.

En Hechos 8:26-39, en el relato del bautismo del eunuco etíope, cree ver el padre McNeill un gesto de amor del apóstol Felipe hacia los homófilos buenos, amor Cristiano, no de tipo erótico, claro está, una actitud de acogida también a aquellos "eunucos que nacieron así del seno materno" representados por ese eunuco de la reina de Etiopía, si bien este tal vez era uno de aquellos "hechos por los hombres". La exposición de McNeill es conmovedora, no menos que aquellas palabras de Isaías que va leyendo el piadoso eunuco: "En su humillación le fue negada la justicia; ¿quién podrá contar su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra". Felipe, portador del mensaje de amor sin discriminaciones de su maestro, acoge en el seno de la Iglesia a aquellos (a los eunucos propiamente dichos) que la iglesia hebrea rechazaba por razones de sexo, como rechaza hoy la Iglesia de Wojtyla a los homosexuales. Aunque el argumento del jesuita no es conclusivo, tampoco es descabellado, por más que yo no lo comparto por la razón dicha antes. Por lo demás, McNeill lo aporta solo como valor simbólico, analógico.

Fuera de las epístolas paulinas, en las de otros apóstoles hay dos o tres pasajes vagos y borrosos a los que ya aludí. En las de Pablo hay tres lugares en que se condena claramente la homosexualidad, aunque sin darle mayor gravedad que a los demás pecados carnales o no carnales que aparecen en las listas correspondientes. Sin embargo, ni siquiera esos pasajes paulinos condenan todo tipo de homosexualidad ni piden para esta lluvias de fuego

o azufre, ni mencionan a Sodoma (como vimos). Van de Epijker y McNeill, con base en Bailey y en otros biblistas, discuten a fondo los vocablos empleados por Pablo, que no resultan tan enfáticos como los hacen parecer los traductores-traidores de raigambre tridentina. Son ellos “malakói” y “arsenokóitai”; el primero tiene más que ver con la flojedad, la falta de dureza y austeridad, que con la conducta homosexual propiamente, y el segundo sí alude con claridad al coito entre varones. Por cierto que Pablo es el único de todos los autores bíblicos que *parece* condenar el lesbianismo: en Romanos 1, 26 dice que “sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza” (vimos que “naturaleza” para Pablo era a menudo la mera costumbre), con lo cual repudia no necesariamente la homosexualidad femenina sino el coito rectal heterosexual y tal vez el coito de las mujeres con animales. Es curioso que en toda la Biblia, de extremo a extremo, no haya absolutamente ningún pasaje contra el lesbianismo propiamente dicho (a menos que así se interprete este de Romanos), lo cual demuestra que la razón profunda que los hebreos tuvieron contra la homosexualidad, al no repudiar sino la masculina, fue el machismo falocrático, esto de creer que el varón pierde su dignidad al ser penetrado mientras que la mujer no tiene ninguna dignidad que perder, hágase lo que se haga con ella (tema que se abordará en el capítulo VII). Los otros dos lugares paulinos antihomosexuales son I Corintios 6, 9 y I Timoteo 1, 9 (sobre los cuales el lector que desee profundizar un poco puede consultar las obras de Bailey, Van de Spijker y McNeill).

Sin embargo hay un cuarto lugar paulino donde no se dice absolutamente nada sobre la homosexualidad específicamente pero que ha sido el que más graves injusticias ha engendrado contra los homófilos, después del tergiversado pasaje del Génesis. Me refiero al famoso “nec nominetur in vobis” (“que ni siquiera se mencione entre vosotros”) de Efesios 5, 3. Pablo condena allí “la fornicación y toda impureza o codicia” y luego “la grosería, las necedades o las chocarrerías”. Son estas las cosas que ni siquiera se deben mencionar entre cristianos. Pero de este pasaje parece ser de donde salió aquello del “pecado nefando” (en latín y castellano, esta palabra “nefando” significa “lo que no debe ser mencionado”, de lo que no se debe hablar jamás). Autores religiosos muy posteriores resolvieron llamar a la conducta homosexual “aquel pecado horrible que entre cristianos no debe nombrarse”, y como observan Daniel y Baudry, esta orden de silencio total fue obedecida tan servilmente por algunos predicadores que Bourdaloue, al conminar a Luis XIV para que repudiara a los homosexuales de su corte, “usaba toda clase de perifrasis para designar a aquellos que la Escritura le prohibía nombrar”. Solo que no hay tal prohibición en ningún lugar de la Biblia. El famoso orador se imaginaba las cosas, como se las imaginan aún muchos clérigos ignorantes en materia bíblica que mantienen esgrimiendo el “nec nominetur” paulino con ese falso sentido, en vez de tomarse el trabajo de leer a Pablo mismo a ver qué fue lo que dijo. En el versículo 12 dice: “Ciertamente que ya solo el mencionar las cosas que

hacen ocultamente da vergüenza", pero el sujeto de "hacen" no son los homosexuales, los cuales no han sido nombrados para nada en los versículos anteriores, sino toda una serie de pecadores varios: fornicarios, impuros, codiciosos, rebeldes, e indirectamente los que faltan contra la bondad, la justicia y la verdad, y en especial los que hacen el mal entre las tinieblas, y es obvio que la mayoría de los pecados, carnales o no, se cometen entre las tinieblas.

La sexofobia rabiosa de algún padre de la Iglesia debió de ser la causa de que de esa larga lista de pecadores se singularizara a los "impuros", y su homofobia (autorrepresión de sus impulsos homófilos) debió de llevarlo a destacar entre aquellos exclusivamente a los homosexuales tan envidiados para convertirlos en innumerables por orden de Pablo. Si esto no es tergiversar un texto obvio, ¿qué es tergiversar? Y sin embargo, esta impostura y falsificación fue la causa de llamar "nefando" el comportamiento homoerótico, de donde vino la conspiración de silencio que prevaleció durante 16 o más siglos. Y aún hoy los jerarcas católicos sienten repulsión aun de mencionar estas cosas, reduciendo así a los homófilos a la condición de parias dentro de su Iglesia. Los jerarcas de esta hablan hasta el hartazgo de cosas como el aborto y los métodos anticonceptivos pero callan con horror ante la homofilia, a menos que los feligreses homófilos los asedien en busca de una brizna de comprensión y humanitarismo. Ese silencio fatídico es una de las causas de que la sociedad "cristiana" imponga a los homófilos la injusta obligación de llevar máscara, de agerse a la santa hipocresía, tan combatida por Jesús pero tan practicada por los fariseos de nuestra época.

Volviendo a la actitud de Pablo ante la homosexualidad, su rechazo a esta no es tan enfático como el de quienes pretenden basarse en sus tres breves textos, donde, repito, simplemente hace listas de pecadores, en formidable desorden, omitiendo pecados graves, como el asesinato en la lista de Corintios, y poniendo siempre a los homosexuales al mismo nivel de los heterosexuales (incluso menciona primero a estos en uno de los pasajes), sin considerar más graves las faltas de los primeros que las de los segundos, al contrario de lo que harían 12 y 15 siglos después el Aquinate y Pedro Canisio. El fastidio que muchos homófilos cultos sienten por Pablo se debe más que todo a la tergiversación aquella del pasaje de Efesios.

Lo que sí es indiscutible es que Pablo es el primer sexóforo del "cristianismo" y casi el único de toda la Biblia. Basta leer sus cartas para comprobar el asco patológico que sentía por todo lo relacionado con la sexualidad y aun su ginecofobia (miedo y desprecio a la mujer). En I Corintios 7 recomienda a todo el mundo abstenerse de la vida sexual en forma total, y no solo a los célibes y viudas sino aun a los hombres que tienen mujer, a quienes aconseja que "vivan como si no la tuviesen". El sexo para él era repugnante en grado sumo y solo lo toleraba como remedio para no "quemarse". Ni siquiera le preocupaba la reproducción de la espe-

cie pues estaba convencido de que en unos pocos años se iba a producir el fin del mundo. Pablo no recibió de labios de Jesús tal mensaje pues no fue discípulo suyo y parece que ni siquiera lo conoció en persona (él se autodenominó "apóstol"); su erotofobia viene de los primeros estoicos y de la gnosis, no del fundador del cristianismo.

Pasando ahora a mirar toda la Biblia en conjunto en lo que hace a la conducta homosexual, los antihomosexuales, incluso uno tan tolerante como Van de Spijker, se valen de una argumentación indirecta harto curiosa, según la cual "la imagen bíblica del hombre" y "el orden de la creación" son heterosexuales simplemente porque Dios los creó hombre y mujer y dispuso que vivieran juntos. Pero este ordenamiento no implica una regla general y absoluta para todos los seres humanos sin excepción; por ninguna parte en la Biblia se afirma tal universalidad expresamente. Por otra parte el mismo teólogo holandés hace en su obra tres afirmaciones sueltas que cito textualmente a modo de conclusiones de todo el asunto: "No existe ningún texto (bíblico) que rechace expresa y claramente toda actividad homosexual". "Parece que el fenómeno de la inclinación homosexual congénita, en su especial problemática, le es desconocido a la Biblia". Y "nada encontramos en la Biblia que condene los actos homosexuales de forma más severa que los actos heterosexuales extramaritales". Más o menos a las mismas conclusiones llega el teólogo jesuita McNeill.

3. La tradición ante la homosexualidad

La Iglesia católica romana, al contrario de las demás confesiones cristianas, considera que la revelación divina no reposa exclusivamente en la Biblia sino en lo que llaman la tradición, la cual consta principalmente en los escritos de los llamados "padres de la Iglesia" y en las definiciones de los concilios ecuménicos. La teología católica progresista de este siglo, sin embargo, con base en estudios profundos sobre el origen extrabíblico del pensamiento patristico en algunos puntos básicos, ya no otorga tanta credibilidad a los padres de la Iglesia, los cuales se equivocaron repetidamente en forma a veces absurda, dado que seguían, a más de la Biblia, a pensadores no inspirados por el Dios de Israel. Los anacoretas, ermitaños y cenobitas de los primeros siglos, y tras ellos varios padres de la Iglesia, tomaron una posición sexista y sexófoba exacerbada por influencia de la gnosis procedente de la India, la cual también afectó el pensamiento de varios filósofos griegos y romanos no cristianos, que a su vez influyeron poderosamente en los padres. Aludo sobre todo al estoicismo de que antes hablé (Zenón, Séneca, Marco Aurelio), pero también al maniqueísmo. Igualmente en la doctrina "cristiana" entraron elementos de las religiones del Mediterráneo, entre ellas la de Mitra. En consecuencia las doctrinas de Yavé y de Jesús resultaron tergiversadas y adulteradas en puntos importantes, en especial el referente a la sexualidad. A todo esto contribuyó la interpretación

amañada, en lo tocante a la homofilia, del relato de Sodoma por parte de algunos autores judíos extrabíblicos. El resultado de esta evolución fue que la mayoría de los padres de la Iglesia condenaron la homosexualidad en forma harto severa, aunque el teólogo capuchino sostiene que estos no conocieron claramente la que él llama "homotropía" o sea la inclinación homosexual excluyente, y parecían reprobar más bien las actividades homosexuales de los individuos heterosexuales, nacidas de la lascivia extrema y el desenfreno. Curiosamente tampoco los padres tocaron casi para nada el lesbianismo, lo que muestra una vez más que la causa profunda del repudio es el machismo, como hemos visto ya y volveremos a ver en más detalle.

La historia detallada de aquella evolución doctrinal puede leerse en las obras de Bailey, Van de Spijker y McNeill. Veamos solo algunas de las consecuencias prácticas de ella. En el siglo IV varios emperadores cristianos, jamás refrenados por los papas en este punto, empezaron a combatir las prácticas homosexuales con castigos atroces, en especial el de la hoguera pública. En el siglo VI el emperador Justiniano las ataca con furor porque estaba convencido, por la falsa interpretación del relato de Sodoma, ya convertido en mito, de que la causa científica de los terremotos, las hambrunas y las pestes era el castigo divino a los homosexuales, como lo dice expresamente (salvo la palabra "científica"). De ahí en adelante y por toda la edad media y parte de la moderna, se castigó la homosexualidad con la incineración afrentosa de los homófilos en la pira oficial.

En toda la historia de la Iglesia romana, el único papa que tuvo un gesto verdaderamente Cristiano hacia los homófilos fue san León IX (le doy el título de "santo" contra mi costumbre no solo porque fue canonizado sino para que no se le confunda con papas hedonistas posteriores como el homosexual León X). En el siglo XI Pedro Damiano (también "santo") escribió "el Libro Gomorriano" donde pide las más severas penas contra los homófilos y aquel papa le contesta con un documento conocido como "Nos humanius agentes" (Nos, actuando en forma más humana) en que lo reprime en su furor anticristiano, rechaza su excesiva dureza y propone evitar el extremismo. Ni antes ni después ha habido papa alguno que mirara con bondad y comprensión a los homófilos no viciosos, a los que por naturaleza no tienen inclinación hacia el sexo opuesto pero tampoco se entregan a los excesos con el mismo sexo.

La base teórica de tanta sevicia e inhumanidad la proporcionó, como hemos visto, Tomás de Aquino en el siglo XIII, al construir todo un sistema de pecados de lujuria graduándolos según su supuesta gravedad. Nunca antes del Aquinate, con la excepción de Damiano, se había establecido claramente que los pecados homosexuales fueran necesariamente más graves que los heterosexuales en cuanto a constituir una ofensa más grave a Dios. Tomás pretendió darle a la clasificación una base filosófica, y, como anota un teólogo, no le dio especial importancia al presunto castigo

de Sodoma por el fuego, si bien llama "vicio sodomítico" a la actividad homosexual. Dicha clasificación en pecados "más graves" y "menos graves" se convirtió en una especie de dogma moral mucho más tarde, en el Concilio de Trento, sobre todo por influencia del teólogo jesuita "san" Pedro Canisio, el más rabioso de todos los homófobos "cristianos" hasta el día de hoy, aunque presumiblemente debía de tener vigorosos impulsos homófilos hacia los efebos nobles de los colegios de la Compañía y los reprimía heroicamente (tal vez esta virtud heroica fue la que lo hizo canonizar, pese a que su caridad no lo fuera tanto). Veamos su argumentación.

Canisio (siglo XVI) resolvió ir un poco más allá del Aquinate y se inventó los "pecados clamantes al cielo", con base tal vez en el "clamor" de Sodoma y en la sabia teoría de Justiniano, y los pecados "atrocés", y en ambas categorías acomodó las actividades homosexuales, que no sé si él mismo o moralistas un poco posteriores denominaron específicamente "sodomía" (un paso más allá del Aquinate). Canisio creía que este pecado horrendo era especialmente grave y "clamaba" la venganza de Dios, de un Dios tan furioso como el jesuita y tan vengativo y cruel. Solo un homosexual fuertemente reprimido, como sugerí ya, puede llegar a tales extremos de sevicia y ardentía. Pero la actitud de Canisio y de los padres tridentinos se explica históricamente también (aunque no se justifica) porque dicho concilio fue reaccionario en varios sentidos, en especial contra la reforma protestante en términos generales y sobre todo contra el neopaganismo de las costumbres del renacimiento: como vimos, numerosos personajes de esta época, más que todo en Italia, sin excluir a príncipes y papas, practicaban la homosexualidad en forma más o menos abierta, y es de suponer que muchos de sus subalternos y personajes menores los imitaban en el destape, lo cual causó alarma entre los severos y adustos padres conciliares, acaudillados por aquel teólogo (tan distinto de su correligionario Pedro Claver, este sí Cristiano hasta la medula). Observa Van de Spijker que la homofobia católica de los pueblos germánicos toma su origen en Canisio, holandés como él. Pero no solo la germánica sino la de toda la Iglesia romana tiene en el concilio de Trento su más inmediato antecedente por haber oficializado la clasificación tomista de los pecados de lujuria, seguida después por Alfonso de Ligorio y los demás moralistas de los últimos siglos.

4. Actitud actual de la Iglesia

Básicamente la actitud oficial de la Iglesia vaticana sigue siendo la misma, aunque parece que ya no insiste tanto en que la homosexualidad sea por sí misma mucho más grave que las otras faltas contra la castidad. Sin embargo, no estoy muy informado sobre la moral católica oficial actual al respecto, aunque conozco los documentos del Concilio Vaticano II, la declaración sobre ética sexual del papa Montini de 1976 y una declaración reciente del

papa Wojtyla, todos los cuales son harto vagos y borrosos en ciertos aspectos. Entiendo que tiende a desaparecer la clasificación tomista y tridentina de los pecados en categorías complicadas semejantes a los códigos aduaneros donde se graduaba la gravedad de aquellos en forma casuística y cuantitativa y se tabulaban las penas de un modo rigorista y matemático. Pero aún así la Iglesia no ha rectificado aún oficialmente su actitud multisecular a este respecto y sobre todo no ha querido hacer ningún gesto de acercamiento a los homófilos para impedir que se sigan alejando de su seno. Lo que sí conozco bien es la actitud de los teólogos progresistas, de lo cual he hablado anteriormente en forma suficiente. Baste agregar que a más de Bailey, Van de Spijker y McNeill, hay otros moralistas católicos, clérigos o laicos, sobre todo en el mundo germánico, que sin aprobar en firme la conducta homoe-rótica acompañada de amor interpersonal que se mantenga dentro de ciertos límites, sí se muestran al menos comprensivos y bondadosos; entre ellos se destacan J. Vermeulen, H. Ruygers, J. Gottschalk y T. Bovet. Pero el Vaticano, según un despacho de prensa, condenó las tesis del padre McNeill en lo que se apartan del magisterio oficial. Y ese rechazo es anterior a la actitud todavía más conservadora y reaccionaria que ha asumido el papa Wojtyla en todo lo concerniente a la sexualidad.

El nuevo monarca de la Iglesia es un sexófobo recalcitrante y despiadado, como lo he llamado ya. Para él el mensaje de amor al prójimo es algo absolutamente secundario en el cristianismo, dada su obsesión maniática por la castidad entendida a la manera medieval: la llamada "pureza" se ha convertido en la primera de todas las virtudes, más importante que la caridad. Es sabido de todos que el rey Wojtyla, un monarca absolutista, embriagado con el Poder, ha decidido no volver a conceder a ningún sacerdote católico la dispensa para casarse y se enfurece cuando se le habla de un posible sacerdocio femenino. Acaba de imponer la mordaza al teólogo Küng, a quien ni siquiera quiso recibir personalmente. En su dureza anticristiana no le importa mucho que los sacerdotes vivan en pecado con una concubina o se casen por lo civil ni que se retiren de la Iglesia los cristianos de orientación progresista. Que es un hombre sin entrañas queda claro, en cuanto a la cuestión homosexual, en las palabras que pronunció en octubre de 1979 ante todo el episcopado de los Estados Unidos (según cable de la UPI publicado por "El Colombiano" de Medellín el 6 de ese mes). En ese discurso se refiere a un documento de ese episcopado y lo aprueba con estas palabras que Jesús jamás habría pronunciado, ni siquiera Pablo:

"Como 'hombres con el mensaje de la verdad y el poder de Dios', como auténticos docentes de la ley de Dios y comprensibles pastores, vosotros declarásteis también correctamente que 'la actividad homosexual, diferenciada de la orientación homosexual, es moralmente mala'. En la claridad de esta verdad, vosotros ejemplificásteis la caridad real de Cristo. No habeis traicionado a esas gentes que, debido a la homosexualidad, enfrentan difíciles pro-

blemas morales, tal como ocurriría si, en el nombre de la comprensión o la compasión, o por cualquiera otra razón, vosotros hubiérais alentado falsas esperanzas de cualquier hermano o hermana”.

Queda claro por lo transcrito que Wojtyla no quiere que haya comprensión ni compasión hacia los homosexuales católicos, y que estas serían una forma de traicionar a estos mismos; que está bien que sigan enfrentando esos difíciles problemas morales, o sea que vivan atormentados con la conciencia de pecado y con la convicción de que tienen segura la condenación eterna; que no se les debe dar ninguna esperanza alentadora; que confunde la caridad de Cristo con esa dureza y ese rigor inhumanos; y que procede demagógicamente al llamar hermanos a esos católicos a quienes desprecia y maltrata despiadadamente. Y todo eso es tanto más cruel cuanto que él reconoce que existe una orientación homosexual, o sea que sí se da cuenta de la realidad de la “homotropía”, pero para esta no da ninguna solución humanitaria. Su única respuesta es la tradicional, la total abstención de los actos sexuales, la continencia absoluta, que excluye aun la mera masturbación solitaria y los deseos y pensamientos “impuros”. A mí me parece monstruosamente anticristiana esa declaración (tal vez mal redactada) de este arrogante e insensible pastor, al cual considero un auténtico Anti-Cristo, no en el sentido del Apocalipsis (en el que no creo) sino en cuanto no solo no es verdadero “vicario de Cristo” sino que traiciona a este pues enseña todo lo contrario de lo que este enseñó, según consta en todo el nuevo testamento: el Nazareno enseñaba el amor sin discriminaciones, la bondad, la ternura, y Wojtyla enseña la rigidez, la incomprensión, la falta de compasión, y practica la dureza de corazón y el engreimiento como poseedor exclusivo de la verdad y del poder de Dios (su Dios), la petulancia típica de los fariseos bíblicos.

Aquella respuesta, la de la continencia absoluta como única solución a los difíciles problemas morales de los homótrofos católicos consta en un libro que escribió antes de ser rey. Dice en él que los homosexuales no tienen más que fortalecer la voluntad para lograr tal continencia, y que quien no lo consiga es simplemente un ser débil. Es increíble tanta ignorancia de la psicología en un hombre exaltado a una posición tan eminente. Lo que ocurre es que él como persona tiene una voluntad de hierro, alimentada por el amor al Poder, su único amor según parece, y cree que todo el mundo puede hacer lo mismo, como si todos estuvieran llamados a ejercer el Poder desde un trono papal o episcopal. Pero dejemos a un lado a este forzado esquiador y nadador, y sigamos con la Iglesia.

La Iglesia, al proponerles a los homótrofos todavía creyentes en su magisterio la solución aquella de la abstención total del disfrute erótico con las únicas personas con quienes podrían obtenerlo, incurre en una injusticia evidente si esos fieles homótrofos son laicos y no han hecho ni quieren hacer voto de castidad perpetua y perfecta. Es una injusticia manifiesta porque los laicos heterosexuales no están obligados por la misma Iglesia a ese tipo

de castidad total y pueden lícitamente disfrutar del placer sexual dentro del matrimonio católico con tal que se limiten al coito vaginal. Aquellos no pueden disfrutar y estos sí pueden, sin pecar, y este es un trato inequitativo, desigual, discriminatorio, injusto. Implica que el homótopo católico está obligado por Dios a practicar la virtud heroica que no se les exige a los laicos “débiles” que se casan, lo cual algunos místicos en su cinismo consideran un privilegio concedido a los homótopos para su santificación por ese Dios injusto. Ahora bien, la justicia es una de las virtudes morales que todo cristiano debe practicar, y así la injusticia aludida es una inmoralidad, o sea que la Iglesia misma es inmoral por esta inequidad (iniquidad, realmente) con sus fieles diferentes, nacidos así por la voluntad de su Dios. De hecho, la Iglesia que dizque “es Madre” se convierte en madrastra de sus feligreses homotrópicos, a los que trata como a entenados o hijastros, ciudadanos de segunda clase, parias en realidad de la Iglesia, a menos que guarden castidad perpetua, en cuyo caso acceden a las más altas posiciones eclesiales, incluso el pontificado.

Y que quede claro que lo que piden los feligreses homotrópicos no es compasión sino justicia y bondad. Si he hablado de la “compasión” es porque Wojtyla empleó este vocablo, y si lo llamo “despiadado” (sin piedad, sin compasión) es desde el punto de vista de los creyentes aludidos, que se agitan entre el deseo legítimo a disfrutar de los placeres que otros obtienen sin pecar y el temor al infierno que es su seguro castigo, según la moral oficial. En ese conflicto son muchos los que se han separado de la Iglesia para siempre, sea no volviendo al templo o bien abandonando sus creencias religiosas. Otros, por una formación menos rigorista, optan por guiarse por el evangelio y no hacen caso de los jerarcas y su magisterio; siguen sintiéndose “hijos de Dios”, y para evitarse problemas con los confesores, modifican el relato de sus “pecados” cambiándoles el sexo a sus coparticipes sexuales, contra la orden de los moralistas tridentinos, que exigían que se mencionara el “agravante” homosexual. Es lo mismo que hacen los católicos casados que emplean métodos anticonceptivos reprobados oficialmente: según estadísticas del episcopado norteamericano, el 80 por ciento de los matrimonios católicos de Estados Unidos los están empleando. Digo que “hacen lo mismo”, es decir siguen perteneciendo a la Iglesia material pero no a la formal; no son ya “católicos de verdad” sino de palabra, pero estos le prestan un servicio grande a su Iglesia porque siguen acreditando las cifras millonarias (700 millones de católicos) con que aquella se ufana a cada momento para confirmar la verdad de sus enseñanzas. Y Wojtyla continúa pavoneándose como rey absoluto de esos 700 millones de fieles (¿o son 800 ya?), pese a que no le obedecen en el fuero de su conciencia y por más que lo aclamen multitudinariamente.

He empleado varias veces la palabra “oficial” para referirme a la moral predicada por el llamado magisterio de la Iglesia. La verdad es que muchos eclesiásticos en la práctica se están des-

viando de este en el caso de los homótropos católicos, al menos en Europa y Norteamérica, sea que acepten o no las tesis de los teólogos progresistas. En Colombia, "el país más católico del mundo", los confesores siguen aferrados a Pedro Canisio y al Concilio tridentino; sin embargo, he oído decir que un alto prelado (no digo si obispo o no) aprueba las actividades homoeróticas de sus dirigidos espirituales si son homótropos (excluyentes) y si se aman con amor interpersonal y fidelidad mutua. Pero todavía es mucho más común el caso contrario, el del confesor que regaña al penitente homosexual y lo trata como a un criminal atroz. Sé de un homófilo de 15 años que al acusarse de su "pecado" y al exigirle el confesor que se arrepintiera de esa cosa "abominable", le replicó ingenua y valientemente: "¿Cómo voy a arrepentirme de una cosa tan agradable, padre querido?", y se marchó sin la absolución. El efebo no tenía clara conciencia de pecado, se sentía puro porque no había hecho nada malo, a menos que amar sea maldad.

Una cosa es clara: la Iglesia católica romana jamás cambiará de actitud en este punto porque su tradicionalismo es feroz y obstinado. Y otra es evidente, como consecuencia de aquella: los homófilos seguirán abandonándola en números cada vez mayores porque la conciencia de pecado en este campo se está esfumando de las mentes juveniles, como la del efebo aludido, y avanza en todo el mundo el movimiento de liberación homosexual, la cual incluye la de la mente. Otras iglesias Cristianas están tomando una actitud diferente, más acorde con el espíritu de su maestro. Es cierto que las iglesias protestantes a lo largo de los siglos tuvieron la misma actitud de la romana, e incluso algunas, como las inspiradas en Calvino, fueron mucho más severas aún, pero hoy en día hay varias denominaciones que se están ajustando a los hallazgos de las ciencias humanas y sociales en este terreno y están tratando al homófilo con la ternura de Jesús, que une y no divide, que atrae y no repele. Una de ellas es la iglesia Unitaria. La otra es la Episcopal (que sigue siendo católica en sus creencias y ritos), la cual trata a los fieles como personas y no como "pecadores"; aunque no hay acuerdo pleno entre sus jerarcas, muchos de ellos actúan con benevolencia ejemplar. El obispo de la diócesis de Nueva York, Paul Moore Jr., ordenó de sacerdote hace unos tres años a una mujer homosexual que había sido activista de aquel movimiento pero que era una persona de celo apostólico y probada virtud, y escribió un libro (*Take a bishop like me*, 1979) en que explica y defiende su actitud con los mismos argumentos que habría empleado el Nazareno mismo: los de la bondad y el amor. Yo me atrevo a aconsejar a los homótropos católicos torturados por el conflicto de que hablé antes que se acojan a la Iglesia anglicana Episcopal, en cuyo seno encontrarán al fin la paz que la soberbia Iglesia vaticana les niega, si es que no pueden renunciar al consuelo místico de un Dios amante y benévolo (tan distinto del sinaítico y feroz cuyo Poder detenta omnímodamente el rey Wojtyla).

II. La ley ante la homosexualidad

A. Naciones distintas de Colombia

En páginas anteriores se ha tratado directa o indirectamente el tema jurídico en diversas naciones y culturas. En este capítulo me limito a las naciones de tradición cristiana y en especial a Colombia, sin entrar, por razones de espacio, a discutir a fondo la teoría jurídica de la homosexualidad; basten algunos hechos y observaciones más bien generales.

En las naciones de cultura cristiana, aun en aquellas cuya población mayoritaria ha abandonado la religión de sus antepasados, las leyes estatales han perseguido y siguen persiguiendo en forma injusta y anticientífica a los homófilos. Con todo, si se compara la legislación más antigua de tales estados con la de nuestro siglo, ha habido un cambio muy notable, por más que aún no se haya llegado en la mayoría de ellos a la plenitud de la justicia. Pero ese cambio es impresionante, por ejemplo en la Gran Bretaña, donde hasta 1861 la conducta homosexual era castigada aún con la pena de muerte y desde 1967 quedó despenalizada por completo para los adultos que consienten en privado. Sin embargo, aún allí hace un par de años un editor fue condenado a varios meses de prisión por haber publicado en su revista un poema que sugería que Jesús había sido homófilo.

El primer paso importante de aquel cambio fue dado en Francia en los albores del siglo XIX con el llamado código napoleónico, del cual se suprimieron las leyes antihomosexuales, conservando por supuesto las penas contra los homosexuales de tipo criminal, o sea aquellos que incurriesen en verdaderos delitos contra la libertad y la integridad personales. Los primeros países en seguir el ejemplo francés fueron algunos del Mediterráneo, sobre todo los estados italianos, mientras que los germánicos y eslavos se demoraron hasta muy avanzado este siglo para despenalizar o reducir las penas por la conducta homosexual entre adultos consensuales.

En 1917, Lenin suprimió la legislación antihomosexual del Código penal de la Unión Soviética y en general liberalizó las costumbres sexuales, como mandato de la revolución socialista. No obstante, en 1934 Stalin reincorporó a aquel código las leyes antihomosexuales de los zares y ordenó una cantidad enorme de purgas (asesinatos en la mayoría de los casos) de homosexuales, en especial los de las fuerzas armadas. Aún hoy (1980) siguen vigentes tales leyes, y así el artículo 121 del código mencionado estipula ocho años de cárcel para los actos homosexuales con "agravantes" y cinco años para los sencillos aun entre adultos consensuales en privado. En todos los países de la órbita soviética se persigue a los homófilos en forma implacable, si bien parece ser que en Bulgaria y Alemania Oriental este tipo de homosexualidad

está despenalizado o al menos se castiga mucho menos severamente. Stalin es el responsable de tal persecución puesto que Marx y Lenin no parecen haber tocado el tema homosexual en sus escritos. Engels sí tiene un párrafo brutal contra la pederastia de los antiguos griegos en su obra sobre el origen de la familia, párrafo que habría firmado con gusto cualquier padre de la Iglesia, pero ni siquiera Engels parece haber teorizado al respecto pues dicho párrafo es un desahogo marginal de sus prejuicios machistas y erotofóbicos, sin implicaciones teóricas.

En Alemania, por la misma época del sanguinario Stalin, el bárbaro genocida Hitler desató una feroz persecución contra los homófilos. Si bien al principio de su régimen de terror, se practicó en las fuerzas armadas de los nazis la homosexualidad militar, desde antes de subir el monstruo al poder el nazismo tenía una política atrocemente antihomosexual, basada en el machismo (como veremos en el capítulo siguiente), y ya en el poder el asesino de millones de judíos, masacró en los campos de concentración a unos 220.000 homosexuales, según datos de la iglesia luterana de Austria. Los homófilos tenían que llevar en la camisa un triángulo rosado para distinguirlos de los otros presidiarios y poder ser torturados en la forma que más les doliera; si el homófilo era judío llevaba dos triángulos de distinto color. Después de la caída del III Reich, los gobiernos democráticos de las dos Alemanias no han hecho nada para resarcir los perjuicios de los homófilos sobrevivientes a aquellas atrocidades de los nazis, mientras que los judíos sí han sido resarcidos en parte. En la Alemania Federal de hoy, sin embargo, la homosexualidad se despenalizó por completo desde 1969, y he oído decir que allí se ha legalizado el matrimonio de homosexuales. También los países escandinavos y los llamados Países Bajos han despenalizado la conducta homosexual, aunque en algunos de ellos subsiste la discriminación legalizada en el campo laboral o bien la mayoría de edad se mantiene relativamente alta para las actividades homoeróticas, que es una forma de discriminación contra los jóvenes.

En los Estados Unidos es donde se nota más que en Europa el contraste entre la drasticidad extrema y la despenalización total ya que en este campo cada uno de los 50 estados tiene sus propias leyes, y así mientras en algunos todavía se imponen penas hasta de 15 y 20 años, en otros se ha llegado a un límite relativamente bajo. Como la legislación ha ido cambiando rápidamente desde el comienzo del movimiento de liberación homosexual, no tengo una información precisa para 1980. En 1973 había ya cinco estados donde las leyes eran bastante benignas, aunque solo uno de estos, Connecticut, había despenalizado por completo las prácticas homosexuales entre adultos consensuales en privado; entiendo que ya hay unos cinco estados que han hecho lo mismo. Significativamente los estados más liberales en este punto son los de nivel cultural general más elevado, como sedes que son de las universidades más importantes y más populosas, mientras que los estados más severamente injustos y drásticos son precisamente los más atrasados

de toda la Unión en todos los campos. Se dice que aun en los estados más feroces y salvajes en este terreno las leyes antihomosexuales se quedan en los meros textos legales, pero esto se debe más que todo a que las infracciones se realizan a menudo tan clandestinamente que pasan inadvertidas para las autoridades. De todos modos, en toda la nación subsiste la discriminación laboral de los homófilos, aun en el gobierno y en ocupaciones en que el trabajador no tiene trato con gentes muy jóvenes. Más aún, el ministerio (secretaría) de justicia en diciembre de 1979 determinó que se siguiera prohibiendo la entrada al país como inmigrantes a los homosexuales de otros países, regla que había sido suspendida por un tiempo. Sigue pues la persecución aun en la nación que los homófobos llaman el paraíso de los homosexuales.

En América Latina hay diferencias y contrastes entre unas y otras naciones, pero en general la legislación ha tendido a seguir el ejemplo de los países del sur de Europa, o sea que las leyes son un poco menos drásticas que en las naciones de fuerte influencia calvinista. La principal excepción es Cuba, donde desde 1971 se ha desatado una persecución implacable contra los homófilos, no solo en los códigos sino en la vida ordinaria, debido a la influencia del imperio soviético, es decir a la política stalinista del señor Castro que no puede pensar con cabeza propia, y aun si lo hiciera, su machismo no le permitiría ser justo con los homófilos. Un escritor simpatizante del régimen cubano, el sacerdote socialista Ernesto Cardenal, dijo en un libro sobre Cuba que allí a los homosexuales de vocación intelectual o artística se les obliga a trabajar exclusivamente en labores manuales y no se les permite estudiar ni enseñar ni desarrollar ninguna actividad intelectual. (Veremos después cuál es la razón profunda de esta monstruosidad del stalinismo).

B. Colombia

La legislación del estado colombiano en los últimos decenios ha sido comparativamente menos drástica que la de otras naciones, sobre todo las de tradición calvinista o de orientación stalinista. En la época contemporánea hay que distinguir dos períodos: el que viene desde 1936 y termina a fines de enero de 1981, y el del nuevo Código penal, promulgado por el presidente Turbay a fines de enero de 1980 pero que solo entrará en vigencia un año más tarde. Este nuevo Código fue expedido en virtud de facultades extraordinarias otorgadas por el Congreso al Presidente, las cuales solo vencen el 28 de enero de 1981. En el momento de escribir este capítulo de mi libro, se han decretado ya tres modificaciones al nuevo Código en solo cinco días después de su promulgación, y es probable que se decreten otras modificaciones en el curso de los próximos doce meses. Esto significa que es posible que los artículos sobre "la libertad y el pudor sexuales" (Título XI del nuevo estatuto) sufran también modificaciones en dicho

período, y nada tendría de raro que se volviera, en el caso de la conducta homosexual, al Código anterior, con lo cual los dos períodos de que acabo de hablar se fundirían en uno solo, y así la distinción mencionada no rezaría para la cuestión homosexual. De todos modos, debo hablar de los dos Códigos tal como están las cosas en el momento presente.

El Código penal vigente hasta el 28 de enero de 1981, en el título XII, capítulo IV, artículo 323, inciso segundo, refiriéndose a la sanción de seis meses a dos años de prisión, estipula a la letra: "En la misma sanción incurrirán los que consumen el acceso carnal homosexual, cualquiera que sea su edad". Obviamente, este inciso se aplica únicamente a la homosexualidad entre varones ya que solo el varón puede consumir el "acceso carnal", o sea la penetración del miembro viril en los orificios naturales del cuerpo humano (el anal y el oral). La referencia a la edad no deja dudas, y cobija por ejemplo a dos ancianos de 60 o más años, por más que actúen con pleno consentimiento y sin ninguna de las circunstancias delictivas mal llamadas "agravantes".

Dicho inciso tiene su pequeña historia en los años recientes, parte de la cual es ignorada hasta por personas muy cultas, incluso abogados. En 1969, un decreto-ley del entonces Presidente Lleras Restrepo, dictado también en uso de facultades extraordinarias, derogó dicho inciso segundo, y así el acceso carnal entre varones consensuales de cualquier edad dejó de ser delito, aunque fue convertido en contravención castigada con arresto de uno a tres meses. Lo que no saben muchos es que pocos meses después, el presidente Pastrana, estando aún vigentes aquellas facultades, dio marcha atrás y volvió a incorporar al Código el inciso derogado. Una de las razones del proceder del nuevo Presidente pudo ser que el decreto-ley de su predecesor había levantado una protesta general de la prensa porque despenalizaba también (no recuerdo hasta qué punto) el consumo de marihuana y este coctel de marihuana y "homosexualismo" no lo pudieron pasar los alarmados prohibicionistas de siempre; por cierto que los más ignorantes entre estos críticos creyeron que con aquel decreto se autorizaba la homosexualidad a cualquier edad y en toda clase de circunstancias, cuando la verdad es que el decreto de Lleras dejaba intacta la legislación sexual en cuanto a los verdaderos delitos: violencia, engaño, coacción, etc.

El nuevo Código, el del presidente Turbay, despenaliza por completo la conducta homosexual entre adultos consensuales en privado, aunque como es tradicional en los códigos, no dice que queda permitida sino simplemente no la menciona entre los delitos "contra la libertad y el pudor sexuales". Por lo demás, estos últimos, sea con personas del mismo sexo o del opuesto, siguen castigados por la ley. Sin embargo, en cuanto a la llamada "corrupción" de menores, el nuevo Código hace una innovación muy importante respecto del todavía vigente y es que la mayoría de edad se establece en los 14 años para ambos sexos, mientras que el Código de 1936 establecía como límite los 16 años para lo que lla-

maba la iniciación "en prácticas sexuales anormales". (Me baso en el texto del nuevo Código transcrito por "El Tiempo", en lo que hace al título XI, el 27 de enero de 1980). Con todo, el antecedente del presidente Pastrana y las presiones que sobre el Presidente Turbay ejercerán en los próximos meses los moralistas que confunden entre la moral y la ley del estado sugieren la probabilidad de que el Presidente actual dé marcha atrás, sea para volver a prohibir la conducta homosexual entre adultos consensuales en privado o por lo menos para elevar la mayoría de edad, en lo que se refiere a la "corrupción de menores", de los 14 años que estipula el nuevo Código a los 16 del anterior o a los 18 o 21 que establecen otros códigos extranjeros. Y si no lo hace el gobierno actual, nada tiene de raro que a la vuelta de uno o dos lustros lo hagan otros gobiernos aconsejados no por los sabios juristas actualizados en las ciencias modernas sino por los homófobos terroristas de siempre. Por lo tanto, en los siguientes párrafos presento las razones que los científicos del derecho exponen para rechazar ese tipo de prohibiciones. Abordo primero el tema de la conducta homosexual entre adultos y luego el de la mayoría de edad para actividades sexuales.

El inciso segundo a que he aludido, sobre el acceso carnal homosexual a cualquier edad (que, repito, estará vigente hasta enero 28 de 1981), falla gravemente desde el punto de vista de la ciencia del derecho porque dicha conducta específica no atenta en absoluto contra el llamado "bien común", que es lo que debe tutelar la ley estatal. En efecto, tal conducta no hace daño a nadie, es inocua, si se lleva a cabo en privado y con pleno consentimiento de ambos copartícipes adultos, y por consiguiente es lo que los juristas llaman "delito sin víctima". Aquella disposición penal específica se basa en una confusión entre la moral y la ley, según principios generales de la ciencia jurídica, expuestos magistralmente por penalistas tan serios y actualizados como el doctor Luis Carlos Pérez y muchos otros colombianos y extranjeros. La moral es cuestión subjetiva mientras que la ley debe ser objetiva. Una cosa es el pecado y otra el delito. El primero corresponde a la conciencia individual y es dirimido en el tribunal de esta; en cambio, el delito pertenece a la esfera social y es ante la sociedad ante la que el individuo tiene que responder por su conducta. La conducta homosexual entre adultos consensuales en privado no hace ningún mal a estos ni a la sociedad y por tanto no es de la incumbencia de esta; pertenece a la vida privada, y todo individuo tiene derecho a disponer libremente de su cuerpo si no afecta a la comunidad en ninguna forma, como es el caso presente. El mismo Tomás de Aquino, como vimos, reconocía que la actividad homosexual simple no hace daño a las personas.

La pena de seis meses a dos años de prisión para el falso delito de que vengo hablando tiene varios inconvenientes graves. Como anota Alzate en su obra, "si lo que se busca es prevenir la comisión de nuevos delitos y corregir al delincuente, enviarlo a la cárcel es completamente contraproducente, porque equivale a tratar de curar a un alcohólico encerrándolo en un almacén de lico-

res", y porque "la penalización puede ser causa directa de que un individuo se oriente preferencialmente hacia esta parifilia, ya que, una vez condenado públicamente, su comportamiento será influido por el estigma". También tiene razón Alzate al observar que ese castigo legal "es caprichoso e injusto porque solo una mínima fracción de los coitos homosexuales que se realizan en privado son descubiertos y castigados, y porque las caricias homosexuales y el lesbianismo, practicados en las mismas circunstancias, no son delitos". La penalización de aquella conducta específica conduce, por lo demás, debido a su máxima injusticia, a despreciar las leyes mismas.

Dicha injusticia resulta evidente si tenemos en cuenta que el homófilo no puede dejar de serlo y así la ley penal le prohíbe disponer de su cuerpo para satisfacer la necesidad biológica de placer erótico que, en el caso de los homosexuales excluyentes, no puede obtener de ninguna otra manera. Dicha ley resulta pues ineficaz para disuadirlos de esta satisfacción imperiosa de los impulsos amorosos y desde luego es inequitativa porque los heterosexuales, según la misma ley penal, pueden satisfacer los suyos legalmente por fuera del matrimonio civil o sacramental. Por otra parte, la frustración total del homófilo que se ajustara a la ley de referencia, por temor al castigo, puede llevarlo, según los psicólogos y los sociólogos, a observar conductas antisociales, esas sí verdaderamente lesivas y graves, como les ocurre a muchos homosexuales autorreprimidos que se entregan a la usura, a la explotación de los demás, a la calumnia y maledicencia, a la venalidad, al tráfico de estupefacientes y sobre todo al enriquecimiento abusivo.

Otro peligro gravísimo comporta la ley de referencia y es que fomenta el monstruoso delito del chantaje. La amenaza legal se emplea muy a menudo para sacarle dinero al homosexual infractor a cambio del silencio o para cometer actos antisociales por medio de la intimidación con ese pretexto, y no se olvide que el chantaje implica una pérdida de la libertad interior. Tan grave y tan real es este peligro que ha sido una de las principales razones que han tenido los reformadores europeos de la legislación antihomosexual, en especial los de la Gran Bretaña. Fue tenido muy en cuenta por la comisión parlamentaria que estudió el problema durante 14 años y que estuvo asesorada por personalidades eminentes como el sabio Bertrand Russell, sir Richard Burton, el arzobispo de Canterbury, un cardenal católico romano y numerosos científicos y profesionales, todas las cuales estuvieron de acuerdo en la despenalización de la conducta homosexual entre adultos, que, como dije ya, se produjo en 1967. En nuestro país son numerosos los vividores que explotan por aquel medio a los homosexuales, y así la ley, que pretende tutelar un bien común, resulta desprotegiendo a la sociedad de esa clase de delincuentes desalmados, policías algunos de ellos.

Los homófobos que confunden la moral con la ley y que piden que esta "proteja" a aquella deberían en toda lógica pedir que se

penalice también la zoofilia y aun la masturbación solitaria, por no hablar del lesbianismo, todos los cuales, según sus mentores, el Aquinate y Pedro Canisio, son pecados especialmente graves. Su ensañamiento en los homosexuales de sexo masculino es una prueba más de que la verdadera razón de su celo no es la moral sino los prejuicios machistas.

Viniendo ahora al problema de la mayoría de edad para lo que llaman "corrupción de menores" y para determinar quién es "adulto", la disposición del nuevo Código que establece aquella en los 14 años para ambos sexos se ajusta muy bien a las ciencias, la medicina, la psicología y la sociología modernas. Según la primera, la madurez fisiológica no llega a todo individuo exactamente a la misma edad, pero de ordinario antes de los 14 años los órganos sexuales externos e internos funcionan ya plenamente. También la maduración mental en lo que concierne a la sexualidad se obtiene antes de esa edad en nuestra época y más en los países tropicales; me refiero a que los hechos de la sexualidad se conocen y comprenden hoy en día desde muy temprano en la casi totalidad de las personas jóvenes. Un varón o una mujer de 14 años cumplidos suele saber bastante bien lo que hace con su cuerpo.

Sin embargo, en este punto concreto el nuevo Código es sumamente sabio. En el artículo 300 define la "incapacidad de resistir", en la cual incluye aquellas "condiciones de inferioridad síquica que le impidan comprender la relación sexual". Allí condena a todo aquel que ponga a una persona (de cualquier edad) en tales condiciones, pero en el artículo 304 castiga con pena de dos a seis años de prisión a todo aquel "que acceda carnalmente a persona en estado de inconsciencia, o que padezca trastorno mental, o que esté en incapacidad de resistir", sin decir expresamente que haya sido puesta por aquel en tal incapacidad, la cual, repito, incluye la de no poder comprender la relación sexual. Obviamente, si una persona mayor de 14 años se halla en tal incapacidad, por falta de desarrollo mental o por información deficiente, el acceso carnal resulta delito, y según el segundo inciso, también vienen a serlo los "actos sexuales diversos" del acceso carnal, los cuales tendrán castigo de uno a tres años de prisión. El artículo 306, a su vez, agrava las penas "si el delito se realizare sobre persona menor de diez años". Estas disposiciones legales son mucho más sabias que subir la mayoría de edad a los 16 o los 18 años para todo el mundo indiscriminadamente. Hacerlo sería una injusticia evidente para los jóvenes homófilos excluyentes que se definen desde los 11 o 12 años de edad y para los adultos que se sienten atraídos exclusivamente por personas jóvenes, siempre y cuando estos adultos se entiendan solo con los jóvenes ya definidos en ese sentido. Pero aún si se meten con los no definidos aún que puedan ya "comprender la relación sexual" y si no hay violencia, coacción, engaño, etc., es obvio que es posible el pleno consentimiento por parte de la persona joven y que por lo tanto no se conforma delito alguno. Un código penal europeo reciente incurre en la monstruosidad de elevar la mayoría de edad para tales efectos a los 21 años

(a fin de despenalizar la conducta entre adultos como de hecho lo hace), con lo cual se da el absurdo de que el joven que puede desde los 18 años o antes disponer de su cuerpo para casarse con una mujer no puede aún disponer de él para cohabitar en privado con otro varón: sabe lo que hace si es dentro del matrimonio legal, pero no lo sabe fuera de este. Ridículo, pero comprensible si se conoce bien hasta qué extremos de absurdidad llevan los prejuicios androcráticos a quienes no pueden controlar su fobia machista o la erotofóbica.

Dejando ya la legislación penal, el estado colombiano discrimina también contra los homosexuales en otras tres formas, dos de ellas indirectas y leves y una grave y directa. Las leyes tributarias obligan a los solteros a pagar impuestos proporcionalmente superiores a los que pagan los individuos casados, y como es obvio, el 80 por ciento o más de los homófilos son solteros y permanecen solteros. En segundo lugar, las empresas estatales que financian la adquisición de vivienda exigen que el beneficiario de los préstamos oficiales sea cabeza de hogar, lo cual significa que si es soltero y no tiene obligaciones económicas con personas a su cargo, no tiene derecho a tales créditos, pese a ser gravado tributariamente en forma más fuerte por el estado. Ambas disposiciones son discriminatorias en sí mismas, y además resultan perjudiciales a la nación en cuanto que indirectamente estimulan el excesivo crecimiento de la población en un país en que la explosión demográfica constituye un gravísimo peligro para la supervivencia, sean cuales fueren sus últimas causas.

El injusto estatuto docente

Pero la discriminación legal más injusta que ejerce el estado colombiano contra los homófilos decentes se halla en el campo laboral, en diversas profesiones y ocupaciones, en especial la de la docencia. En este campo, el gobierno de Turbay expidió en septiembre de 1979 un estatuto docente discriminatorio e injusto contra los maestros y profesores de tendencia homosexual. Entre las "causales de mala conducta" menciona en segundo lugar "el homosexualismo o la práctica de aberraciones sexuales", sin definir por ninguna parte aquel término ni explicarlo de modo alguno, y entre las "sanciones por mala conducta" se estipulan la suspensión temporal y la exclusión definitiva del escalafón "que determina la destitución del cargo". Aunque dice que las faltas por mala conducta "se calificarán como graves o leves", es obvio que "el homosexualismo", en un medio homofóbico y machista como el nuestro, será considerado "grave" siempre por los funcionarios encargados del régimen disciplinario. La destitución del cargo será de por vida en la práctica porque para ser reinscrito en el escalafón, después de tres años de exclusión de él, se exige que "el educador compruebe que han desaparecido las causas que la motivaron" y esto es prácticamente imposible, puesto que, como hemos visto, el cambio definitivo de orientación sexual no se logra

casi nunca y menos en nuestro medio. En la práctica pues aquella disposición implica que los docentes homosexuales no pueden enseñar en escuelas ni colegios, tanto oficiales como privados, y cuando se expida el estatuto docente para el nivel universitario es posible que se cometa la misma injusticia.

Es cierto que en el estatuto, a las causales de mala conducta se las llama "hechos debidamente comprobados" y también "faltas", pero para los homófobos, "el homosexualismo" *per se* es una "falta" y desde luego la inclinación homosexual es un "hecho", el cual se puede comprobar "debidamente" con la mera afirmación de un pequeño grupo de informantes malquerientes del profesor en cuestión, y tal acusación difícilmente puede ser rebatida eficazmente en un medio chismográfico y homofóbico como es el de los planteles educativos colombianos.

El decreto 596 de 1980, que reglamenta el estatuto en cuanto al régimen disciplinario, tampoco define ni explica en absoluto lo que el estatuto llama a secas "el homosexualismo", solo que dicho decreto, refiriéndose en general a las causales de mala conducta, habla de "la comisión de una falta". No dando pues el legislador definición alguna del término, se supone que serán las autoridades educativas las que decidirán en cada caso. Es claro que no entenderán por aquel término precisamente la "corrupción de menores" ya que este es un delito castigado por el Código penal, tanto el vigente como el nuevo. Si el inciso respectivo del estatuto docente se refiriera solamente a tal delito, sería redundante pues entre las causales de mala conducta está también "el ser condenado por delito o delitos dolosos", y así sobraría el inciso de referencia. Obviamente tampoco entenderían por "homosexualismo" la mera inclinación secreta hacia el mismo sexo, pero es probable que sí se tenga por tal la inclinación conocida o reconocida y quizás la mera reputación en tal sentido, aunque no se sepa de actividades homosexuales físicas concretas, las cuales solo se pueden "comprobar" mediante un complicado proceso judicial. En la práctica bastarán pues los rumores, los chismes.

Los peligros que esta vaguedad jurídica comporta son inmensos. Un estudiante desaplicado podrá valerse del chantaje para hacer mejorar una calificación de una asignatura a cambio del silencio si sospecha o sabe que el profesor respectivo es homosexual y no le será difícil allegar testimonios de otros estudiantes que por "compañerismo" lo apoyen en el chantaje y la persecución a ese profesor. Bastará que se sepa que este tiene amigos "sospechosos", que frecuenta lugares públicos de reunión de homófilos, que habla o camina de tal o cual modo. Por lo demás, en estos tiempos es frecuente que los homófilos confíen su tremendo secreto a amigos que lo pueden revelar posteriormente, todo lo cual se agrava si el profesor es activista del movimiento de liberación homosexual, así no le conste a nadie que haya realizado actos sexuales concretos. El otro peligro es que los colegas envidiosos del éxito profesional del sospechoso puedan valerse del estatuto para atajarlo en su carrera, quitárselo de en medio o sa-

lirle adelante en sus aspiraciones profesionales con solo denunciar su reputación o aun sus meras inclinaciones homófilas. Los profesores con esta tendencia se verán obligados a redoblar las precauciones, a volverse hipócritas en mayor grado aún del corriente, a fingir y mentir, y hasta a perseguir a sus colegas homoeróticos para que no quepa duda acerca de su orientación sexual. Así el imprudente estatuto se prestará a una sorda guerra, a una persecución inquisitorial, a una caza de brujas de tipo medieval.

Esta persecución existía de hecho en la educación colombiana, pero no se podía llevarla hasta la destitución sino en los casos en que se comprobaba la corrupción de menores. Ahora queda legalizada e institucionalizada por primera vez en la historia del país con esta disposición anacrónica: cuando las naciones más civilizadas están despenalizando la homosexualidad en todos los aspectos, Colombia retrocede a la edad media. Razón tiene el escritor "Pangloss" en una censura al estatuto por este aspecto ("El Espectador", septiembre 24 de 1979) al considerar "regresiva la mentalidad de los autores" de este. Los homófilos que no estén preparados para otra ocupación distinta de la enseñanza quedan condenados a morir de hambre, como se dice, y este tipo de muerte, lenta, lentísima, y angustiosa, resulta en cierto sentido peor que la inmolación en las llamas sagradas de Justiniano, la cual tenía sus tintes de heroísmo por aquello de la "herejía" y era súbita casi. Los nuevos Torquemadas tendrán que inventar profesores de la nada, por otra parte, porque sucede que en el magisterio colombiano un 30 o 40 por ciento, por lo menos, son homófilos, y para ser equitativos aquellos tendrán que destituir a 30.000 o más educadores y buscarles remplazo. Obviamente lo que pasará va a ser distinto: se castigará a unos y se perdonará a otros, para que la injusticia sea más odiosa aún.

Lo que no saben muchos es que la inmensa mayoría de los profesores de tendencia homosexual jamás se meten con sus propios estudiantes; hacerlo es perder autoridad con aquel con quien haya tenido tanta familiaridad como para llevarlo al lecho. Y los pocos que lo hacen, no se valen ordinariamente de la violencia ni el engaño ni del tráfico de notas, contra lo que cree mucha gente; casos se dan, pero son una ínfima minoría. Por lo demás el tráfico de notas por sexo podría haber sido condenado por el estatuto sin distinguir las actividades homosexuales de las heterosexuales. El estatuto incluye entre las causales de mala conducta "el tráfico con calificaciones" y con otros documentos, pero por ninguna parte da a entender que dicho tráfico incluya el del cuerpo. Tampoco menciona por parte alguna como "mala conducta" desflorar a una alumna, lo cual no es necesariamente delito si no es menor de cierta edad (los 14 o los 16 años) y por tanto no es castigado por el estado. Esto implica un trato inequitativo porque los profesores heterosexuales pueden desflorar doncellas estudiantes cuyas impudencias mientras que sus colegas homófilos no pueden tener contactos ni romances con sus alumnos varones ni siquiera con el pleno consentimiento de estos; no es esta la aspiración de la inmensa

mayoría de los profesores homotrópicos, pero si aquella conducta no se sanciona de ninguna manera, ¿por qué esta otra sí causa la destitución de por vida? El estatuto presume prácticamente que todo profesor homosexual está empeñado en seducir a sus estudiantes, lo cual es absolutamente falso. Como dice "Pangloss" en la valerosa e inteligente nota citada, "no puede presumirse que el homosexual es un delincuente, como tampoco puede presumirse que un varón "normal" no puede dar clases en colegios de niñas". En efecto, la misma tentación que puede tener un profesor homosexual con sus alumnos varones, la ha de tener el profesor heterosexual con sus alumnas. La discriminación injusta es pues evidente, como también la causa profunda de esta: el machismo fóbico de los redactores del estatuto.

La injusticia es todavía más evidente en otro aspecto, debido a la improvidencia de aquellos redactores, y es que los profesores reos de "homosexualismo" no pueden enseñar ni siquiera en planteles del sexo opuesto, donde se supone que no constituyen ningún "peligro" para los estudiantes: las lesbianas en colegios de varones y los hombres homosexuales en liceos femeninos. Es obvia pues la sevicia contra los homófilos de uno y otro sexo, el acoso para impedirles ganarse el sustento. También se les prohíbe trabajar en centros docentes aun en labores administrativas, en las cuales el contacto con los estudiantes no pasa del meramente burocrático, el mismo que los jóvenes tienen a diario en las oficinas públicas o con el lechero o el cartero. Se trata pues al homófilo como a un apestado. Por otra parte, la inclusión de "la práctica de aberraciones sexuales" en el mismo literal con "el homosexualismo" muestra que los redactores del estatuto, pese a haberle trabajado durante más de un año, procedieron con irreflexión y hasta con ignorancia. En efecto, salieron condenando también actividades que escapan a cualquier supervisión, las cuales incluyen, según el Aquinate, mentor probable de los funcionarios ministeriales respectivos, la masturbación solitaria, el coito rectal heterosexual, la succión de los pechos femeninos, etc. O sea que un profesor heterosexual a quien se le compruebe que practica estas dos últimas actividades aun con su esposa también puede ser excluido del escalafón eventualmente. Esto es meterse en la cámara nupcial, en la vida íntima. ¿En qué medida se "protege" con esto a los estudiantes? En cambio, el estatuto no protege a las doncellas mayorcitas de la lubricidad "normal" de ciertos sátiros educadores.

Si la cacería de brujas se hace efectiva, la educación perderá a algunos de sus mejores profesionales. De hecho, está comprobado que los profesores homosexuales suelen ser excelentes pedagogos. El varón homófilo, aunque no sea afeminado ni siquiera "pasivo", tiene un talento especial para la enseñanza por sus cualidades "femeninas": la ternura, la gentileza, la suavidad, el buen trato a los alumnos. Al no tener su propio hogar, ama el colegio como a un hogar y trata a todo el personal discente en forma solícita y maternal, incluso a los estudiantes menos atractivos. Es

bien sabido que la eficacia de la enseñanza está en proporción directa con el gusto que el profesor inspira por la asignatura que enseña: un mal profesor hace que el alumno le coja pereza o desafecto no solo a él sino a la materia que dicta. El profesor cariñoso y gentil hace amar la asignatura, lo que se traduce en rendimiento académico y progreso intelectual. La mayoría de los profesores machotes, demasiado "varoniles" y vulgares, ahuyentan al estudiante, lo tiranizan para parecer "viriles" y son malos profesores. Muchos lectores heterosexuales recuerdan a maestros amables y bondadosos de cuya tendencia homosexual vienen a enterarse años más tarde, o si se enteran allá mismo en el colegio, nunca fueron seducidos ni solicitados por estos. Pero el Ministerio ha resuelto que todo docente homófilo es un delincuente, un seductor de niños y adolescentes, un criminal, y basta que se compruebe su "homosexualismo" para mandarlo a las tinieblas exteriores. Nótese de paso que se condena "la práctica" de aberraciones sexuales y no "la práctica" de la homosexualidad, sino solo la tendencia en sí (a juzgar por el mal redactado estatuto). Está bien que se castigue a los seductores de sus estudiantes, sobre todo si practican el estupro o la coacción: las circunstancias actuales echan un estigma fatal sobre todo ser homoerótico y está bien evitar que los adultos induzcan a la conducta homosexual a los menores. Pero perseguir a todo profesor orientado homosexualmente, al profesional respetuoso, decente, por el solo hecho de su tendencia o su práctica en la vida privada, es una injusticia flagrante.

Los responsables de esta son en primer lugar los redactores iniciales del proyecto de estatuto, entre estos los supermachistas directivos de FECODE (de reconocida militancia en el stalinismo autoritario), y luego los funcionarios del Ministerio, en especial el titular de la cartera, doctor Rodrigo Lloreda Caicedo (a quien yo mismo le advertí a tiempo la injusticia que iba a cometer, pero siempre la cometió, tal vez por miedo a ser tildado el mismo de homófilo si modificaba ese renglón del proyecto). También son dignos de censura los miembros de la comisión parlamentaria que asesoró al Ministerio: Miguel Escobar Méndez (el mismo que como ministro contribuyó al paso regresivo del presidente Pastrana del que hablé antes), Luis Carlos Galán Sarmiento (un hombre justiciero e ilustrado convertido así en inquisidor), Alberto Santofimio Botero, José Vicente Sánchez y otros menos conocidos. Pero si menciono por nombre a estos perseguidores de los homófilos, es justo nombrar también a algunos de los eminentes juristas que de una manera u otra hicieron posible la actualización del Código penal en lo relativo a la sexualidad: Luis Carlos Pérez, Lleras Restrepo, Reyes Echandía, Hinestrosa Forero, Martínez Zúñiga, Estrada Vélez, Gutiérrez Anzola, Giraldo Marín, Gómez Aristizábal y muchos otros que no menciono más por olvido que porque no merezcan ser alabados como defensores de la equidad. En cuanto al presidente Turbay, parte de los méritos que le tocan por sancionar el nuevo Código penal (si lo conserva intacto en lo pertinente) los pierde hasta cierto punto por haber firmado el estatuto docente (a menos que le introduzca las modificaciones

que dicta la justicia para quitarle su carácter inquisitorial); dí-gase lo mismo del ministro Escobar Sierra en lo pertinente al Código. Defender el derecho inalienable de todo individuo a dispo-ner libremente de su cuerpo mientras no lesione a nadie es un tí-tulo de honor, un honor que cuesta mucho, por cierto, en un país sexofóbico y supermachista como el nuestro. Llor a sus nombres.

CAUSAS DE LA ANTIHOMOSEXUALIDAD (u homofobia)

No sobra repetir (para quienes no lean este trabajo en el orden de los capítulos) que "antihomosexualidad" no significa tendencia hacia el sexo opuesto (heterosexualidad) por una parte, y por otra que si bien antihomosexualidad y homofobia son en el fondo la misma cosa: el rechazo a la conducta homosexual, se distinguen racionalmente: la primera pretende fundar tal rechazo en argumentos elaborados, y la segunda se basa directamente en prejuicios irracionales que camuflan el miedo, la repugnancia o el odio a los homosexuales o a sus prácticas. La homofobia (homoerotofobia es su nombre completo) es una antihomosexualidad irracional o al menos no razonada. En adelante rara vez haré la distinción entre estas dos antihomosexualidades, ya que he demostrado la invalidez de aquellos argumentos elaborados, tanto los que pretenden basarse en las ciencias o en la filosofía como los que se fundan en la moral teológica; todos ellos, en últimas, vienen a ser meras racionalizaciones especiosas de la fobia profunda, de cuyos orígenes versa el presente capítulo.

“¿Cuál opresión?”

Antes de entrar en el tema, vale la pena describir algunas de las formas de la homofobia, tanto la colectiva como la individual, pues hay quienes pretenden negar o minimizar su realidad social, incluso homosexuales practicantes que al hablarles de la opresión al homosexual, preguntan a veces: “¿cuál opresión?”. Haré un breve catálogo, no exhaustivo, de aquellas formas de opresión y represión más aparentes y obvias, a veces repitiendo (para los lectores desordenados y por reunir en este lugar afirmaciones dispersas en otros capítulos) las mencionadas anteriormente, si bien lo haré en forma brevísima, y otras veces, aduciendo sumariamente otras pruebas de lo evidente (pero que la homofobia misma impide ver a algunos).

a) Varias religiones occidentales condenan como pecado las actividades homosexuales y el homófilo creyente se siente pecador, se persigue y se odia a sí mismo.

b) Las leyes de muchos estados castigan las prácticas homosexuales, incluso entre adultos que consienten. El estado impide trabajar al homosexual descubierto, si es asalariado, sobre todo en la enseñanza, y también en otras ocupaciones.

c) Aparte de códigos y estatutos, la sociedad rechaza al homosexual descubierto, incluso a veces con base en meras sospechas, tanto en el trabajo particular como en su vida íntima.

d) La familia repudia de ordinario a sus miembros homosexuales, casi siempre en formas sutiles, silenciosas, pero a veces con violencia y odio. Casi ningún padre de familia recibe con indiferencia (y jamás con serenidad) el descubrimiento de que su hijo o hija es homosexual. Para los padres ese descubrimiento es casi siempre una tragedia o al menos un grave percance. Casi lo mismo suele ocurrir con los hermanos y demás parientes próximos del homosexual. Muchos padres les dicen a menudo a sus vástagos, antes de la revelación aquella, que jamás aceptarán tener "un hijo marica", y si sospechan de alguno, lo amenazan u hostilizan en forma terrorífica, hasta con la muerte. ("Si un hijo mío resulta homosexual, lo mato o me mato": le decía su padre a un amigo mío homófilo). Algunos padres dicen que prefieren un hijo asesino o ladrón más bien que "marica"; lo dicen no, lo gritan con los ojos desorbitados, señal del miedo.

e) Son poquísimos los homosexuales que les revelan a sus padres o hermanos su orientación homófila, y casi todos fingen y mienten y hacen teatro para sugerir lo contrario. Esto es fruto de la persecución y el acoso.

f) El homosexual oculta su orientación en el trabajo, no solo a sus jefes o a sus socios sino aun a sus subalternos. A un ejecutivo homófilo que me preguntaba una vez "¿cuál opresión?", le hice ver que él jamás presentaba a sus amantes varones en su oficina sino que los camuflaba como sirvientes o parientes lejanos. Nunca ha podido decirle a su secretaria: "este es mi amante", tal vez no por vergüenza, pero sí por temor, y esto es opresión (auto-opresión, basada en la opresión externa).

g) El lenguaje antihomosexual, como vimos, es brutalmente opresivo. "Marica" y "maricón" son dos de los cuatro peores insultos generales, y "maricada" es sinónimo de estupidez. El uso de estos tres vocablos es obsesivo en muchos hombres que desahogan así su homofobia. En cambio, los mayores elogios posibles son "verraco" y "macho", falsos antónimos de aquellos insultos.

h) Casi todo el mundo se burla en la calle de los afeminados, aunque no sean muy ostentosos, y de las lesbianas tipo marimacho, y a veces les gritan insultos.

i) En los hoteles de clase media no se reciben parejas de homosexuales, a menos que se camuflen astutamente. En los hoteluchos y en los hoteles de una a cinco estrellas (los dos extremos), sí se reciben, pero no por aceptación social sino por amor al dinero, el máximo valor cultural actual. Hay bares y fuentes de soda que no aceptan a dos o más personas de un mismo sexo, aunque

no se sepa de ellas que sean homosexuales, y si atienden clientela homosexual, exigen que se mezclen hombres y mujeres en cada mesa.

j) La policía algunas veces acosa y hostiga a los homosexuales, sobre todo proletarios, en los sitios de diversión, los arresta, golpea, tortura, humilla, sin que haya pruebas ni indicios de que hayan violado las leyes; a veces basta la mera apariencia de afeminamiento o los rumores de vecinos hostiles.

k) La prensa sensacionalista (y de vez en cuando la seria) hostiliza a los homosexuales con crónicas o comentarios insultantes no solo para los delincuentes sino para todo ser homotrópico. Muchos humoristas de la radio y otros medios se ensañan en los homosexuales afeminados.

l) En los sitios públicos, el homosexual que trata de iniciar una conquista visual se ve reprendido por miradas de reprobación o de irrisión de los circunstantes, lo cual ocurre hasta en las metrópolis y aunque el homófilo no haga nada abusivo ni ridículo. Una pareja de amantes del mismo sexo no pueden tomarse de la mano en lugares públicos (ni siquiera en el reservado de un restaurante o bar) y mucho menos acariciarse, como lo hacen hoy tranquilamente los heterosexuales. "¡No faltaba más!": dirá algún lector. Pues bien esta frase revela repugnancia y miedo. ¿Pierde algo ese lector? ¿Le perjudican o amenazan esas muestras inocuas de amor? No, simplemente sufre de fobia, leve tal vez (por más que trate de racionalizarla).

ll) A los siete hechos anteriores se añade la homofobia del mismo homosexual, de la cual ya he hablado bastante. Resumen esencial: la mayoría de los homófilos en un medio antihomosexual sufren de sentimientos de culpabilidad y/o inferioridad (sin darse plena cuenta a veces y aun negándolos), y muchos se castigan con la frustración en el amor, con los autorreproches, con el abandono, a veces con el alcoholismo; o bien castigan (sin darse cuenta) a la sociedad, entregándose algunos a la tiranía y la explotación de los demás, a la usura o a la maledicencia. La causa de todos estos y aquellos conflictos es en últimas la represión externa, la fobia social.

Es cierto que hoy en día en las metrópolis se da un poco de tolerancia pasiva para ciertas conductas homosexuales (actividades en baños públicos, parejas que viven juntas abiertamente, lugares de diversión para clientela homófila, etc.), pero aquella tolerancia casi nunca obedece a una aceptación razonada sino a la apatía e indolencia con que se toleran los verdaderos delitos: la corrupción administrativa, la explotación económica, las injusticias sociales, la violencia, etc.

Es cierto también que los homosexuales ricachones de personalidad dominante y astuta se libran hábilmente de casi todas aquellas formas de hostilidad social y aun de la persecución interiorizada, pero los de clase media y los proletarios e incluso los adinerados si son tímidos o depresivos (estos y aquellos) las pa-

decen duramente, a veces hasta la desesperación y el oprobio, que en algunos casos los llevan al desmoronamiento interior y aun al suicidio (lento o súbito). Es innegable pues que hay represión y opresión, homofobia de todas las clases.

Ahora bien, si las prácticas homoeróticas por sí mismas no son malas moralmente ni hacen daño a nadie, ¿por qué se las reprobaba, reprime y persigue? Ya lo he dicho: por la erotofobia de los espiritualistas a ultranza y por la androcracia machista extremada, pero no en su forma primitiva como convicciones razonadas sino en la forma aprendida emocionalmente, es decir como prejuicios irracionales. Estudiemos detenidamente estos dos fenómenos atávicos, comenzando por el primero, que es menos profundo y menos vigoroso que el segundo, aunque ambos (erotofobia y supermachismo) se refuerzan mutuamente. Antes de hacerlo, sin embargo, sintetizaré lo dicho en el capítulo III sobre la causa de la homofobia en el individuo, añadiendo algunos detalles no mencionados aún.

I. Causa psicológica de la homofobia individual

Según la psicología experimental en que se basan los sexólogos, casi todos los niños antes de los cinco o seis años de edad "aprenden" las conductas hétero y homosexual a nivel pregenital, pero la mayoría de ellos "desaprenden" la segunda mediante estímulos aversivos o de evitación. Este descondicionamiento se produce como término medio hacia los once años de edad, pero a veces mucho antes o poco después, y en él obran los aprendizajes directo e indirecto, tanto verbales como gestuales. Con estos se transmite al niño o jovencito la tradición milenaria de miedo y asco a las prácticas y a las personas homosexuales. El medio más eficaz es el ridículo, la burla, el menosprecio a estas, que solo fallan en quienes obtuvieron refuerzos positivos muy gratificantes a la conducta homófila, en especial si aprendieron la conducta de aversión al sexo opuesto (heterofobia).

La homofobia en los heterosexuales llega a ser tan vigorosa de ordinario que un psiquiatra australiano, McConaghy, descubrió que los varones heterófilos experimentan la contracción del pene a la vista de hombres desnudos que se tocan los genitales. El científico inventó un aparato para medir la expansión y la contracción del órgano viril cuando el sujeto homo o heterosexual presencia en la pantalla cuerpos descubiertos de hombres o de mujeres en movimiento. La no expansión de aquel a la vista de varones explica su desinterés homosexual, pero su contracción revela el miedo físico, la fobia hacia el propio sexo, la cual obviamente es aprendida y no espontánea, pues no hay razón natural para que el pene se achique a la vista de otro pene: el sujeto se siente amenazado por este, se llena de terror ante él por obra del condicionamiento antihomosexual.

Este descondicionamiento hacia el propio sexo y la conducta

de aversión hacia los homosexuales deberían ir desapareciendo con los años porque como vimos, el refuerzo negativo o "castigo" en que se basa aquel aprendizaje de aversión es menos duradero que el refuerzo positivo o "premio", pero no sucede tal cosa dado que los estímulos negativos están renovándose constantemente a lo largo de la vida en virtud de la homofobia colectiva, de la persecución incesante al homosexual por la sociedad. El miedo se sigue contagiando y aun expandiendo. Con todo, algunos individuos maduros menos asustadizos van perdiendo ese miedo con el tiempo, aunque no reaprendan el comportamiento homoerótico inicial sino en casos excepcionales. La mayoría de la gente, empero, conserva su fobia intacta hasta la muerte, sobre todo las personas de escasa cultura en este campo, incapaces de liberarse de los prejuicios aprendidos.

Por su parte, la heterofobia de muchos homosexuales (que algunos tratadistas niegan para la inmensa mayoría) tampoco se extingue de ordinario, por dos razones combinadas: de un lado, la persecución social los endurece (dada su constitución biológica obstinada y tenaz, en mi opinión), y de otro, la gratificación de sus impulsos homoeróticos, aun la más precaria, hace innecesaria su "conversión" a la heterosexualidad, la cual sin embargo, se da en casos sumamente raros y en circunstancias especialísimas (capítulo IV), si bien coexiste casi siempre con la conducta homófila por más que el sujeto se abstenga de esta. Paradójicamente pues el regreso a la bisexualidad de la niñez es obstaculizado por la misma antihomosexualidad y monosexualidad de nuestra sociedad. El medio hace más homosexuales a los homosexuales y más heterosexuales a los heterosexuales, lo cual "va contra la naturaleza" bisexual del ser humano o frustra a este innecesariamente.

II. La erotofobia espiritualista

En capítulos anteriores he descrito la erotofobia o sexofobia como miedo u odio, asco y repugnancia a las actividades sexuales; en el presente ampliaré su descripción, pero antes conviene distinguir entre dos grados de la erotofobia: la absoluta, que depende de experiencias negativas personales y puede llevar a la supresión total de los impulsos eróticos y no va necesariamente acompañada de ideas ascéticas; esta sexofobia es un fenómeno rarísimo que no nos interesa aquí; y la erotofobia relativa, que llamo "espiritualista" (no necesariamente religiosa) que puede coexistir con fuertes impulsos eróticos, reprimidos o no; esta puede ser grave o leve, extremada o restringida.

A. Manifestaciones de la erotofobia

Casi todo el mundo es erotóforo en nuestra cultura, pero muy pocos se dan cuenta de ello. En efecto, la erotofobia relativa leve

o restringida puede no manifestarse como asco, repugnancia, miedo u odio a las actividades eróticas, sino limitarse a sentimientos inconscientes de culpa cada vez que se practican estas, incluso con el cónyuge, y sobre todo al de vergüenza o pudor de las partes sexuales propias o ajenas. Incluso muchos libertinos las ocultan. Esta vergüenza es aprendida, no natural: los niños muy pequeños son del todo "desvergonzados" y exhibicionistas.

Desde luego hay dos clases de pudor sexual: uno de origen espiritualista y otro de orden higiénico, aunque ambos se aprenden simultáneamente en la niñez. Como los órganos sexuales y los de la excreción o eliminación son unos mismos o vecinos los unos de los otros, a todo niño se le enseña a ocultarlos sin distinguir entre los dos sentimientos básicos. En nuestra cultura predomina la razón espiritualista sobre la higiénica: un varón adulto prefiere, en una emergencia, dejar ver las partes traseras más bien que las delanteras, pese a que aquellas pueden estar menos limpias y ser más ofensivas al olfato. En cambio, los indígenas de muchas culturas "primitivas" usan el taparrabo por razones higiénicas y no erotofóbicas: no se avergüenzan de su sexo sino de los posibles residuos fecales.

En la cultura judeocristiana, se les enseña a todos los niños y niñas a ocultar las partes "pudendas": las niñas mayorcitas se avergüenzan de sus pechos, al contrario de las mujeres de cualquier edad entre los indígenas aludidos. A los varones se les enseña, en nuestro medio, que el pene es un objeto sucio, repugnante, feo. El vocablo "chimbo" es despectivo: en buen castellano, significa un pedacito de carne sobrante, despreciable (mientras que "verga", que no es palabra sucia, quiere decir en latín —"virga"— simplemente "vara, palo", o sea que no es realmente vulgar). La vergüenza del pene se capta en los vestideros de balnearios y gimnasios y en las duchas sin particiones: casi todos los hombres desnudos allí se sienten humillados y se les nota el desprecio que tienen por su órgano y el asco o miedo al de los vecinos, lo cual sucede aun cuando el propio no esté en desventaja en ningún sentido. Y este pudor, no es natural sino aprendido.

El mismo se manifiesta en el carácter tabú de los temas sexuales, si bien en este campo hay un poco de amplitud hoy en día. Con todo, no es tanta como parece: se tiene por "vulgar" a todo aquel que llama a las cosas por sus nombres; la prensa emplea eufemismos y rodeos y considera de mal gusto hablar con claridad; en la conversación, la erotofobia se delata en la risa compulsiva al tocar esos temas, en los chistes de doble sentido y en los cuentos verdes. Se dirá que la vergüenza se debe al culto por la intimidad, pero nadie oculta la boca o la nariz sino en casos muy especiales, y en ciertos sitios las tetillas no avergüenzan casi a nadie. Claro está que hay otras razones para aquel pudor, como el automenosprecio del cuerpo si el sujeto lo tiene desfigurado o raquítico, o el temor a ser vulnerado o agredido, pero indudablemente la causa principal es el miedo al sexo, esa cosa terrible. También es cierto que la erotofobia está desapareciendo gradualmente en la gente

joven, pero todavía la inmensa mayoría de las personas la sufre, al menos en la forma leve y restringida, inconsciente casi siempre, como he dicho.

Pero la erotofobia que más toca con el tema de este libro es la que he llamado grave o extremada, la doctrinal expuesta por religiosos, filósofos y pensadores, incluso los que niegan toda religión. Al llamarla "espiritualista" no aludo solo al espíritu concebido como inmortal y separable del cuerpo sino en general al "no-cuerpo", llámesele alma, psique o mente. Por comodidad, conservo los vocablos tradicionales. La tesis pertinente de aquellos expositores, antiguos o modernos, es que las actividades sexuales, con amor o sin él, son reprobables o dignas de censura o al menos vergonzosas, a menos que sean reproductivas. Muchos de aquellos solo cohonestan las actividades dentro del matrimonio legalizado monogámico, y algunos (como vimos) solo el coito vaginal entre cónyuges. Por increíble que parezca, esta posición, más o menos matizada a veces, es la de la psicología freudiana clásica y la de la gran mayoría de los filósofos y pensadores, incluso los agnósticos modernos, los cuales tampoco logran liberarse de los prejuicios milenarios que miran el cuerpo como algo peligroso, bajo, vil, desdénable.

Más erotofóbicos aún que los teóricos cristianos y musulmanes son los modernos gnósticos y rosacruicistas, teósofos y "filósofos orientalistas", casi todos los cuales, por ejemplo, ven la emisión del semen como algo espeluznante, un misterio terrible que implica una pérdida "colosal" de energía anímica preciosísima. Alguna secta de estas enseña que la energía liberada en la eyaculación es tan formidable que, de convertirse en energía física, bastaría para impulsar un cohete Saturno o para llevar un vehículo hasta Sirio (o Ganimedes)... Por ridículo que esto parezca, la misma idea básica es sostenida en leyendas populares que dicen que la masturbación es "dañina", que debilita y enferma, que enloquece a la larga. No se puede concebir una erotofobia más feroz. Pero hablemos de la gente "seria".

Sobre el cristianismo he hablado ya bastante, pero conviene añadir algunas observaciones. Ante todo, su base, el pensamiento judío bíblico, nunca llegó a los extremos erotofóbicos de los padres de la Iglesia. Vimos que Jesús no mostró ninguna erotofobia en los evangelios. En el resto del nuevo testamento, solo Pablo y muy de paso Pedro y Judas revelaron odio y asco al sexo. Pablo obedeció en esto a sus ideas estoicas aprendidas de joven en Tarso. Luego los primeros eremitaños y anacoretas se dejaron llevar a extremos de asco sexual por influencia del pensamiento gnóstico procedente en últimas de Persia y la India. El estoicismo latino, como ya dije, condenaba toda actividad sexual irreproductiva, y aun esta era mirada con desconfianza. El maniqueísmo por su parte consideraba al cuerpo agente del principio del Mal.

Los padres de la Iglesia, según vimos ya, tomaron de estas filosofías y religiones no cristianas su asco al sexo. Basten algunas afirmaciones de algunos (que se pueden constatar en la obra

del padre McNeill). Justino Mártir decía: "Nosotros los cristianos no nos casamos más que por tener hijos". Jerónimo aprueba la afirmación de Sexto: "Quien ama ardientemente a su propia esposa es un adúltero". Agustín, después de haber gozado de los placeres hétero y homosexuales (como él mismo lo confiesa), llegó a abominar de toda clase de actividades eróticas, y consideraba consecuencia del pecado original todo tipo de pasión sexual, incluso dentro del matrimonio. Lo tenía por "debilidad". Su horror por el semen era tan patológico que sostenía que con él "se mancha" la tierra.

El papa Gregorio el Grande en su *Regla Pastoral*, advirtió que las parejas de casados que obtenían placer en el coito "transgredían la ley del matrimonio" y, por consecuencia, "ensuciaban su acto sexual con el placer". (Tomado del prólogo al libro de Masters y Johnson).

La idea de "mancha" se conserva en las obras de los doctores de la Iglesia. El Aquinate por ejemplo llamaba a la masturbación "immunditia" (inmundicia, suciedad, porquería), y los teólogos la denominan "pollutio" o polución, del verbo "polluere": manchar, incluso la eyaculación involuntaria durante el sueño no tenida por pecaminosa. El semen pues "ensucia" el cuerpo, pese a que no tiene nada de sucio por sí mismo y es tan limpio como la sangre arterial (el disgusto por su olor es aprendido).

El concepto de "mancha" se amplió en la teología y designa todo pecado, incluso los del espíritu: "macula" (mácula) en latín. Se ve pues la obsesión por el aseo físico, el asco a todo lo "sucio". La "inmaculada concepción de María" no alude, como creen los ignorantes, a su virginidad ni castidad, sino a que fue concebida por su madre sin recibir la "mácula" del pecado original, el cual, según la tesis oficial, fue de desobediencia a Dios, un pecado del espíritu. Pero los católicos, aun los escritores, llaman a María misma (no solo a su concepción) "la Inmaculada", la no manchada. A propósito, la erotofobia o sexismo religioso llegó a cambiarle el nombre a María y hoy casi siempre se la llama "la Virgen" sin más. Durante muchos siglos se la llamó siempre "Santa María" o "la Madre de Dios", pero la obsesión por el sexo, que en vez de disminuir aumenta, ha destacado entre todas las virtudes de la madre de Jesús, no ya su castidad sino su virginidad (que no es una virtud sino la mera conservación del himen) y ha olvidado sus otras virtudes heroicas, que teóricamente son más importantes: la fe, el amor a Dios, el amor al prójimo, etc. La creencia misma en su virginidad, aun después del parto, no procede de la Biblia sino que es muy posterior, apenas del siglo IV, cuando ya la erotofobia monacal y patristica había convencido a los cristianos de que la madre de Jesús no podía haber perdido el himen jamás. Esto de una madre-virgen es más inconcebible aún que la encarnación del Verbo, pero el asco al sexo hace que los católicos lo encuentren evidente y natural. Unos teólogos progresistas modernos lo han cuestionado, pero esto les ha valido el repudio airado del Vaticano (como en el caso de Küng).

Sí, la Iglesia está obsesionada por el sexo, es sexista. Sus moralistas acusan de sexistas a los sexólogos y a los activistas de la liberación sexual, pero ellos mismos lo son en grado superlativo. Si estos últimos incurren en sexismo es como mera reacción al sexismo católico y calvinista; afirman lo que los otros niegan. Cuando los papas y obispos se dirigen a los feligreses, el 50 por ciento del tiempo hablan del sexo: divorcio, aborto, anticonceptivos, relaciones pre y extramaritales, hijos "naturales", prostitución, defensa de la monogamia sacramental, homosexualidad (en voz baja y con horror), celibato, castidad perpetua, etc.

Precisamente el celibato sacerdotal es efecto y causa de la sexofobia. En casi todas las religiones del mundo y de la historia, los sacerdotes (y los dioses) se casaban y se casan, pero el Vaticano no quiere ni que le mencionen el matrimonio opcional de los clérigos. Así, es comprensible psicológicamente que la mayoría de los obispos y sacerdotes vivan obsesionados por eso que su religión les prohíbe, pues son hombres lozanos y vitales que sienten normalmente fuertes impulsos eróticos. El sexo es su gran problema personal y por tanto su tema favorito. Por este motivo viven obsesionados con él y descuidan la predicación de la fe, el amor a Dios y al prójimo, la historia de la salvación, la justicia y la honradez, la ternura y el bien, para hablar la mitad del tiempo de "la santa pureza". ¿No es esto sexismo, "materialismo" (paradójicamente)? (La obsesión sexual, para ser más preciso, tanto en los que condenan el sexo como en quienes lo buscan obsesivamente, obedece, según la psicología, a la represión del amor interpersonal más que a la del sexo mecánico, y a los sacerdotes se les prohíbe no solo casarse sino aun amar a nadie, fuera de sus seres queridos, si los conservan). Mientras los clérigos católicos sigan siendo forzosamente célibes (hasta el siglo XXV por lo menos), la erotofobia de su Iglesia seguirá incólume y creciente, y su condenación de la homosexualidad, incommovible. Un ejemplo de tal erotofobia extrema lo dio hace unos dos años un arzobispo que pidió a sus sacerdotes no bautizar a los hijos de las prostitutas católicas ni de las mujeres casadas por lo civil, castigando así con la exclusión del cuerpo místico de Cristo y negándoles acceso a la salvación a aquellos niños porque sus padres gozaron del placer de la carne sin la bendición eclesial, con lo cual aquel jerarca se alejaba de la atrayente bondad Cristiana del papa Roncalli, aunque se acercara a la frialdad anticristiana del monarca actual, que lo premiará con el ambicionado capelo. (Roncalli atraía a los incrédulos y vacilantes, y Wojtyla los repele).

B. Causas de la erotofobia

Un lector no erotofóbico (uno en cien) puede sorprenderse de esta aberración de la mente: el miedo y el odio al cuerpo, e indagar por sus causas, y el erotófobo inquisitivo puede desear conocer el origen último de ella. No hay estudios definitivos (a nivel mun-

dial, hasta donde he logrado investigar) sobre este tema, porque los pensadores mismos, en su gran mayoría, imbuidos en los prejuicios de esta fobia, no pueden cuestionarla. Algo se sabe, no obstante, y en ello y en mis propias reflexiones baso este ensayo tentativo sobre su etiología.

La causa más aparente y menos desconocida es el desprecio al cuerpo, tenido por muy inferior al "espíritu". Las filosofías orientales mencionadas antes y distintas del mensaje de Jesús otorgan al espíritu un valor exagerado, extremista. Desde luego, yo mismo valoro más la mente o espíritu (que no considero inmortal) por encima del cuerpo, y lo mismo hará casi todo lector que haya llegado hasta aquí: un "materialista puro" no puede leer ni escribir un libro como este. Pero se trata de contradecir y censurar el desmesurado desequilibrio en la valoración de esta pareja inseparable, el cuerpo y el no-cuerpo. Las religiones de los hijos de Abraham (judíos, musulmanes, cristianos, católicos) incurrían en ese desequilibrio excesivo, mientras que los griegos antiguos profesaban la armonía, el justo medio; solo Platón (entre los grandes), al contrario de Aristóteles, quebrantó esta norma de equilibrio, como vocero de doctrinas no helénicas. El idealismo que lo tiene por padre y todos los espiritualistas de Occidente llevan dos o tres milenios de oprimir y despreciar la "materia", y sus discípulos, religiosos y aun antirreligiosos, están aterrizados por los cinco o seis decenios últimos del presunto desequilibrio contrario, el aparente predominio de los valores del cuerpo sobre los del espíritu ("la ola de materialismo que nos va a hacer naufragar").

Digo "presunto" y "aparente" porque la liberación sexual de Europa y Norteamérica en este siglo es todavía función de aquel espiritualismo, una mera reacción hartó superficial. En Colombia no hay todavía casi nada de eso: el "libertinaje" sexual que tanto aterra a los erotóforos es el de siempre, no uno nuevo: aun en la edad media había libertinos. El libertino (como anota Paz en *Conjunciones y disyunciones*) no es más que un asceta rebelde: tiene conciencia de pecado, si bien trata de ahogarla en una vida desenfrenada, es en el fondo un espiritualista renegado, lleno de rencor ante la represión exógena de sus impulsos biológicos, es un "pecador" subjetivo, formal. El liberacionista sexual, en cambio, parte de profundas convicciones racionales y puede no desenfrenarse ni excederse; disfruta de su cuerpo sin conflictos internos, no es "pecador".

Este tipo de personas es todavía muy escaso aun en los continentes mencionados. La liberación apenas comienza; lo que hubo en la primera mitad de este siglo fue un mero libertinaje ni siquiera generalizado, por más escándalo que hiciera. De ahí que sea ridículo sacar conclusiones sobre un presunto fracaso de la liberación sexual. Quienes las están sacando, en Europa y Norteamérica, son los espiritualistas de siempre, incluso agnósticos y ateos cuya formación inicial fue de cuño idealista y erotofóbico. Están diciendo que sus compatriotas están hastiados ya del sexo y cayendo en la apatía y la insensibilidad sexual, todo porque sus

pacientes (hablo ahora de psicoterapeutas) sufren de indolencia y no pueden amar, cuando la verdadera razón de este fenómeno patológico no generalizado ni mucho menos es la depresión causada por la despersonalización en la sociedad tecnológica y mecanizada, por la crisis de identidad. Tales tratadistas, modernas Casandras, se basan en esto para profetizar la ruina de la civilización. Es la erotofobia de siempre, camuflada por algunos con tesis y nomenclaturas novedosas (como en el caso de Rollo May en *El amor y la voluntad*, aunque tiene razón en soslayar el sexo sin "eros", sin pasión demoníaca).

Pero la causa más remota y profunda del desprecio excesivo al cuerpo no son las doctrinas espiritualistas sino la base misma de estas: el miedo, la fobia al amor-pasión (eros) y al sexo en sus consecuencias negativas. El miedo al amor es la erotofobia propiamente dicha; la distinción entre esta y la "sexofobia" es más bien sutil y poco práctica porque casi siempre la actividad sexual fisiológica va acompañada de algún tipo de amor-pasión, por leve que sea. Es raro el caso (y más en Colombia) del sexo meramente mecánico, que se da, paradójicamente, mucho más dentro del matrimonio sacramental que fuera de él. Veamos primero el miedo al eros y luego la fobia al sexo mecánico.

El miedo al amor-pasión motivó a los estoicos originales (Zenón de Citio, Séneca, Marco Aurelio) que eran típicos hombres desengañados, y a sus continuadores como Gregorio y Agustín. Los estoicos, como vimos, predicaban las excelencias de la ataraxia (imposibilidad buscada) y del suicidio. La razón básica era el egoísmo, el temor a comprometerse con otro ser humano (que llevó a Agustín a preferir a un Dios etéreo: es más fácil amar a una Idea que a una persona humana). Pero hay una razón aun más profunda: el desprecio a la otra mitad de la especie humana, la mujer, porque el machismo (como veremos) ve en la mujer un ser inferior, y la vuelve a veces realmente inferior al impedirle desarrollarse plenamente como persona y dejarla en el infantilismo. Así, el machista estoico se decepciona al no lograr relaciones interpersonales profundas con ese ser inferiorizado e infantilizado: de ahí el desengaño, el desprecio a la vida sexual misma. Por eso los griegos clásicos (también machistas) buscaban el "eros" en la pederastia, o en su forma platónica, el amor uranio (homosexual masculino): era más fácil amar a otro varón, ese sí igual, que a la mujer convertida en mera máquina de hacer hijos.

La Iglesia católica también es machista, como lo prueba su rechazo airado del sacerdocio femenino. Pablo (en I Corintios 11, 7-9, y en otros lugares) y Pedro subestimaban a la mujer y exaltaban al varón. Agustín no miraba en la mujer sino "la mártir", como su madre Mónica tiranizada por su padre, y no un ser igual, digno de amor interpersonal. En el siglo XX, los papas siguen la misma línea y solo miran como respetable a la mujer virgen, asexuada (no sé de madres canonizadas, fuera de aquella Mónica y alguna más, contra las once mil vírgenes). Por cierto que la Iglesia actual camufla su erotofobia extrema con un lenguaje no-

vedoso: casi siempre que el Concilio y los papas hablan de "la dignidad de la persona humana" y de "los valores humanos" se refieren a asuntos del sexo. El Vaticano II mira la sexualidad como algo indigno, bajo, imperfecto, innoble, que requiere la gracia sacramental para ser "dignificado, enaltecido, ennoblecido, perfeccionado". Este asco a las funciones corporales es una típica deshumanización del hombre, una pretensión antinatural de convertir al ser humano en un "espíritu puro" avergonzado de su corporalidad. Está bien impedir "la inhibición del espíritu", pero es una aberración mental volver al hombre un "ángel". El espíritu también "peca", pero la Iglesia indirectamente fomenta los pecados del espíritu, en especial la soberbia de Lucifer, la ambición de Poder (que embriaga a más de un obispo), la maledicencia, la falta de caridad y de compasión, por no hablar de la avaricia, refugio de los espiritualistas de poco vuelo: el avaro propiamente dicho no busca el dinero en sí, la materia, sino el Poder que esta da y simboliza.

Volviendo al miedo al amor, los espiritualistas sienten un terror supersticioso al placer "gratuito", es decir, en lo sexual, al goce irreproductivo. Hay en esto una actitud masoquista, una convicción irracional profunda de que no merecen gozar sino sufrir, y así el placer es una injusticia, algo inmerecido. En su autodesprecio (típico de autores como el de la Imitación de Cristo, ese libro absurdo), el místico se siente indigno de gozar y merecedor de sufrir todo lo más que su organismo pueda soportar. Así el amor sexual es temible porque otorga un placer inmerecido, una usurpación. La mortificación de la carne buscada intencionalmente es una aberración de la mente, un envilecimiento de la persona peor aún que el del hombre que "se vuelve un cerdo" en el disfrute sensual, una auténtica locura ("la locura de la Cruz" la llaman los ascetas).

Por último, la erotofobia obedece al viejo concepto de que el sexo debilita, que roba fuerzas al ser humano, que "afemina" al varón, lo ablanda. Este mito subsiste aún en actividades aparentemente tan ajenas al espiritualismo místico como los deportes: se sigue creyendo que el deportista exitoso debe abstenerse de la carne porque el disfrute sexual le quita energías para la confrontación deportiva. Lo que ocurre es que la frustración erótica a veces despierta la agresividad necesaria para la lucha, en el deporte o en la milicia, pero generalizar este temor por el placer erótico y extenderlo a todas las actividades humanas cotidianas es una desmesura, una exageración rayana en la locura porque comporta un desequilibrio colosal. En aras de la buscada agresividad se sacrifica la felicidad del ser humano: la represión que construye civilizaciones (según el sexófobo Freud) al mismo tiempo hace la vida insoportable y llena al hombre de neurosis y odio a los demás, todo lo cual origina las guerras, la explotación, la ambición competitiva que impide la convivencia; la tal "civilización" resulta más bárbara que la barbarie misma.

Miremos ahora el miedo al sexo en lo que tiene de mecánico

este. La sexofobia en últimas se funda en el terror a las consecuencias negativas del acto fisiológico mismo. En primer lugar al embarazo no deseado y a las represalias que este acarrea a menudo. Este terror ha perdido gran parte de su fuerza merced a los anticonceptivos científicos. La Iglesia, que no se resigna a perder tan poderoso aliado de su odio al sexo, ha arremetido por lo mismo su campaña contra tales medios técnicos de evitar el embarazo.

Pero tal vez la causa más remota de todas, la multimilenaria, de la sexofobia es, en mi opinión, el terror a las enfermedades, primero a las originadas en las bacterias de los excrementos sólidos y líquidos y luego a las llamadas venéreas. El hecho ya mencionado de que los órganos sexuales y los de la excreción sean unos mismos o muy vecinos entre sí hizo que los hombres desde hace varios milenios se llenaran de terror a los contactos sexuales. Aunque solo en el siglo XIX el hombre identificó los microorganismos patógenos, desde hace miles de años encontró la relación causal entre los excrementos y varias enfermedades, y de ahí provienen las antiquísimas precauciones sanitarias e higiénicas presentes aun en las culturas más "primitivas". El hombre salvaje y el bárbaro no podían distinguir bien entre el semen y las secreciones vaginales por una parte y la orina y las materias fecales por otra, y las temían todas indistintamente. En especial la menstruación fue para ellos, y aun para el hombre civilizado, un misterio terrible, cuya clave científica solo vino a descubrirse a fines del siglo XIX en forma clara. La mujer fue siempre un ser "impuro", sucio, peligroso. El Levítico, como vimos, prohibía bajo pena de muerte hacer sexo con la mujer durante el período, y en otros contextos prescribía una cantidad de abluciones rituales complicadísimas para impedir toda clase de "impurezas": era su defensa contra las intuídas bacterias. Sin embargo, todos estos temores deberían haber desaparecido por completo con los modernos desinfectantes y jabones, con el agua corriente y con los antibióticos y demás fármacos protectores; pero no han desaparecido porque se han convertido en prejuicios (como veremos) que se sustraen al raciocinio. La gente sigue sintiendo asco por el semen confundiendo con la pus y por el líquido menstrual como si fuera patógeno.

Pero quizás la peor amenaza de los contactos sexuales ha sido la de las enfermedades venéreas y las cutáneas (escabiosis y pediculosis). Se sabe que son antiquísimas. Si aun hoy con los antibióticos mucha gente siente pavor a estos contagios y se abstiene de hacer sexo con personas desconocidas, cabe imaginarse cómo sería en tiempos antiguos cuando no se tenía protección alguna contra aquellos. Tales enfermedades eran consideradas supersticiosamente como "castigos de Dios", y se convirtieron en argumento decisivo de los erotóforos religiosos: "si no le temes a Dios, témele a la sífilis". Este aliado de ellos también tiende a desaparecer porque, si bien algunos tipos de bacterias venéreas se están volviendo "resistentes" a los antibióticos, no son "inmunes" a una dosis alta de estos, y la ciencia no se dejará derrotar de

aquellos microorganismos, como parecen desearlo ciertos predicadores terroristas que se aferran a esta última arma de disuasión erotofóbica.

Este pues es el origen más remoto y profundo de la sexofobia espiritualista: no el amor a Dios ni el acatamiento a su voluntad sino el terror a las enfermedades. Si este pavor sigue vigente se debe, como he dicho, a que se ha transformado en prejuicio. Veamos la psicología de los prejuicios, desconocida para la mayoría de la gente culta.

C. Mecanismo de los prejuicios

“¡Yo no tengo prejuicios!”: se ufana casi todo el mundo, y sin embargo, todo ser humano (yo incluido, por supuesto) vive sumergido en cantidad de prejuicios, desde sabios y genios como Schopenhauer y Freud hasta los profesores de psicología, médicos y juristas. Es imposible liberarse de todo prejuicio. Poca gente culta sabe lo que es realmente un prejuicio y menos aún cómo se forma y se alimenta.

El prejuicio es una idea irracional, con apariencia de racionalidad a veces, un juicio sin juicio, algo anterior al juicio (pre), al raciocinio, un preconcepto. Se adquiere mediante el “aprendizaje” (ver capítulo III) como una conducta mental inducida emocionalmente por estímulos aversivos: nace pues del miedo aprendido y contagiado. Sé de un hombre de 40 años que no les tenía miedo a las moscas en la leche, las sacaba y seguía bebiendo, hasta que un día un amigo mucho mayor mostró en su rostro un horror pánico al verle hacer aquello, y le enseñó sin palabras su miedo cerval a las moscas, el prejuicio (razonable por cierto pero no razonado). Para enseñar un prejuicio cualquiera bastan a veces los gestos de horror, las cejas enarcadas, los ojos fuera de órbita del maestro, los ruidos guturales, los berridos, los espasmos, etc. El resto, la racionalización (no siempre razonamiento), viene después de los estímulos de aversión de tipo gestual y visual. Así nacen los prejuicios contra los negros o los blancos, los arios o los judíos, las mujeres (“todas son brutas, malas”), los hombres (“todos son perversos”), los burgueses o los comunistas, los jesuitas (“hipócritas”), los ateos (“corrompidos”), los alemanes, los franceses, los indios, los chapetones, los liberales, los conservadores, los cojos, los ciegos, los pelirrojos, y por supuesto, los “maricones”.

El prejuicio es el camino más corto que tiene la humanidad para ayudar a huir del peligro, real o supuesto. “¡Caca!” es el modo más simple de enseñarles a los niños pequeños el peligro bacteriano, y “¡Ahí viene el Coco!” la forma más expedita de transmitir otros temores atávicos a las conductas antisociales. Por supuesto, muchos de los prejuicios ideológicos, aunque tienen el

mismo soporte emocional, se aprenden en forma más compleja, con argumentos especiosos y elaborados, complicados y sofisticados, como los que enseñó el nazismo al culto pueblo alemán.

Los prejuicios no mueren fácilmente: tienen vida propia y se alimentan bien con el miedo colectivo que se contagia recíprocamente: A enseña un prejuicio a B y B se lo retransmite luego a A (como las venéreas entre dos amantes). Los prejuicios van y vienen, muy bien vestidos a veces, con el brillo de un Freud por ejemplo. Para liberarse de ellos sirve el cuestionamiento, que no se produce sino en el inconformista, el rebelde, el contestatario, el cual ha sido víctima directa o indirecta de ellos. No siempre es cuestión de genialidad; a veces basta el candor, como el del niño que grita: "¡El rey va desnudo!", porque no ha oído aún que está vestido con un paño invisible. Como dije, los mismos genios no se libran de los prejuicios, y es corriente que muchos sabios judíos sean antisemitas en el corazón, que se persigan a sí mismos, como hemos visto de la mayoría de los homosexuales en un medio antihomosexual. Los negros están "convencidos" de que son "brutos", lo mismo que la mayoría de las mujeres se creen inferiores. Solo el "hereje" alcanza a cuestionar el prejuicio (no todo prejuicio sino el que le incomoda), y por eso a los herejes los quemaban en la pira pública, como hoy en los países stalinistas "hospitalizan" a los disidentes, y en los capitalistas torturan a veces a los revolucionarios. Son gentes "peligrosas" porque cuestionan los prejuicios milenarios.

Así funciona el prejuicio erotofóbico, no ya como raciocinio elaborado y académico, sino como una fuerza ciega, irracional, alimentada por los terrores ancestrales a la suciedad, a las enfermedades, al placer, al peligroso amor. Veremos que ocurre lo mismo con los prejuicios supermachistas contra las mujeres y los homosexuales.

Para recapitular, la segunda causa más importante (ya veremos la primera) de la antihomosexualidad (la razonada o la fóbica) es el miedo y el desprecio al sexo en general, y en especial al único sexo "injustificable", el irreproductivo. La erotofobia tolera esas "porquerías" si contribuyen a la necesaria propagación de la especie. Los menos virulentos toleran también, y aun defienden, las actividades heterosexuales irreproductivas (entre ancianos o gentes infecundas, por ejemplo) por su semejanza con las actividades reproductivas, pero casi ningún erotófobo perdona las homosexuales, no realmente porque vayan contra Dios o contra "la naturaleza" sino porque "dan asco", "repugnan". La otra razón de este asco es el prejuicio androcático machista. Este refuerza a aquel y aquel a este, como para no dejar en paz a los homófilos y negarles su derecho a disponer de su cuerpo y a gozar del placer satisfaciendo sus necesidades psicobiológicas en la forma que les es natural.

III. La androcracia (machismo)

Enuncio primero la tesis general pues para demostrarla debo tocar temas distintos de la homosexualidad en sí, lo cual podría desinteresar a algunos lectores de no saber a dónde llevan aquellos. La androcracia o machismo, o sea el dominio excesivo del hombre sobre la mujer, divide a la especie en dos clases antagónicas de seres, dominadores y dominados, y exige que nadie se salga de la suya, desestimando lo que los une: el ser humanos. Erróneamente se cree que el homosexual deja de pertenecer a su sexo y sobre todo que el varón "se feminiza" y pierde "la suprema dignidad del varón" al ser penetrado por otro hombre. Esta aparente inferiorización del macho homófilo (lo mismo que la supuesta "virilización" de la lesbiana) es rechazada por los homófobos con miedo y con ira en base a los prejuicios supermachistas, los cuales no toleran la diversidad, la variedad dentro de uno y otro sexo, y pretenden uniformar a todo el mundo de un modo tiránico contrario a la realidad de las cosas, a la naturaleza que de suyo es diversificante. Las prácticas homosexuales por sí mismas no feminizan al varón ni virilizan a la mujer, pero aunque lo hicieran en algunos casos, esto no tiene tanta importancia porque las diferencias entre los sexos no deben suprimir la igualdad básica de derechos fundada en un hecho mucho más importante: la plenitud humana de varones y mujeres. Lo que más importa es el ser humano y no su función sexual dentro de un sistema, el androcático, que por lo demás es injusto. Tampoco propugno la ginecocracia sino la igualdad perdida: ni machismo ni feminismo, sino la igualdad relativa, la equidad.

A. Historia de la androcracia

Contra lo que muchos creen, la humanidad no ha sido siempre androcática, como tampoco ginecocrática. Durante centenares de miles de años después que el homínido llegó a ser *Homo Sapiens*, hubo una relativa igualdad entre los sexos, según muchos antropólogos. Algunos de estos, sobre todo en el siglo XIX, sostuvieron que en todo el planeta la humanidad estuvo inicialmente regida por las mujeres, las madres. Esta tesis del matriarcado universal no parece ser ya aceptada generalmente por los antropólogos de hoy (hombres casi todos), pero aun estos reconocen que hubo y hay muchas sociedades matriarcales.

La tesis del matriarcado universal fue sostenida por Morgan y otros y expuesta por Engels en su obra *Origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en la cual sostiene que en todo el mundo se dio primero el matrimonio por grupos: muchos hombres casados simultáneamente con muchas mujeres dentro del clan materno, y que el matrimonio monogámico fue una innovación muy tardía cuyo origen fue económico. La familia nuclear nace con la propiedad privada después de un comunismo original

que duró centenares de miles de años. Marx tenía la misma convicción, según Engels. A grandes rasgos, la historia es como sigue.

Uno de los descubrimientos más importantes que el hombre ha hecho en la historia fue el de la relación de causa a efecto entre el coito y el embarazo. El hombre primitivo no conocía esta relación, ni la conocen aun en el siglo XX unas pocas sociedades "primitivas". El varón no sabía que era padre: los hijos eran atribuidos únicamente a las mujeres. Aun en este siglo, algunos indígenas de la Polinesia, como lo descubrió el antropólogo Malinowski, creían que la única contribución del varón al nacimiento de los niños era "agrandar" con su pene el orificio vaginal. Esto dio a las madres un prestigio enorme que en algunas partes fue aprovechado por estas para dominar a los hombres o al menos para gobernar la sociedad (matriarcado). Algún día se produjo aquel fenomenal descubrimiento, tal vez como efecto de la observación de los animales domésticos o de los ganados, o por el alejamiento accidental de alguna pareja del clan durante largos años, lo cual pudo ocurrir en muchos lugares y en distintas épocas. El hombre así aislado con una sola mujer pudo encontrar la secuencia causal entre el acto sexual y el embarazo, lo mismo que el papel del semen en la procreación. Y se fue al otro extremo, el de creer que la mujer no era más que un receptáculo del semen o semilla, la cual germinaba en el útero como la semilla vegetal en la tierra; la madre simplemente le devolvía a su varón, al cabo de nueve meses, lo que era solo de este, aunque ya convertido en un nuevo ser humano.

Esta creencia duró entre cinco mil y diez mil años. Aunque Hipócrates enseñó que el embrión se formaba por la mezcla de dos simientes, una masculina y la otra femenina, ni él ni nadie hasta el siglo XIX identificó la simiente femenina. Tanto es así que en el siglo XIII Tomás de Aquino, conocedor de casi todo lo que se podía conocer en su época, creía que "la causa" del niño era el varón, y se preguntaba por qué nacían las niñas: como "el efecto debe parecerse a su causa", todos los hijos deberían ser varones, y así el nacimiento de las hembras humanas era una especie de error de la naturaleza, para el cual el Aquinate no encontraba explicación alguna, y simplemente citaba la de Aristóteles que ya he mencionado (aquello de los vientos). El parecido físico muy especial entre algunos hijos y la madre quizás fuera interpretado mágicamente o como mera casualidad, pero sin invalidar la creencia generalizada en que el verdadero autor de la vida era el padre. (El parecido entre ascendientes y descendientes en los seres vivos indujo a observaciones sistemáticas y científicas de importancia solo a mediados del siglo XIX, en la obra del monje Mendel, padre de la genética). Por increíble que parezca, el papel de la mujer en la generación, aparte de receptáculo (matero o tiesto donde crece la semilla ya preformada), solo se llega a conocer en forma precisa en el siglo XIX. Descartes en el XVII decía que el embrión se derivaba de la mezcla confusa de dos licores (palabras textuales). En ese mismo siglo, en 1677, Luis de

Hamm y Leeuwenhoek identificaron por primera vez los espermatozoides en el microscopio, pero solo en 1827 Von Baer descubre el huevo de los mamíferos (el de la perra). Según los historiadores de la biología, desde el siglo XVII se suponía que todos los animales, incluso los vivíparos, engendraban por medio de huevos, pero el mecanismo íntimo de la generación, la fecundación del óvulo por el espermatozoide, solo se descubre en el siglo pasado, mucho después de que Schleiden y Schwann establecieran la teoría celular (1839). Desde 1860 más o menos se sabe que es necesario el concurso de una célula masculina (espermatozoide) y una femenina (óvulo) para la formación de un nuevo ser, pero aún entonces se ignoraba el mecanismo de tal concurso. Solo en 1875 Oscar Hertwig aclaró finalmente el proceso de la fecundación, o sea la fusión de los núcleos de aquellas dos células. Y solo entonces queda aclarado el misterio y se destruye el mito de que la mujer es un mero receptáculo de un germen preformado. Solo entonces se comprende que la participación de la mujer en la formación del hijo es por lo menos igual a la del varón.

Estos descubrimientos, desde el siglo XVII (finales) hasta el XIX, tienen una repercusión práctica en el movimiento feminista, cuyos albores se sitúan en la última década del siglo XVIII, pero su apogeo viene solo un siglo más tarde, precisamente por la misma época del hallazgo de Hertwig. La popularización de este incide en la primera gran victoria feminista: el sufragio en Inglaterra (1918), a mi modo de ver. Es curioso que las feministas no mencionen esta relación entre dichos descubrimientos y su movimiento, que para mí es evidente, porque con ellos la mujer recupera su prestigio como verdadera coautora de la vida humana y adquiere conciencia de su igualdad con el varón en este importante asunto.

Pero volvamos a aquel otro descubrimiento, el fatal para la mujer. El hombre al descubrir su paternidad quiso tener hijos propios. Antes, los hijos de los matrimonios por grupos eran de todo el clan y nadie los poseía personalmente. Había la sucesión matrilineal: se sabía que Fulano era hijo de tal madre, pero todo el clan se responsabilizaba por su cuidado. Descubierta aquella secreto, el hombre quiso tener una mujer para él solo para que le diera hijos "propios". En la tesis económica de Engels y Marx, la razón era tener herederos de sus bienes ya personales, pero a esta razón se deben añadir otras dos: el deseo de burlar la muerte personal y perpetuarse en los hijos propios, y el amor interpersonal (no necesariamente romántico) entre un hombre y una mujer determinada. A la larga, el hombre expropió a su mujer y a sus hijos, con lo que dejaron de ser miembros libres del clan y se agregaron a la propiedad privada del esposo y padre. Los varones más dominantes y posesivos tendrían varias mujeres propias y exclusivas y multitud de hijos que con el trabajo acrecentaran los bienes del padre. Pero esta poligamia de algunos iba contra los intereses de la sociedad, y así se impuso el matrimonio monogámico como regla general, la familia nuclear.

La mujer perdió así su relativa libertad y se convirtió prácticamente en sierva de su esposo, en un ser dominado e inferior al servicio de este. La civilización, en especial la cristiana, suavizó mucho más tarde levemente esa relación amo-sierva, ese dominio tiránico, y el amor contribuyó a aligerar esa tiranía. Pero aún hoy, en la mayoría de los hogares se dan ocasionalmente los malos tratos físicos del hombre a la mujer, según estadísticas. Con todo, el dominio del varón se ha vuelto más que todo psicológico, merced a tabúes y prejuicios, a los llamados valores morales de los dos sexos, que impiden la igualdad total. Si bien muchos hombres reconocen en teoría cierto grado de igualdad con la mujer, aun ellos la siguen tratando como un ser inferior, débil. Es innegable que en algunos hogares el dominio lo ejerce la mujer, pero esto no es más que la excepción, y "el varón domado" se deja dominar a regañadientes o sin darse plena cuenta, creyéndose siempre superior, víctima ocasional de una mujer concreta. Mas la regla general sigue siendo la androcracia, extrema a veces.

Toda la cultura actual continúa siendo esencialmente machista, especialmente a nivel de tabúes psicológicos. Como hemos visto, el cristianismo ha sido siempre androcrático, por más que en nombre del amor haya tratado de compensar un poco la desigualdad. La Biblia es patriarcalista: la mujer fue formada del cuerpo del varón y debe ser sumisa a este, como lo dicen expresamente un texto del Génesis y pasajes de Pablo y de Pedro. La Iglesia considera a la mujer indigna e incapaz para el sacerdocio, y le asigna el papel exclusivo de esposa y madre, confinada al hogar, o tareas parecidas para las célibes. También los filósofos, pensadores y científicos, aun los anticristianos, han sido siempre androcráticos, a veces extremos, tal vez con la única excepción importante de Stuart Mill.

La androcracia debe parte de su fuerza a un hecho aparentemente trivial: la generalización de la llamada "posición del misionero" en el coito, la que muchos tienen por única "natural", es decir la ventro-ventral horizontal con el varón encima. La llamaron "del misionero" los indígenas polinesios estudiados por Malinowski, los cuales no la practicaban por considerarla inhumana y abusiva, y les fue propuesta por los misioneros como "ordenada por Dios" mismo. Es una posición que deja muy poca movilidad a la mujer, la vuelve pasiva y la inferioriza; con ella el varón ejerce el pleno dominio sobre la hembra y la "posee". Parece haber sido adoptada por la misma época en que comenzó la monogamia: la mujer convertida en propiedad del hombre es obligada por ese medio a ser "poseída" y dominada aun en lo fisiológico. Cualquiera sabe que los primates se aparean montando el macho a la hembra por detrás. Nunca se sabrá cuándo empezó el homínido a usar la posición ventro-ventral. La bióloga Elaine Morgan, feminista moderada, sostiene (en *El descenso de la mujer* —"Eva al desnudo" es el título de la versión castellana) que aquello debió ocurrir durante los diez millones de años que el homínido, según la tesis de Hardy, vivió en aguas superficiales antes de convertir-

se en cazador, y que esa posición (que puede no coincidir del todo con la del misionero) es la causa de la insatisfacción de la mujer y dio comienzo a la todavía inconclusa guerra de los sexos: con tal posición disminuyó, según Morgan, el placer en el coito al no ser excitada apropiadamente cierta zona de la vagina. El machismo judío inventó, por fuera de la Biblia, un mito curioso que consta en los midrash hebreos: antes de la creación de Eva, Adán tuvo por mujer a Lilith a quien luego repudió porque se negaba a colocarse debajo de él y prefería estar encima. Según tales midrash, una de las causas del diluvio fue que ya las mujeres no se sometían a la posición del misionero, no querían (comento yo) aceptar la desigualdad. Tales mitos revelan lo antiguo de la lucha de la mujer por conservar la igualdad perdida por el egoísmo del varón, cuyo orgullo tiene un origen adicional, según Margaret Mead, el de compensar su incapacidad de "hacer" hijos (por más que el varón valore su falo y su semen, sabe que el niño es realmente obra de la madre).

B. Los estereotipos "varonil" y "femenino"

Sería ridículo negar las diferencias entre los dos sexos, y desde luego las de orden anatómico y fisiológico son obvias, pero las de tipo psicológico son en su mayor parte socioculturales e históricas, y no biológicas o naturales. Algunas diferencias psicológicas son naturales por supuesto, aunque ciertas feministas radicales, como Evelyn Reed, parecen negar aun estas. Elaine Morgan reconoce que en la gran mayoría de los animales y en todos los primates (y el hombre es un primate), los machos son más agresivos que las hembras, y la sociedad animal es regida por aquellos. La hembra del primate, impedida por el feto o por la cría, no podía desarrollar tanta velocidad ni ser tan feroz como el macho. La ternura por sus hijos, más cercanos a ella que al macho, debió de volver a la hembra humana más compasiva y gentil. De estas diferencias derivan algunas otras, pero todas las demás de tipo psicológico, la gran mayoría del total, se fueron formando, exagerando y estereotipando a lo largo de los muchos milenios de patriarcado machista hasta dar origen a los estereotipos dogmáticos que definen lo "varonil" y lo "femenino" como dos polaridades casi absolutas. En la realidad, ningún hombre es ciento por ciento "varonil" ni ninguna mujer, "femenina": aun el levantador de pesas usa lociones perfumadas, y la reina de belleza emite opiniones. En los inicios de la sociedad andrococrática, las diferencias psicológicas debieron ser mínimas, y máximo el parecido psicológico entre hombres y mujeres. Sabemos por la historia y la antropología que en muchas sociedades no matriarcales es el varón el que desempeñaba o desempeña las labores domésticas. En muchas sociedades, incluso patriarcales, el varón no ocultaba sus emociones ni se avergonzaba del llanto, y usaba larga cabellera que peinaba con gran vanidad. Es en los últimos siglos cuando se ha dado la polarización ideológica total, en virtud de los estereotipos mis-

mos, de los prejuicios, y si bien en las dos o tres últimas décadas está cediendo en algunos países levemente, todavía es exagerada y deshumanizante.

Los dos estereotipos son injustos con la mujer porque le atribuyen a esta los peores defectos: cobardía, falta de carácter, deslealtad y hasta inmoralidad, y desde luego torpeza y falta de juicio. Ninguna de estas condiciones son propias de las mujeres por naturaleza, y aunque algunas de ellas se dan realmente en muchas mujeres, esto se debe a su gradual inferiorización por el varón, proceso psicológico que empieza desde el primer día de vida. Simone de Beauvoir dice que en los hogares "se fabrican" lo femenino y lo masculino, y que "la mujer no nace, se hace". De tanto decirseles a las niñas como deben "ser", la mayoría de ellas llegan a "ser" como se les enseña. Una mujer que desde la infancia está oyendo que las mujeres son "brutas", difícilmente puede desarrollar su mente porque está sugestionada ("acomplejada") con su propia estupidez. Esta convicción y el confinamiento de la mujer al hogar durante milenios le impidieron cultivar su inteligencia, y solo en los últimos tiempos se le ha permitido el estudio profesional a la par del hombre, aunque en escala reducida y concediendo siempre al varón las mejores oportunidades y posiciones. En los últimos años, algunos neurólogos (varones por supuesto) están empeñados en probar que el cerebro de la mujer es distinto del del hombre, pero aparte de que no lo han demostrado plenamente, la posible diferencia no impide a la mujer corriente desarrollar el suyo a la par del del varón corriente, ni explica las diferencias psicológicas más pronunciadas, en especial las de tipo moral porque para asimilar los valores éticos no se requiere tener un cerebro de determinadas especificaciones.

El hombre en cambio se ha atribuido a sí mismo las cualidades más estimables. La cultura es androcéntrica, centrada en el varón, y la historia y la ciencia lo toman a él como único representante de la especie. Así el varón resulta ser el valiente, el creador, el que produce, el generoso, el leal, el austero, el único inteligente, el estable y serio, el responsable, el de todos los méritos, mientras a la mujer habitualmente se le adjudica todo lo contrario en una polarización absurda. Todo lo defectuoso, lo que falla, es "femenino". Solo la belleza, en los últimos siglos por cierto, es exclusiva de la mujer porque el varón, en su homofobia, la desdén para sí como una deshonra. Ciertamente se le reconocen a la mujer otros atributos positivos, como la ternura, la delicadeza, la resignación al dolor, pero estas son cualidades de segundo orden que el macho subestima y encuentra indignas de él. Sería difícil hacer un elenco completo de todos los "valores" masculinos y femeninos pues varían de una mente a otra, según el grado de su machismo; y no olvidemos que en una cultura androcática, también las mujeres son machistas, palabra que no significa, como vimos, "varonil" o "masculino" sino conforme con la androcracia, lo que hace que también los homosexuales afeminados sean machistas. Destaquemos unos pocos atributos sexuales de origen cultural evidente.

La persona irremediablemente inferiorizada por otra se defiende desarrollando en sí misma ciertos rasgos psicológicos: simulación, falsedad, astucia, adulación, compasión por los demás oprimidos, cortesía, suavidad, solidaridad con los que sufren como ella, y a veces espíritu contestatario y rebelde. Muchas de estas condiciones se hayan presentes en la mayoría de las mujeres, en mayor o menor grado. Al conjunto de ellas, en unión con otros atributos ya mencionados, es a lo que se le ha denominado "femineidad", la cual se tiene por "natural" cuando en realidad es casi del todo aprendida, sea por la raza a lo largo de milenios de opresión o por la persona en su período formativo. Y si muchas de esas condiciones son de origen cultural y se basan en últimas en el trato desigual e injusto, es posible modificarlas paulatinamente en un tipo de revolución justiciera que ya ha comenzado: el movimiento de liberación de la mujer, que no significa darle libertad sexual, como erróneamente entienden muchos, sino dejar de oprimirla y humillarla.

Otro rasgo de "lo femenino" que deseo destacar es el relativo infantilismo de muchas mujeres en nuestra cultura, o sea el escaso desarrollo intelectual y emocional debido en parte al "lavado cerebral" de la niñez (que las convence de su insignificancia e incapacidad) y en parte a la falta de oportunidades iguales de desarrollo. Tratadas como "animalitos" muchas se vuelven tales, en el sentido de atolondramiento, perplejidad, inmadurez. Aun hoy día a la mujer no se le permite el pleno desarrollo como persona humana al limitarla a las labores del hogar, e incluso el medio la impulsa a interrumpir los estudios tan pronto como resulta la oportunidad de casarse.

Pues bien, de todos estos procesos nacieron los mencionados estereotipos sexuales, tenidos como "naturales". Se toma por "natural" lo que es producto de una opresión multimilenaria, una manipulación inequitativa. Estos "valores morales" de los sexos se aprenden en los años formativos con los mismos mecanismos de todo prejuicio. El niño aprende emocionalmente a sentir admiración y respeto por casi todo lo "varonil" y aversión y hasta burla por casi todo lo "femenino". Es cierto que a todo niño se le enseña a respetar a su madre, pero esto es una excepción, solo ella entre las mujeres merece respeto, y aun a la madre se la trata en la mayoría de los hogares más bien con compasión cariñosa como a un ser débil, como a una "bobita" querida, de gran corazón pero poco seso. Claro está que hablo del común denominador de las madres pues bien sé que hay numerosas excepciones. De todos modos, en general el varón aprende en el hogar a mirar a la mujer desde arriba, con cariño sí pero casi con el que se siente por el gatico o perrito faldero, y rara vez la mirará en el futuro de igual a igual, por más que algunos varones se engañen a sí mismos creyendo para sus adentros lo contrario: en el fondo de su mente subestiman a la mujer.

Y esta es una injusticia enorme porque la mujer ha forjado la mitad de la historia del ser humano en todo sentido. Según

varias teorías, fue ella la inventora de la agricultura, la alfarería y las artes manuales. En mi opinión, fue la mujer la que civilizó al hombre, entendiendo por civilización la convivencia, la compasión, el derecho, el respeto a los débiles, el buen trato a los presos y a los vencidos, el amor a la belleza y al arte, el buen gusto, la elegancia, la diplomacia, las buenas maneras, y en general todo lo que aleja al macho humano de la hiena y el oso. Aun la civilización en su sentido más amplio es en gran parte obra de las mujeres, una obra callada y anónima (como la contribución del soldado desconocido a la victoria), que los historiadores varones no han podido reconocer dados sus prejuicios androcéntricos. El mensaje de Jesús, como anota el padre McNeill, fue un mensaje "femenino", pese a que el maestro no era menos varonil que los varones corrientes de su época. Lo que quedó de ese mensaje de amor universal después de la tergiversación de los misóginos ermitaños y padres de la Iglesia contribuyó grandemente a frenar al macho humano en su ferocidad destructiva. Sea la ocasión de reconocer francamente que la Iglesia cristiana, en lo poco que conserva de su fundador, ha reducido un poco la brutalidad de los dominadores y explotadores de la humanidad, con las salvedades antes anotadas.

Volviendo a los estereotipos "varonil" y "femenino", recordemos la naturaleza de todo estereotipo, palabra que significa "tipo endurecido" y alude a los caracteres impresos inseparables entre sí a causa del endurecimiento del metal fundido. El estereotipo es pues inflexible e inmodificable. El lector machista habrá hecho uso de tales estereotipos para rechazar mentalmente los argumentos que he dado en pro de la igualdad entre los dos sexos, y habrá replicado: "no hay tal desigualdad", "los varones somos los dominados", "las mujeres sí son inferiores, son tontas, incapaces", "adoramos a las mujeres", "no tienen de que quejarse, son las reinas", etc. Estas respuestas son modalidades del prejuicio androcéntrico, cuyo cuestionamiento es casi imposible para quien no sea capaz de colocarse mentalmente por encima de los dos sexos. En el fragor (sordo más bien) de la batalla de los sexos, son muy pocos los varones que pueden juzgar imparcialmente; y aun las mujeres si se han "ajustado" bien a la realidad social concreta son incapaces de captar plenamente la enorme injusticia que se le hace a su sexo: ya resolvieron su problema personal (como el negro rico que suele desentenderse de la cuestión racial).

Como vimos, cuestionar un viejo prejuicio no es necesariamente obra de una inteligencia especial y no lo consiguen a veces ni siquiera los genios, porque no pueden proponérselo. Así vemos que el machismo está en la base de muchos sistemas ideológicos, como los de Rousseau y Shopenhauer, y en él se alimenta el pensamiento de literatos como Tolstoi y científicos como Freud. La novelista Eva Figes, feminista moderada, trae en su magnífico libro *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, numerosos testimonios androcéntricos de padres de la Iglesia, pensadores, filósofos y literatos. Quiero destacar el caso de Freud porque su

machismo extremo ha sido fatal para la causa de la igualdad de los sexos al darle aspecto científico a la falocracia. Es increíble que un genio como él tuviera una visión tan miope en este campo, lo cual se debió de un lado a que la antropología cultural estaba muy poco desarrollada cuando Freud formó su mundo ideológico, y de otro a que su egoísmo lo llevaba a tomar su sociedad, la vienesa de fines del siglo pasado y la judía ortodoxa, como arquetipo de la humanidad de todos los tiempos y lugares. Su clientela histérica le inspiró la desmesurada teoría de la "envidia del pene", base de todo su sistema psicosexual. Freud acuñó una frase perversa que ha servido para perpetuar la inferiorización de la mujer: "la anatomía es el destino", o sea que los sufrimientos de la mujer se deben al destino que la privó de pene y no precisamente a la sociedad que rinde culto al falo como supremo poder del ser humano. Para él, la mujer debe sufrir la desgracia "natural" de no ser varón y resignarse a ella, por más que Freud emplee términos sofisticados que no hacen más que encubrir y disimular su verdadero pensamiento ultramachista. Parecería pues que para este científico, la mujer es un error de la naturaleza. Sus prejuicios le impedían ver que si muchas mujeres, no todas, envidian al varón es simplemente porque este tiene actualmente el poder y el dominio casi absolutos, y todo ser oprimido envidia al opresor. Tampoco pudo comprender, pese a su genio, el origen cultural de tal dominio y lo atribuía a la biología. Como judío, había aprendido de niño a recitar todos los días la oración de los varones hebreos: "¡Gracias, oh Dios, porque me hiciste varón y no mujer!" Obsesionado además por el sexo, pese a su sexofobia profunda, Freud no pudo ver en la mujer al ser humano y no conoció otro desarrollo psicológico que el fundado en el sexo. Y aun en este rechazaba para la mujer como "masculinidad infantil" la excitación del clítoris, todo porque no servía a la procreación, única finalidad no "perversa" de la sexualidad para este moralista. Si esto dice un sabio, nada tiene de raro que en algunas naciones musulmanas semibárbaras se ordene para las niñas la amputación del clítoris (para que la mujer no disfrute del placer y así no le sea infiel al marido y este esté seguro de que su heredero es verdadero hijo suyo: la sexofobia al servicio del egoísmo y de la propiedad privada, que en el fondo es la misma motivación remota de los préjuicios de Freud contra las "perversiones").

Ahondando en el origen de la androcracia extrema, se encuentra la ya estudiada erotofobia por un aspecto que mencioné de paso y ahora amplío. El hombre teme a la mujer por la errónea idea de que el acto sexual lo debilita, le quita enorme fuerza, más aún lo "afemina", y así la mujer se convierte en un enemigo del varón. En efecto, la única defensa que tenía la hembra primitiva contra la opresión física de su macho era someterlo en el lecho a su capricho; allí se desquitaba de su poder nivelándose con él y aun dominándolo, escatimándole el placer o bien ablandándolo con este, haciéndolo desfallecer en el orgasmo, todo lo cual por supuesto sigue siendo empleado por muchas mujeres hoy en día. La idea de que la mujer afemina al varón está ilustrada

por el mito de Sansón y Dalila: la pérdida de la cabellera de aquel a manos de esta no es más que un símbolo de su supuesta pérdida de la virilidad, de su afeminamiento. La misma idea se halla en el mito griego de Hércules y Iola, tan bellamente recontado por Boccaccio. El estereotipo "varonil" es efecto y causa de esta idea. El varón teme dejar de ser el fuerte, el duro, el austero, el de la gran voluntad inflexible, y la mujer, lo femenino, es su enemigo; por eso teme y odia esa amenaza. A esto se mezcla el espiritualismo, que viene a complicar aquellos estereotipos porque el maniqueísmo ve en la mujer el instinto y en el varón la razón (como lo dice expresamente Agustín de Hipona), en aquella está el principio del mal, el cuerpo, y en este, el del bien, el "espíritu". Es difícil concebir una polarización más absurda, aberrante, que deshumaniza al ser humano al dividirlo en dos mitades antagónicas, despreciando lo que los une: su naturaleza humana. He ahí pues un motivo más para el desprecio a la mujer que "afemina" al hombre, lo humilla en la cama, lo ablanda y debilita.

Esta idea es más común de lo que parece, y se encuentra divulgada en la literatura, por ejemplo en la obra de Tolstoi. El conde, víctima concreta de una esposa dominante y conflictiva (que de paso, lo acusó una vez de una aventura homosexual con su amigo Chertkov) generalizó su tragedia personal y la sistematizó en un supermachismo ridículo indigno de su genialidad. Esta generalización absurda llevó a muchos filósofos y pensadores, novelistas y científicos, más o menos fracasados en su vida sexual, a darle al machismo respetabilidad intelectual y a fortalecer los prejuicios respectivos. Sobre todo los literatos, por ser los más populares de todos aquellos teorizadores, son los principales culpables de agrandar la brecha entre los sexos. Al contrario de los científicos puros que generalizan con base en estadísticas rigurosas, los literatos y filósofos generalizan sus experiencias personales en forma irresponsable validos de su capacidad creativa. Baste el ejemplo de la literatura colombiana imbuida del peor de los machismos.

C. Machismo y homofobia

Pues bien, el menosprecio a la mujer lleva a subestimar y temer todo "lo femenino", sea real o supuesto, y de ahí nace la homofobia. El hombre teme no ser suficientemente "varonil" y sospecha de todo lo que pueda volverlo "femenino". Defiende la "suprema dignidad" del varón y cree perderla si es penetrado por otro varón. Quiere ser "inviolable". Ser "poseído" por otro sexualmente es para él una renuncia simbólica a su dominio sobre la mujer, a su poder, por más que este sea en últimas abusivo e injusto como basado que está en su afán de dominar y de perpetuarse en "su" hijo como heredero de sus bienes y de su apellido. No le importa en su egoísmo que la mujer no se perpetúe al borrarse su apellido a la segunda generación. En la cultura occidental, la esposa no tiene apellido propio, y si en la hispánica lo conserva es solo para que sus hijos no parezcan "ilegítimos".

¿Cuál es la “dignidad” que aquel defiende orgullosamente? No la del ser humano, de la persona, sino la dignidad del varón. La mujer no tiene una dignidad especial porque es un ser inferiorizado y casi insignificante, al que se puede humillar y ultrajar, incluso físicamente, y sobre todo se la ridiculiza y subestima (se le paga un salario inferior por igual trabajo). Más aún, la gran mayoría de los hombres suelen penetrar a la mujer anal u oralmente y en este caso no creen estar quebrantando su “dignidad”, y si muchos esposos cristianos no lo hacen es por temor a pecar al realizar un acto irreproductivo y no porque piensen que aquello sea indigno por sí mismo. Es la “dignidad del macho” la que se defiende celosamente. Tanto es así que a lo largo de los siglos y milenios al hombre le ha importado muy poco el lesbianismo, como lo demuestra el hecho de que los códigos estatales, incluso el severísimo del Levítico, no han solido castigar aquel. Como vimos, en toda la Biblia no existe una condenación explícita de la homosexualidad entre mujeres, salvo un texto ambiguo de Pablo, y los padres de la Iglesia en general callaron sobre este asunto. Es tan insignificante la mujer para el varón que a este ni siquiera le importa que se acueste con otra mujer a menos que estén de por medio los celos. Los libertinos, que se horrorizan ante la homosexualidad entre varones, pagan por presenciar “shows” de lesbianismo entre prostitutas. Esto no quiere decir que no haya persecución al homosexualismo femenino, pero es muchísimo menos virulenta y no se basa en la homofobia machista, en la defensa de la dignidad, sino en exigencias de la lógica en la que pretenden fundar la antihomosexualidad (aquello de que “va contra la naturaleza”. argumento cuya validez he refutado en el capítulo V). La verdadera y más profunda razón de la antihomosexualidad es la falocracia, la sobrevaloración del falo como “causa” prácticamente única de la generación humana.

Ahora bien, el temor del varón a ser “violado” por otro varón se funda en un error, el de creer que deja de ser “varonil”, que se vuelve “femenino” por ese solo hecho de la penetración anal u oral. Es un error porque si este acto se realiza con pleno consentimiento y si no es lesivo, el varón penetrado no pierde absolutamente nada de su integridad física o psicológica; ese acto por sí mismo, aunque se repita a menudo, no lo feminiza en ningún sentido. Es un acto lúdico y placentero, de carácter momentáneo, inspirado de ordinario por el amor (incluso si es un amor fugaz) y a veces por la admiración estética. Ambos copartícipes saben que se trata de un simple juego erótico que no implica dominación ni humillación por sí mismo.

Sin embargo, hay una razón histórica y antropológica para ese error. En la antigüedad la bisexualidad era la norma y no la excepción, y así los soldados vencedores solían penetrar a los vencidos moribundos, práctica que aún hoy se observa ocasionalmente. Podía ser que lo hicieran por sellar con ese acto macabro la victoria militar, o bien por obtener y dar placer; he leído que el soldado penetrado al borde de la muerte sentía la erección y eyaculaba. Pero es probable que a menudo fuera un acto hostil

y humillante en la intención misma, lo que erróneamente llaman a veces "sodomizar" (erróneamente porque, como vimos, no hay evidencia de que tal cosa se hiciera en Sodoma, y más aún porque con ese acto el penetrado no se vuelve "sodomita" ni mucho menos).

Según McNeill, esta idea de penetrar en forma hostil y humillante fue la que dio origen a la antihomosexualidad bíblica. Y sigue vigente entre algunos escritores católicos que condenan la homosexualidad con pretextos religiosos y éticos pero en realidad están movidos por el supermachismo, como es el caso de un Agustín Augustinovich en un opúsculo publicado en Venezuela con el título de "Los homosexuales en la Biblia", un escrito aparentemente fundado en la religión pero en realidad inspirado en un machismo virulento. El autor, que parece ser un clérigo venezolano, se traiciona a sí mismo al principio de ese opúsculo lleno de odio anticristiano a los homosexuales, cuando se ufana de la virilidad invencible de todo el pueblo venezolano, el pueblo más "macho" de todo el planeta. Don Agustín tranquiliza a los patriotas de ese país alarmados por el incremento de la homosexualidad y cree que allí jamás se impondrá el homosexualismo. Dice: "El venezolano se estremece ante la sola idea de poder asumir el papel de la mujer. 'Marico' es una de las primeras palabras insultantes que aprenden nuestros niños. Es la palabra que tranquilamente se merece una cuchillada en el abdomen". Nótese esta frase irresponsable de un líder "religioso": "se merece una cuchillada", y nótese también que el motivo básico es el machista: "asumir el papel de la mujer". Luego dice que "es una señal de buena salud" el patriotismo antihomosexual de un periodista que escribió: "Decirle al resto del mundo que en Venezuela estamos plagados de homosexuales es como faltarle el respeto a la bandera o cambiar la letra al 'Gloria al Bravo Pueblo'". Más adelante, don Agustín, el supermacho, pretende invalidar los argumentos bíblicos de McNeill suponiendo, sin ningún otro fundamento que su propio "estremecimiento" machista y homofóbico, que toda penetración de un varón por otro es "hostil" y humillante.

La verdad es que en los contactos entre homosexuales que consienten no se da ninguna hostilidad ni humillación, y de ordinario los dos copartícipes alternan los dos papeles sin ninguna resistencia. A lo sumo algunos temen un posible dolor físico al ser penetrados, si el acto no se realiza con delicadeza y con elementales precauciones, pero terminan por no darle importancia y disfrutar plenamente de él, sobre todo si se relajan los músculos esfinteriales. Además, no siempre se exige superposición de los cuerpos; los más experimentados prefieren la yuxtaposición, con la cual se da mayor igualdad entre las dos personas. Pero aun en la superposición, se preserva esta igualdad psicológica con el convenio mutuo y el deseo de complacerse recíprocamente. Desde luego, en la penetración con violencia sí se da aquella humillación pero por la violación de la voluntad y no por el acto en sí; este tipo de violación es sumamente excepcional y nadie lo defiende de ninguna manera. Aquí se habla del acto en sí y de las inmensas

mayorías, no de los "agravantes" ni de las excepciones (que también se dan en los contactos heterosexuales).

Una prueba de que la penetración por sí misma no afemina es el llamado "homosexualismo militar", que ha existido en muchas culturas en ciertas épocas, por ejemplo entre los caballeros templarios, los de Malta, la Legión Extranjera, los samurais japoneses, etc. Es famoso el heroico "batallón sagrado de Tebas" compuesto de 300 parejas de amantes, los cuales, según Platón, son invencibles porque se incitan el uno al otro al heroísmo por temor de ser cada uno menos valiente que su compañero (de milicia y de lecho). El homosexualismo militar no tolera la molicie ni el ablandamiento y la pareja compite en dureza y virilidad, lo que no impide que al hacer el amor el uno se deje penetrar del otro o se alternen en ese papel. Hoy en día también son comunes en la cultura homófila los grupos de homosexuales hiperviriles, opuestos a los de los afeminados: aquellos se visten como vaqueros del Oeste con botas pesadas y chaqueta de cuero negro, andan en motocicleta, caminan como peones y se portan con rudeza intencional, a pesar de lo cual la mayoría prefieren, ya en el lecho, ser penetrados por el compañero (según un estudio sociológico).

Sin embargo, aunque la penetración por sí misma no feminiza a nadie, es innegable que hay cierto número de homosexuales afeminados en sus modales, o feminizados psicológicamente aunque tengan porte varonil. Pero esta feminización parcial: a) no es efecto de las prácticas homosexuales sino en algunos casos una de sus causas; b) es producida en gran parte por la misma homofobia social; c) se da en una ínfima minoría de personas; y d) no tiene efectos nocivos sino a menudo saludables para la sociedad. Paso a sustentar estas cuatro afirmaciones.

a) Algunos varones previamente feminizados buscan luego en las prácticas homosexuales la expresión erótica o amorosa de su naturaleza "femenina". Tales prácticas son pues el efecto y no la causa de la feminización; la causa suelen ser conflictos infantiles, de los cuales no tiene nadie una responsabilidad personal. Condener la homosexualidad con este pretexto es irse en contra de una realidad social incontrolable, debida precisamente a la polarización de los roles sexuales producida por la androcracia.

b) La feminización parcial de algunos varones es un efecto paradójico de la misma homofobia social por la polarización que acabo de mencionar. La sociedad patriarcalista asigna a la gente solo dos roles sociales posibles, rotulados arbitrariamente "varonil" y "femenino", con lo cual se obliga a todo individuo a identificarse totalmente con uno de estos dos al no existir roles intermedios (como sí los ha habido en otras culturas). El jovencito que no es del todo "varonil", aunque no sea tampoco por completo "femenino", es empujado por el medio machista a volverse "mujercita", como le dicen en todos los tonos las personas que le rodean, sobre todo el padre machote. De tanto decirle "mujercita" (y "marica", que es un diminutivo de María, como vimos) al fin se vuelve una mujercita, se afemina, y esto puede llevarlo a bus-

car contactos sexuales con otros varones para imitar a las mujeres reales. Así la homofobia origina lo mismo que condena, y el padre supermacho viene a ser el que "mariquea" a su hijo. Con todo, tal feminización no es total porque el joven afeminado, como he dicho antes, es varonil en su desafío al medio, en la defensa arrogante de su manera de ser, en su misma insumisión y rebeldía.

c) Solo una ínfima minoría de homosexuales varones son afeminados, entre el 15 y 20 por ciento según estadísticas, como ya he dicho, y entre los de porte varonil solo una exigua minoría tienen mentalidad predominantemente "femenina". Estos varones están compensados por las lesbianas "virilizadas", con lo que más o menos se restablece el equilibrio entre lo "varonil" y lo "femenino" dentro de la especie humana. Pero hay más: una proporción muy alta de varones heterosexuales excluyentes tienen mentalidad más "femenina" que "masculina" (como es el caso de muchos intelectuales y artistas), lo que se compensa a su vez con un elevado porcentaje de mujeres heterosexuales dominantes o "viriles".

d) La feminización relativa de cierto número de hombres no es nociva para la sociedad y a menudo es saludable. Como vimos, la civilización es en gran parte "femenina", y el hombre semi-feminizado, homo o heterosexual, ayuda a la convivencia, a la paz y al bienestar humanos, sea en la diplomacia, en las artes, en la literatura, en la filantropía, en la religión y en la revolución progresista. Grave cosa sería que todos los varones fueran "fieras de monte", dedicados a matar, explotar, dominar y oprimir a los demás, que a eso lleva muchas veces la agresividad "varonil", el más grave problema de hoy según algunos psicólogos. El varón suave y delicado contrarresta y neutraliza ese exceso de "virilidad" destructiva. Si en tiempos bárbaros el varón tenía que ser fuertemente musculado y duro, hoy en día este tipo de machotes rudos y forzudos no se necesitan sino en mínimo grado pues la mayor parte de la fuerza la hacen las máquinas; incluso la guerra moderna requiere muy poco del músculo y la dureza, y también en ella son las máquinas bélicas las que en últimas deciden la victoria.

Es innegable que todavía hoy son necesarios el coraje y la austeridad, la decisión y la creatividad, pero precisamente es el machismo androcéntrico el que lleva a creer que estos cuatro atributos son exclusivos de los varones; la verdad es que están distribuidos entre ambos sexos y entre las dos orientaciones sexuales, hétero y homotrópica. No hay nada en la naturaleza que impida a una mujer o a un hombre feminizado cumplir con su deber heroicamente, privarse de algo en una emergencia, tomar decisiones firmes o ser creativos. Más aún, la misma agresividad, aunque prevalece en el sexo masculino, no es exclusiva de este, y la mujer puede agredir y agredir en todas las formas; solo su fuerza muscular suele ser inferior a la del varón, aunque no está demostrado que esto se deba a causas biológicas. Es absurda esa polarización extrema, contraria a los hechos sociológicos y psicológicos, pero

mantenida por los prejuicios androcáticos y androcéntricos: por encima de las diferencias de tipo sexual está la persona humana que une a las dos divisiones o secciones de la humanidad (que eso es lo que significa "sexo" en latín, según vimos ya). El machista sufre de obsesión sexual al mirar la vida casi únicamente desde el sexo; es una visión simplista y primitiva, contraria a la diversidad y pluralidad de la vida moderna.

Hay una antigua calumnia contra los homófilos que se sigue repitiendo pese a haber sido desmentida por los historiadores modernos, y es la de atribuir a aquellos, del todo o en parte, la caída del imperio romano porque los maestros griegos de la juventud romana dizque le enseñaron a esta la homosexualidad. Es una burda leyenda alimentada por la homofobia machista. Aquel imperio se derrumbó por causas económicas y no por las costumbres sexuales. Fue más bien el cristianismo patristico el que debilitó a los romanos al convertirse porque fueron abandonando su interés en "las cosas de este mundo" y en el poder temporal hasta dejarse vencer por los invasores. Además, aquellos maestros helénicos no eran homosexuales excluyentes sino bisexuales, y la parte oriental de aquel imperio, en la que eran mucho más fuertes las costumbres helénicas, sobrevivió mil años a la decadencia del sector occidental. Es cierto que el total desenfreno de la sensualidad (no solo la parte sexual) contribuyó tal vez a debilitar a los romanos y quitarles empuje expansionista, pero es calumniar a la mujer llamar "afeminamiento de la cultura" a ese desenfreno pues en este participaron por igual los dos sexos, y no tiene validez científica adjudicar al femenino el origen del hedonismo. Es más bien el desaliento por los reveses económicos el que lleva al desenfreno sensual. En últimas es la economía y no la moral sexual lo que derrumba los imperios, contra lo que quieren creer los erotóforos y antifeministas, que insisten en achacarles al sexo y a las mujeres todos los males de la humanidad.

Para terminar este acápite, notemos que la homofobia machista se refleja en la literatura colombiana reciente. Veamos a cuatro novelistas importantes. García Márquez ridiculiza y escarnece a los hombres afeminados, hétero u homosexuales: en la saga de Macondo caricaturiza superficialmente al cantinero Catarino sin encontrarle ningún valor humano; desprecia al heterosexual Pietro Crespi solo porque es hombre delicado, suave y de buen gusto; y se encarniza farisaicamente en José Arcadio el seminarista mirándolo no como a un ser humano perturbado sino a un pedófilo decadente y ridículo, haciéndolo asesinar por sus muchachos, algo que ocurre una vez en cien mil casos pero que el novelista falseador de la realidad parece generalizar; y en la novela del dictador, hace que su agente, el sanguinario y pérfido Sáenz de la Barra, aparezca como un afeminado cobarde y despiadado. Este novelista, que dizque conoce a fondo "la realidad" y la "totaliza", desconoce a la inmensa mayoría de los homófilos e ignora sus valores positivos; se contenta con lugares comunes, chismes y superficialidades indignos de su genialidad, y desde luego des-

deña e inferioriza a la mujer en todas las formas (pese a un rasgo "femenino" de su personalidad: su generoso desvelo por los oprimidos del mundo, mas no por la mujer ni por el homosexual). Rojas Erazo, de mayor talento creativo que el anterior, se ensaña sádicamente en el "marica" Juan Pichurria, el bobo del pueblo, cuya pobreza de espíritu parece para él ser función de su feminización; también él ignora en sus novelas a los homosexuales decentes y meritorios. Ruiz Gómez, en *Hojas en el patio*, exhibe su supermachismo jeremíaco y, sin ninguna originalidad, atribuye todos los males de la supuesta decadencia de la raza antioqueña a que los hombres ya no son hombres. El autor de *Aire de tango*, por su parte, se devana los sesos para entender el misterio del protagonista homosexual pero no logra ver sino la superficie; en su simplismo cree que la "machía" consiste en beber aguardiente sin hacer gestos y en rendir culto al tango (la música más "femenina" imaginable); sin embargo, hay que abonarle su interés en la homosexualidad, aunque lo precario de su cultura científica le impide entenderla. Ningún novelista, hasta donde llega mi información, ha tenido el coraje de defender o al menos pintar a los homosexuales decentes. Solo el autor de *Por los caminos de Sodoma* ha hecho algo en ese sentido. Fuera de la narrativa, el brillante ensayista Alvaro Bejarano creyó lucirse defendiendo en la televisión el machismo en general, con lo que arrastró su talento para ayudar a oprimir más aún a la mujer, innoblemente, repitiendo lugares comunes. La mayoría de los ensayistas siguen haciendo lo propio y creen en que la inferioridad "natural" de la mujer es un dogma inconvencible.

D. Autoritarismo androcrático y homofobia política

Los gobiernos totalitarios persiguen la homosexualidad y en forma brutal. En los de extrema derecha la razón principal es el machismo en sí, como es el caso del régimen hitleriano que despreciaba a la mujer y todo lo "femenino" con el pretexto de conservar la fuerza "varonil" de la raza aria que le asegurara por las armas el dominio del mundo, conforme a su tesis de la guerra perpetua como objetivo de la vida humana. En los regímenes totalitarios supuestamente socialistas, controlados todos por el stalinismo, también es la androcracia la causa de su homofobia atroz, pero no tanto en su forma de antifeminismo puro, pues es bien sabido que el socialismo propugna en teoría la igualdad de los sexos y aun en la práctica ha elevado un poco el status social de la mujer, sino al depositar el poder político en el padre de familia en última instancia, como explicaré en seguida. Tanto este autoritarismo androcrático como el antifeminismo influyen fuertemente en la homofobia de los totalitarismos, pero el primero pesa más en el de tipo stalinista y el segundo en el hitleriano. Ya hemos visto que este último llevó al exterminio de unos 220.000 homosexuales. Veamos aquel.

Una sociedad basada en la autoridad omnimoda necesita reprimir toda clase de manifestaciones contrarias a sus dogmas. Pero tal autoridad represiva tiene que ejercerse necesariamente en forma piramidal porque el tirano no puede estar en todas partes y necesita agentes menores. Para que la pirámide social funcione monóticamente, hay que contar con estructuras coercitivas en su base, las cuales a modo de unidades mínimas o células de la sociedad autoritaria deben ayudar a la irrigación del poder para hacer respetar la autoridad tiránica aun en los resquicios del cuerpo social. La autoridad del tirano absoluto es pues ejercida vicariamente en última instancia por cada uno de los jefes de esas unidades mínimas, es decir el padre (varón) de la familia nuclear, encargado de reprimir a su nivel todo brote libertario que ponga en peligro al dictador.

El stalinismo, pese a fundarse en las ideas de Marx y Engels que rechazaban la familia monogámica como pretexto que ha sido para la transmisión de la propiedad privada, ha consagrado y validado de nuevo este tipo de familia androcática como soporte del estado represor y depositario de la autoridad. Nótese de paso cómo la monogamia no es únicamente económica en su origen sino que sirve admirablemente para reprimir y dominar a los disidentes. Pues bien, disidentes a nivel de familia son todos los liberacionistas sexuales de cualquier orientación erótica, tanto los jóvenes heterosexuales solteros, a quienes se les prohíbe toda relación sexual libre, como los homosexuales de cualquier edad que no pueden satisfacer sus necesidades eróticas de ninguna otra manera. Esta es la razón principal del neopuritanismo soviético y chino que sorprende y escandaliza a los visitantes heterosexuales, incluso socialistas, del mundo occidental. El autoritarismo stalinista desemboca así en una auténtica erotofobia para todo acto sexual extramarital y en una homofobia implacable. El paraíso socialista puede ser paraíso para cualquiera otra cosa menos para el sexo y mucho menos aún para la homosexualidad. Las naciones stalinistas han regresado a la edad media y al feudalismo en lo sexual, y la situación es todavía peor que en aquella época oscurantista porque aun el libertinaje heterosexual es reprimido como crimen contra el estado y no como mero "pecado" subjetivo.

El cuadro es mucho más tétrico aún en la Cuba actual para los homosexuales pues allí se ha añadido al autoritarismo stalinista la homofobia supermachista del señor Castro, el cual siente asco físico por toda feminización, real o aparente, pese a que hace frecuentes confesiones demagógicas de respeto a la mujer. Si la revolución socialista colombiana ha de ser de la misma orientación que la cubana, los homosexuales no tienen nada que ganar con ella, pese a que muchos de estos le sirven de heraldos gratuitos. Con todo, parece que algunos grupos trotskistas son tolerantes, al menos en teoría, de cierta libertad sexual y aun de la homosexualidad dentro de ciertos límites, como lo era Lenin según hemos visto. Desgraciadamente, el homosexual tampoco puede en conciencia respaldar el sistema capitalista puro porque está fundado también en la injusticia.

Por consiguiente, los homófilos se ven acorralados y atrapados por todas partes. Repudiados por las iglesias "cristianas" como pecadores atroces e inmundos, exterminados por los extremoderechistas como enemigos de la raza, cazados como ratas por los stalinistas como enemigos del estado, despreciados y temidos por los burgueses como enfermos contagiosos, no tienen a dónde arrojarse, y todo simplemente porque su cuerpo y su mente les piden disfrutar del placer y del amor con personas de su mismo sexo. El homosexual, repudiado así por la familia, la Iglesia, Dios, el estado, el partido y hasta por sus propios colegas, está aislado terriblemente y no tiene nada de raro que a menudo le coquetee al suicidio.

Si el pasado para los homófilos fue una pesadilla atroz, en los países judeocristianos y en otros, el futuro no es nada halagüeño para ellos. Sin embargo, deben ser fieles a sí mismos y esperar que algún día la humanidad, de alguna manera (quizás por el pavor a la explosión demográfica), les haga justicia y los deje amarse en paz de la única manera que les enseña su propia naturaleza. Algún día la homofobia tendrá que desaparecer (así como no ha existido siempre), ya que está fundada en el error y en el miedo, en los prejuicios sexofóbicos y supermachistas. Pero para conseguir que se les respete en su dignidad de personas humanas inofensivas, tendrán que luchar por sus derechos, tema que desarrollo someramente a continuación (en el Apéndice a este libro).

APENDICE

EL MOVIMIENTO DE LIBERACION HOMOSEXUAL

Hace poco más de cien años empezó en el mundo el movimiento de liberación homosexual (MLH) que ha obtenido ya unos pocos de sus objetivos, pero está todavía muy lejos de la plena realización de todos ellos, especialmente en los países hispánicos. Es un movimiento revolucionario que busca como meta final la aceptación tranquila de la homosexualidad no criminal por toda la humanidad, y no la mera tolerancia pasiva e indolente. El primer objetivo es la supresión de las leyes penales contra los homosexuales adultos que consienten privadamente. El segundo es la supresión de toda discriminación contra ellos en el trabajo y en la vivienda. Paralelo a estos propósitos está el de la liberación interna del homosexual de los sentimientos conflictivos de culpabilidad e inferioridad sembrados en su mente por la sociedad homofóbica. Obviamente, la enseñanza de la homosexualidad a los heterosexuales no entra de ninguna manera entre los objetivos de los movimientos de liberación homosexual en ninguna parte del mundo; el homosexual consciente respeta la heterosexualidad y sabe que es necesaria para la propagación de la especie.

La meta final de todo MLH es el respeto a la dignidad humana del homófilo, su aceptación en un plano de total igualdad con los heterosexuales en cuanto a sus derechos, y la supresión de los prejuicios atávicos contra la homofilia. El homosexual debe ser asimilado e integrado a la sociedad como un elemento sano, respetable y productivo dentro de ella, pero despojado de la máscara y libre de todo oprobio.

Esta tarea gigantesca ha de ser emprendida ante todo por los mismos homosexuales, pero necesita el apoyo de los heterosexuales conscientes, amigos de la verdad y de la justicia, que buscan un mundo en paz, libre de discriminaciones y de tensiones indebidas. Es una lucha larga, difícil, con altibajos y vicisitudes, la lucha por la causa homosexual, que ha de llevarse a cabo paralelamente con la justa causa de la liberación de la mujer y la de una relativa liberación sexual para todo el mundo, pues también los heterosexuales sufren a menudo de injusta represión, externa e interiorizada. Aquella lucha es ante todo ideológica e informativa, de divulgación de los hallazgos científicos y filosóficos sobre la sexualidad en general y sobre la homosexualidad en particular.

Pero también es una lucha política, en el más alto sentido de este vocablo, que requiere el aglutinamiento de los oprimidos sexuales y la formación de grupos de acción y de presión que reclamen sus legítimos derechos, sobre todo el de disponer libremente de su cuerpo mientras no se lesione a otras personas.

La mayor dificultad es convencer a los mismos homófilos para que dejen a un lado sus miedos y se quiten la máscara que la sociedad homofóbica les obliga a llevar puesta, empresa sumamente ardua, entre otras razones por el bloqueo económico a que aquella los somete inhumanamente. Los que más podrían ayudar a la causa son los homosexuales cultos y adinerados, liberados mental y económicamente, pero paradójicamente son estos los que menos ayudan a la lucha porque casi siempre son hombres de edad madura que ya han logrado "acomodarse" al sistema imperante y no quieren comprometerse con una causa que juzgan utópica. La mayor esperanza está en los homófilos jóvenes de formación académica, amigos de la reforma total de la sociedad injusta en que viven, aunque no es necesario que sean socialistas de esta o aquella línea. De hecho, muchos militantes del MLH en el mundo son liberales de orientación espiritualista, cristianos o católicos, pero de espíritu contestatario.

Hagamos un brevísimos recuento histórico del MLH mundial. Los precursores remotos fueron unos anónimos homosexuales de Valencia, España, en el reinado de Carlos V (siglo XVI), los cuales se amotinaron contra las autoridades que los acosaban y torturaban, pero fueron sofocados a sangre y fuego en su intento libertario. (No conozco detalles precisos de estos motines de Valencia, y si algún lector culto los conoce, le agradecería mucho que me los comunicara para divulgarlos yo en futuros escritos).

Poco después de 1860 se iniciaron en Europa varios movimientos de liberación homosexual, bastante vigorosos y multitudinarios, encabezados inicialmente por Magnus Hirschfeld, eminente médico alemán, precursor de la sexología moderna y homosexual él mismo, el cual hizo investigaciones importantes y dirigió una revista de mucho prestigio. Paralelamente lucharon denodadamente por la causa otros dos prestigiosos homófilos, el médico húngaro Benkert, inventor de la palabra "homosexual", y el literato inglés Edward Carpenter. Los otros líderes son menos famosos a escala mundial. Todos estos movimientos de fines del siglo pasado fueron apoyados por importantes intelectuales heterosexuales, sobre todo socialistas, marxistas o no. Algunos de los más famosos fueron Ferdinand Lasalle, August Bebel, Gregorij Batkij, Edward Bernstein y George B. Shaw. Estos dos últimos salieron a la defensa de Oscar Wilde; por cierto que la tragedia de este ayudó al MLH mundial al hacerse patente la injusticia del sistema en el caso de un hombre tan valioso. Como vimos, también Lenin apoyó la libertad sexual relativa y abolió las leyes antihomosexuales soviéticas, posición de la que nunca se retractó. La Gran Enciclopedia Soviética en su edición de 1930 defendía la homosexualidad; la de 1971 la condena.

Otros escritores no homosexuales (aunque de dos o tres se cree que fueron bisexuales) apoyaron de alguna manera alguna clase de movimiento de liberación homosexual. Algunos de ellos fueron: Einstein, Stefan Zweig, Rilke, Thomas Mann (autor de una novelita homosexual, *La muerte en Venecia*), Hermann Hesse (dos de cuyas obras apuntan hacia la homosexualidad borrosamente), Martin Buber, Tolstoi, Zola y G. Brandes. (El lector que desee mayor información sobre el MLH en sus primeras etapas puede hallarla en el pequeño libro *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales: 1864-1935* por J. Lauritsen y D. Thorstad).

Aquellos movimientos conservaron su impulso hasta la década del 30 del siglo actual, cuando se desató la sangrienta persecución contra los homosexuales simultáneamente en la Alemania nazi y en la Unión Soviética, como he narrado antes. El apoyo socialista al MLH, tan entusiasta al principio, se retiró casi totalmente. El movimiento entró en un receso largo, y solo hacia 1950 se reanudó en Europa. El comité Wolfenden, del que ya he hablado, consiguió en la Gran Bretaña, después de 14 años de lucha ideológica (con el respaldo de Bertrand Russell y otros prohombres), la despenalización de la homosexualidad entre adultos consensuales. Muchos otros países de Europa y varios estados del continente americano han venido haciendo lo mismo, gracias en parte al MLH pero también a penalistas no homosexuales que vieron la necesidad de hacer justicia al homófilo y atender a los hallazgos de la ciencia en este campo.

En los últimos 30 años, pero en especial desde mediados de la década del 60, se han organizado en Europa y Norteamérica numerosos grupos en defensa de los derechos de los homosexuales, todos con diferentes nombres, y se publican muchos periódicos y revistas que les sirven de órganos de expresión y de concientización. Pero hay una fecha que se considera como una especie de hito en la historia del MLH mundial: el 27 de junio de 1969, cuando comenzaron en el centro de la ciudad de Nueva York los llamados "Motines de Stonewall", que duraron varios días. Los homófilos de "Stonewall Inn" (un bar neoyorkino), se rebelaron contra la policía que los acosaba y maltrataba salvajemente, y libraron con esta, apoyados por homosexuales de otros bares especializados, verdaderas batallas campales por las calles de la metrópoli. A la larga mejoró su condición y la policía optó por tratarlos con mayor respeto. Fue la primera vez (aparte del levantamiento de Valencia ya aludido) que los homosexuales se defendieron físicamente contra sus opresores. Por esta razón, aquellos días se consideran en todo el mundo como el inicio de una nueva era, como una especie de "toma de la Bastilla". Cada año se conmemoran estos hechos en muchos países y en la última semana de junio se celebra "la Semana Gay" o "Semana del Orgullo Gay"; en Nueva York se reúnen en forma multitudinaria homófilos de todo el país y del mundo y desfilan por la Quinta Avenida centenas de miles de ellos, respaldados por los heterosexuales conscientes, y respetados por la muchedumbre de espectadores.

Quiero destacar entre los grupos del MLH mundial dos de tipo religioso que pueden servir de ejemplo a los homosexuales católicos de Colombia: uno es "Dignidad" ("Dignity" en inglés) formado por católicos piadosos en España, Estados Unidos y otros países, y orientados por sacerdotes homófilos que al ser obligados a abandonar la vinculación con la jerarquía no han querido dejar su ministerio apostólico. El otro es "Integrity" (Integridad), de origen anglicano o episcopaliano, respaldado este sí, al menos en parte, por la jerarquía de su Iglesia. Ambos grupos propugnan la liberación del homosexual sin renunciar a la fe cristiana y animados de un fervoroso amor a Dios, cuyos hijos se proclaman con orgullo. "Orgullo Gay" precisamente se llaman otros grupos de homófilos creyentes o agnósticos. En Europa son muy vigorosos y aguerridos varios grupos de inspiración socialista o anarquista que propugnan la revolución total contra el sistema. Todos los grupos aludidos antes tienen periódicos o revistas de divulgación de sus plataformas de acción.

En Colombia los homosexuales no se han organizado todavía (1980) en ningún tipo de movimiento de liberación propiamente dicho. La liberación en el campo penal ha ido progresando lentamente a lo largo del siglo XX por obra de eminentes juristas (de los cuales mencioné unos pocos en el capítulo VI). La inmensa mayoría de aquellos juristas de avanzada fueron o son heterosexuales actualizados en la ciencia del derecho, influenciados indirectamente por los movimientos de liberación sexual europeos de los últimos cien años, pero unos pocos de dichos especialistas fueron o son bisexuales u homosexuales, aunque no declarados. Unos pocos escritores de otras disciplinas han tocado el tema homosexual en general, en forma pasajera, en tratados y opúsculos de sexología y psicología y en obras narrativas. Con todo, el primer ensayo monográfico extenso que aparece en nuestro medio es el presente.

Desde hace unos tres años, unos pocos psicólogos y profesores homosexuales o bisexuales han estado impulsando en tres o cuatro ciudades pequeños grupos de estudio, de los cuales puede salir al fin un MLH colombiano si sus mentores optan por organizarse jerárquicamente. El joven licenciado León Zuleta Ruiz, publica en Medellín, desde hace unos tres años, aunque en forma esporádica, un pequeño periódico, *El Otro*, sobre "las sexualidades y la contracultura" y en especial sobre la homofilia, escrito, sin embargo, en un lenguaje elitista de difícil comprensión para las masas homófilas. Es posible que el presente libro contribuya a la formación de ese movimiento si logra concientizar a los homófilos colombianos, aunque yo personalmente, por ser hombre de estudio más que de acción, no aspiro a organizarlo ni a dirigirlo.

Por lo pronto me permito, a modo de conclusión práctica del libro, consignar unas pocas insinuaciones, en forma sumaria, a los lectores homófilos y a los padres de homosexuales. Comenzando por los últimos, les recomiendo que, si desean de veras la felicidad de sus hijos, una vez comprobada su homosexualidad excluyente

o preferencial intensa, los acepten como son, como la "naturaleza" (o Dios) los ha hecho, que los amen como ellos son, y que les digan expresamente que los aceptan y los quieren así. Seguir rechazándolos y hostilizándolos es contraproducente para su bienestar emocional. El padre que acepta a su hijo homófilo puede supervigilar sus amistades y evitar que se entreguen a actividades clandestinas, a veces sórdidas o azarosas. La psicoterapia, como vimos en el capítulo IV, es prácticamente ineficaz para conseguir un cambio permanente y firme de orientación sexual. Hoy por hoy ningún psicoterapeuta (médico o psicólogo) puede garantizarle a un padre de familia el logro de aquel objetivo. Es mil veces preferible la aceptación tranquila de la realidad, que no tiene nada de horrible por sí misma. El hijo homófilo no es solo "un homosexual" sino una persona humana rica en potencialidades de crecimiento en otros campos. El padre puede sacar de él un artista, un científico, un benefactor de la humanidad, un hombre valioso, ya que la sexualidad es solo una de muchas dimensiones enriquecedoras del ser humano.

A los homosexuales excluyentes de cualquier edad y de uno y otro sexo (empleo el masculino por la tiranía de nuestro lenguaje machista), me permito insinuarles lo siguiente: a) acéptate gozosamente y quiérete a ti mismo como eres, y no te tortures deseando ser como los otros quieren que seas; b) si eres muy joven, no temas que tus padres te "maten" o despidan del hogar, pues en el 95 por ciento de los casos, tales amenazas no se llevan a cabo y son meros desahogos de la homofobia que aquellos padecen; c) si tu homosexualidad es obvia o ha sido descubierta en tu barrio o en tu pueblo, camina siempre con la cabeza erguida y la frente levantada, y emplea la magia del idioma para decirte a ti mismo muy a menudo y con firmeza y altivez: "Tengo todo derecho a ser homosexual", "Tengo derecho a ser yo mismo" (las palabras ayudan mucho, como ensalmos, a contrarrestar los sentimientos negativos); d) no te identifiques ante ti mismo como "un homosexual" solamente sino como un ser humano lleno de dignidad y de capacidades para el desarrollo y el progreso; e) si eres católico y quieres seguir siéndolo, no tomes demasiado en serio las duras palabras con que tu Iglesia te rechaza y repudia, siéntete puro en el alma sobre todo si amas de veras a alguien, no creas que estás pecando, pero si lo crees, no te confieses precisando que has estado con personas de tu mismo sexo sino en forma más genérica, y siente que tu Dios te ama así como eres porque así te hizo El, y cree en El más bien que en sus falsos representantes (en este punto); f) creyente o no, estudia a fondo lo que dice la ciencia moderna a este respecto, y forma parte de un grupo de estudio y acción; g) nunca hables mal de tus colegas homófilos y ayúdales a respetarse a sí mismos para que también ellos te ayuden; h) haz esfuerzos persistentes por amar a fondo a alguien digno de ti, porque si bien la promiscuidad no es mala en sí misma, es mucho mejor el amor interpersonal duradero; i) si eres adinerado, presta ayuda pecuniaria al MLH cuando se organice en el país porque necesitará de tu apoyo en este sentido.

Para terminar, al final de este párrafo consigno mi dirección postal para que puedan comunicarse conmigo los lectores que deseen hacerme comentarios constructivos sobre el libro o partes de él, o aportarme información adicional que pueda tener yo en cuenta en futuros trabajos. Agradecería también que se me enviaran recortes de publicaciones de escasa circulación que lleguen a ocuparse de este libro, favorable o desfavorablemente. Asimismo, pueden escribirme a dicha dirección quienes quieran invitarme a hablar en público sobre la homosexualidad, el feminismo o temas afines, en conferencias, foros, seminarios, etc. En cuanto al movimiento de liberación homosexual, sin querer embarcarme en su organización o dirección, quizás yo pueda servir inicialmente de enlace entre posibles aspirantes a empeñarse en tal empresa. Espero también correspondencia de solidaridad en caso de que surja una polémica demasiado virulenta en torno a este libro, que es ciertamente osado y combativo, pero que no vacilo en publicar pues espero con él hacer mucho bien. Entiendan los homosexuales, finalmente, que (como lo insinué en el Prólogo) su causa es también mi causa, nuestra causa. ¡Todo por el Amor, que une y ennoblece, al contrario del Odio y el Miedo, que dividen y envilecen a los seres humanos!

Dirección postal del autor:

Ebel Botero Escobar. Apartado Aéreo N° 10.809. Medellín.

BIBLIOGRAFIA

Nota. Van precedidos de un asterisco (*) los libros más útiles para un enfoque general positivo de la homosexualidad.

- Altman, D., *Homosexual: oppression and liberation*, Avon Ed. Nueva York, 1974.
- Alzate, H., *Compendio de sexología médica*, Lopera y Estrada Eds., Manizales, 1978.
- Ardila, R., *Psicología del aprendizaje*, Siglo XXI Eds., México, 1976.
- Bailey, D.S., *Homosexuality in the Western Christian tradition*, Longmans Green, Londres, 1955.
- Bell, A.P. y M.S. Weinberg, *Homosexualities: a study of diversity among men and women*, Simon & Shuster, Nueva York, 1978.
- Berne, E., *Sex in human love*, Beverly Hills, 1975. (Hay versión castellana).
- Bieber, I. y otros autores, *Homosexuality: a psychoanalytic study*, Vintage Books, Nueva York, 1962.
- Brown, R. y otros autores, *Comentario bíblico "San Jerónimo"*, Eds. Cristianidad, Madrid, 1971.
- * Carrington, E. y otros autores, *The rights of gay people*, Avon books, Nueva York, 1975.
- * Cory, D.W., *El homosexual en Norteamérica: estudio subjetivo*, C. General de Ediciones, México, 1952.
- * Churchill, W., *Comportamiento homosexual entre varones*, Grijalbo, México, 1969.
- * Daniel, M. y A. Baudry, *Les homosexuels*. Casterman, Bélgica, 1973. (Hay versión castellana).
- Dallayrac, D., *Dossier Homosexualité*, R. Laffont, París, 1968.
- Dolto, F., *Psicoanálisis y pediatría*, Siglo XXI Eds., México, 1974.
- Dragunsky, L. y J.M. González, *Lecciones de sexología*, Ed. Pluma, Bogotá, 1979.
- Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Ed. los Comuneros, Bogotá (obra de 1891).
- Figes, E., *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

- Fisher, P., *The gay mystique: the myth and reality of male homosexuality*, Stein & Day, Nueva York, 1972.
- Ford, C.S. y F. Beach, *Patterns of sexual behavior*, Harper & Row, Nueva York, 1951.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad: 1, La voluntad de saber*, Siglo XXI Eds., México, 1977.
- Frazer, J.G., *La rama dorada*, F.C.E., México, 1944.
- Freud, S., *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.
- Frías, N., *Homosexualismo creador*, Javier Morata, Madrid, 1933.
- Friedan, B., *The feminine mystique*, Dell Publ., Nueva York, 1964.
- Gide, A., *Corydon*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- Grollenberg, L.H., *Visión nueva de la Biblia*, Ed. Herder, Barcelona, 1972.
- Hilgard, E.R. y G.H. Bower, *Theories of learning*, Appleton-C-C., Nueva York, 1966.
- Hoffman, M., *The gay world*, Basic Books, Nueva York, 1968.
- Kinsey, A., W. Pomeroy y C. Martin, *Conducta sexual del hombre*, Siglo XX, Buenos Aires, 1967.
- Kinsey, A., W. Pomeroy, C. Martin y P. Gebhard, *Conducta sexual de la mujer*, Siglo XX, Buenos Aires, 1967.
- Lauritsen, J. y D. Thorstad, *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales: 1864-1935*, Tusquets Eds., Barcelona, 1977.
- Licht, H., *Sexual life in ancient Greece*, Routledge & Kegan, Londres, 1949.
- Mack, J.E. y otros autores, *Teorías freudianas de la personalidad*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1974.
- Maier, N.R. y T.C. Schneirla, *Principles of animal psychology*, McGraw-Hill, Nueva York, 1935.
- Malinowski, B., *The sexual life of savages in Northwestern Melanesia*, Harcourt-Brace-World, Nueva York, 1929.
- Marmor, J. (Ed.), *Sexual inversion*, Basic Books, Nueva York, 1965.
- Masters, W. H. y V. E. Johnson, *Homosexualidad en perspectiva*, Ed. Inter-médica, Buenos Aires, 1979.
- * McNeill, J.J., *La Iglesia ante la homosexualidad*, Grijalbo, Barcelona, 1979.
- Miller, N.E. y J. Dollard, *Social learning and imitation*, Yale U. Press, New Haven, 1974.
- Moore Jr., P., *Take a bishop like me*, Harper & Row, Nueva York, 1979.
- Morgan, E., *Eva al desnudo* ("El descenso de la mujer" es el título en inglés), Plaza y Janés, Barcelona, 1975.

- Nicolas, J., *La cuestión homosexual*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978.
- Saghir, M.T. y E. Robbins, *Male and female homosexuality*, Williams & Wilkins, Baltimore, 1973. (Hay versión castellana).
- Skinner, B.F., *Verbal behavior*, Appleton-C-C., Nueva York, 1957.
- Storr, A., *Sexual deviation*, Penguin Books, Baltimore, 1964.
- Thorndike, E.L., *The fundamentals of learning*, Columbia U. Press, Nueva York, 1932.
- Trimbos, C. y otros autores, *Homosexualidad: aspectos psiquiátricos, sociales y pastorales*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1968.
- ** Tripp, C.A. *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid, 1978.
- * Van de Spijker, H., *La inclinación homosexual*, Ed. Fontanella, Barcelona, 1971.
- Van de Spijker, H., *Homotropía*, E. Atenas, Salamanca, 1976.
- * Weinberg, G.H., *Society and the healthy homosexual*, St.Martin's Press, Nueva York, 1972. (Hay versión castellana: "El homosexual y su liberación").
- Weltge, R.W. (Ed.), *The same sex: an appraisal of homosexuality*, Pilgrim Press, Philadelphia, 1969.
- West, D.J. *Homosexuality*, Gerald Duckworth, Londres, 1955.
- Westermarck, E., *The origin and development of the moral ideas*, McMillan, Londres, 1908.